

---

# *Polixene*

*Crónicas de amama*

*Polixene Trabudua de Mandaluniz*



© Edita: **Sabino Arana Kultur Elkargoa**  
**Fundación Sabino Arana**

**Emakunde - Instituto Vasco de la Mujer**  
**Eusko Jaurlaritzako Erakunde Autonomiaduna**  
**Organismo Autónomo del Gobierno Vasco**

Textos: **Polixene Trabudua de Mandaluniz**  
Coordinación: **Marian Moreno Royo**  
Fotografías: **Peru Ajuria - Archivo familia Mandaluniz Trabudua - Roberto Zarrabeitia**  
Diseño: **Logo-ritmo**  
Fotomecánica, fotocomposición e impresión:  
**Flash Composition S.L.**  
**Alda. de Rekalde, 6 - 48009 BILBAO**

Depósito Legal: **BI-505-97**  
I.S.B.N.: **84-88379-17-X**

---

---

*A*

Aitetxu  
y  
Unai

<b>==</b>	Prólogo:	Polixene ¡nunca más estés triste! .....	9
		M. <sup>a</sup> Esther Solabarrieta	
<b>==</b>	Capítulo I:	El pueblo de mi niñez .....	17
		Sondika de mi infancia .....	19
		Mis aitas .....	27
		Me pusieron Polixene.....	33
		Figuras de Sondika .....	39
		Conozco a José Mandaluniz.....	55
<b>==</b>	Capítulo II:	Propagandistas del Nacionalismo Vasco .....	63
		Aberri Eguna 1932 .....	65
		Afiliada a E.A.B. ....	69
		Profanación de ikastola .....	71
		Salida de la cárcel de Larrínaga .....	73
		Boda en Begoña, 1933 .....	75
		Visita de Alcalá Zamora .....	79
		Aguirre en la Ribera Nabarra .....	83
		Estampa de Lauaxeta .....	85
		¡Aupa Bermeo! .....	87
		Nacimiento de Eguzki .....	91
		Nacimiento de Joseba.....	97
		Alzamiento fascista .....	99
<b>==</b>	Capítulo III:	Misericordias de la Guerra .....	103
		La guerra civil .....	105
		La autonomía vasca.....	109
		Comienza el destierro .....	113
		Bombardeo de Gernika .....	115
		Sangre en la ikastola .....	119
<b>==</b>	Capítulo IV:	Salida precipitada .....	125
		Salimos en barco .....	127
		Santander.....	129
		El golfillo.....	133
		Embarque frustrado .....	135
		El "Marrakech" .....	139
		Burdeos .....	141
		Issoudan, département de l'Indre .....	143

<p>Capítulo V:</p>	<p>Reencuentro con José ..... 149</p> <p>    La Citadelle ..... 151</p> <p>    Salida de José a Iparralde ..... 159</p> <p>    Mugalaris ..... 163</p> <p>    Lourdes ..... 165</p> <p>    Lausanne ..... 167</p> <p>    Capbreton ..... 169</p> <p>    Concepción de Naya ..... 171</p> <p>    Rouen, ducado de Normandie ..... 173</p> <p>    Biarritz ..... 177</p> <p>    Nombres vascos ..... 179</p> <p>    La Roseraie ..... 181</p> <p>    Amama Venancia y el tío Valentín ..... 183</p>	<p>149</p> <p>151</p> <p>159</p> <p>163</p> <p>165</p> <p>167</p> <p>169</p> <p>171</p> <p>173</p> <p>177</p> <p>179</p> <p>181</p> <p>183</p>
<p>Capítulo VI:</p>	<p>La Francia Ocupada ..... 189</p> <p>    Ocupación alemana ..... 191</p> <p>    De nuevo en Rouen ..... 195</p> <p>    El "rpto" de Unai y Naya ..... 199</p> <p>    Nace Maitetxu ..... 201</p> <p>    El bautizo de Maite ..... 205</p> <p>    Bombardeo de Rouen ..... 207</p> <p>    En París ..... 211</p> <p>    Las cuatro oradoras del PNV ..... 215</p> <p>    En el barrio de Passy ..... 219</p> <p>    Los martes de la tía Polixo ..... 229</p> <p>    Encuentro con la Virgen y el Niño ..... 233</p> <p>    Visita de la Gestapo ..... 237</p> <p>    Vaucresson ..... 241</p> <p>    Celebración del fin de la Guerra ..... 247</p>	<p>189</p> <p>191</p> <p>195</p> <p>199</p> <p>201</p> <p>205</p> <p>207</p> <p>211</p> <p>215</p> <p>219</p> <p>229</p> <p>233</p> <p>237</p> <p>241</p> <p>247</p>
<p>Capítulo VII:</p>	<p>Vascos de ley ..... 249</p> <p>    Semblanza de J.A. Aguirre ..... 251</p> <p>    Viajes a Egoalde por Sara ..... 253</p> <p>    Buscando a Naya ..... 261</p> <p>    Pluguffan ..... 265</p> <p>    Adolfo de Larrañaga ..... 267</p> <p>    Lezo de Urreiztieta ..... 271</p> <p>    Bretaña ..... 275</p> <p>    Enghain-les-Bains ..... 279</p> <p>    El prisionero alemán ..... 281</p>	<p>249</p> <p>251</p> <p>253</p> <p>261</p> <p>265</p> <p>267</p> <p>271</p> <p>275</p> <p>279</p> <p>281</p>

<i>Courbebois-Neuilly</i> .....	285
<i>Montmagny</i> .....	287
<i>Lorient, Morbihan</i> .....	293

<b>Capítulo VIII:</b>	<i>Difícil regreso a Bilbao. Hacia Venezuela</i> .....	301
	<i>Vuelta a Bilbao</i> .....	303
	<i>Primera comunión de Maitetxu</i> .....	309
	<i>La amistad en Bilbao</i> .....	313
	<i>De nuevo en Normandíe</i> .....	317
	<i>Preparando viaje para América</i> .....	323

<b>Capítulo IX:</b>	<i>Reflexionando</i> .....	329
---------------------	----------------------------	-----



## *Prólogo*

== *Polixene ¡nunca más estés triste!* ==

*M.<sup>a</sup> Esther Solabarrieta*

  
FUNDACIÓN  
**SABINO ARANA**  
KULTUR ELKARGOA

  
**EMAKUNDE**  
EMAKUNDEAREN ELISKAL BARRUNDEA  
INSTITUTO VASCO DE LA MUJER  
Kaldu: Jeneratzailea Erakunde Autonomikoa  
Organizazio Autonomo del Gobierno Vasco

# Prólogo

## *Polixene ¡nunca más estés triste!*

**P**olixene es un nombre bonito. Muy raro. Sobre todo, muy raro en las primeras luces del siglo XX. Más extraño todavía en la escena íntima y recogida de un bautizo apresurado en Sondika, año 1912.

Polixene es un nombre mítico, espléndido. Signo de amor y de sacrificio. Heroína discreta de una tragedia épica que Homero legó a todos los siglos de la Humanidad.

El cura de Sondika y Prudencio Trabudua sintonizaron, a través de los misterios del tiempo, con la mente del poeta griego. Decidieron aprisa que la recién nacida llevara el nombre de la hija de Príamo y de Hécuba, reyes de Troya, héroes de una larga resistencia construida sobre dos pilares invencibles: la soberanía consciente de un pueblo y su dignidad. El cura de Sondika, seguro, había leído *La Iliada*. El padre, Pruden, probablemente no. Pero quedó sobre la pila bautismal de la iglesia de Sondika un nombre, Polixene, y un destino. Ese destino es lo que este libro relata.

Iñaki Anasagasti dijo: "Polixene Trabudua es un nombre histórico. Su nombre suena como un trueno, y lo fue". Iñaki suele explicar las cosas con realismo. A veces un realismo mágico, un tanto acentuado. Observa, analiza, asimila y cuenta para que se le entienda. Si le hubiera dado por la pintura, hubiera sido un pintor expresionista, porque tiende a describir los paisajes y las gentes con el alma. Pero el alma es duradera y el trueno es efímero. En eso, creo, se equivocó Iñaki, porque Polixene no puede ser algo que llega, atrona y se va. Podría haber sucedido así, y todos habríamos desperdiciado un poco de la misma naturaleza que nos ha hecho vivir y sentir aquí, como hijos de un pueblo viejo y noble.

Si piensa que así hubiera sido mejor, por favor, no lea este libro, no lo entienda, no se sumerja en las profundidades de su mensaje más auténtico. Ya lo leerán dentro de unos años, quizá cientos, y dirán ... ¡qué bello relato de amor y sacrificio!

Pero como creo que Iñaki no atinó del todo en la metáfora, escribo este prólogo. Como creo que el trueno es breve, entiendo que Iñaki quiso plasmar la imagen como un latido pintado con el pincel del alma. Como creo que Polixene Trabudua de Mandaluniz es una vida intensa y muy rica en toda clase de matices, le invito, querido lector, a seguir adelante. A no parar. A conocer y a hacer propaganda de lo que ha conocido. Para eso sirve un prólogo. Un aperitivo que está llamado a abrir el apetito. Un pórtico que descubre un pedazo de la grandeza que se esconde dentro.

Conocí a Polixene en Venezuela. Tierra amiga. Madre-tierra de tantos

vascos que conectamos con la Patria, intensamente, antes de haber puesto los pies en ella o, como en el caso de Polixene, muchos después de haberlos desprendido de su definitiva atracción. Es una mujer de carácter y firme. Engaña fácilmente y, como los muros de Troya, robustos e inaccesibles, esconde una entrañable realidad de amor, de sensibilidad, de desprendimiento, de coraje, de dulzura... Una mujer capaz de afrontar angustia y dolor inimaginables, mientras lavaba bajo el chorro los pañales sucios de alguno de sus hijos, a la sombra de los obuses, bajo el silbido de las bombas.

En cierta ocasión la Fundación Sabino Arana presentaba uno de sus libros. Como siempre, cuando la Fundación alumbra una nueva publicación o una iniciativa de reflexión sobre el nacionalismo vasco, celebramos el acontecimiento con ilusión y con alegría. Es una forma de creer en lo que somos. De desarrollarnos por el conocimiento y por la reflexión en los ideales que dan sentido a lo que nos corresponde hacer. Aquella mañana estaban en la mesa, recuerdo, Xabier Arzalluz y el bueno de Jesús Insausti "Uzturre". Ante numeroso público, Polixene.

Arzalluz habla casi todos los días de futuro. Y muchas veces del pasado, para que aprendamos a prepararnos, creo yo, para los días que nos vienen. Es un hombre que mira siempre hacia pasado mañana. No hay muchos... pero Euzko Alderdi Jeltzalea ha tenido el necesario en cada tiempo histórico. El último, Juan de Ajuriagerra. Antes, tres generaciones. Antes, por ejemplo, José Antonio Agirre y, con él, Leizaola. Y todos los que entregaron su vida a la justa causa de un buen pueblo. Los que sembraron entre nosotros la semilla de la propia identidad. Los que la cultivaron en los foros políticos. Los que regaron con su sangre las montañas y los valles por un ideal. Las mujeres y los hombres, los niños, nuestros más mayores, los mugalaris, los periodistas, los oficiales, los soldados, los de la Iglesia y los de fuera de ella, los de aquí y los de allá... ¡Tantas gentes! ¡Pido perdón porque no es posible, en tan breve espacio, recoger tanta historia!

También Polixene. Entre todos. También Polixene Trabudua de Mandaluniz.

Aquella mañana de la Fundación, en la presentación de aquel libro, Xabier Arzalluz habló del pasado, para el futuro. ¡Dificilísima técnica para un dirigente político en los tiempos que corren! Polixene estaba entre el público. Arzalluz le hizo una propuesta que, según se entendiera, era parte deseo, parte invitación y parte pedagogía. Le dijo: "Polixene, ¡cuéntanos tu vida, escríbela para que sepan los de hoy y los de mañana lo que habéis hecho los de ayer y los de hoy por nuestro pueblo!

El caso es que Polixene aceptó, en sus adentros, la invitación. La incitación, diría. Y ha escrito, a sus más de 80 años, unas memorias que se difunden a través de este libro. Memorias de una vida para unas gentes que siempre hemos hecho, en Euzkadi, honor a la palabra. La palabra del relato, de padres a hijos. Y, cómo no, la palabra del compromiso, hasta que el otro no cumpla.

En algunos países en los que la memoria histórica funciona como un permanente elemento de referencia, los libros como éste suelen alcanzar importantes cifras

de difusión, hasta influir decisivamente en los esquemas funcionales de la sociedad y, sobre todo, en los comportamientos de las generaciones más jóvenes. Irlanda o Alemania son ejemplos bien recientes. Antes hay otros muchos.

Rara vez se trata de obras con supremo valor literario, aunque la calidad de las formas no suele estar reñida con el valor de los contenidos, como sucede en algunas partes de estas memorias. Su aportación principal reside en el testimonio de unas vidas, construidas sobre unos valores muy firmes y moldeadas al rojo por una cadena de vicisitudes y experiencias que se sitúan, a menudo, en los límites de lo soportable. Polixene recuerda unas palabras de su amaxu: "¡Que Dios no nos castigue con todo lo que el hombre puede resistir de dolor!", un buen pie para la foto de la vida de ella y de tantos otros miles de personas y de familias vascas.

Sin embargo, quiero detenerme muy brevemente en la riqueza literaria del relato. No se configura en la perfección de la palabra. Tampoco en la armonía de una sintaxis absolutamente depurada. El libro puede no ser un modelo académico de relato, pero tiene una formidable fuerza plástica. Polixene escribe con imágenes, como un guionista de primer nivel. Cada palabra es un plano. Cada adjetivo un viaje al interior de los protagonistas. Este libro mezcla la sobriedad del vasco con la elegancia parisina y la fecundidad de los modos narrativos de Latinoamérica.

En sus páginas podrá disfrutar sucesivamente de pasajes idílicos, brotes de ternura incontenibles, episodios de brutal crudeza y lances que despiertan las sonrisas y, en algún momento, incluso la sana carcajada. Vivirá ambientes de tensión suprema y respirará atmósferas de enorme excitación vital. Compartirá, con Polixene, la ingenuidad, la felicidad, la exaltación, la fama, la gloria, la reflexión, la improvisación, la angustia, la miseria, la lejanía, el calor y el frío, la fe y la ausencia de la fe, la pasión, la perseverancia, la dimensión de los actos heroicos, la gratitud. Pernochará en los refugios del miedo y observará muy de cerca la muerte y sus antesalas. Y... al final...

Al final la pluma de Polixene le conducirá por un universo de sensaciones. Con toda naturalidad. Con precisión. Con agilidad. Con la claridad de un cicerone que nos adentra por un periplo que conoce perfectamente.

Estas memorias son un largo paseo. Comenzaremos en la Sondika de principios de siglo. Idílica y rural. Retazo en la memoria de un mundo que se va. Sondika de caseríos, de labranza, de romería y de tabernas, de vendeja y ermitas. Sondika de un tiempo en el que las horas y los hábitos de las gentes venían marcados por la inexorable voz de las campanas. Sondika del euskera, del tren, de la avioneta de Pombo y de los primeros partidos de fútbol en las verdes campas. Sondika del trabajo duro y de la solidaridad de siglos: Sondika de "auzolan". De las "txarribodas". De Felabeltz, de La Fermiña, de Borlín, de Simondrogas, de Gondra, de Juaniko y de Sekor-atzo, la vieja-toro, la que quizá no fue una mujer, sino un águila camuflada de negro.

Pasaremos por el tiempo y las voces de las famosas y arrebatadoras oradoras nacionalistas. Por la Euzkadi de los mítines y de la fortificación de un profundo sen-

timiento nacional. Con la propia Polixene, apasionada; con Haydée Agirre, bella y elegante; con María Teresa Zabala, sobria y aristocrática; con Julene Urzelai, la encantadora muchacha de los ojos verdes. “El descubrimiento de la gran injusticia nacional y del terrorismo hacia los miembros del Partido y, sobre todo, la persecución herodiana al idioma de mis padres y abuelos —afirma Polixene— hizo de mí, no solo afiliada, sino también propagandista fiel de las ideas del separatismo vasco y de la soberanía de Euzkadi”.

Asistiremos a “la boda del siglo”, en la Basílica de Begoña, entre la más popular de aquellas oradoras, Polixene Trabudua, y el célebre delantero del Athletic de Bilbao, José Mandaluniz. Ceremonia multitudinaria con txistus, tamboriles, almuerzo para 250 personas y noche en la joya nupcial del María Cristina, en Donostia.

Conoceremos la “movida” política nacionalista de unos tiempos de exaltación e ilusión. La prensa, los mítines, el Jagi-Jagi, la crecida en Nafarroa... “El patriotismo se divulgó y extendió tanto —dice Polixene— que llegó a ser moda; por lo tanto, un poco superficial”.

Y entraremos en la guerra. La viviremos con Polixene. La sentiremos. Entraremos en el infierno del caos y del miedo. En los refugios, en la desesperación, en la falta de lo más imprescindible. Bombas y muerte: Música de fondo para la entrega a la Patria. “¡Con qué entusiasmo!.. ¡con qué fe se alistaban los muchachos, muchos de ellos adolescentes! —exclama Polixene—. ¡Cuánto heroísmo! ¡Cuánto sacrificio! ¡Cuántos enterrados anónimamente en los montes que tanto amaban!”.

Veremos, desde una colina, el bombardeo de Gernika por la élite de la aviación nazi... Cuando Polixene dejó de creer hasta en Dios, “porque en nombre de Dios juraba Franco que Gernika la destruyeron los separatistas vascos”.

Viajaremos al exilio. El itinerario por el Nervión, sembrado de obuses, hasta Santurtzi. Luego Santander, Issoudan, St. Jean Pied de Port, Rouen, París, Rouen de nuevo... El intrincado periplo francés. La gloria del fútbol para José y la melancolía del exilio para todos. Los viajes clandestinos a Euzkadi. La colaboración con los aliados. El círculo parisino de los vascos, con sus penas y sus glorias, con sus canciones y su esfuerzo para sobrevivir como una realidad política a la intemperie.

Sabremos de “la Juana de Arco planetaria” y de “los martes de la tía Polixeo”. De las reuniones y largas sobremesas con Alberro, Landaburu, Lezo y tantos otros. De la ocupación nazi y de la liberación. Y de cuando el general Moscardó cesó a José Mandaluniz como entrenador del Athletic. Y vuelta a Francia.

Luego iremos, en un cuatrimotor llamado “Constellation” hasta el aeropuerto de Paranimbo, vía Dakar. Y con Polixene, empezaremos a ser un poco venezolanos.

En este punto terminan estas primeras páginas de sus memorias. Queda una segunda parte, intensa parte, que aún no ha escrito. Son las crónicas pendientes de otros cuarenta años que deseo, fervientemente, conocer.

*En las páginas finales de este libro leerá esta palabras: "Al terminar de escribir estos últimos recuerdos, una gran tristeza me invade el ánimo. Siento profundamente que el tiempo se está acabando. El tiempo siempre se está acabando y siempre empieza otro nuevo. Desde aquí pues... con más calma para reflexionar, veo el mundo del presente como un rompecabezas complicadísimo, lleno de oscuridades y negros nubarrones... Guerras religiosas, nacionalistas, económicas por todas partes... Odio, fanatismo, miseria... Y, sobre todo, dominándolo el supremo egoísmo individual, rehusándose a participar en la integración de la especie, ignorando así su propio interés global... Pero esta etapa quedará definitivamente superada, relegada, pues, y a pesar de todo eso, el individuo humano reflexivo ya no busca, aisladamente, mejoras y triunfos para sí solo".*

*Polixene ¡nunca más estés triste! Desde la esperanza que se derrama en las palabras que escribiste, allá por abril de 1994, en Maracaibo, ayúdanos a conocer el pasado para construir el futuro.*

*M.<sup>a</sup> Esther Solabarrieta*



## *Capítulo I*

---

# *El pueblo de mi niñez*

---

## *Sondika de mi infancia*

**S**ondika es una pequeña aldea situada en el valle de Txorierri –“Pueblo de Pájaros”– limitando con Bilbao. En realidad es una prolongación de Bilbao, pero como la línea divisoria está situada justo en la loma del monte Artxanda, dan la impresión de dos mundos completamente distintos. Bilbao, situado en una hondonada rodeada de montañas; Sondika, abierta a todos los vientos y brisas. El aire es siempre limpio y luminoso. Bueno, ¡por lo menos hasta hace poco tiempo!

El valle de Txorierri comprende los pueblos de Erandio, Lujua, Asúa, Derio, Zamudio, Lezama, Larrabezúa y Sondika.

Entre los años doce al veinte –años de mi infancia– Sondika estaba formado por varios caseríos con extensas tierras; tres o cuatro casas fuertes, cuadradas, de piedra de talla ... y al norte una extensa llanura despejada que servía para grandes concentraciones políticas, partidos de fútbol, y también como terreno de aterrizaje para avionetas, (como la de Pombo). Cerca de la antigua iglesia señorial estaba La Campa, con enormes árboles plataneros y hierba corta, donde se celebraba cada año las famosas romerías de San Juan. Romerías célebres porque concurrían lo más pintoresco, y canallesco, de los barrios y arrabales de Bilbao. Los turistas de San Francisco junto con la población autóctona de caseros y neskatillas formaban una verdadera bomba explosiva.

A menudo se organizaban trifulcas donde los baserritarras lucían sus puños y fuerza, y los de fuera sus puñales y navajas ...

Siempre intervenía la guardia civil a caballo. ¡Qué horror nos causaban esos centauros de tricornios negros! Recuerdo muchas fiestas de San Juan con heridos y detenidos, que encerraban en la perrera hasta el día siguiente.

En aquel tiempo Sondika era principalmente rural y campesina. Había varios caseríos que poseían grandes extensiones de terreno. El caserío de Goiri, solar de mis abuelos maternos, era el clásico caserón de dos viviendas. El portal estaba dividido por una gruesa pared de piedra, medianera entre las dos familias, ambas de apellido Landa y con muchos hijos. Al Oeste Manu-Antón Landa, casado con Clara, una mujerona muy hermosa y siempre de buen talante. Tenía nueve hijos y buenas tierras, vacas, y uno de esos hornos antiguos, frente a la casa, donde cocían el pan, el talo y las boronas.

El lado Este era de mi abuelo Rufino, un hombrachón con una figura impresionante. Alto, corpulento, con pelo cano abundante y una barba que le llega-

ba casi hasta la cintura. Yo siempre le conocí sentado en un sillón especial que se había confeccionado él mismo. Padecía de una asma crónica que le hacía respirar con dificultad y caminar justo lo imprescindible ... Tenía un bastón con un puño que era un nudo enorme, de cerezo. Era una arma terrible en sus manos. Cuando algún pobre gato displicente pasaba por su lado, agarraba el bastón por la punta y con habilidad ¡ZASS! Le pegaba en la cabeza y lo dejaba seco. Yo le tenía miedo, y cariño a la vez.

La abuelita era una mujercita menuda, dulce, siempre trabajando o en la huerta. Tenía tres hijos del propio matrimonio y dos del hospicio. Era corriente entonces, entre las costumbres de los caseríos, sacar a un incluso en el momento en que nació un hijo en el hogar. Decían que daba el mismo trabajo cuidar un crío que dos. La leche materna era abundante y excelente. Se metían juntos, los niños, en un gran cesto de hierbas, y se quedaban en el portal bajo la mirada de la abuela, o se los llevaban junto al huerto, mientras faenaban. Y este cuidado y crianza les procuraba un ingreso de dineros nada despreciable.

Los Landa de mi parte, los del lado Este, tuvieron a mi tía Matea, la mayor. Una hermosa mujer quien se casó con el hijo del caserío vecino de Guesuras, vecino de Goiri. Murió de una forma cruel y terrible, en un parto, después de pasar tres días y tres noches gritando de dolor –días y noches que mi madre pasó a su lado–. Murió sin poder expulsar al hermoso hijo que llevaba en su seno. Aún no se conocía, o por lo menos no se practicaba en Sondika, ni los “forceps”, ni la “cesárea”. Mi madre maldijo al doctor que no supo salvar la vida. La bellísima cara de mi tía Matea muerta, virgen de cera, Rafaelina, me impresionó durante mucho tiempo ...



Después de Matea, nació Manu; y al mismo tiempo adoptaron de la inclusa a Rosendo Deusto. Este siempre fue un niño, y luego, un joven, con instintos un poco perversos. El abuelo solía darle muchas palizas y siempre le decía: “¡Tu tienes que ser hijo de alguna mala persona!”. Esta conducta hizo sufrir mucho a mi madre, y cuando aitita le daba correazos a Rosendo, ella se agarraba a su brazo implorando perdón.

La última de los tres hermanos, Agueda. Rubia, de ojos azules, era una mujer muy bella. Cuando Agueda nació adoptaron a mi madre, María de Aguirrezabala. Es bueno saber que había dos tipos de adopción. Uno, el de los niños que eran abandonados en el torno del convento, o en cualquier portal de iglesia. A estos se

les ponía el apellido según el lugar donde los encontraban, o según el humor de la Madre Superiora ... Bilbao, Deusto, Sestao, Begoña, etc.

Pero había otra clase de inclusos que eran llevados al convento bien por el padre, bien por la madre, reconociéndose la criatura ante la Ley, con documentos y nombre, apellidos y origen, dejando la incógnita del otro cónyuge comprometido.

Así fue el caso de mi madre. Fue reconocida por su padre y de madre desconocida.

En los primeros casos les pagaba la Diputación una cantidad que ignoro; pero a los de la segunda clase, o sea, reconocidos, les pagaban a los padres adoptivos mucho más; pero tenían que soportar supervisiones periódicas de la administración. Por eso se explica que mientras Agueda se quedó en casa —después de la escuela primaria— a María, mi madre, la inscribieron en una escuela de oficios, es decir, en casa de una modista de barrio, maestra de corte y costura. Aquí aprendió a coser y fue una excelente costurera.

Agueda y María se querían mucho y siempre andaban juntas. Pero mi madre tenía una especial ternura, y sobre todo una especie de piedad por Rosendo a quien el abuelo daba tantas palizas.

La vida en el caserío era de trabajo duro pero de grandes compensaciones. El tío Manu, el segundo de los hijos se volvió loco. Una novia que tenía en Zamudio le dejó, por una cuestión de vacas, de dote y de líos con los arreglos de familia. Algo muy poco romántico.

Empezó recluyéndose en su cuarto, sin querer salir. Y luego, cuando veía a alguien o se cruzaba con cualquier vecino, no hacía más que repetirles y repetirles en tono sibilino: “Arimeatik in! Arimeaitik in! ...”(El alma cuidar! Por el alma obrad! ...) Un día desapareció por completo y no apareció sino al de cuatro o cinco días. Es uno de los recuerdos más fuertes de mi infancia ...

El caserío tenía una gran cocina con fuego de chimenea. Se cocinaba y se calentaba. Una puerta daba al dormitorio de los abuelos. Este tenía una enorme cama baldaquinada, un hermoso armario tallado, así como un arcón. La ventana daba al portal. A la derecha de la cocina, una escalera de madera conducía a dos habitaciones que tenían puertas al balcón y a la parra que cubría todo el frente. Durante los días que desapareció el tío Manu se organizó una hermosa batida de solidaridad. Todos los hombres y jóvenes vecinos se organizaron en grupos para recorrer los montes y jaros del valle. Estas cuadrillas regresaban a la noche —era invierno— y se sentaban alrededor del fuego, donde, nosotras las mujeres y niños, habíamos permanecido rezando el rosario. Les interrogábamos, y ellos, parcos, contestaban: “Nada! ¡Ni rastro! ... Nadie le ha visto!” Y después de tomar un plato de porrusalda y leche con talo, volvían a descansar a sus hogares, hasta el día siguiente.

El que más me impresionaba era mi padre quien volvía totalmente mojado, montando un caballo blanco. Delgado, moreno, nervioso, era la estampa de un

pirata desesperado. “He ido hasta Lauros, atravesando el monte, y nada! ... Nadie lo ha visto!”. ¡Qué admiración me producía la figura de mi padre bajando del caballo blanco!

Una noche, después que volvieron los grupos que lo buscaban sin haber encontrado ni un solo rastro, estábamos los familiares sentados junto a la chimenea, cuando la abuela dijo: “¿No habéis oído? ... Me ha llamado!” No, nadie oyó nada. “Sí! sí! ha dicho Ama, Ama!”. Al de diez o quince minutos, un roce ligero en la puerta nos hizo estremecer a todos. Salió Rosendo corriendo, quitó la tranca gruesa que atravesaba la puerta. Allí estaba el Tío Manu. ¡Pero qué tío Manu! Pálido, demacrado, delgadísimo. Las ropas llenas de barro seco y barro fresco; y sobre todo, lo que más nos impresionó, las hojas secas de helechos que tenía aún adheridas sobre la ropa y sobre todo en la cabellera. Esto le daba el aire de una fiera salvaje herida. No levantó la cabeza ni miró a nadie. Nadie, ni a su madre, le habló ni la abrazó. En medio del mayor silencio pasó delante nuestro, subió las escaleras y se metió en la habitación de los chicos.

Después de un largo proceso, que duró casi un año, lo internaron en el manicomio de Zaldibar, después en Bermeo y allí murió. Tenía treinta años y era un hombre muy guapo, de ojos azules y pelo castaño.

Antes de que el tío Manu enfermara, el caserío Goiri era un caserío muy próspero. Trabajaban en la huerta los dos hombres, Manu y Rosendo, y la tía Agueda. Mi madre andaba en la costura. Tenían seis vacas, terneros, gallinas, conejos, cerdos ... y enormes extensiones que llegaban por el N.E. hasta la vía del tren de Munguía y por el Este hasta Berretiagas, donde cultivaban trigo, maíz, uvas ... Al Nor-Oeste un terreno grande que llegaba hasta el muro enjalbegado de la casa llamada de “La Fermina”. Se cosechaba toda clase de verduras y hortalizas. Paralelo al muro había una fila de tierra arenosa en forma de montículos continuos, alargados, donde estaba el sembradío de espárragos. Uno de los placeres más grandes era, para mí, cuando me permitían, sacar unos pocos. No muchos, pues era muy delicada la operación y se estropeaban los hermosos espárragos, si no se hacía bien el trabajo. Cuando en el montículo aparecía la cabecita verde del espárrago, se introducía junto a ella, en forma perpendicular, el cuchillo hasta el fondo, luego con un movimiento difícil se cortaba la base del espárrago y se tiraba de la punta. ¡Así salía el blanco y hermoso tronco entero y sabroso!

Todos los días la tía Agueda llevaba la “Bendeja” a Bilbao. Dos cantimploras de leche y un cesto ancho y plano, lleno de verduras y hortalizas y frutos de la temporada, sobre la cabeza.

Salía en el tren de Lezama de las seis de la mañana. Hasta la estación la acompañaba un hermano. No entiendo cómo se las arreglaba en Bilbao para repartir la leche por los pisos de su clientela fija y luego vender los productos del campo en el mercado. Me parece un trabajo enorme, aunque entonces no me lo planteé nun-

ca. Pero lo agradable era ver –a la una y media– a la rubia y bella tía Agueda, con su cesto en la cabeza, cargado de productos que compraba en Bilbao: café, aceite, chocolate, azúcar, anís para la abuela ... (la abuela, la mujer de Rufino, quien llegó a los noventa y pico años de entonces, se desayunaba con una rebanada enorme de pan casero bañado con una copa de anís “El Mono”, con su escarchita en la botella, y luego una taza de café fuerte ... ¡Misterios de la nutrición, tan contradictorios a veces!) y, sobresaliendo, el bolsillo del delantal de la tía Agueda venía hinchado de pesetas y “duros”. Los “Ogerlekos” eran enormes piezas de plata de cinco pesetas de valor.

Otra cosa que recuerdo bien era el “Auzolan”. Esto era la parte más importante de la cultura del Txorierri, que, desgraciadamente, ha desaparecido casi por completo. Si un rayo caía sobre la cuadra de algún caserío matando una vaca –¡recuerdo dos casos!– o se moría una vaca de enfermedad, o un incendio destruía parte de la vivienda, rápidamente se organizaba la ayuda y la solidaridad de todo el vecindario. Un par de hombres, que no pertenecían a la familia socorrida (es importante) recorrían las casas vecinas pidiendo colaboración. De esta forma se organizaban equipos para reconstruir, entre todos, el caserío destruido.

En el otoño, cada familia tenía derecho a recoger en el monte helechos y argoma, para el mantenimiento del ganado en invierno. El monte pertenecía a la comunidad, y éste trabajo pesado era realizado por todos los vecinos juntos en un par de días para cada familia, rondándose el servicio.

Pero el espectáculo más hermoso era la trilla del trigo. Colocaban, en frente del caserío, piedras grandes del río, y delante, unos sacos cosidos formando una gran alfombra. Venían las carretas cargadas formando una montaña de gavillas amañadas. Y comenzaba aquella faena increíble de hombres jóvenes, robustos, golpeando sobre la piedra las hermosas espigas de trigo, amontonando los granos dorados, muy hermosos, que otros recogían y metían en sacos. Se formaba una nube de polvo que a mi me parecía gloriosa, mientras los hombres, con las toscas camisas empapadas de sudor golpeaban y recogían el trigo con el que se amasaría el pan de cada día para tantos hogares.

Moviéndose con ligereza, y felices en su trabajo, las mujeres repartían jarras de agua y de sangría ligera. Otras preparaban en la cocina la abundante comida para todos. En esta faena participaban todos los vecinos, y el trabajo iba rodando cada día, de caserío en caserío. Jamás presencié una pelea ni una discusión y todo se organizaba según una jerarquía natural, como debe ser.

Pero lo que más recuerdo por la mezcla de miedo y alegría que me producían, eran las “Txarribodas”. La matanza del cerdo, un hermoso y enorme animal que había sido criado con mimo.

Nunca viví en el propio caserío, aunque siempre muy cerca del mismo. Desde la víspera sentía una gran angustia pensando en los terribles gritos con que me

despertaría el acontecimiento. En cuanto amanecía colocaban debajo de la parra, frente al portal del caserío, una enorme mesa baja de gruesa madera. Entre varios hombres, muy fuertes, colocaban al enorme animal tumbado, de costado, sobre la mesa, sujetándolo sólidamente, mientras el matarife clavaba profundamente en el cuello, sobre la aorta, un alargado cuchillo. Era entonces cuando empezaba aquella horrible “serenata” de gritos estridentes, alucinantes, del pobre animal que comenzaba a desangrarse por la herida. La tía Agueda, arrodillada, recogía en un balde la sangre, y con la mano derecha la batía sin parar. Pero lo terrible de ésta operación es que duraba mucho tiempo, ¿media hora?, ¿una hora? A mi me parecía una eternidad.

Colocaban luego un montón de helechos secos en el suelo y sobre esta camada al pobre cerdo que, al fin, había callado después de vaciarse de toda su sangre. Llevaba mi tía Agueda, ayudada por otras mujeres, el enorme caldero al portal, y allí empezaba la ardua y esmerada labor de confeccionar las morcillas. Entre tanto, los hombres prendían fuego a los helechos y quemaban al animal, suavemente, para chamuscar todos sus pelos.

Y empezaba el despedazamiento hecho con gran maestría por el matarife: jamones, perniles, lomos, tocinos, etc. ... Para nosotros, los críos, la gran juerga. Colocaban sobre hojas de berza raciones bien calculadas de tocino, hígado y una morcilla, y nos mandaban repartirla a todos los vecinos. Para el cura y el alcalde se añadía un poco más y se envolvía la hoja de berza en un paño blanco. Nos daban a cambio unas monedas de cobre que nos llenaban de felicidad.

Ya de noche, habían terminado de hacer todas las morcillas y chorizos y metido las piezas importantes en un enorme barril de madera, lleno de sal gruesa, donde permanecían varios días.

Los sacaban, al cabo, y los sobaban bien con pimienta roja, y otro producto que no recuerdo, y los colgaban en unas cañas paralelas al techo donde, con el humo de la chimenea, curarían rápidamente. ¡Qué adorno más precioso el de todos aquellos jamones, costillas y sardas de chorizos colgando del techo, dorándose con el oloroso humo que en la chimenea producían los troncos secos de la vid!

A la noche, terminado el trabajo, se celebraba la verdadera “Txarriboda”, una suculenta cena donde, además de pedazos selectos del cochino, se comía “Origoasak” y el “Intxaursaltza”, manzanas asadas y abundante “ardaua” y “txakolí”. Cosa curiosa, no recuerdo que se terminara cantando como en la mayoría de los banquetes vascos.

Frente al caserío estaba, y aún está la ermita de Santa Cruz. Sencilla, bonita, de piedra, con techo a dos aguas. Una puerta de roble labrado, muy usada, rematada por una abertura, en corona, con columnitas torneadas. Encima del portal, una ventanita redonda, o lucero más que rosácea. En medio de la nave, una enorme lámpara de bronce, en forma de plato –o rueda–, colgada de unas fuertes cadenas al techo. Todas las noches, mi abuela llenaba la lámpara con agua y encima ponía una

gruesa capa de aceite. Sobre dicha capa colocaba unos pequeños discos de cartón encerado en medio del cual había un mechurrio de algodón. Con éste sencillo sistema permanecía toda la noche alumbrada la ermita. Cuando se colocaba la lámpara tocaban las campanas del ángelus con una sonoridad tan alegre y parlanchina ... ¿Dónde estará ahora esa campanita de mi infancia? ... Al oír la campana del ángelus, nosotros los críos, debíamos regresar inmediatamente a nuestras casas, sin excusa!

Entre el caserío y la ermita había una especie de charco que casi siempre estaba lleno. Del lado del caserío estaba rodeado de abundantes mimbres y por el lado del camino, las vacas bebían al volver del campo. En cuanto anocheecía, comenzaba la serenata, ¡la más bella serenata en mis recuerdos! Ranas, sapos, chicharras cantaban su alegría de vivir.

En frente de la ermita, un poco al sur, había, y creo que aún está, un robusto y hermoso caserío. Un poco más hacia el este, dos espléndidos caserones bien asentados. En uno de ellos veraneaban gentes de Bilbao; una familia numerosa, de unos diez hijos, pequeños y siempre vestidos de marineritos. Cuando salían a pasear, iban todos en fila, como si fueran de un colegio. La madre era una mujer muy planturosa que nos impresionaba mucho. Alta, rubia, elegante, su marido era más pequeño e insignificante. Se llamaban, y se llaman siempre, espero, los Apraiz. ¡Qué impresión!

Qué admiración nos producían cuando, de vez en cuando salían los dos solos “disfrazados” de cazadores con sendas chimberas al hombro. Solían andar por el jaro de Berretiagas o por la Ola ... Era la primera vez que se veía algo tan extravagante y admirable por Sondika.

Fui testigo de dos ceremonias funerarias en el viejo caserío de los abuelos de Goiri. Aitita Rufino murió con 90 años, y el tío Manu no llegó a los treinta y cinco.

Se llevaban los féretros al hombro, entre los familiares y amigos, desde la casa hasta la iglesia, y luego al camposanto... Camino largo, seguido por todo el pueblo en completo silencio. En el caserío quedaba un grupo de mujeres del vecindario para organizar el ágape, el banquete, porque aquello era un festín. Bajo la parra se



*Lavando ropa junto al patín del Caserío Goiri, de mi abuelo. María Aguirrezabala, la del pañuelo, y vecinas, junto al patín.*

armaba una larga mesa, con unos burros de madera y largos tablones encima. Y ahí se servía a todos los familiares y allegados que habían venido de Derio, Lujua, Gastañagas... y también a los vecinos. Las mujeres de la familia, y las vecinas más cercanas, quedaban para atender y servir a todos los asistentes.

Sopa de fideos. Garbanzos con chorizo y tocino. Un guisado de carne con gruesa salsa. Arroz con leche. Y sobre todo, abundante vino servido en jarras, y al final, café y copa... Mientras saciaban el apetito, la conversación era discreta y siempre hablando de los difuntos; pero al final ... aquello era algo que nos cuesta creer ahora, se contaban chistes, anécdotas, historias con tanto regocijo y gracia que era, todo el conjunto de la mesa, un ruidoso y alegre concierto de voces. Lo único que faltaba era cantar. Mientras tanto, las mujeres, en la cocina, fregaban y luego rezaban el rosario. ¡Cuántos parientes regresaron a sus caseríos caminando con pasos vacilantes!

Durante siete días, al anochecer, el caserío se llenaba de vecinos venidos para rezar el rosario, varios rosarios. Se repartía café y “Patarra”, un licor fuerte. Había viejas especializadas en rezar el rosario que eran muy apreciadas y veneradas.

## Mis aitas

**M**i madre, María Aguirrezabala, era una mujer muy guapa. Lo que más resaltaba en ella eran sus enormes ojos negros con una expresión de una gran dulzura, y, su pelo, negrísimo y ondulado, que recogía en un moño, cubierto con el clásico pañuelo de florecillas, o negro, a la manera de todas las campesinas de la época. Un día de San Juan, conoció a mi padre, Prudencio Trabudúa. Este, de Gastañagas, el mejor “espatadantzari” y “aurreskulari” del valle, estaba haciendo ese día una demostración de su arte. Vestía pantalón y camisa blanca, un chaleco negro, y, en cada ojal, y en cada oreja, un clavel rojo prendido.

Era de altura normal, más bien delgado, moreno, de pelo negro, muy guapo; pero, sobre todo, lo que más llamaba la atención era su garbo, su nervio. Todos los músculos, y hasta los de su cara, daban la impresión de estar en una tensión extrema. Todos sus gestos eran felinos y precisos. Mi madre, rodeada de sus amigas, le contemplaba extasiada. No pudo ocultar su emoción y exclamó “Ori gizon galanta!”. Quizás el lo oyó, o alguien lo comentó.

Esa noche de San Juan, Mari fue acompañada hasta casa –por primera vez– por el artista “aurreskulari” admirado por todos los que presenciaron la representación. Al cabo de dos años de noviazgo se casaron en la antigua iglesia de Sondika, cercana a La Campa, donde se conocieron.

Prudencio Trabudua Ibarlucea era el hijo tercero del caserío de Gastañagas, perteneciente a Lujua. Al Noreste de Sondika, a unos dos kilómetros.

El caserío de Gastañagas, donde nació Trabudúa, era un hermoso caserío de dos viviendas. En la que vivía mi padre, no tenía portal sino una especie de enorme hangar que daba al sur. Desde allí se divisaba, en la primavera, el espectáculo más bello que recuerdo de mi niñez: entre el río y el caserío, una enorme extensión de manzanos! Cuando florecían, aquello me parecía la entrada del paraíso. No hay cosa más hermosa y bella que un manzano de forma regularmente redondeada cubierto totalmente de esas pequeñas y preciosas florecitas blancas con sus pistilos amarillos. Cuando es un enorme bosque de manzanos en flor ¡qué gloria da contemplarlas! ¡Cómo se repite en mis recuerdos más queridos la campa de manzanos en flor de Gastañagas!

En el otoño, solíamos recoger las manzanas, rojas o verde esmeralda, en nuestros cestitos de Caperucita Roja, escogiendo las mejores. El resto, lo recogía a paladas el tío Juan Cruz para el ganado. Los viajes que solía hacer con mi madre a

Gastañagas, llevando para la abuela María Cruz una botella de anís... ¡qué recuerdos! Veníamos cargadas de alubias rojas, tocino, costillas de cerdo ahumadas... Pero sobre todo las manzanas arrugaditas, pero con un perfume tan rico; tienen, en mi recuerdo, el encanto de algo especial, lleno del espíritu de aquella unión familiar tan entrañable.

Juan José Trabudua, mi abuelo, era un viejo delgado, moreno, de ojos castaños, inteligentes. Su cara enjuta, siempre seria, daba la impresión de eterna fijación. Tenía fama de forzado, de duro en los trabajos del campo; pero a base de puro nervio.

La abuelita, Mari Cruz Ibarlucea, menuda, de cara redonda siempre sonriente, debió de ser rubia. Tenía los ojos azules. Siempre la recuerdo con su cestito negro, de dos tapas, lleno de regalos: castañas, nueces, manzanas ... Tenían cinco hijos. La mayor, Serena, casada con el sacristán-campanero-administrador de la iglesia de Derio "Goikoa". Un nieto de Serena es hoy un famoso pianista, reconocido internacionalmente, y que vive en Nueva York.

El segundo, Pedro, vivía cerca de Gastañagas en un caserío que construyó para casarse. El tercero, Prudencio, mi padre, manifestó desde niño, pocas ganas de ser agricultor; le gustaba construir. Ya con 14 años iba todos los días a Asua donde un famoso carpintero-constructor le enseñaría el oficio. A los 17 años ya hacía sus propios contratos para trabajos de restauración. Las construcciones de esa época, en Txorierri, no utilizaban el hormigón; eran a base de paredes maestras estructuradas con gruesos maderos que formaban el armazón de líneas armónicas y sólidas rellenas de ladrillo y piedra ... o de mampostería.

Desde principios de siglo, casi todas las casas que se han construido en Sondika y aldeaños fueron construidas por Trabudua, Pruden. Tenía un equipo de obreros, aldeanos fuertes y robustos y un par de albañiles profesionales que formaban un grupo unido por el respeto y admiración centrados en él. Frecuentes comilonas en las tabernas de Satur, Enrique, Asua, Bilbao ... ayudaban a mantener la unión del equipo. Trabudua era generoso, muy generoso.

El cuarto hijo era Juan Cruz. Contrariando las normas del uso vasco, éste se quedó con el caserío. Se casó con una Real de Asua —la mujer más fea que recuerdo— pero le dio varios hijos muy hermosos y sanos.

La última, la tía Sotera. Debió de ser muy bella, alta, delgada, de ojos grandes; sobre todo de porte muy señorial, buena planta, de espíritu gótico. Se casó con el partido más codiciado de Sondika, Aureliano Urrutikoetxea, hijo mayor del jauntxu más respetado del pueblo, quien fue alcalde por toda su vida, cargo y beneficio que traspasó, en su tiempo debido, a Aureliano.

Vivía la tía Sotera en un bello caserío señorial situado en lo que es hoy el aeropuerto de Sondika, junto a la pista de aterrizaje inicial, al comienzo de la pequeña pista, donde se celebraban entonces partidos de fútbol y concentraciones patrióti-

cas del P.N.V.(El Partido Nacionalista Vasco, ajeno a los intereses de Aureliano –con miras en Madrid– fue muy perseguido por él).

Trabudua, Pruden, mi padre, murió con ochenta y seis años, como un monarca, en 1972, después de una buena vida meritoria. Recibí un telegrama de mi hermana M.<sup>a</sup> Angeles que decía así, textualmente: “Padre gravísimo. Si quieres verle con vida ven inmediatamente.” Vivíamos en nuestra hermosa quinta “Maite”, recién estrenada, en Maracaibo (Venezuela), y yo seguía trabajando en San Francisco (Zulia) en el departamento social de las Empresas Mendoza, como directora de la escuela artesanal y hacía dos meses que Unai había llegado de Nueva York ... Cuando recibí el telegrama, no tenía yo ni visado para entrar en España, ni dinero, ni ropa de invierno. Además mi entrada en España era peligrosa para mi libertad. Yo no sabía en que situación estaba lo de mi condena a muerte dictada por Franco y si el consulado me concedería el visado. El dinero, lo pedí adelantado a la empresa. El señor Pantin, gerente general, me lo concedió inmediatamente.

Tenía un vestido azul marino de lanilla, muy bonito, con dos grandes bolsillos a los lados de la cadera. Mi hija Naya, me prestó un jersey de lana negro –esta indumentaria no era la más adecuada ni suficiente para el clima del mes de enero– y con el pasaje que me preparó Silvana de la agencia “Europa”, salí para Caracas. Después de increíbles gestiones ante los empleados de Iberia conseguí por fin que me dieran una tarjeta de embarque para Madrid. Me entregaron la tarjeta de embarque y me retuvieron el pasaporte que entregaron al comandante del avión Iberia para que éste me presentara a la policía española. Llegamos a Madrid. Quedé sola en el avión. Todos los pasajeros habían bajado en Barajas. Tardó mucho tiempo el comandante. Aún no había esos túneles hasta los salones. Cuando llegamos a la oficina y el capitán le explicó mi caso, mostrándole el telegrama de mi hermana, el policía español me miró con simpatía diciéndome: “Tranquila, señora. Todo se va a arreglar.” Yo estaba blanca y temblaba como un azogue. El creía que era de miedo, y era de frío. Yo, después de aquel paseo a pie desde el avión a la recepción, estaba aterida de frío hasta la médula. ¡En Maracaibo estábamos a 33 grados a la sombra!

Total que telefonaron a Sondika, al tío Aureliano, alcalde y Procurador de Franco, y éste dio el visto bueno. Viajé de noche en el “Talgo” y llegué a Bilbao a la mañana, temprano. En un taxi, hasta el café “Victor” de la Plaza Nueva. Telefoné a Sondika, me dijeron que aita estaba en el hospital de Basurto.

Antes, algo importante he de aclarar. Al momento de salir de casa, en Maracaibo, Unai, mi hijo, me metió en el bolsillo algo muy pequeño, envuelto en papel plateado y me dijo: “Si tienes fe en mí, en el momento en que veas que se está muriendo, ponle esta pastilla sobre la lengua y dile que es de mi parte”.

Llegué al hospital en un taxi. Pronto localicé la habitación privada donde agonizaba mi padre. Era grande y bien iluminada por una amplia ventana, la cama situada en medio. Estaba aita rodeado de mucha gente. M.<sup>a</sup> Angeles y Karmelo cer-

ca de él, a cada lado, y un poco alejados: Emilia, Lucina, Josefa, los primos y algunas vecinas ... La habitación, llena. El padre sólo tenía un tubo en la nariz y mantenía los ojos abiertos. Cuando me vio su mirada expresó alegría, sorpresa y quizás un poco de terror. Si su hija venía de tan lejos es que él se encontraba grave.

No habló nada. Sólo me miraba. Su respiración era tranquila y regular. No parecía sufrir nada. Yo le hablé de sus nietos de América, del cariño que sentían por él... Y entonces me acordé del diminuto envoltorio plateado que tenía en el bolsillo. En todo el viaje no había pensado ni por un momento en él.

En un momento dado todo el mundo salió de la habitación y nos quedamos solas, con el padre, mi hermana y yo. Brevemente le mostré y expliqué a M.<sup>a</sup> Angeles el encargo que me había dado Unai. M.<sup>a</sup> Angeles se puso lívida. “¡Ni se te ocurra!...”. Y seguimos hablándole al padre y él mirándonos. Entró Karmelo, el marido de M.<sup>a</sup> Angeles, y con un cariño y una profesionalidad increíble, descubrió las sábanas, dejando al desnudo el cuerpo de aita, le frotó con colonia el vientre, las piernas y la parte trasera, con una gran delicadeza. Luego lo entalcó completamente mientras le decía: “¡Qué bien! como un niño pequeño, eh!...”. Mi hermana me dijo que siempre le hacía así su higiene, aún las más íntimas. No permitía que ninguna enfermera le tocara, mientras él le acompañaba así todos los días!

Entró una enfermera a tomar el pulso y tensión y salió corriendo diciendo: “¡Apenas tiene pulso!...”. No sé por que circunstancias salieron también M.<sup>a</sup> Angeles y Karmelo y quedé sola con aita. No dudé ni un momento. Sentía que una fuerza favorable me ofrecía éste inesperado azar. Tomé la pequeña pastilla blanca y le dije: “Aita, abre la boca. Te traigo un regalo de parte de Unai”. El abrió la boca y la deposité sobre su lengua como un granito de arroz.

En ese mismo momento se abrió la puerta y venían, detrás del médico y de la enfermera, todos los demás acompañantes. Yo no sé quién me dio la inspiración y la fuerza para hacer lo que hice entonces. Me paré frente a la puerta y abriendo los brazos en cruz le dije al doctor; “He venido desde América para estar con mi padre y comunicarme con él de un asunto de gravedad. Le ruego me dejen un minuto a solas con él.” Y cerré la puerta. Vi que la pastillita había desaparecido. Me dejaron con el padre no sólo un minuto, quizás cinco, o más ...Al cabo, entraron todos. El médico le auscultó de nuevo y exclamó: “¡Es extraordinario! Su pulso se ha normalizado ¡Nada!, que en un par de días Trabudua se nos vuelve a Sondika”. Todo el mundo se tranquilizó. Pero me pareció, en mi sensibilidad fatigada, que no todos se alegraban de verle al viejo, tan campante, otra vez por Sondika.

Después de charlar un rato, todos con un cierto optimismo, volvieron a salir al pasillo y quedamos, solas con él, mi hermana M.<sup>a</sup> Angeles y yo. Le indiqué con un gesto que había cumplido lo que le dije. Estábamos las dos de pie, del mismo lado, mirando con ternura y ansiedad el rostro de nuestro padre.

Este permaneció un largo rato con los ojos cerrados, tranquilo, sereno.

Nosotras rezábamos en voz alta el “Aita Gurea...” ¿cuánto tiempo? De repente, Aita abrió los ojos y nos miró con una ternura inmensa, y con los labios cerrados dibujó una maravillosa sonrisa, una sonrisa de plenitud que no hay palabras para describirla. Luego dirigió su mirada hacia el techo y abrió unos ojos que sólo se pueden comparar con los ojos de los niños maravillados ante algo que desconocen y les agrada. Esta mirada quedó grabada a fuego en mi memoria. M.<sup>a</sup> Angeles y yo nos abrazamos fuertemente diciéndonos: “¡Nos está sonriendo... Nos está sonriendo!” Y ella me repetía, entre asustada y contenta: “Zuk eta nik bakarri!...”.

Nuestro Aita había muerto. Desde que tomó la pastilla hasta que murió pasarían unas dos horas. Ya era de noche. Durante mucho tiempo me persiguió un gran remordimiento. Sentada junto a él, con sus manos apretadas entre las mías, yo le hablaba. Recuerdo que le dije; “Aita, te vas a morir... Vas a descubrir el gran secreto...No sufres nada. Aquí estamos todos los que te queremos. Dios te quiere mucho. Vamos a rezar todos juntos. “Aita gurea zeruetan zirena...”. Y él movía los labios, repitiendo conmigo las palabras sagradas. Junto a la ventana había una mesa y varias sillas. Sobre la mesa, en paquetes de papel, jamón serrano, chorizo de Pamplona, pan campesino y una botella de marca. Yo llevaba no sé cuántas horas, o días sin comer. A la vista de aquellas vituallas, casi desconocidas en Venezuela, sentí un hambre irresistible. Me daba vergüenza el levantarme del lado de Aita y ponerme a comer. Me parecía indecoroso. Pero el estómago seguía reclamando, imperioso, y por un momento hasta llegué a pensar: “¡Dios mío!, ¡que se muera pronto!” sin pensar que, muerto él, era más obsceno que me pusiera a saborear las ricas vituallas.

Le cerré los ojos. Le apreté la mandíbula que permaneció cerrada. No podía separar la mirada de aquel rostro que iba adquiriendo un color de mármol blanco y que expresaba tanta serenidad y seguridad.

Alquilaron unos coches y nos fuimos todos a casa, a Sondika, dejando a la funeraria el trabajo de cierto embalsamamiento y de prepararlo y traerlo en un coche fúnebre a casa. Llegaron con el féretro a las doce de la noche. La casa estaba llena, hasta la cocina y las escaleras, de hombres del pueblo. ¡Todos los vecinos! Arrimaron su hermosa cama junto a la pared y colocaron el féretro abierto en medio de la habitación, y alrededor varias sillas. Ningún adorno, ni velas. Sólo Trabudua, vestido con el hábito marrón de San Francisco de Asis, cubierta la cabeza con la capucha. Un gran cordón blanco en la cintura, y sus bellas manos (sus “garras” como le decían), cruzadas sobre el pecho.

Los amigos más íntimos se sentaron alrededor del ataúd. Al principio callando, y poco a poco en animada conversación, hablando de anécdotas del famoso “Pudrín”, mientras desde la cocina, las mujeres y unas vecinas, les servían café y copas. Al final, hasta reían animadamente.

Tomé dos analgésicos, besé el bello rostro de mi padre que parecía un emperador romano, y me dormí profundamente hasta las diez de la mañana siguién-

te. El funeral fue a las doce, en la nueva iglesia de San Juan Bautista de Sondika –que parece un taller entre talleres–. Todo el pueblo estaba allí y muchísima gente de Bilbao. Personajes importantes de las empresas Lipperheide & Guzmán y de la política local se hicieron presentes.

Siguiendo el coche fúnebre, los familiares, en caravana de coches, llegamos al cementerio en medio de un enorme temporal de viento, lluvia, rayos y truenos. A pesar de ello, la gente nos acompañó a pie hasta el camposanto, con los negros paraguas abiertos como champiñones en luto.

La puerta del panteón estaba abierta. Colocaron el féretro sobre la placa de mármol. Abrieron la tapa de la urna y dejaron al descubierto el rostro de aita. El cura lo bendijo. Yo me incliné dejando un beso sobre su fría frente... Y miré por última vez, ahí, su perfil, su bello perfil de estatua greco-romana. Bajaron, entre cuatro hombres, a la gran sala que él mismo había construido, su sencillo sarcófago y lo colocaron en uno de los veintidos nichos que dicha sala poseía. Sobre la cruz de mármol, una inscripción que dice “Propiedad de Prudencio Trabudua & hijos”. No sentía ninguna tristeza, no lloré. Sabía que un hombre muy especial había llegado a otra dimensión, dimensión inefable. Se había despedido de su estancia en esta tierra con una sonrisa de felicidad, mientras miraba con amor a los dos seres que más quería. Y su mirada última, mirada inolvidable que reflejaba una maravillosa visión de luz de amor.

Al día siguiente volví en tren a Madrid y luego a Venezuela en avión, después de rocambolescas peripecias con la fecha de salida fija y la recuperación del pasaporte que había quedado en manos de la policía de Barajas.

Encontré mi hermosa casa “Maite” con toda la familia, que esperaban con amor. No comenté nada sobre los últimos momentos de aita. Sólo con Unai. Cuando terminé, él comenzó a llorar y me dijo: “Aitite ha muerto como un ¡faraón!”.

## *Me pusieron Polixene*

**M**aría y Prudencio se casaron muy jóvenes. Él construyó una sencilla y bonita casa, cuadrada, de cuatro aguas, en un terreno situado junto a la taberna de “Satur”, centro de Sondika, en el camino a Goiri. En el segundo piso de esa casa nació yo, la tercera de los hijos. Los dos primeros, varones, murieron, mejor dicho nacieron muertos en el parto. Cuando nací, ya casi amoratada, mi padre y la comadrona, junto con dos vecinos, me llevaron en seguida a la iglesia para bautizarme... antes de que muriera y quedara en el Limbo para toda la eternidad. ¿El nombre que me pondrían? ¡Ni lo pensaron! sólo pensaron en salvar mi almita...

Al volver a casa, preocupados aún de mi supervivencia, olvidaron el nombre. Mi padre tuvo que volver a la iglesia a preguntarle al párroco. Fue idea de éste el ponerme ese nombre tan extraño: POLIXENA. ¿Estaría leyendo la Iliada? No lo creo. Quizás en algún viejo santoral se encuentre Santa Polixena.

Aita construyó otro edificio más grande, de dos pisos y dos plantas adosadas. Estaba también junto a la taberna de “Satur”, pero en la carretera hacia Asua. (La taberna de “Satur” estaba situada justo en el cruce central del pueblo, en frente de la estación del tren). Tenían, los primeros pisos unos hermosos miradores acristalados que ocupaban toda la fachada. Al frente teníamos la herrería de Nicolás, las fraguas de Vulcano de Velázquez. Allí vivimos dos, tres años.

De ese período recuerdo un hecho que me impresionó mucho. Un nacionalista –del P.N.V.– le rompió la cabeza, con un botellazo, a aita. Volviendo del rosario, al anochecer, nos dicen: “¡Han herido de gravedad a Pruden!”. En la cocina de don Nicolás, el médico (de quien luego hablaré), se encontraba mi padre con una herida enorme en la cabeza. Lo que más me impresionó fue la cantidad de sangre, que cubría su blanca camisa, que había encharcado el suelo. Luego, varios días mi padre en la cama, con la cabeza vendada, como un turbante; y, todos los días –a la mañana y a la tarde–, la pareja de la Guardia Civil preguntando “Trabudua, dínos quién ha sido que lo vamos a castigar.” Y mi padre contestando siempre “No sé. No le vi”. ¿Miedo? No creo. Aita fue valiente, muy valiente, diría casi temerario. ¿Por qué le hirieron? Nunca lo supe.

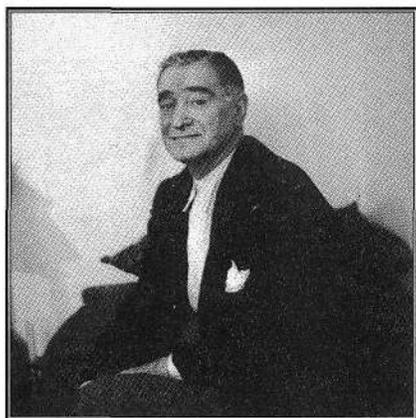
Desde ese mirador presencié otro hecho que me impresionó, y me traumatizó. Mi padre había comprado un galgo negro, bellissimo. Yo lo adoraba. Pero no lo teníamos encerrado en el piso. Salía cuando quería y retozaba en los huertos de enfrente. Era verano. Estalló de repente una de estas tormentas, como tropica-

les, de rayos y truenos tremendos. “Beltza” no estaba en casa. Me asomé al mirador para ver súbitamente el zigzaguear de un rayo que cayó sobre el frente del Benturillo. Cuando abrí los ojos, allí estaba, en medio de la carretera, encima de la fuente, el hermoso galgo negro –comprado a los gitanos– yacente. Mi padre no me dejó mirar más, y cuando acabó la tormenta salió para recogerlo. ¡Lo tiraría por algún barranco cercano!

Aita vendió el edificio de cuatro viviendas y nos fuimos a vivir al otro lado de la vía, a casa de Juaniko el que picaba los billetes en el tren. Tenía un tic, cada vez que picaba el billete apretaba los ojos, y esto nos daba mucha risa a los estudiantes que andábamos en el tren todos los días a Bilbao.

Decididamente teníamos que vivir alrededor de “Satur”. Esta casa estaba situada al otro lado de la vía. Por el Oeste “Satur”, y al N.E. la hermosa casona del médico Lopategui, don Nicolás, casado con una hermana de Aureliano Urruti-koetxea, marido de la tía Sotera. El matrimonio sólo tenía una hija, Mirentxu. De este extraordinario hombre se ha sabido poco en Sondika. Recién casado, durante unos “aguadutxus”, con inundaciones y el agua del río por encima del puente, incomunicado el camino de la Ola después de fuertes y seguidos chaparrones... Don Nicolás recorría los caseríos montado en un caballo blanco... Ese día le avisaron que en la Ola había un enfermo grave, y él no dudó, ni por un momento, ir a visitarle.

A la vuelta, el caballo, asustado ante tanta agua, se encabritó y lo arrojó. Pudo salir, pero desde entonces quedó completamente paralítico de cintura para abajo. Siguió ejerciendo su profesión que tanto amaba. Recibía a los enfermos en el bello salón, sentado en una mecedora, pero cuando tenía que hacer alguna intervención para curar alguna herida o botellazo, como el de aita, Estéfana, su esposa lo trasladaba, con sillón y todo, sobre una alfombra, desliziéndose hasta el fregadero de la cocina, de mármol blanco, y allí los curaba.



*Don Nicolás Lopategui, médico de Sondika.*

Lo recuerdo como un hombre muy guapo, de facciones regulares, grandes ojos negros, pero sobre todo por el cariño con que nos trataba, sobre todo a los niños. Por otra parte, Mirentxu y yo fuimos inseparables amigas del alma hasta los diez años, en que ingresó interna en el Colegio de Berriz. Fue mi primer enorme disgusto. Todo el día estábamos juntas. Nuestros juegos eran algo extraños. Además de muñecas y casitas, como todos los niños, jugábamos a ver quién de las dos recogía más caracolitos entre el ramaje cerrado de las rosas clave-linas. Estas matas bajitas formaban dos muritos a los lados de la entrada. ¡Qué alegría cuando

recogíamos muchos y teníamos para hacer un collar o una pulsera! El perfume de las clavelinas blancas siempre estará asociado en mi memoria a aquella infancia feliz.

Otro juego extraño era cuando nos sentábamos las dos, cada una en un orinal, alegando una imperiosa necesidad. Entonces nos tapábamos los ojos con la manos... y comenzaba una diciendo “VEO VEO, UN BOSQUE LLENO DE FLORES Y APARECE ...” –y aquí la aparición–. Luego le tocaba a la otra describir lo que veía con la imaginación... Y así pasábamos largos ratos. Veíamos maravillas. Debe de ser que la posición tan “relajada” animaba a nuestra imaginación. De vez en cuando, Estéfana abría la puerta, nos sonreía y se iba. Debía de encontrar nuestro juego completamente inocente, y así era.

Lo más emocionante era cuando nos dejaban salir hasta el caserío del tío Aureliano. Nos escondíamos detrás de unos zarzales, recogíamos unas ramas espinosas y nos las poníamos alrededor de los brazos y de los muslos. Apostábamos a ver quién aguantaba el sufrimiento hasta que le saliera alguna gota de sangre. Nos entrenábamos para ser misioneras mártires. Queríamos ser mártires de Jesucristo, y nuestro propósito era cuando fuéramos mayores, ir a conquistar moros, convertirlos y morir proclamando nuestra fe. Había una canción –que ahora no recuerdo– de una santa mártir, y mientras “sufríamos”, la cantábamos.

Un día de gran exaltación mística nos pinchamos el dedo con la punta del bisturí (agarrado en la cocina) y escribimos un juramento con sangre y un palito. Nos jurábamos mutuamente que si una se moría primero, la otra saldría una noche helada, en camisón, al balcón para agarrar una pulmonía. ¡Debía de ser la muerte más frecuente de la época! Y ¡oh! ¡inocencia y amor! colocábamos el papequito, con un alfiler, en un pliegue interior del manto de la Virgen, en la iglesia de San Juan, la antigua.

Luego Mirentxu Lopategui se fue al colegio de las Mercedes y nosotros cambiamos por última vez de casa.

Aitita Rufino de Goiri le regaló a mi madre, un terreno cerca del caserío. Era un terreno triangular, con el ángulo más agudo hacia el Norte, hacia la estación del tren, y el lado más corto hacia el Sur, y el lado más extenso a todo lo largo del camino Goiri, y el otro lado –igual de largo– a la vía del ferrocarril, un poco en contrabajo. Estaba separado de la vía por un corte de tierra de unos cuatro metros. Este lote era el trozo más alto de un gran terreno, que pertenecía al caserío Goiri y que había sido partido en dos cuando construyeron el ferrocarril. Se llamaba “MAEZTEGI”, por lo que supongo que había sido una plantación de uva, con la que se hacía “txakolí” para todo el año.

Aitita Rufino se lo dio a ama con la condición de que aita construyera una casa de dos plantas; una para nosotros y otro piso para la tía Agueda. Esta nunca lo habitó pues al casarse con Lucio Eguzkizaga construyeron un bonito chalet cerca del camino de la ermita de San Juan. En el terreno triangular aita construyó una

bonita casa con estilo difícil de definir. Techo de cuatro vuelos, arcos de medio punto en tres portales; y los más curioso era que siempre la estaba modificando, remodelando y cambiando. Cuando conseguía algún balcón o ventana de hierro labrado, lo ponía, cambiando la casa completamente de aspecto. Una bonita escalera que amatsu sombreó con una espesa enredadera que en Venezuela se llama Parchita, y que tenía unas flores que llamábamos “Pasión de Cristo”, la derribó para construir en su lugar una habitación más que transformó en saloncito.

Teníamos una bañera impresionante, de esmalte blanco, sacada del “derrumbe” de algún palacete, que nunca usamos. Servía para lavar ropa, en invierno; o para guardar patatas, alubias, manzanas... Era enorme. La casa tenía delante un hermoso jardín con reja a la calle, y rincones con azulejos, árboles frutales, parra, una palmera, y un “patín”, dentro de un cubo de aspecto mozárabe, con dos ventanucas gemelas, de medio punto, y una terracilla festoneada de ladrillos calados. En medio, la fuente. Un pozo de gran profundidad de donde se sacaba agua muy pura y fresca con cadenas y baldes. Un trabajo que hacían los chiquillos. Detrás de la casa, a lo largo de la vía y en paralelo, había ciruelos de los que dan las denominadas “claudias”. También recuerdo dos grandes eucaliptus. Estos árboles me llenaron de terribles temores, quizás herencia ancestral de otra vida, ¡tan extraño era mi miedo! No siempre, sino cuando soplabla fuerte viento norte. Las largas y picudas hojas del eucaliptus, al repiquetear con un sonido agudo, metálico, nos hacían sentir las cosas más extrañas y terroríficas. Yo gritaba, alucinada: “Badator! Badator...!” Mi padre decidió abatirlos.

Bordeando la entrada de la puerta de la verja de la reja del jardín había dos hermosas higueras que crecieron mucho, tanto, que mis hijos podían entrar en su habitación de adolescentes trepando por sus gruesas ramas... Y luego, mucho más tarde, mi padre trajo la palmera y la plantó cerca del patín...



*La palmera que plantó Eguz-*

*kiñe.*

En esa casa pasé mi juventud y los primeros años de casada; hasta que la guerra civil nos obligó a exilarnos. De ella tengo recuerdos tristes así como momentos de grandes emociones. Hay uno que perdura y perdurará con una intensidad que en momentos de insomnio, cuando quiero alegrarme, lo evoco y vuelvo a sentir hasta el perfume que me deleitó. Mi habitación tenía un balcón que daba hacia la estación del tren. En el centro, mirando hacia dicho balcón, una bonita cama con cabecera de varillas torneadas, y muchas mantas de lana. Un tocador donde me peinaba mis tirabuzones

negros, y un armario de tres puertas donde guardaba mi ropa. Cosa curiosa, no recuerdo ningún santo ni grabado que adornara mi cuarto: sólo paredes blancas. Y sin embargo mi piadosa madre debió de colocar algún santo o imagen protectora que no recuerdo.

El balcón, pintado de verde, tenía la mitad cubierta de un tupido seto de rosas silvestres; por la otra mitad podía contemplar la calle y hasta el monte Umbe, desde mi cama. Una mañana, debía de ser domingo, me desperté siendo ya de día y el sol se reflejaba en los árboles, abrí la puerta del balcón y me acosté de nuevo. De repente, con gran estruendo estalló un concierto de gorriones y de algún otro pájaro más. Estaban escondidos entre las ramas del rosal. Me quedé maravillada y al mismo tiempo sentí, con una intensidad que nunca antes había sentido, el perfume de las pequeñas rosas blancas silvestres. Entonces sentí por primera vez algo semejante a un éxtasis, de tal intensidad que nunca se ha borrado de mi memoria ésta sensación.

## *Figuras de Sondika*

**S**ondika era entonces, ya lo he dicho, una pequeñas aldea con unos cuantos caseríos y tres o cuatro casonas de piedra tallada. Las dos tabernas del cruce, a cada lado de la carretera, frente a frente, junto a la estación del tren. La de “Satur” frecuentada por los nacionalistas del P.N.V. y la de “Enrique” por los “otros”. No sólo los hombres bebían “txikitos” y jugaban al Mus en unas toscas mesas, también se podían comprar alimentos, alpargatas y elementales objetos de mercería, como agujas, hilos, botones... Siempre recuerdo cuando mi madre recomendaba: “Dile a Martín, o a Casilda, que no le eche mucha achicoria al café”. Este se vendía siempre molido y mezclado con achicoria. Ponían sobre la balanza un papel grueso de estraza, echaban dentro la cantidad pedida de café o –de azúcar– agarraban luego las puntas del papel, de dos en dos, y con una habilidad prodigiosa lo hacían girar cerrando el papel que era tan seguro como el mejor paquete.

A pesar de la identificación de ambos negocios –mi padre era monárquico–, nosotros siempre íbamos donde “Satur”; pero aita solía ir a jugar al Mus donde “Enrique”. Allí es donde le hirieron con el botellazo en la cabeza.

De esta época antes de empezar a estudiar en Bilbao en el Colegio de las Hermanas de la Cruz, quiero recordar algunos personajes representativos del Sondika de mi infancia. Los personajes que a mí más me impresionaron son varios. Algunos de ellos eran de fuera, extraños que se instalaron en el pueblo, y que en aquella época denominaban “maketos”.

### **FELA BALTZ**

La llamábamos “Felabaltz”, o sea, Fela la Negra. Nadie sabe de donde vino, sólo que un día se instaló con sus siete pequeños hijos y su marido justo en frente de nuestra casa, en un coqueto chalet que tenía dos palmeras de centinelas a la entrada de un hermoso jardín. Su marido, alto. Flaquísimo, delgado, enjuto, con una humilde expresión de hombre dominado –un santo varón–, iba todos los días, llevando su cestito de obrero con comida, a Bilbao, y volvía a la noche. Ella era una mujer muy hermosa, y a pesar de las numerosas maternidades, lucía un cuerpo esbelto y garboso. Se vestía a la usanza de las mujeres de entonces, con pañuelo en la cabeza, ocultando su pelo o moño... Hablaban en casa en euskera. Sin embargo, ella tenía

todos los rasgos físicos y costumbres de los gitanos. Era una espléndida gitana adoptada por algunos baserritarras. Nadie trataba con ella; le tenían miedo.

Por primera vez en Sondika empezaron a robar en las huertas, y gallinas en los gallineros. Todos suponían que eran Felabaltz y sus hijos. Nadie se atrevió nunca a denunciarla. En ese tiempo de la dictadura de Primo de Rivera, los obreros empezaron con algunas huelgas. Las aldeanas del valle no se preocupaban por dichas huelgas, ni las entendían. Siguieron llevando a Bilbao sus hortalizas, frutas y leche. Con sus burritos cargados con cestos a ambos lados del animal, hacían su acostumbrado trayecto, desde Lujua y Sondika a Bilbao, iniciando desde La Ola, la subida por el monte Artxanda, bajando luego por Matiko. Y al anochecer volvían al pueblo con sus "Ogerlekos" y lo necesario para sus hogares.

Y resultó que la única persona que se preocupó y luchó por la huelga fue Felabaltz. ¡Quién sabe qué cuerdas de su sensibilidad ancestral gitana, producto del milenarismo trato injusto que recibían, se despertaron entonces! El hecho es que se sentó, con una enorme hacha en la mano, sobre el murito del puente del río Goiri, de fielato, y decretó: "¡Atrás! ¡De aquí no pasa nadie!"...

¡Y todo el mundo se volvía al caserío con toda su carga!

Una solitaria joven, con su burro, no quiso oírlo. Dicen que Felabaltz trató de convencerla explicándole la solidaridad que debían de tener con los obreros en huelga, ¡nada! La joven testaruda quiso seguir adelante con su burro. Entonces la Felabaltz se enfada, coge el hacha con las dos manos y de un enorme tajo le parte la cabeza al burro. Felabaltz, misión cumplida, se fue a su casa. Durante los tres días que duró la huelga, ningún otro burro se atrevió a atravesar el puente.

La tía Agueda vivía en el caserío de Goiri Este con su esposo Lucio Eguzkizaga, antes de que construyeran el hermoso chalet "Mirasol". Mi tía seguía yendo a Bilbao con la "Bendeja" y el tío Lucio también, pues trabajaba en el matadero, como tratante... pero volvía al anochecer. Por ese entonces, en el caserío se dieron cuenta que empezaban a faltar algunas gallinas... pero cuando desapareció el hermoso gallo blanco de enorme cresta roja, se alarmaron todos.

Un día en que la tía Agueda vino a visitarnos a nuestra casa nueva de Maeztegui, (desde la ventana de la cocina se veía bien el jardín y la huerta de la Felabaltz) de pronto vio a su gallo blanco en el gallinero de la Fela, y también las otras gallinas desaparecidas. No había duda. ¡Eran ellos! Se veían perfectamente desde nuestra ventana.

Denunciaron el hecho a la Guardia Civil. Espiábamos con curiosidad —y un poco de miedo— la llegada de este siniestro cuerpo policial. "¡Ahí vienen!"... Tocan la puerta de Felabaltz.

Se oyen gritos, estruendo. No les dejaba entrar en casa. Desde el zaguán les increpaba gritando hecha una furia. No entendíamos bien lo que les decía. De

repente vimos que Fela agarraba su falda larga, por el borde, después de agacharse hondo y la levantaba, solemne, enseñando las piernas y las entrepiernas... Los civiles se fueron, luego supimos que para demostrarles que no podían llevarla detenida, porque estaba indispueta; les mostró su camisa manchada de sangre. "Será la sangre de la gallina que acaba de matar para la cena". Comentó la tía Agueda.

Y no pasó nada. ¡Nada! Por algo se decía de la Fela que era la querida de Pedro Urrutikoetxea, el viejo alcalde... y que varios de los chavales eran suyos. Probablemente era mentira. Felabaltz no necesitaba protección de padrino para infundir respeto hasta a los Civiles. Era la única mujer que se atrevía a sentarse en la taberna de Satur a jugar al mus con los hombres y a beber. Al llegar la noche, solía aparecer en la taberna su marido, alto y humilde. Con voz delgada le decía: "Fela, Fela, la cena está preparada... Los chavales están esperando para acostarse..." Muchas veces replicaba ella con un gran juramento, dándole un empujón y le mandaba que les diera de cenar a los críos y los acostara. ¡Era un caso! Su conducta era tan brutal y tan contraria a los usos del pueblo, que terminamos por acostumbrarnos, como un caso original, a todas sus barbaridades.

Pero el tío Luciano acabó con la leyenda de su desafío indestructible.

Un mediodía, dos días después del incidente del gallo, volvía la tía Agueda de Bilbao, con su cesto en la cabeza, cuando salieron de repente de la casa la Fela con una hija suya de quince años y empezaron a agredirle de forma tan brutal que quedamos paralizados de terror. Yo veía todo desde la ventana de la cocina. Mi madre corrió a ayudar a su hermana, pero cuando llegó ya había terminado la venganza. La tía con su bello pelo rubio, suelto, que le cubría la cara, parecía un Cristo. Con unos alfileres le habían rasguñado toda la cara, el cuello y los brazos, con heridas de poca gravedad pero terriblemente espectaculares, por la cantidad de sangre que manaba.

Apoyándose en mi amatxu, la tía no fue al caserío, sino a nuestra casa. Después de lavarle bien las heridas con agua, se acostó en mi cama. Era impresionante ver aquel bello rostro blanco, de ojos azules, cruzado en todas las direcciones por las rayas rojas, y la piel hinchada. Vinieron algunos vecinos, los primos de Guesuras y luego mi padre, ¡gracias a Dios! Pues sin ellos aquello hubiera terminado en una tragedia. Cuando llegó el tren de las seis apareció el tío Lucio. Alguien le avisó, y subió a nuestra casa a ver a su esposa desfigurada. No dijo ni una sola palabra. Bajó corriendo las escaleras, agarró un hacha que estaba debajo de la escalera, para cortar la leña, y salió como una furia en dirección de la casa de Fela quien estaba en el jardín con sus hijos.

Menos mal que mi padre, y los tíos, se dieron cuenta de sus intenciones y, prestos, lo agarraron y sujetaron. Nunca en mi vida he vuelto a ver algo parecido: un hombre convertido en bestia salvaje. Lanzaba gritos como un animal herido. Sus ojos estaban desorbitados; por su boca salía una abundante espuma blanca. Fueron necesarios cuatro hombres fuertes y mucho esfuerzo para sujetarlo. Gritaba, rugía:

“¡A esos, a todos hay que matarlos! ¡A todos! ¡Para que no quede ni siquiera uno sólo!...”.

Fue largo y difícil dominarlo. Por fin, con destreza, consiguieron meterlo en casa. Llevaron a la suya a la tía junto con el tío Luciano. Y el primo de Guesu-ras se quedó toda la noche en la cocina de guardia.

La casa de la Fela que siempre estaba con las ventanas abiertas –en verano– permaneció aquella noche, y todas las demás noches, desde tempranito, con las ventanas y persianas cerradas. Nunca más se supo de robos por Sondika; aquella cara, y sobre todo aquellos rugidos de fiera apocalíptica que profirió el tío Luciano debieron de asustar de verdad a la Fela. Para mi experiencia de niña fue algo terrible que me marcó profundamente. ¡Qué cerca del hombre, hijo de Dios, está la bestia, capaz de cualquier barbaridad!

## LA FERMINA

LA FERMINA. ¡Qué nombre tan terrible y misterioso! ¡Cómo nos impresionaba de críos! ¡Qué espanto nos producía cuando oíamos decir “¡Que viene la Fermina! ¡Que viene Sacamantecas!...” Y con diez años creíamos firmemente en la historia espeluznante de que esa mujer mataba a los niños para sacarles la manteca necesaria para conservar su juventud.

Frente a nuestra casa, separada por la calzada de Asua el Atajo de la casa de Felabeltz, existía, y creo que aún existe, un hermoso caserón de tres pisos hecho de mampostería y ladrillos, pintado de blanco, con líneas perpendiculares en los extremos y en la separación de los pisos, de un azul ultramar añil. Hacia el Sur cada piso tenía un balcón con barandillas de hierro. Pero lo más importante de esa casa, y lo que le daba un aire misterioso, era el enorme muro de piedra, pintado de blanco, que la rodeaba y formaba en su fachada, hacia el sur, un hermoso jardín-vergel, lleno de árboles frutales –sobre todo perales– y palmeras. Nada se podía ver desde la calle pues el muro era altísimo.

Durante mucho tiempo la casona estuvo completamente cerrada. Nunca supe, ni me interesó, de quien era o quien la habitó.

Un día apareció en el pueblo algo que nos llenó de curiosidad a todos: un hermoso carruaje tirado por un brioso y soberbio caballo negro. El cochero, en el pescante, más alto que los asientos traseros, con un sombrero de copa alta... Con el capote bajado, pasaron por delante de la taberna de “Satur” y de nuestra casa y se aparearon delante de la puerta del caserón cerrado.

Una corpulenta mujer vestida de negro hasta los tobillos, con gran amplitud de una tela que brillaba y de manteo. En la cabeza una gran pabela, negra también, con un velo, que le ocultaba la cara, sujeta en un lazo bajo la barbilla –¡nun-

ca habíamos visto una cosa parecida!, ¡ni tan siquiera en Bilbao!— iba en el asiento trasero del carruaje, en medio de dos hombres también vestidos de negro y con sombreros de fieltro.

No pudimos contemplarla mejor pues mi amatsu me hizo entrar en casa y ni siquiera me dejó mirar por la ventana. No les vimos cuando se fueron, pues lo hicieron probablemente de noche. Desde ese día la visita de la señora de negro se hizo periódica y continua. Una o dos veces por semana llegaba el elegante landó negro con la enorme e impresionante Fermina dentro, siempre acompañada de un señor de tipo chulesco, de zarzuela madrileña. Permanecían todo el día encerrados, y a la noche se volvían a Bilbao.

Por ese tiempo un enorme camión, cerrado, transportó, suponemos que muebles. Y eso fue todo durante mucho tiempo. Todo eran rumores. A los niños, en cuanto preguntábamos algo, nos respondían que no debíamos acercarnos para nada a dicha señora porque era una “sacamantecas”... Y, como todas las cosas de la vida, la continuidad del acontecimiento nos lo hizo vulgar.

Pero de vez en cuando percibíamos algunos comentarios y rumores sobre orgías que se celebraban siempre de noche... de elegantes carruajes con personas importantes que llegaban y se iban misteriosamente...

Luego, durante mucho tiempo la casa permaneció cerrada; no llegaba ningún carruaje...

Una mañana, se abrió la puerta principal y salió de la casa una jovencita de unos dieciocho años. Era bajita, menuda, delgada, con una cara bonita, rubia, de ojos azules y aire tímido. La observamos desde la ventana de la cocina, esa atalaya por la que veíamos todo lo que pasaba en Sondika; se fue donde “Satur” y al cabo volvió con un paquete bastante grande, ¿qué compraría?... En dos o tres días no volvimos a verla, y las ventanas que daban al Sur permanecieron cerradas.

Un día, mi amatsu se cruzó con ella en la calle y la saludó. Con cariño —y supongo también que con curiosidad— la invitamos a subir a nuestra casa. Hablaba euskera. Era una aldeanita de Arratia y ello ayudó a la confesión.

Era la historia rocambolesca de una ingenua aldeanita que fue a servir a una casa de una familia, a Bilbao. Un día, domingo, en el baile popular de la plaza de la Casilla conoció a un joven galán de quien se enamoró perdidamente. Este, poco a poco, la sedujo de tal forma, con engaños, hasta el punto que consiguió que formara parte del equipo de prostitutas que la Gran Fermina poseía en “La Gran Casa” de San Francisco, barrio putero bilbaíno de tiempos inmemoriales. La juventud de sus pupilas era el gancho principal de “La Gran Casa”, de fama reputada en las Cortes. No podía salir de clausura, no podía pedir ayuda a su familia que no le habrían perdonado... Y así, un día quedó embarazada. Ella no sabía por qué la gran patrona, Doña Fermina, no le había mandado abortar sino que la llevó a Sondika. Aquí la encerró en el caserón con orden estricta de no hablar con nadie, hasta la cercanía de

los nueve meses. De vez en cuando solía llegar una gruesa matrona a visitarla, trayéndole comida y suponemos que controlándole su embarazo.

Y desde ese día empezó mi madre con la obsesión de “salvar a la aldeanita”; obsesión que nos mantuvo en jaque a toda la familia. Habló con el cura párroco, con el alcalde, con el médico don Nicolás... y todos le recomendaban que no hiciera nada de lo que se proponía (incluso pensaba en traerla, a la aldeanita de Arratia, a vivir a nuestra casa); todo el mundo invocaba la causa; ¡la Fermina era millonaria y muy poderosa!... No es difícil adivinar su poder sobre aquellas autoridades civiles y militares de una época tan depravada e hipócrita!...

Mi madre seguía sufriendo. Nos contagiaba a todos su dolor ante aquella muchachita condenada al “fuego eterno”; y un día tomó una gran resolución. Se vistió con sus mejores ropas y tomó el tren de las nueve a Bilbao. No quiso decirnos, ni a la tía Anita, a donde iba. Pasamos el día preocupados, hasta que volvió a las seis de la tarde. Se sentó en la cocina, y tapándose los ojos con ambas manos comenzó a llorar, con grandes convulsiones de todo su cuerpo. Era un inmenso dolor —¿o vergüenza humana?— incontrolable. No quiso detallarnos nada. No hacía más que repetir: “¡Nadie quiso oirme!...¡Nadie me hizo caso!...”.

¡Qué horas de espera, no se donde, ni que humillaciones de quien sabe quien, hicieron que estallara en el desahogo más profundo y verdadero sobre los poderes y autoridades, ricos y curas, que yo haya oído posteriormente, ni de comunistas, ni de anarquistas! Sus palabras me impresionaron mucho. Yo creo que fue la chispa de rebeldía que prendió en mi corazón ante toda injusticia, social u otra, venga de donde venga. La aldeanita de Arratia desapareció un día del misterioso caserón. En éste no se celebraron más orgías ni akelarres. Estuvo mucho tiempo cerrado. Luego lo pintaron de amarillo y rojo y lo dividieron en pisos, con inquilinos...

## BORLIN

Uno de mis recuerdos más lejanos es el de un personaje llamado “Borlin” Beitia. Era un hombrecito insignificante, delgado, pequeño, sibilino, siempre vestido con ropa desteñida y remendada, rota y sucia, de obrero del ferrocarril, y casi siempre “alumbrado” o borracho de caerse; y siempre conduciendo un burrito gris cargado de sacos viejos que reciclaba. Al principio lo llamaban “El Saquero”; más tarde, sólo “Borlin”, no se por qué.

Un día apareció con cinco pequeños niños, hijos suyos, niñas y niños de entre cuatro y diez años. Entre la ermita vieja (donde mi abuelita de Goiri tocaba la campana y encendía los candiles) de espaldas con el hermoso caserío de piedra labrada y cuya fachada mira hacia Archanda, había un callejón-pasillo de unos dos metros de ancho y diez de largo. En este espacio construyó Borlin un chamizo y se metió a

vivir con sus cinco hijos, sin mujer. Tapó el hueco del fondo con un tabique de maderos, y del lado Oeste puso una tosca puerta. Cubrió el techo con maderas y hojalatas. Es de suponer que esta vivienda estaría, cuando llovía, como un colador. Y frío, pues las paredes laterales eran de piedra. Nunca supimos cómo vivían y de qué comían. Algún fuego se debía de encender pues, de vez en cuando, salía del cuchitril una pequeña humareda por una chimenea destartalada y de capirote.

Los niños salían de vez en cuando, siempre juntos, con aspecto triste... Solían ir hasta la estación del tren, o hasta el río, de donde cogían dos baldes de agua que transportaban por turnos. Borlín volvía a casa todas las noches, con su burrito cargado de sacos y –suponemos– con algo de comida... Y salía todas las mañanas, temprano, a entregar los sacos. ¿Dónde los entregaba? Nunca lo supe.

Mi amatxu se dio cuenta pronto que aquellos niños pasaban hambre. Cuanto más pasan los años me doy cuenta más de la calidad moral de aquella mujer que fue mi madre y que era una santa. Fue a visitar a los de siempre: el cura, el médico, el tabernero Martín, el de “Satur”... Y decidió lo siguiente: ella prepararía todos los días un puchero de alubias rojas con tocino; y todos colaborarían en ello, para la adquisición de la comida. El panadero –que era de Asúa– dejaba todos los días un enorme pan redondo campesino. El carnicero regalaba un enorme pedazo de tocino; y cuando faltaba se compraba donde “Satur”. Era un espectáculo increíble cuya imagen no se borrará nunca de mi memoria.

Todos los días, a las doce en punto, sonando las campanas de la iglesia, bajaba mi amatxu a la calle con el puchero de alubias. Junto al muro de piedra de la Fermina había una especie de cuneta cubierta de verde grama. Aquí estaban sentados, formalitos y callando, los cinco hijos de Borlín. Amatxu les repartía buenos pedazos de pan, una cuchara a cada uno, y colocaba en medio de ellos la enorme cazuela llena de alubias rojas con patatas y cinco grandes pedazos de tocino ahumado magro.

Todos comían del mismo puchero. Nunca les vi pelearse ni reñir. Después de comer las alubias, colocaban el tocino en medio del pan y los aplastaban con otro pedazo. La cazuela quedaba limpia. A veces guardaban el pan para comerlo más tarde. Al principio llegaban a las once... poco a poco adelantaron la hora... Y a veces desde las nueve de la mañana, ya estaban sentados sobre la cuneta, junto al muro, callados, sin jugar, serios, solemnes, esperando la cazuela de alubias y tocino.

Y yo, hija sola, mimada, a quien nunca le faltó comida –sencilla pero sana– ni el cariño de mis padres, miraba con cierto deleite aquellos pobres miserables sintiendo lo buenos que éramos.

El Obispo Monseñor Helder Cámara, quizás era entonces seminarista en algún colegio de SaoPaulo y no imaginaría que un día nos haría comprender la fatuidad de nuestra conducta con su célebre frase: “Nuestros actos de misericordia hacen a los hombres aún más miserables si no van acompañados de actos destinados a extirpar la raíz misma de la pobreza”.

Durante el invierno, amatsu les mandaba la comida al mismo refugio que tenían junto a la ermita vieja. Luego dejó de prepararles la comida porque corrió el rumor que Borlín ganaba mucho dinero. Y así debió de ser pues se compró un pequeño terreno, no lejos de Goiri, en dirección a Berretiagas, situado junto a la vía del ferrocarril. Una parcelita. Y poco a poco, trabajando él con sus propias manos y con la ayuda de un amigo albañil construyó una sencilla casita con tejado de tres aguas, de tejas rojas. Los muros de ladrillos frisados y enjalbegados, unas ventanucas ribeteadas de azul y una parra de fachada Sur. Empleó mucha madera, y alrededor plantó árboles frutales y matas diversas y claveles... A mi me gustaba mucho, por fuera, pues nunca me hubiera atrevido a entrar en ella. Me recordaba a las casa que los pioneros americanos construían en California. Una casita de las praderas.

Y los niños crecieron en esta casita... Y Borlín se hizo el personaje más popular de Sondika. Durante la semana seguía trabajando formal en su negocio de los sacos; pero al llegar el sábado agarraba unas borracheras tan descomunales y agresivas que era la diversión de muchos y el terror de la mayoría.

Un día, en la taberna, se apostó a que se comía una rata cruda, viva; y ganó la apuesta. Le colgaron una enorme rata, por las patas traseras atadas a un clavo metido en un poste, delante de "Satur"... Y el Borlín con las manos atadas a la espalda. Los dos atacándose a mordiscos; con ventaja para la rata que podía arañarle con las patas delanteras. Y Borlín mató a la rata a mordiscos... luego se la comió, dicen unos, pero esto creo que es exagerado. Durante quince días estuvo con la cara hinchada, desfigurada. Nadie se preocupó. ¡Era Borlín!... y no se murió por ello. Varias veces le encontraron tirado en una cuneta, en la madrugada, helado, con escarcha en el pelo y en la cara, pues era tal su borrachera que no pudo llegar a su casa y se quedó dormido al lado del camino... ¡y no se murió de frío, en pleno invierno!

Pero lo que más alborotaba, preocupaba y recreaba a los vecinos, los sábados y domingos a la noche, era lo que Borlín comentaría sobre los chismes de la semana en la taberna de "Satur". A veces, se plantaba ante la casa de cualquiera que motivara su inspiración, y a todo pecho y a puro grito, entre profeta e histrión, soltaba su perorata, bien alto.

Una noche, mi padre por poco se enfurece y sale con un palo... a matarlo. Del camino, una voz clamaba jocosa: "Pruden. ¡Mujer joven y pata chula!... ¡Malo, malo, malo!..." (Anita era la segunda esposa de mi padre con quien se casó al enviudar de ama. Era joven y hermosa; aita ya rondaba los cincuenta y pico, y andaba con cachaba, por los reumatismos.)

Otras víctimas predilectas de las amonestaciones de Borlín eran las hermanas Mintegui, mujeres bellas y solteras. ¡Qué de atrocidades, obscenidades y calamidades les decía!...

Con el tiempo, los hijos de Borlín crecieron y fueron desapareciendo del pueblo. El se quedó sólo en su bonita casita de las praderas. Recuerdo... era un invierno muy frío. Las heladas dejaban a los árboles con una escarcha brillante. ¡Tan hermoso de contemplarlo, pero –con temperatura que bajaba de cero– tan duro sufrirlo!

Amatxu empezó a preocuparse. Ella se preocupaba siempre de los desamparados. “Hace varios días que no se le ve a Borlín, es raro...”. Pasaron unos días más, y un mediodía me dice ama: “¡Vamos a casa de Borlín!”. Yo tenía mucho miedo pues Borlín poseía un perro muy malo; pero había tal decisión en ella que no tuve más remedio que acompañarla.

La puerta estaba cerrada pero no con llave. Después de llamar varias veces, con los nudillos, y no obtener respuesta, mi madre abrió la puerta y entramos. Con un palo mantuvo a raya al perro quien, en verdad, no opuso mucha resistencia y se quedó sumiso. Entramos en el cuarto, y ahí estaba Borlín. ¡Qué cuadro más terrible! ¡Qué olor! ¡Qué apestor!... Estaba tumbado sobre un catre, con sacos que le servían de sábanas. Sacos por encima de la madera del catre y sacos recubriendo el cuerpo esquelético vestido con unos pantalones de mahón desteñido y una camisa roja rota, descosida... y dura como el cartón, por la sangre que se había regado y cuajado en ella. El suelo, los sacos, todo empapado de sangre ya seca... ¡Y la cara de Borlín!... Pero lo que más me impresionó fue su mirada. ¡Nunca nos habíamos fijado que Borlín tenía ojos azules! Nos ofreció una mirada de animal herido de muerte...

Mi madre le prometió volver. Fue a casa y preparó un caldo. No se qué ingredientes usó. Borlín lo tomó con desesperación. Entre mi madre y yo sacamos los sacos llenos de sangre. Barrimos y limpiamos con agua el suelo. Le puso dos sábanas blancas que trajo de nuestra casa. Le pasó a la cocina donde le mandó ponerse una camisa limpia, y le metimos de nuevo en la cama.

Durante tres días volvimos a llevarle comida, él seguía acostado. ¡Y no se murió! Sanó completamente... Y volvió a emborracharse; aunque ya no insultaba a los vecinos. Vivió varios años más. Murió estando yo en el exilio, con mi familia... Pero la mirada de aquellos ojos azules en aquel rostro mal afeitado, sucio, de perro sarnoso, la tengo grabada. ¡Mirada de agradecimiento, mirada humana, que me enseñó que en el más despreciable ser humano siempre hay una chispa del espíritu de Dios!

## **SIMON DROGAS**

Una familia que causó hondo impacto en la comunidad de Sondika era aquella a cuyo jefe le llamaban cariñosamente –y a veces no con tanto cariño– Simón Drogas, (lioso).

Simón había tenido que vender su propiedad de Deusto, donde se cultivaban los más ricos y afamados tomates, por razones de extensión urbanística del gran Bilbao. Compró en Sondika un hermoso caserón, de piedra tallada, en La Ola, frente al viejo molino, con sus extensos terrenos.

Los pleitos continuos con sus vecinos lindantes le dieron ese nombre de Drogas, que en vasco quiere decir líos, rollos... Era un hombre alto, robusto, con cara de conquistador del Oeste Americano. Era imponente e imponía respeto.

Tenía una hija, única, Anita, la criatura más bella y dulce; como una heroína de cuentos de hadas. Su novio –supongo que lo era desde que vivían en Deusto– Iñaki de Ibarrondo, era un hombre majo, alto, delgado, siempre vestido a la última moda inglesa, estilo cazador o explorador; pero con ropa de alta calidad. Me acuerdo que solía usar botas muy elegantes, atadas con cintillo. A los “baserritarras” les hacía gracia su estilo “Señorito”; pero era tan cordial y natural que todos le saludaban con simpatía.

Y un día, después de un largo noviazgo, se casó con Anita en la ermita vieja de Goiri. Fue un acontecimiento tan importante que durante mucho tiempo –antes y después– no se hablaba en el pueblo de otra cosa que de la boda de Anita, la hija de Simón Drogas.

Durante quince días un equipo de obreros arregló, niveló, rellenó, ensanchó el camino que va de La Ola a la ermita. “¡Qué dineral está gastando Simón! ¡Cuánto le debe querer a su hija para derrochar ese caudal!...”.

El día de la boda –yo tendría catorce o quince años– fue algo nunca visto en Sondika. ¡Fabuloso!, ¡increíble! ¡Como en las películas! Un carruaje abierto, cubierto totalmente de rosas blancas, tirado por dos briosos caballos. Anita, de blanco radiante, con su velo y su corona de azahares, sonreía junto a Iñaki vestido de frac y con sombrero de copa alta. Pero lo que más nos impresionó, además del cortejo elegante, –parientes y amigos de Iñaki, “señoritos” de Bilbao–, era lo que hizo Simón como decoración: por todo el camino, de La Ola a la ermita, colocó guirnaldas de flores blancas naturales, colgadas de las zarzas y arbustos laterales... La ermita, la bella ermita de la campanita cantarina de mi infancia, era como un florero cubierto de rosas. ¡Todas las rosas blancas de Deusto!

Después de casados vivían en La Ola, con Simón y la esposa de éste, una “etxeoandre” discreta, elegante, amable. Iñaki iba todos los días, en el trencito de Lezama, a Bilbao. Creo que trabajaba en un banco.

Yo viajaba, en esa época, todos los días a Bilbao a estudiar a La Normal. Volvía a casa en el tren de la una que paraba en La Ola, donde bajaba Iñaki. En cuanto el tren se paraba en La Ola, todas las lecheras, verduleras, empleados de banco, estudiantes y demás nos volvíamos hacia las ventanillas que daban al andén, empujándonos, amontonándonos con alegre curiosidad, para ver algo que sólo habíamos visto en el cine: bajaba Iñaki con su impecable traje azul marino y elegante corbata

“club”, y... besaba en la boca, con un largo beso, a la dulce Anita quien todos los días le esperaba en el andén. Yo creo que el vagón entero se balanceaba.

Y como en los cuentos de hadas: fueron felices y tuvieron muchos hijos. Pero cuando nació el anteúltimo, Iñaki, los médicos le salvaron la vida por verdadero milagro. Tenía una afección cardíaca que hacía que el parto pusiera en peligro su vida. Le advirtieron muy seriamente que otra maternidad la mataría. Simón Drogas decía a todo el mundo que si dejaba de nuevo embarazada a Anita, el mismo mataría a Iñaki.

Cuando yo me casé nos hicimos buenas amigas. Venía de vez en cuando a mi casa, dando un paseíto que le recomendaron los médicos. También solía ir yo a visitarla al caserón de La Ola. Nos hacíamos confidencias mutuas. En un momento dado, cuando vimos que perdíamos la guerra, hacíamos planes, en caso de exilarnos a Francia. Trabajaríamos las dos; pondríamos un taller de costura; nos ayudaríamos. ¡Cuántos proyectos! ¡Cuántas esperanzas en nuestra juventud y entusiasmo!

Pero un día me dice Anita: “Nuestro viaje es imposible. ¡Estoy en estado!”. Yo me horroricé pensando en las consecuencias. Ella, con una gran dulzura, me consoló: ...¡Que se cumpla la voluntad de Dios! Quiero demasiado a Iñaki y mi fe cristiana me prohíbe cualquier otra solución”.

La belleza serena de su rostro y su voz de ángel quedaron grabados en mi memoria. Y murió en su último parto. Nació Laurentzi. Simón se volvía loco de dolor. Su hija única, su adorada Anita, ¡morir por culpa de ese “señorito inútil!”... Dicen que esa noche, Iñaki tuvo que esconderse, pues Simón recorría los cañaverales junto al río cargando una escopeta de dos cañones, hecho un demonio.

Simón no podía comprenderle a Iñaki. Este era de una sensibilidad fuera de lo común. Tenía una voz extraordinaria, de tenor; y nos deleitaba, en festividades y entierros, cantando en misa. Siempre recuerdo su “Ave María” de Gounod... Tenía una visión diferente de la vida, ecologista, moderna. Y las escenas que los vecinos contaban de las actividades campestres de toda la familia eran para mi extraordinarias.

La familia Ibarrondo sigue, quizás algo dispersa por ley de vida, pero creo que estarán todos unidos por el recuerdo de un padre poeta y de una madre santa; pues Anita fue verdaderamente una santa, y lo es.

## GONDRA

Lo llamaban simplemente Gondra, aunque era el vicario de la parroquia de Sondika. Al párroco lo llamábamos Don José... a pesar de que tenía un defecto en la garganta que le hacía gorgojar, y que su dominio del castellano no era de los más brillantes. Decía, a veces “...Porque el santo “escupulario” es nuestra “protesion”, y

cosas así. Gondra era atlético, con una cara angulosa y enérgica aureolada de un espeso cabello completamente blanco.

Era un buen sacerdote, muy querido por el pueblo. Lo extraño en él era su desmesurado amor por la cacería. Todos los días pasaba por delante de nuestra casa hacia los jaros de Berretiagas o Artxanda, con su sotana que le llegaba a media pantorrilla, de un color indefinido de tonalidades verduscas, llevando al hombro una escopeta de dos cañones y seguido por tres perros perdigueros de pura raza cazadora. Eran blancos con manchas canelas.

Contaban las crónicas del pueblo que había en Gorondas, por las faldas de Artxanda, una viejita que llevaba muriéndose varios días y no terminaba de irse al cielo. Pero una noche se agravó tanto su estado que parecía definitivamente el fin. Llamaron, como siempre en estos casos, a Gondra. Como buen sacerdote, una vez más fue, a media noche, llevando los santos óleos y la comunión, acompañado del sacristán quien hacía sonar una campanilla insistentemente. Cumplida la misión sagrada, esperó paciente rezando su breviario... Pasaba el tiempo y nada Gondra miraba de vez en cuando su reloj que ocultaba en la faja negra... y veía desde la ventana cómo clareaba el rosado horizonte, y pensaba en sus perros que estarían ladrando de impaciencia... Y la viejecita no terminaba de irse. De pronto un hilo de voz que



*Procesión del "Corpus Cristi" desde la iglesia vieja hasta la Ermita de Goiri.*

murmuraba “¡Agua! ¡Agua!... Qué agua ni que ocho cuartos! A morir se ha dicho!”. Quizás fuera un invento pero cuadra muy bien con la gallarda figura de Gondra, buen cura y buen cazador.

## JUANIKO

Una mañana, cercana a las fiestas de Navidad, algo raro estaba pasando en Sondika. El tren –ese trenecito que con su negra chimenea, echando humo y bufando con orgullo, era como algo perteneciente a todo el pueblo– estaba parado en La Ola, más tiempo de lo normal; y, no sólo eso. Lanzaba unos sirenazos y pitazos ininterrumpidos y agudos. ¿Qué pasaba? Al acercarse el tren al andén de Sondika, y ya en la recta de Berretiagas, nos enteramos de lo extraordinario del suceso: El Gordo de la Lotería había caído en Bilbao, y precisamente, su totalidad, entre los empleados del ferrocarril. ¡Todos eran millonarios! ¡O casi!

En su incontrolable alegría, a los del tren no se les ocurrió mejor cosa que coger todas las flores de la plaza nueva y adornar con ramos de mimosas y crisantemos, y con lo que pudieron llevarse, la vieja y negra máquina del tren, y emprender el recorrido habitual con mucho retraso, entre cantos y gritos de alegría.

Todo el pueblo de Sondika fuimos al andén, a felicitar a los ganadores, locos de felicidad.

Junto a la estación estaba la casa de Juaniko, el empleado que picaba los billetes en el tren. Nos hacía mucha gracia a los estudiantes porque cada vez que picaba el cartón, o billete, cerraba con fuerza los ojos... Y con la crueldad de la adolescencia nos burlábamos de él, cerrando los ojos cuando lo cruzábamos.

Entre su casa y la vía del tren tenía Juaniko un huerto que él cultivaba con amor, los días de descanso... Recuerdo unas hermosas alcachofas, y los hermosos perales. Justamente, cuando el pueblo entero se abalanzó al andén a felicitar a los del tren, Juaniko estaba subido en lo más alto de un peral, podándolo. Todos los vecinos, desde la taberna de “Satur” le gritaban: ¡Juaniko! ¡Juaniko!... ¡que te ha tocado el Gordo!... ¡Baja ya, hombre! ¡Que eres millonario!...”

Y él, impasible, ni se dignó mirarles –y no era sordo– y siguió podando tan tranquilo. Cuando por fin el tren se detuvo cerca de él, en el andén, los gritos y exclamaciones se fueron convirtiendo en insultos llegando hasta el límite de la burla.

Y se fue el tren rugiendo con su carga de alegría. Juaniko siguió en el árbol hasta que se fueron todos. Bajó del peral con gran parsimonia y, lentamente, limpió la podadora con un viejo trapo, y se fue tranquilamente a su casa...

¡Cuántas veces, en nuestras vidas, vivimos cerca de hombres de cualidades excepcionales que no apreciamos debidamente, o despreciamos, porque no los entendemos!

Quizás Juaniko era sencillamente lo que los Hindús llaman un “Sadú”, un santón que se ignora a sí mismo confundiendo en la contemplación de la naturaleza de Dios; pero indudablemente era un sabio, natural.

## LOS PORDIOSEROS

En el Sondika de mi infancia no había más que dos pobres, o pordioseros. Uno era un hombre alto, como de 60 años, con el pelo y las cejas negras, y un rostro serio que nunca sonreía. Vestía a la usanza vasca. Una vieja camisa blanca, relavada y recosida, unos pantalones grises oscuros, de rayas distintas, un gerriko negro que le apretaba la cintura, una blusa negra, suelta; abarcas de caucho, sobre medias de lana, y siempre, siempre, en verano como en invierno, un enorme paraguas y una boina negra. Era una figura agradable para una estampa folklórica vasca.

Solía venir cada quince días, se plantaba, entero, delante del portal, se quitaba la boina lentamente, y, juntando las manos sobre el bastón comenzaba de inmediato rezando de la siguiente manera: “Etxe ontako illaren arimeatik. Aita gurea zeruetan zirena...” Y así sucesivamente, tres veces seguidas. En cuanto llegaba, mi abuelita colocaba sobre la mesa del portal un buen plato de alubias rojas con un pedazo de tocino y, al lado, unas monedas de cobre. Sin decir una sola palabra se sentaba el hombre y comía despacio, con deleite. Luego se levantaba y volvía a rezar los tres “Padre Nuestro” con la invocación “para los difuntos de la casa”. Se colocaba la boina solemnemente y se iba apoyado en su paraguas, sin pronunciar ninguna otra palabra.

Cuando yo le preguntaba a mi abuela por qué ese hombre pedía así limosna ella no sabía qué decirme. Nadie sabía —o no querían saber— nada de él.

El otro pordiosero era una mujer. Creo que era asturiana o gallega. Pequeña, rechoncha, con un moño sucio que debió de ser rubio, vestía con muchas ropas superpuestas, sayas y faldas sobre faldas de diferentes colores y calidades. Usaba una toquilla negra. Tendría unos cincuenta años y probablemente había sido bonita. La llamaban Carolina. Los chavales del pueblo se burlaban de ella, pero le tenían miedo porque cargaba un sólido garrote con el que se defendía del acoso de chiquillos y perros, ya que si conseguía alguno descuidado le pegaba de veras.

La relación de Carolina con Trabudua era de lo más cómica. Cuando éste se acercaba a ella para bromear, Carolina hacía como si se defendiera, con el garrote, de un sátiro, pero jamás le tocó. Él, sin embargo, sí le “atacaba”. Tomando la punta del bastón le levantaba las faldas, y entre aquellos remolinos de montones de faroles y volantes rotos, sucios y escurridizos se descubría a veces, unos muslos blancos y juveniles. Cuando el espectáculo llegaba a este punto ella lanzaba una sarta de verdulerías y alargaba la mano, y aita le daba una, dos o cinco pesetas ¡una fortuna para

entonces! Y ella se retiraba muy ufana, rodeada por la chiquillería a quien mantenía distante con su garrote.

Una historia que me impresionó mucho ocurrió cuando mi padre era joven. El nos lo contaba.

Cerca de Lujua, por Lauros, había un bosque hermoso, con grandes y viejos robles, muy poco frecuentado. En uno de esos robles de rugosas y enormes ramas, cerca de un riachuelo, una extraña mujer había construido su "nido". Con maderas, sacos y ramas, que renovaba de vez en cuando. Tenía su habitat bien camuflado. Subía a la cabaña por una escalera de cuerda, y una vez arriba la recogía.

Era una mujer alta, fuerte, pero nadie sabía cómo era su cara pues siempre la llevaba medio oculta por un gran pañuelo negro que le cubría la cabeza y la frente. Siempre vestía de negro.

Le llamaban Sekor-Atso, la Vieja-Toro, porque si alguien se acercaba a los alrededores de su vivienda lanzaba unos mugidos de toro de tal potencia que parecía como el bramar de una legión de toros. Esto impresionaba tanto al atrevido visitante que nadie se atrevía a acercarse demasiado a su árbol.

Sekor-Atso solía ir por los caseríos pidiendo limosna; mejor dicho, no tenía que pedir. Era tal el respeto supersticioso que sentían por ella, que en cuanto se la divisaba por las cercanías, se recogían a los niños, se cerraban las puertas con tranacas... Pero dejando antes en el portal, en medio de una mesa o silla, un aporte, siempre generoso, de comida. Ella, en silencio, lo recogía y sin una palabra, se alejaba.

Un día, un grupo de jóvenes —entre ellos mi padre— después de una alegre romería y abundante libación, decidieron hacer una visita de "cortesía" a la Sekor-Atso, todos se sentían muy valientes; alguno quizás con no muy buenas intenciones, pero más que nada como un reto para medir el valor de cada uno.

Alegres y confiados llegaron hasta el robledal, y cuando aún faltaba medio kilómetro para llegar al nido de la arpía ésta lanzó su famoso mugido de toro y toda la banda de romeros se dispersó corriendo sin parar cada quien hasta su casa.

"Era algo horrible. No era un ser humano. Era una bruja, un ser de otro mundo. Nunca olvidaré aquellos mugidos feroces de la Sekor-Atso", solía decir mi padre.

Unos años más tarde, de pronto dejó de aparecer por los caseríos. La guardia civil decidió hacer una investigación. Se acercaron al lugar, bien armados, por si acaso, y sólo encontraron una cabaña deshecha, unos troncos podridos y unos pedazos de sacos, rotos.

¿En qué barranco se despeñó la Sekor-Atso calcinándose sus huesos al sol?

¡Quizás no fue una mujer, sino una águila en el purgatorio!

## Conozco a José Mandaluniz

**L**a casa Maeztegui, donde viví mi infancia, juventud y los primeros tres años y medio de mi vida de casada, sufrió una última transformación, de las múltiples que realizó aita en ella.

La planta baja tenía una enorme cocina-salón-comedor. A la entrada, que era por el lado de Artxanda, al Sur, tenía una sala con una hermosa chimenea de amplia campana donde encendíamos en invierno grandes fogatas de leña. Unas sillas rústicas, bajitas y un precioso arcón antiguo, labrado con lauburus, y sobre él unos calderos de cobre que nos regaló la abuela de Gastañagas. Luego la clásica “chapa” con fuego de carbón donde se cocinaba. En frente una amplia mesa de madera rústica y una alacena para guardar los cacharros y la comida.

La cocina tenía tres puertas, además de la principal, de la entrada; una daba a un saloncito muy moderno, con un escritorio y una pequeña biblioteca, ¡mi lugar preferido! De allí arrancaba una escalera para el piso de arriba. Dicha escalera tenía otra entrada por el frente.

Las otras dos puertas daban a dos dormitorios. Uno, el de mis aitas y el otro el de mi marido y mío. Estas habitaciones las usábamos sólo en invierno, a causa de la cocina y de la chimenea que calentaban toda la planta.

En el piso de arriba había, a la izquierda del descansillo, una salita cuadrada que tenía tres puertas. Una daba a nuestra habitación matrimonial. Esta tenía un hermoso mirador vidriado —que ocupaba todo el Norte— lleno de plantas... begonias de todas las variedades, que mi madre cuidaba con mucha maestría y eran su orgullo.

Nuestra habitación tenía dos camas, un tocador con un gran espejo y un armario de tres cuerpos, con espejo en el del medio. Era un lujoso dormitorio, regado por los afiliados del Partido Nacionalista Vasco.

Otra habitación, más pequeña, daba al Oeste. Esta tenía una cama turca para los amigos. Recuerdo que a los niños les encantaba subir o bajar de esta habitación trepando por las ramas de la enorme higuera que estaba debajo del mirador.

La tercera habitación era el dormitorio de mis aitas, en verano. A la derecha de la escalera estaba el comedor, de roble clásico. Tenía un balcón, de hierro forjado, muy bello, y al final de éste, había un pequeño baño. Tenía, el comedor, tres ventanas y una segunda puerta que daba acceso a una escalera que iba al camarote.

El baño principal era grande. Con una enorme bañera de porcelana que

no se usaba nunca. Nuestros aseos diarios los hacíamos por parcelamientos –“a la francesa”– en el gran lavamanos... ¡Con agua fría!

Tuve la suerte de ser asistida en mis tres primeros partos por el doctor Angel de Aguirretxe amigo íntimo de aita y mío, el ginecólogo más famoso de Bilbao.

El jardín de la casa era de forma irregular, por la condición triangular del terreno. Tenía, del lado sur, mirando hacia Artxanda, un bonito “estar” con mesa y sillas rústicas de mimbre, debajo de una parra muy hermosa. A veces nos instalábamos a la sombra de los ciruelos. En aquel rincón del jardín pasé ratos muy agradables de mi vida de recién casada. Siempre había una reunión familiar o una tertulia de amigos.

Todos los domingos solía venir Elías Gallastegui a pasar el día con nosotros, acompañado de sus tres hijos, para que su esposa, Margari, descansara del trajín de toda la semana. Para los pequeños era una aventura agradable. Vivían cerca de la estación del ferrocarril, en las Calzadas de Begoña. El viaje hasta Sondika, de siete kilómetros, en aquel tren que bufaba, resoplaba, echando humos, y atravesaba el largo túnel de Artxanda, produciendo la locomotora resonancias muy extrañas, debía de emocionarles cada vez. Y luego la libertad total en nuestro jardín, donde hicimos un pozo de arena para que los niños jugaran con ella. Sobre todo la atención amorosa de su aitatxu, junto a las sabrosas comidas que preparaba mi madre, hacían de esos domingos días agradables para todos. Lo que más recuerdo: la exquisita delicadeza de Elías atendiendo las necesidades íntimas de sus hijos; luego su habilidad en limpiar y recoger los pañales, que los llevaba a casa, a la noche.

Muchas veces José, se ausentaba después de comer, con la disculpa de alguna reunión de Mendigoizales. A mí me dolía mucho pues intuía que era para reunirse con sus amigos. Nos quedábamos Elías con sus tres hijos, Iker, Nimbe y Unai; yo con los dos míos, Eguzki y Joseba, junto a mi amatxu, pues aitite se iba a la taberna de “Satur” a jugar al mus. Formábamos una extraña reunión. Mientras nuestros hijos jugaban, Elías se deleitaba hablándonos de la Patria, Euzkadi, de Irlanda, su gran amor y ejemplo, de la India, de Gandhi... Solía leernos pasajes de la Biblia. El me decía que como oradora yo debía de dominar estos temas. Yo creo que estaba un poco enamorado, platónicamente, de mí. Pero jamás, nunca oí ni siquiera una alusión que pudiera demostrar esta osada afirmación.

Pero aquellos ojos negros, inmensos, tenían un magnetismo tan fuerte, cuando miraban con fijeza, que yo olvidaba la pequeña jugarreta de José y pasaba la tarde encantada oyéndole a Elías.

Aita había construido delante de la casa, en el ángulo del jardín que mira hacia el Serantes, un profundo patín para surtirnos de agua potable. Después de perforar hasta una profundidad de quince metros se consiguió un excelente caudal de agua muy pura y sabor agradable. El hombrecito pequeño, que poseía una pata de

palo y a quien llamaban el “Patinero” me maravilló muchas veces con su maestría en bajar al hueco estrecho y profundo para colocar la pequeña cantidad de pólvora necesaria, sujeto sólo por un grueso cinturón de cuero. Después de la explosión, él mismo subía con paciencia y habilidad, cestos y más cestos de tierra y piedras.

Encima del patín construyó aítite una pequeña habitación en forma de cubo con dos ventanucas mozárabes-góticas que miraban hacia la casa de la Fermina y el atajo, hacia poniente; y sobre este cubo una terraza bordeada de ladrillos separados en festón. Más tarde, mis hijos ya casi adolescentes, pasando temporadas en Sondika, harían de ésta terracita su torre de la fantasía y sueños infantiles. Situada en uno de los tres ángulos del jardín, como una garita de centinela, dominaba la carretera y era ideal para jugar a indios y vaqueros. Construían en ella cabañas y tiendas de indios y así...

Junto al patín plantamos un día una pequeña palmera que aita había traído de un derribado palacete de Bilbao. Hicimos una especie de ceremonia ecologista (sin saberlo) cogiendo las manitas de mi hija Eguzki, de tres añitos, para que sostuviera, mejor dicho tocara el tronco de la palmerita.

Cincuenta y cinco años más tarde ese momento sería recordado con emoción cuando supe de la necesidad de arrancar la palmera, por motivos de transformación vial de Sondika, para transplantarla a un elegante complejo polideportivo recién construido por el alcalde José Uriarte.

Y la palmerita es ahora una hermosa y altísima palmera que ha revivido garbosa después de ésta terrible reimplantación.

Hasta los siete años no me separé jamás de mi madre. Agarradas de la mano, Mari la de “Satur”, un poco mayor que yo, fue quien me llevó por primera vez a la escuela que estaba junto a la iglesia vieja de la Campa. ¡Qué emoción! Lo único que recuerdo de esta época es que la maestra me trataba con mucho cariño y se llamaba doña Inés.

Al cumplir los diez años me inscribieron en el colegio de las Hermanas de la Cruz de la calle La Ronda. Desde esa fecha mi vida estuvo marcada por el tren de Lezama. Tenía la suerte de que cuando oíamos el pitido de la salida de la curva de Berreitiagas, salía yo de mi casa, ligera, y justo llegaba a la estación a tiempo. ¡Tren de Lezama!... Con aquella máquina de carbón, y aquella chimenea del Oeste, que sacaba unos ruidos terribles, sobre todo después de La Ola. ¡Cuántos recuerdos imborrables!

La vuelta de Bilbao a Sondika la solíamos hacer junto con las lecheras quienes compartían con nosotros los estudiantes que no éramos más de tres: yo de Sondika, otra de Derio, y la tercera, de Zamudio, sus bocadillos de “Amarretako”. En invierno era de pan con nueces y en verano pan con uvas. Sabor que nunca he olvidado.

El colegio de las Hermanas de la Cruz, donde permanecí cuatro años,

además de las materias elementales para ingresar en el Pedagógico, nos enseñaba a bordar, en silencio, mientras una alumna leía en voz alta la vida de algún santo...

Recuerdo con gran cariño a Sor Lucía, alta, delgada, de porte elegante y mirada angelical.

Al ingresar a la Normal, todas las mañanas tomaba el tren de las siete. Al llegar a Bilbao me sobraba tiempo para oír misa y rezar en la iglesia de los Santos Juanes. Ahora pienso que yo debía de ser algo “masoquista” en esa época, pues de otra forma no se explica lo siguiente: delante de la Virgen había siempre unos reclinatorios sueltos; pero había uno en especial que tenía la madera delantera rota, con aristas cortantes. Me arrodillaba en esa silla y cuando sentía un vivo dolor en las rodillas –que llegó a veces hasta a herirme– me sentía feliz. Después de media hora de ese martirio subía feliz y dichosa la empinada cuesta que arranca al comienzo de la calle de La Ronda hasta la Normal. La bajada era felicísima. Saltando los escalones de una forma peligrosa llegaba hasta la plaza de la estación.

Si perdía el tren de la una, me iba hasta el Arenal donde sabía que estaba mi padre, en el “Carabanchel”, con sus amigos. Me quedaba parada junto a él. A veces me decía; “¡Vete a casa! Toma el próximo tren”. Pero la mayoría de las veces no me decía nada. Yo seguía de pie. Al rato se levantaba y, caminando por la calle Correo, nos íbamos al restaurante “Retolaza”. Aquí tenía su mesa reservada. Aita era muy sibarita comiendo. Comía siempre poco. A mí lo que más me gustaba: el pescado, los chipirones, o el pollo horneado.

A las tardes yo solía ir a una academia de la calle Ayala. Había dos hermanas, profesoras de matemáticas que, si no asistías a su academia particular, no te aprobaban la materia, y yo era muy mala en matemáticas.

La forma como nos vestíamos las alumnas de las Hijas de la Cruz es algo que a muchos les parecerá algo impensable hoy en día. El uniforme era azul marino, de lana inglesa de alta calidad. La parte de arriba, con delgados plieguecitos juntos, cosidos a máquina. La falda, unida al corpiño, amplísima y larga hasta media pantorrilla, formada por pliegues anchos, sueltos y bien planchados. Manga larga, amplia; pero lo que le daba categoría era el cuello y los puños, blancos, de fino lino, con vainica, almidonados. Estos se cambiaban todos los días pues estaban sujetos con botones de presión; pero el vestido no se lavaba en todo el año escolar. De vez en cuando mi madre lo cepillaba y limpiaba si tenía alguna manchita, y sobre todo lo planchaba laboriosamente, haciendo bien los pliegues; pero lavararlo con agua, ¡jamás! Y no recuerdo que oliésemos mal.

Estando en tercero de Maestra, teniendo ya 16 años, unas vecinas que vivían en la casa de los Zubiri, hijas del secretario del ayuntamiento, llamadas Sofía y Elena Nanclares, algo mayores que yo, le convencieron a mi madre para que me dejase ir con ellas al “Jolas” de Asua. Este “Jolas” era la única diversión oficial que tenía la juventud del valle del Txorierri.

Cuando casi estábamos llegando al baile, veo que Elena se pone pálida al

oir el roncar de unas motocicletas. ¡Y llegaron ellos!... Dos muchachos guapos, simpáticos, cada uno montado en una potente moto... Nos pareció el colmo del lujo. Se bajaron de las motos y después de las presentaciones, seguimos caminando los cinco juntos, ellos escoltándonos, con las motos en la mano.

Llegamos al “Jolas”. Una especie de patio amplio, con un cobertizo, entre dos casas, al lado de la carretera. Subidos en un amplia mesa, un acordeonista y un panderetero tocaban simultáneamente “biribilketas” y pasodobles. Una de las casas era una taberna que tenía una ancha puerta hacia el baile. Amontonados en ella, y sobre unas escalinatas, los muchachos miraban a la plaza. Junto al muro de la casa de enfrente, grupos de muchachas formaban corrillos, charlando y riendo animadamente. Después de hacer la selección visual, dos jóvenes se acercaban y, mirando cada uno a la muchacha elegida, decían al unísono:

“¿Bailamos chicas?”. Era el ritual social de introducción; aunque no se conocieran. Y salían a bailar un pasodoble.

Un hombrecito menudo e insignificante, recorría la plaza, saltando como un mono y dando unos golpecitos en la espalda de los varones. Estos, inmediatamente, le entregaban el “perrogordo”, diez céntimos de pesetas, que ya tenían listo en el bolsillo, y que era el precio de cada pieza de música. (Sólo cobraban a los que bailaban).

Nuestro grupo se instaló en una esquina de la plaza, conversando. Yo andaba callada pues no conocía a los muchachos... De repente me dice uno de ellos llamado José:

– “¿Bailamos?”.

Me quedé espantada, pálida... Elena Nanclares, un poco mayor y más veterana me animó:

– “¿Qué? ¿No sabes bailar? ¡Déjate llevar!... ¡Algún día tienes que aprender!”.

Y bailé mi primer baile con el hombre que compartió toda mi vida. No hablamos ni una sola palabra. Mi emoción era tan intensa que creo temblaba. Nos acompañaron a casa caminando. ¡Qué pesado debía de ser llevar así sus motos!

En el camino me enteré que se llamaba José Mandaluniz, que vivía en Galdakao y que era un famoso futbolista del Athletic Club de Bilbao. En todo el trayecto que es de un kilómetro, no dijo ni una palabra para mí, sólo miradas discretas, nada más. Y nos separamos en el cruce de Satur. Los vimos salir

Al día siguiente, lunes, estando sentada en clase, se me acerca una compañera, que era sobrina del obispo de Bilbao y vivía en Galdakao, y con cierto disimulo me entrega una carta cerrada. Aguanté hasta el final de la clase, y salí corriendo al sanitario. Y allí, sentada en la poceta leí la carta más tierna y más bella de una declaración de amor. Yo no podía creerlo. Fue tanta la impresión que me quedé largo rato encerrada antes de poder salir.

Me acerqué a la “recadista” que se llamaba Sixta Urrutia, y le dije lo que me decía la carta. Ella me explicó que José Mandaluniz Ealo era “un buen chico” y que muchas niñas de Galdakao le “perseguían”...

¡Qué larga fue la semana!

El domingo siguiente, qué emoción cuando, caminando hacia Asua, oímos de pronto el tronar de las dos motos... Y luego “¿Bailamos?...¿Ha recibido mi carta?”.

– ¡Sí!... Pero yo no puedo tener aún novio, hasta que termine la Normal. Mis padres no me lo permitirían.

– Yo sólo le pido que me permita acompañarla desde la academia hasta la estación del tren.

– Bueno.

Cinco años de noviazgo. Estudiar en el Pedagógico y a las tardes acudir a una academia de la calle Ayala. A la salida me esperaba en el portalón. Me acompañaba a la estación de Las Calzadas.

Una costumbre de Las Hijas de la Cruz tuvo una influencia decisiva en mi vida: al terminar el curso nos mandaban a Loyola, durante una semana entera, a hacer los famosos Ejercicios Espirituales. Reflexionando ahora, no podría decir si fueron positivos o eran excesivos.

Siete días alojados en el hermoso edificio junto a la basílica. Teníamos celdas individuales. Y la comida era muy buena. Pero teníamos que asistir, mañana y tarde –prácticamente toda la mañana y tres horas en la tarde–, a una charla que daba siempre el mismo padre, el jesuita Laskibar. Pequeño, delgado, moreno, de pelo y cejas pobladas, pero sobre todo sus ojos negros tenían tal magnetismo, y sus palabras tal magia, que nunca recuerdo haberme sentido cansada, a pesar de la laboriosidad del horario.

Después de terminar la charla sobre lo que él llamaba “Meditación”, en aquella sala, junto al dormitorio donde se convirtió San Ignacio –sala que nos llenaba el alma de respeto, entre místico y terrorífico–, salíamos a los jardines, llenos de flores y árboles con pájaros, situados entre la basílica y la hostería, y teníamos que caminar solas, paseando, absolutamente solas, meditando lo que le habíamos oído al Padre Laskibar... hasta que oíamos la campana que nos llamaba al almuerzo.

Mientras comíamos podíamos conversar, pero en tono muy mesurado y bajo. Yo asistí a estos Ejercicios Espirituales tres o cuatro años seguidos, y todos los años era exactamente igual. El día que nos hablaban del infierno todas dormíamos con horribles pesadillas.

El último año, después de quince días de retiro, cuando el autobús nos esperaba para salir con destino a Bilbao y al bajar las escaleras del Santuario, tuve de repente una corazonada hasta el punto que le pedí insistentemente al Padre Laskibar, nuestro director espiritual, me confesara urgentemente.

Creando el buen padre, que se trataba de algo grave, me condujo al confesionario de la entrada y allí, mientras me esperaban con impaciencia mis compañeras dentro del autobús:

– “Padre, le digo, yo le he prometido en tres confesiones sucesivas que dejaría a mi novio, Joseba Mandaluniz, pero no puedo. Me desdigo de mi promesa. ¡Nunca le dejaré!, quiero con toda mi alma a este chico”. El P. Laskibar, insistía, erre que erre, en tratar de convencerme de que yo era demasiado joven para tener novio (tenía 17 años) y que además, él estaba convencido de que yo había nacido para ser misionera.

Nunca dejé a José. A los cuatro años de noviazgo formal, nos casamos y sólo la muerte nos separó temporalmente al cabo de cuarenta años de vida en común. ¡Vida intensa!

Cuando nos juramos amor eterno ante la Virgen de Begoña, no nos imaginábamos los increíbles avatares que nos depararía el destino; una guerra, otra guerra, la mundial, bombardeos terribles, terror, odios feroces, exilios, destierros, ostracismos, pérdida de la fe, grandes desgracias familiares... Recuperación de la esperanza... Pero esto lo veremos en el libro.

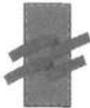


## *Capítulo II*

---

# *Propagandistas del Nacionalismo Vasco*

---



FUNDACIÓN  
**SABINO ARANA**  
KULTUR ELKARGOA

I



**EMAKUNDE**  
EMAKUNDEAREN ELISGAI ERAKUNDA  
INSTITUTO VASCO DE LA MUJER  
Eusko Jaurlaritzako Erakunde Koordinatzailea  
Organismo Autónomo del Gobierno Vasco

## *Aberri Eguna 1932*

Una cosa es que se tenga fe porque nuestra agitada y loca vida moderna no nos deja tiempo de reflexionar, más que para asistir, por rutina, a una misa dominical relajante; y otra cosa es reflexionar seriamente –atormentándonos a veces la duda– hasta sentir que Dios está presente en nuestros corazones y en nuestro espíritu, y que tenemos una esperanza real de futuro eterno.

Una cosa es saber que uno es vasco y que pertenecemos a una de las etnias más antiguas del mundo, pero sin sentir por ello vanagloria pedante; y otra cosa es identificarse en el fenómeno vasco, con amor propio profundo y entrañable, y estar dispuesto al sacrificio por conservar y acrecentar la esencia y los valores fundamentales de nuestro genio tutelar.

Cuántas veces pienso en aquel “Aberri Eguna” del 32 tan patriótico y tan puro, todos los vascos unidos en la resurrección de Euzkadi, me parece algo tan hermoso y tan lejano que a veces pienso que sólo fue un sueño.

Me gustaría saber de los abertzales que han vivido ese día y que lo recuerdan como yo lo recuerdo. Quedamos ya muy pocos, probablemente, pero sería formidable poder reunirnos de nuevo, todos juntos en algún batzoki, para recordar y hablar y comentar...

He presenciado muchas concentraciones humanas, concentraciones de masas humanas. Así durante la declaración de la segunda guerra mundial estábamos toda mi familia, con Iñaki Leizaola, en mitad de la plaza Juana de Arco de Rouen, en el mismo lugar donde quemaron a la santa acusada de bruja. (¡Una terrorista para los ingleses del XV). Las negociaciones entre Hitler y Chamberlain acaban de fracasar y era la declaración de la guerra. Miles de franceses y simpatizantes nos congregamos en la plaza para oír la noticia por los altavoces y luego entonamos la Marsellesa, todos con los ojos húmedos, muchos llorando.

Otra vez, en la catedral de Rouen, después de un terrible y salvaje bombardeo aliado, delante de unos dos mil cadáveres alineados, la densa muchedumbre de los vivos cantando el “Liberame Domine”, acompañados por el órgano de la catedral y sintiendo, en la intensa emoción del sacrificio humano, que todos somos partícipes del gran misterio divino... es algo que no se puede explicar con razones ni palabras.

Otro recuerdo: el día de la celebración del fin de la guerra. Los Campos Elíseos repletos de gente, la plaza de la Concordia llena hasta los topes, todo el pue-

blo en la calle, cantando, riendo, llorando de alegría, abrazándose todos, todos exultando y bailando como locos. Una expansión colosal del renacer vital. ¡Algo único!

Todos sabemos, y la ciencia nos lo ha explicado, que el alma colectiva que se crea en estas aglomeraciones, incide, cambia, transforma el alma individual. Todos hemos sentido este fenómeno alguna vez, en un desfile militar, una procesión de Semana Santa, un partido de fútbol... aunque no seamos muy aficionados a ello.

Por esto, el recuerdo de ese “Aberri Eguna” del 32 repercute con tan intensidad en mi mente después de tantos y tantos años... Y más fuerte aún después de haber oído y visto, en la televisión, la expresión desarticulada de este “Aberri Eguna” del 92, tan tristemente dividido y, peor aún, tan dolorosamente ultrajado su espíritu por comentarios malévolos e insultos entre hermanos.

Yo no se cuántos miles de patriotas se congregaron en Bilbao en aquel año del 32, sólo recuerdo que el pueblo entero era una flor gigantesca donde los colores de nuestra ikurriña flotaban por todas partes... Mendigoizales con las inolvidables camisas de cuadros, los pantalones de mil rayas y las botas alpinas, desfilaron con gran entereza y dignidad por toda la Gran Vía... Y miles de “umetxus”, con sus “andereños”, vestidas de alegres colores, llevando banderitas y agitándolas con garbo... Y los grupos diversos de emakumes, floridas y cantando... Y los cientos de ezpatadantzaris bailando en el Arenal... La Ría llena de naves y estandartes desde el puente hasta Deusto, y más allá; los barcos pesqueros de Lekeitio, Bermeo, Ondárroa... recién pintados y llenos de banderas y guirnaldas, y cargados de patriotas que cantaban, comían y bebían, expandiendo saludable cordialidad... Y las fogatas de la víspera que iluminaron todos los montes despertándonos el espíritu con ansias irreversibles de Libertad. La llamada más comentada fue la del Serantes que los mendigoizales de Santurce encendieron con tal fuerza y magnitud que se le llamó el “Volcán de Euzkadi”...

Pero lo más interesante era la gente nuestra que salía del teatro Arriaga después de haber visto la tragedia “Pedro Mari”, todos llorando de emoción. Aquello fue el milagro, el despertar de todo un pueblo a la identidad propia, patriótica, de un renacer vital.

Los enemigos de la patria se ocultaron ese día, cohibidos. Algunas pocas casas de la Gran Vía cerraron hasta las persianas.

Pero todo Bilbao era una sola fiesta y exultaba de amor patrio. La ikurriña ondeaba en balcones y ventanas, con bellas flores de alegría y de paz. Ningún jauntxu insultando al adversario. Ningún jerarca declamando dogmas. Todos en armonía, hermanados en la resurrección de la patria común, idéntica a sí misma en su propia naturaleza... ¡Qué momento histórico! ¡Qué recuerdo imperecedero!

Días recientes, hablando con Mikel Coya, organizador cultural del batzoki de Matiko –¡inolvidable Matiko de valiente juventud de los años treinta!– nos decía éste que le gustaría poner en escena alguna obra de teatro de aquella época. Me

parece una idea estupenda ya que el presente actual está muy inspirado por la moda retro. ¡Ojalá lo realice Mikel con su gran sensibilidad, y entusiasme a jóvenes y adultos y cunda el ejemplo!...

El argumento de "Pedro Mari" lo tengo algo nebuloso, pero bien recuerdo el trallazo que sufrió mi sensibilidad de adolescente y el patriotismo puro y sano que despertó en mi conciencia y que ha perdurado hasta ahora... y creo que también perdurará en aquellos cientos de abertzales que salían del Arriaga conmovidos en el alma.

Ante la magnitud salvaje del materialismo actual, que destruye nuestras fibras más profundas de idealismo patriótico, ¿quién sabe si ésta sencilla e ingenua obra de teatro puede realizar el milagro de la unión nacional de la identidad propia a la que aspiramos, consciente o inconscientemente, todos?...

Olvidémonos ya de sofismas y artilugios políticos, de malos cálculos y componendas, y sobre todo de insultos y fanatismos, y, dejándonos de soberbias, orgullo y mezquindades, seamos de una vez razonables y capaces de unirnos todos, con espíritu nacional, el próximo Aberri Eguna, bajo el lema de siempre (y que no rechazará una santa Juana de Arco): ¡Viva la patria libre!

Gora Euzkadi Askatuta!

## *Afiliada a Emakume Abertzale*

**E**l otro acontecimiento que marcó mi vida fue mi inscripción en E.A.B. (“Emakume Abertzale Batza”, organización femenina del Partido Nacionalista Vasco).

Mandaluniz era de una familia muy nacionalista. La mía monárquica; mejor dicho mi aita, pues a mi madre y a mí nos importaba poco la política. Desde que comenzamos a pasear juntos, José y yo, hablábamos con preferencia del gran problema del nacionalismo vasco. A mí no me interesaba mucho, al principio, pero había tal convicción y pasión en sus palabras que tenía que oírlo.

Acontecimientos históricos y culturales como la República, el desarrollo del primer “Aberri-Eguna” en Bilbao, obras de teatro con temas patrióticos... hicieron que me volviera más entusiasta que él. El descubrimiento de la gran injusticia nacional y del terrorismo hacia los miembros del Partido, y sobre todo la persecución herodiana al idioma de mis padres y abuelos, hizo de mi no sólo afiliada, sino propagandista fiel de las ideas del separatismo vasco y soberanía de Euzkadi.

Fueron años de una actividad increíble. Terminados los estudios de maestra, me nominaron inmediatamente titular de la escuela “Ikastola” de Sondika que se instaló primero en la planta baja de un chalecito que estaba junto a la Herre-ría de Aguirre, y luego en el primer piso del edificio “Basozabal”, hermosa casona de piedra tallada, “Batzoki” actual de Sondika.

Durante tres años fui “andereño”, con verdadera vocación y cariño de los niños. Tres años de gran plenitud. A las noches daba clases de euskera en la sede de E.A.B. en la calle Bidebarrieta. Novia enamorada y oradora oficial en todos los mítines que se celebraban cada domingo, inaugurando “batzokis” por todo el territorio patrio, incluyendo a Nabarra. ¿De dónde salía tanta energía para tan absorbentes actividades?

Quien podrá decir la emoción —el éxtasis a veces— de sentirse reconocida en la calle y saludada con cariño por desconocidos; de ver en primera página del diario su foto, con un comentario lleno de elogios; o a miles de patriotas delirantes, enardecidos, aplaudiendo las palabras románticas —a veces un poco ingenuas que les decíamos desde la alta tribuna; o de sentirse mártires al ser conducidas, por la policía española, a los tribunales de “María Muñoz”... Y aquellos autobuses llenos de abertzales que venían de todas partes, llevando pancartas, en manifestación, a visitarnos

en la cárcel de Larrínaga (la misma donde estuvo preso nuestro profeta de la independencia y soberanía: Sabino Arana)... Y tantas y tantas concentraciones de masas donde éramos las oradoras del Partido –recuerdo sobre todo a María Teresa Zabala, Haydée Agirre, y a Julene Urcelay– el punto de atención y de cariño de toda Euzkadi. ¿Quién podrá describir esta emoción?...

## *Profanación de ikastola*

**S**i en algún período de mi vida fui idealista pura, de religiosidad sin duda, fue cuando, recién obtenido el título de maestra en la Escuela Normal de Bilbao, fui nombrada anderaño de la primera ikastola de Sondika.

Dábamos todas las materias en euzkera. Teníamos buenos textos, y un extraordinario mecenas en la persona del conde de Villalonga, don José, casado con una Sota. Libros, útiles escolares, regalos para la primera comunión de los primeros alumnos... La enumeración de lo que don José hizo para la ikastola de Sondika sería demasiada larga de enumerar.

Hay un detalle curioso. Yo tenía 19 años y algunos de mis alumnos tendrían, entonces, 13 y 14 años. No era grande la diferencia pero ahora, los que quedan vivos, son tan carcamales como yo.

Fue tan intensa la vivencia de este período de mi vida que, después de un día bien completo –con enseñanza religiosa (lo más importante) y enseñanza patriótica (la más fanática)– cuando volvía a casa, agotada, sentía tal plenitud y satisfacción que aún hoy en día el recuerdo de esta sensación me perdura y me llena de plenitud.

Era el mes de enero. Caían las primeras nevadas sobre el valle de Txorierri. En el aula, calentita con una estufa, desarrollábamos con normalidad nuestras tareas. Esta ikastola primera de Sondika era un chalecito reciclado, junto a la herrería de Nicolás Agirre. Tenía la fachada frente a la taberna de Satur. Centro del pueblo.

Era el mes de enero, repito, muy frío. Una mañana, de pronto, se detiene junto a la puerta un gran automóvil negro. Emoción!... Descienden del coche tres hombres agabardinados y con sombreros flexibles, quedando uno al volante. ¡Gran susto!...

– Señorita, somos policías y venimos a detenerla.

Así de sencillo. No me puse nerviosa. Les expliqué a los niños la situación en euzkera. Les dije que se quedaran tranquilos hasta las doce, haciendo sus deberes; que yo volvería enseguida. Y pedí a los policías me condujeran a mi casa para abrigarme y avisar a mi madre.

Me vestí con mi elegante abrigo azul marino de botones dorados con anclas y, sobre mis tirabuzones, una boina azul con el escudo de Euzkadi. Era nuestro uniforme de propagandista. Abracé a mi madre, quien se mostró muy serena.

Me condujeron a la Jefatura de Policía de Indautxu donde me encontré con mi amiga, y también propagandista, Haydée de Aguirre a quien habían detenido

en Santurce. Nos abrazamos emocionadas y, sin más, si ninguna formalidad ni declaración, nos volvieron a sacar para introducirnos en una camioneta oficial. Esta vez, custodiadas, además de los policías en civil, por guardias uniformados y armados, nos llevaron a la cárcel de Larrínaga donde permanecemos 15 largos días tras las rejas.

Así, ya en 1933 el Gobierno Español de la República, pretendida democrática, perseguía al Nacionalismo Vasco aunque con mayor hipocresía que durante la dictadura de Primo de Rivera. Se cometió este atropello bajo y ruin contra unas jóvenes idealistas de Emakume Abertzale Batza y contra una maestra en pleno desarrollo de su sagrada misión educativa. Tuve que dejar solos, en el aula, a los treinta inocentes niños; solos y asustados como pajaritos ante el gavilán. La foto de nuestra llegada a las escalinatas de la cárcel de Larrínaga, custodiadas por hombres armados, fue publicada en las primeras páginas de todos los diarios de Euzkadi.

## *Salida de la cárcel de Larrinaga*

**C**reo que lo que más nos impresionaba mientras permanecimos presas en Larrinaga –quince largos días– tanto a Haydée como a mí, no eran ni el ruido siniestro que producían en las manos de la celadora el manajo tupido de llaves enormes que cargaban continuamente, ni cuando cerraba el cerrojo de hierro de las rejas dejándonos aisladas en el último rincón de aquel descomunal pasillo, con la sensación de que si nos pasaba algo nadie nos oiría llamar... sino el grito que cada media hora lanzaban en la noche, por turnos, los cinco soldados de guardia, desde sus garitas.

“¡Centinela alerta!... ¡Centinela alerta!... ¡Centinela alerta!... así cinco veces, y el último decía “¡Alerta está!” ¡Qué siniestras y patibularias nos sonaban estas palabras!...

Un día, mejor dicho una noche, el tercer centinela no contestó. Luego supimos que se había quedado dormido. ¡Qué miedo pasábamos durante la noche!... Durante el día era una fiesta. Entre las visitas, los periódicos y revistas que nos mandaban con fotos y artículos sobre nosotras las “pobres víctimas de la dictadura”. –Salíamos de Primo de Rivera y empezaba la República– y los regalos, presentes, telegramas, tarjetas y anónimos que recibíamos, nuestras celdas, llenas de regalos, parecían bazares hindúes. Flores, cajas de chokolatinas, cajas de dulces, bandejas de pasteles y pastas finas, pañuelos, medallas, medallitas... ¡Cuántas chucherías entregadas, ofrecidas con tanto amor patriótico!

Por fin llegó el día señalado, día soñado de nuestra liberación, después de bien cumplidos los 15 días.

Era el mes de enero del 33. Estaba nevando.

Nos arreglamos con emoción, desde temprano, cubriendo nuestras cabezas con mantillas negras de blonda. El rosario y el misal en la mano. Bajando las amplias escalinatas que daban a la calle contemplamos con emoción a la cantidad de amigos que nos esperaban. Habían venido en varios autobuses. En medio del grupo de patriotas, en primera fila estaban Elías de Gallastegui, Antón Irala, P. Basaldúa, el Dr. Julio Yanke, Sota, Lauaxeta, Taramona... y un Hombrachón de gran estatura que nos abrazó con emoción cordial. Era Martín D’Ambroise, miembro del Gobierno de Irlanda y amigo personal de su Presidente Valera.

En la iglesia del Carmen celebramos una santa misa, cantada, de acción de gracias.

Lo que más recuerdo de este acto es la figura solemne de Martín D'Amboise, arrodillado, en primera fila, junto a nosotras, y rezando con recogimiento, teniendo continuamente entre sus dedos en movimiento un enorme rosario que le llegaba hasta el suelo... y la devoción con que comulgó.

El recorrido, en varios autobuses, hasta Sondika, por Deusto, la subida por la cuesta de Enécuri hacia Asúa, contemplando el cono del Serantes y, sobre todo, la imagen de todas esas laderas y montañas cubiertas de resplandeciente nieve, es un recuerdo que queda en mi alma como una gracia especial que perdurará hasta la eternidad.

Y cantábamos con emoción patriótica:

“Goiko mendian edurra dago

Erreka aldian isotza...”.

En la puerta de la casa me esperaban mis aitas, y familiares y vecinos. Pero antes de entrar, el grupo de niños de la ikastola de Sondika me ofreció un hermoso ramo de flores; y de despedida, el grupo de patriotas, todos, cantamos el himno de Euzkadi.

Nuestras voces vibraban, exaltadas, transportándonos hacia alturas de intensa emoción patriótica, llena de energía genuina y de gratitud a la pasión del ser vasco.

Pienso que esta energía del irreductible fenómeno vasco sigue vigente en los hijos y descendientes de aquellos niños presentes en este acto de verdadero amor convergente en la identidad del ser con la patria, que es la base auténtica de una sana unidad universal.

## Boda en Begoña, 1933

**E**n el momento de más auge publicitario nos casamos, José, el célebre delantero centro del Athletic de Bilbao, y yo, famosa oradora del P.N.V.... En la Basílica de Begoña fue la boda un 23 de Septiembre de 1933, día de mi cumpleaños -21-. Fueron los padrinos Elías Gallastegi y Petra Iraragorri, madre de Otxu.

El P.N.V., junto con E.A.B., organizaron una colecta y me regalaron un bellissimo dormitorio y un comedor de roble tallado con motivos vascos. Los Mendi-goizales hicieron otra, aparte, la cotización tenía que ser “una peseta”, ni más, ni menos y me regalaron un espléndido broche con la bandera vasca, la Ikurriña, formada por brillantes, esmeraldas y rubíes.

La ceremonia en Begoña fue multitudinaria, con txistus y tamboriles y espatadantzaz... El almuerzo, para doscientas personas, en un mesón de Artxanda, el “Jauregizar”... Y nuestra primera noche de casados en el gran hotel “María Cristina” de Donostia.

Después de un viaje por Barcelona, Valencia, Madrid, nos instalamos en nuestra casa de Sondika, con mis aitaxus y dos empleadas.

¡Ah!, se me olvidaba, el magnífico viaje que hicimos en barco, desde Barcelona a las Baleares, a Mallorca, donde permanecemos en el mejor hotel quince días (hotel donde teníamos salida directa de nuestra habitación al mar). Hicimos excursiones por toda la isla visitando monumentos, castillos y otras cosas interesantes...¡Algo inolvidable!

Los tres primeros años de casada fueron placenteros. Seguía dando mis clases de “andereño” en la “ikastola” de Sondika. A las noches iba a Bilbao a encontrarme con José en la sede de Juventud Vasca, en la calle Bidebarrieta. Tuve que dejar las clases nocturnas de euskera pues era demasiado cansado.

Nos reuníamos a menudo todos los amigos en Sondika, Elías Gallastegi, Niko Bayo, Arregui y muchos más ... Siempre hablando de lo mismo; la Patria, la identidad propia soberana; sin cansarnos jamás.

Recuerdo una cosa simpática. Todas las mañanas, a las once, venía mi amatxu hasta la ikastola trayéndome a Eguzki en un precioso “Landau” altísimo, que compramos, mejor dicho que me hicieron especialmente en la fábrica de bicicletas de Eibar. ¡Qué orgullosa venía ella por toda la carretera exhibiendo a su nieta vestida con puntillas encañonadas! Y yo aprovechaba el recreo, cuando los niños bajaban al terre-

no del frontón, y sentada en el mismo pupitre mío, tranquilamente daba de mamar a mi hija, sin ocultaciones, ni trapitos tapando mi pecho. Era algo atrevido, pues aunque estábamos en un período de “destape”, no era frecuente. Los alumnos se acostumbraron y venían, a veces, con toda naturalidad a verme. Un día, al llegar a la mañana a la ikastola, veo en una pared de la escalera una letras enormes que decían “He visto las tetas de Polixene, las he tocado”. Mandé borrarlo. Luego, en clase, les hablé no sé qué sobre la pureza de la maternidad, y seguí dando de mamar a mi hija de la forma natural. Fue un período feliz. Hasta en las noches en que la pequeña molestaba, mi amaxu la sacaba de nuestra habitación y la llevaba con ella para que yo pudiera descansar.

Vivíamos tiempos de República. Se acabó aquella represión brutal de la dictadura de Primo de Rivera; pero sin embargo, los nuevos dirigentes políticos no admitían nuestras ansias de libertad, mejor dicho nuestro deseo y voluntad de conservar nuestra identidad propia. La represión era más disimulada, más hipócrita, más solapada, pero existía.

Casada y embarazada, recuerdo mis paseos a La Ola donde un trabajador



*Basílica de Begoña. Salida de José y Polixene del templo.*

de una cantera, me entregaba un paquete de dinamita que yo misma llevaba, en el tren, a Bilbao. En una bar, cerca de la esquina de la plaza hoy llamada de Unamuno, estaban los “héroes”... que nunca llegaron a realizar un acto “terrorista”. Pero aquella emoción de sentirse como los irlandeses, que eran nuestro modelo, era nuestro pan de energía cotidiana.

Las salidas y distribución de nuestro periódico radical “JagiJagi” era otro acontecimiento trascendental para nosotros. La forma ingeniosa, de película, como sacaban los paquetes de la imprenta, era espectacular. Una vez hicieron volar los paquetes de periódicos en globo... y luego “llovieron” JagiJagis en la plaza del Arenal y en todo Bilbao.

La primera etapa de la República, de alegría y esperanza, fue poco a poco descomponiéndose. Era inevitable. La inocencia de los nuevos mandatarios hizo que dejaran al ejército español intacto, en sus mandos superiores de tendencia fascista. El alto clero principesco, tampoco fue removido en lo más mínimo. El “destierro” a Roma de dos o tres eminencias, hubiera cambiado mucho. Aparte del rey, muy noble, y de unos, muy pocos, aristócratas de su Corte, toda la reacción quedó en España; y naturalmente con mucho dinero y conspirando contra la República.

Personalmente hay dos mujeres de ésta época que me impresionaron mucho: Margarita Nelken y Victoria Kent, ambas personalidades del Gobierno. Victoria modificó totalmente la bárbara organización penitenciaria que existía, con el escándalo de los beatos de Acción Católica. Organizó bibliotecas rodantes, plantó árboles en los patios desnudos, autorizó las visitas privadas periódicas de los matrimonios y parejas; y otras muchas acciones humanitarias.

En Euzkadi el patriotismo se divulgó y extendió tanto que llegó a ser moda; por lo tanto un poco superficial.

## Visita de Alcalá Zamora

**T**eníamos diecinueve años y estábamos enamorados... Ante el florecimiento del nacionalismo vasco, que tanto preocupaba a Madrid, empezábamos a sentir los primeros enfrentamientos de la naciente República Española. Sabiendo de la visita de su presidente, Alcalá Zamora, a Bilbao, el Partido Nacionalista Vasco movilizó a sus “mendigoizales” para que se hicieran una pintadas en las carreteras por donde tenía que pasar la comitiva oficial.

Se repartieron consignas, pinturas y brochas, y durante toda una madrugada nuestros jóvenes se dedicaron a la tarea... añadiendo algunos epítetos más audaces y expresivos, de propia cosecha.

Ya casi habían cumplido la misión, cuando, por algún motivo inesperado, las autoridades españolas, alertadas se presentaron de pronto en la “obra” y empezaron a recoger pintores y a llenar con ellos las “jaulas”. Nuestros héroes, llenos de pinturas, y con brochas, potes y todo, fueron trasladados a la comisaría de Bilbao.

Claudio Zárate, un artista de Galdakao, aseguraba y afirmaba muy seriamente, al ser interrogado, que él “¡sólo estaba paseando y tomando el fresco!”.

– ...Y ¿este pote de pintura, qué, paseando contigo?

– “¡No es mío, algún malintencionado me lo habrá colocado en la mano!”. Los más destacados fueron trasladados inmediatamente, bajo severa vigilancia, a la cárcel de Larrínaga.

Al día siguiente, los familiares y amigos empezamos a visitarles, llevándoles comida y aliento. Solíamos reunirnos en las escalinatas de la famosa prisión. Nekane Legórburu, la más joven de las oradoras-mitineras vascas, y yo, con especial afinidad pues las dos teníamos encerrados a nuestros respectivos novios, amigos íntimos ambos: Fede Ituarte y José Mandaluniz.

Pero al tercer día no nos permitieron verles... ni pasarles comida, ni paquete alguno. ¡Se habían declarado en huelga de hambre!. ¡Qué emoción! ¡Qué orgullo! Nos sentimos todos muy conmovidos ante aquel comportamiento valiente. Después de comentarios y charlas de rigor el grupo de familiares y amigos se fue disolviendo... y de nuevo en casa, a nuestras obligaciones.

Al otro día nos volvemos a presentar y ¡lo mismo! –“¡No se puede pasar! ¡No se les puede ver!”. Al día siguiente, tras insistir, solicitar, suplicar, sin obtener el permiso de visita, ya eso nos pareció demasiado, algo insoportable.

¡Nuestros jóvenes no sólo habían arriesgado sus vidas, sino que ahora se nos iban a morir de hambre!... En nuestra imaginación ya los veíamos flacos, desfallecidos, quizás exánimes por falta de alimentos. No en vano sabíamos de Gandhi; y ellos, mientras tanto, se lo estaban pasando muy bien entre el sentimiento de exaltación nacional y los chistes y descripciones de succulentos menús imaginarios que les contaba Takolo, el tabernero de las Siete Calles, matándolos de risa.

– “¡Nekane, esto no puede seguir así... Tenemos que hacer algo... Vamos a ir a hablar con Alcalá Zamora y le diremos...!”

¡Dios mío, qué de cosas íbamos a decirle al señor Presidente de la República Española!

Esa misma mañana avisamos a todas la “emakumes” (mujeres patriotas) presentes ante las puertas de la cárcel de Larrínaga, quienes, con sus paquetes de comida en brazos y sus rostros inquietos, eran la expresión misma de la desolación. Quedamos todas en reunirnos esa misma tarde, a las dos en punto en la sede de Juventud-Vasca. “¡Avisad a todas las que podáis!” era la consigna. Luego, Nekane y yo, nos plantamos en la plaza del Arenal, centro neurálgico de Bilbao, y firmes y decididas abordábamos a toda mujer que llevase en el pecho la insignia de “Emakume”, y con gran misterio le susurrábamos: “A las dos en punto de esta tarde, en Juventud-Vasca, es grave y urgente. Avisad a todas las que podáis!”

Pasaríamos así un par de horas, y a las dos en punto nos fuimos a la sede de Juventud-Vasca, en la calle Bidebarrieta, dando un rodeo, pues al lado, en el famoso restaurante “El Sitio” acordonado por los “pichis” almorzaba el presidente de la república.

Cerca de Juventud-Vasca, la esquina de la calle parecía una romería. No se podía subir por las escalinatas y las salas y salones estaban repletos de agitadas militantes.

– “¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?”

Con gran dificultad llegamos hasta la recepción. Los enormes ojos de Elías Gallastegui, líder espiritual de nuestro movimiento nacionalista, denotaban angustia y asombro; la cara refunfuñona de gordito y carismático delegado Manu Taramona, nos hicieron comprender pronto lo inaudito de nuestra acción. Nos introdujeron en el despacho central y ahí nos explicamos. Les expusimos nuestra idea con ingenua pasión. No recibimos de ellos, ni un solo reproche. Tras intercambiar miradas entre sí, la aprobaron. Sólo nos pidieron organización y disciplina.

– “¡Bueno! ¡Está bien!... ¡Una manifestación de mujeres patriotas! ¡La idea es buena! ¡...Pero sobre todo serenidad! ¡Disciplina y mucha serenidad!” insistieron paternas.

Y se organizó la manifestación. La presidenta del cuerpo de “Emakumes” de Euzkadi, doña Sofía Mac Mahon, y las instigadoras del operativo, nos colocamos al frente, encabezando el desfile, sin pancartas, ni plumeros, ni nada.

En cuanto salimos a la calle nos avisan que ya no hay “pichis” acordando “El Sitio” ... que el señor Presidente ha salido, en comitiva, hacia el Ayuntamiento desde donde embarcaría para visitar el complejo industrial de “Altos-Hornos”.

– “...Pues ¡todas al Ayuntamiento!!!” fue el grito general. Atravesamos la plaza del Arenal, parando el tráfico, y por delante de la hermosa arquitectura de San Nicolás, llegamos hasta el Paseo del Campo Volantín.

Aquí, en medio de la calzada, cerrando el paso, un camión repleto de guardias de asalto, españoles muy firmes y decididos. El oficial, cuya cara no se me olvidará, uno de esos oficiales de bigotillo fino al estilo “¡España-Una-Grande-y-Libre!”, con presteza, de un salto se baja del camión y se nos enfrenta con chulería de pica flamenca:

– “¡A ver!... ¿A dónde van ustedes?”. Alguna con garbo contesta:

– ¡Vamos de paseo!

– “¡Pues aquí no hay paseo, señoras. No se puede pasar. Atrás. Vamos. Atrás. ¡Atrás!”.

El hombre pierde la cara y comienza aquella algarabía de impropiedades e insultos. El oficialillo, algo asustado por el tumulto – pues entonces no era costumbre que las mujeres se manifestasen– saca el silbato y pita a todo pulmón, dando orden de bajar a los demás efectivos del camión...

Tampoco se me olvidará nunca la expresión fanática de un dirigente socialista del gobierno quien, desde las escalinatas del Ayuntamiento, gritaba como un energúmeno, excitando a los hombres:

– “¡Palo con ellas! ¡Duro con ellas! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte!”.

Y así fue. Nos golpearon fuertemente. En el desorden físico y moral que allí se formó hay imágenes que no se me olvidan. Una: la de la emakume caída en el suelo y agarrando con rabia la pierna de un guardia de asalto, tratando de morderla. Otra: a la respetable y muy señora doña Sofía de Mac Mahón, con un zapato en las manos, repartiendo taconazos a diestra y siniestra, e intentando partir cabezas.

Los hombres del partido, quienes andaban cerca, custodiándonos, se metieron también en la refriega y se enzarzaron unos y otros recibiendo lo suyo. Aquello era igual a esas imágenes que nos da la tele sobre las manifestaciones contra las dictaduras... pero sin tiros aún.

Por fin nuestros hombres nos recogieron en coches y nos llevaron a “Sabin-Etxea” (casa matriz). Aquí el B.B.B. (Consejo del Partido) reunido de urgencia oyó atentamente nuestra versión de los hechos, y el doctor Julio Yanke, tomó constancia de los hematomas y fracturas causados por los porrazos centralistas.

Esa noche cuando llegué a casa, Trabudua el monárquico, mi padre, no dijo nada. ¡Su hija trasladada hasta la verja de casa en el automóvil particular de los Sota (Cresus)! ¡Algo bueno estaría haciendo! Mis “trastadas” le compensaban del

hijo que nunca tuvo y tanto deseó. Mi amaxu que tanto se angustiaba con mis actividades patrióticas de propagandista y mitinera, me daba sin embargo ánimos y confianza.

Ante aquel atropello a las Emakumes, el Partido Nacionalista Vasco desplegó toda su magnífica organización y junto con los Mendigoizales y Solidaridad-Vasca trabajó toda la noche hasta conseguir el triunfo más hermoso que recuerdo.

Cansada, después de tanta emoción, dormí como un ángel. A la mañana siguiente me despertó temprano mi ama para anunciarme llena de alegría las consignas que la radio estaba dando a cada rato:

– “¡Figúrate! ¡Todo está en huelga! ¡El tren de Lezama, el primero, el de las seis y media, no ha podido pasar de Derio!... ¡Todos están en huelga!... ¡Todo está parado!... ¡Nadie trabaja!...¡Bilbao está esperando!... ¡Y se extiende la huelga a toda Bizkaia!... ¡Toda Euzkadi está con los presos!...”.

Y así pasamos nosotras todo el santo día oyendo las noticias de la radio. Al día siguiente nuestros presos fueron ¡por fin! liberados. Salieron de dos en dos, a intervalos espaciados... para frenar el entusiasmo popular.

Esta fue probablemente una de las huelgas más completas y efectivas de la historia moderna de Euzkadi. Dos chavalas fueron las instigadoras. Dos jovencitas enamoradas.

¡Teníamos diecinueve años!

## *Aguirre en la Ribera Navarra*

**F**ue durante el verano del 33 cuando se organizó aquella gira de propaganda nacionalista por Navarra. Medio en serio, medio en bromas, la llamamos “La Reconquista de Navarra”.

Con varios coches y un autobús se organizó la partida que duró dos o tres días, o algo así. Ese año queda marcado a fuego en mi memoria y corazón, pues el 23 de setiembre me casaba, en Begoña, con el futbolista más guapo del Athletic de Bilbao.

No se exactamente cuál era el objetivo de aquella campaña, si electoral o propagandística, pero para nosotras las del grupo de emakumes, aquella “excursión” era algo así como si fuéramos al país de los infieles, ¡todas dispuestas al martirio!

Manu Irujo nos había dado una charla para orientarnos, explicándonos su pueblo con la pasión que le caracterizaba.

– Nunca contestéis cuando os lancen un “¡Arriba España!” o un “¡Viva Cristo Rey!”... Y si tenéis valor, responder con otro ¡Viva!, pero sin precisar...

La primera llegada fue a Estella. Nos alojamos en el hermoso caserón de los Irujo. Su entrada principal, para carruajes que llegaban hasta la monumental escalera, y aquel escudo enorme de piedra tallada, me impresionaron tanto que aún recuerdo perfectamente todos los detalles.

Mirentxu de Irujo fue un ángel con nosotras. (De aquella época guardaba con amor una foto donde aparecemos juntas, bajo el kiosko de Estella. La he perdido, por ingenua, confiando demasiado en sentimientos ajenos...).

Pello Irujo nos hizo de guía, mostrándonos tantos rosetones góticos, tantos tímpanos, jambas, arquerías, etc... con tanto tecnicismo y devoción que nos dejó encantadas. No me imaginaba yo entonces que un día tendría que estudiar “al caletre” toda esa materia artística de la historia para fortalecer los ingresos de la casa.

Recorrimos todo el valle del Baztan. ¡Qué belleza la tierra vasca! Paramos en varios pueblecitos, dejando en cada uno de ellos el mensaje de nuestro amor profundo a la patria, junto con el deber de recuperar nuestra propia integridad, nuestra identidad soberana, sin enajenarse en nada.

Después de Estella el acto más importante fue en Tafalla... ¿o en Tudela?... Todo estaba nebuloso en el paisaje de la Ribera. Sólo recuerdo el entusiasmo, la fe, la alegría, la pasión útil que nos brindaron las minorías nacionalistas de este solar.

De vez en cuando escuchábamos algún “¡Viva Cristo Rey!” muy monár-

quico y carlista, pero éste era pronto seguido y abrazado por un coro de “¡Gora Nabarra! ¡Gora Euzkadi Askatuta!”. ¡Gora Jesús!...

En el mitin oficial, casi siempre era Julene de Urcelay la primera en hablar. En cuanto aparece su figura de frágil adolescente, frente a aquel único y enorme micrófono aureolado de hierro, se oye un gran silencio. Su bello rostro, su corta y tupida cabellera rubia como las espigas maduras, sus verdes ojos rodeados de enormes pestañas negras hacían que todos se enamorasen de ella. Pero sobre todo cuando se oía su voz, de una dulzura y sonoridad poco común, lanzando a los cuatro vientos, como cantando en el euskera puro de su Azkoitia natal, los mensajes de un amor profundo a Euzkadi, todos nos quedábamos extasiados, como cuando se oye cantar a un ángel... luego venía el “trueno”, como dice Iñaki Anasagasti.

Y terminaba siempre el acto José Antonio de Aguirre con su verbo fogoso de un románico puro. Su bello perfil de pelotari macizo, pero sobre todo su hablar, más ajustado y académico que el nuestro –mejor dicho, más letrado que nuestros mensajes románticos– explicando con maestría rasgos profundos de la historia de Nabarra, su derecho inalienable a la soberanía propia, todo esto impresionaba de tal manera al auditorio que muchos de los que antes de oírle gritaban ¡Arriba España!, luego le abrazaban emocionados, identificándose con el fenómeno vasco. ¡Cuánto amor a Euzkadi surgió de aquella campaña, en aquellos corazones de auténticos vascos, crisol del Viejo Reino!...

Cuando, años después, volvía a verle a José Antonio por Bilbao, Gernika... y más tarde en París, siempre serio, solemne, hierático, lleno de nobleza cabal, yo siempre le recordaba en aquella Ribera nabarra del 33, rodeado de multitudes que antes no habían querido saber nada de nacionalismo, y que luego de oírle darían su vida por la patria vasca.

## *Estampa de Lauaxeta*

**E**ra en los albores de la República, cuando se iniciaba en el Casco Viejo de Bilbao —en la calle Bidebarrieta— aquel entusiasmo de reuniones, de charlas, de clases de euskera. Ebrios de un fervor patriótico sabiniano, vivíamos como un sueño el despertar político de Euzkadi.

Por aquel entonces andaba yo en la “Normal” de Bilbao. A menudo, después de terminar unas clases de recuperación de matemáticas en una academia de la calle Ayala, solíamos reunirnos, amigos y compañeros, en Juventud-Vasca, donde siempre había alguna acción patriótica que desarrollar. Así fue como conocí al poeta Lauaxeta.

Con él me unía una gran simpatía mutua que no llegó a madurar por estar yo comprometida con José de Mandaluniz.

Fue el propio Lauaxeta el que me animó a que diera unas clases de euskera a los más pequeños de Juventud-Vasca, mientras en el salón contiguo, él mismo daba cursos más avanzados. Al terminar la clase me solía corregir, y me aconsejaba... y charlábamos, de lo sagrado y de lo profano, de todo y de nada... Y me acompañaba hasta la estación de Lezama.

Un día en que, hallándose enferma y no pudiendo asistir a un mitin programado, falló una oradora (creo que era Sorne Unzueta), Lauaxeta propuso a la junta de E.A.B. que yo podría sustituirla. Era para la inauguración del batzoki de Orduña. Aquí empezó mi carrera de propagandista-oradora.

Lauaxeta fue un gran poeta, verdadera sensibilidad romántica y profunda inspiración abertzale. Es por cierto curioso recordar que tanto él como Mandaluniz eran “prófugos” del seminario, en cuyo recinto adquirieron madurez y gran conocimiento del alma humana. A tiempo, y por no tener la vocación requerida, ambos demostraron tener valor suficiente para no proseguir la carrera eclesiástica, de gran prestigio y seguridad, renunciando con entereza.

A Lauaxeta le gustaba mucho recitarnos trozos de sus poemas. Algunos fragmentos los aprendí de memoria. En el año 37, casada ya con Mandaluniz y a punto de tener el tercer hijo, subía yo, en estado muy avanzado, las calzadas de la estación de Lezama, después de haber realizado algún trabajo en Juventud-Vasca. En mitad de la plaza “Unamuno” había tres camiones de gudarís (soldados vascos), de pie, pertrechados de campaña. Me paro en medio de las escalinatas para contemplar la escena, estampa de hombres que van al frente, a cruzar fuego. Una honda sensa-

ción de tristeza y melancolía me iba invadiendo. Para no ponerme a llorar vuelvo a iniciar la subida, arrastrando mis pies cansados y agarrándome a la barandilla de hierro...

De pronto, llenando la plaza, oigo una voz bien conocida que me grita llamando:

– “¡Polixene! ¡Polixene!...” y comienza la voz del poeta a entonar el “Eusko Gudariak Gara” (el himno del ejército vasco), coreado por todos los demás gudarís presentes. Salían para el frente de Lemona.

Nunca la canción patriótica tuvo tanta resonancia de sacrificio, de ofrenda, de amor a la tierra. Las lágrimas corrían por mi cara. Cuando Lauaxeta pasó cerca de mí, sobre el primer camión, encabezando el grupo era el comandante, me volvió a gritar:

– “¡Animo Polixene!... ¡Sólo se muere una vez!...” El tono de su voz me estremeció profundamente.

Y murió el poeta-comandante al cabo de tres meses de aquella escena. Murió fusilado dando fe de su patriotismo y de su dignidad, de hombre y de vasco.

En mis andanzas por el mundo del exilio, en estos 40 años, luchando junto a mi marido para sacar adelante la numerosa familia, he trabajado intensamente, bajo climas muy fuertes, de maestra y de profesora, dando clases de Historia del Arte y de Geometría, en colegios y liceos, dando charlas de Ciencia del Hogar en parroquias y barriadas, dando cursos de libre escolaridad a los presos condenados de la penitenciaría de Sabaneta, en Maracaibo (la cárcel más terrible de Venezuela, por hallarse en zona fronteriza)... En tantos y tantos años, ha sido mi constante obsesión explicarles a mis alumnos que somos vascos, los vascos, como el francés es francés y el español, español... y que el vasco auténtico no es ni francés, ni español; así como el francés de verdad no es español, ni es vasco; ni el español pragmático y realista es vasco, ni francés, si bien puede ser vascófilo o francófono... Y siempre, siempre que hablaba con alumnos, o curiosos, de éste tema de tan lógica evidencia para gente de buena voluntad y me pedían como colofón dar una prueba de nuestra diferencia, de la originalidad de nuestra lengua, de la identidad de nuestro verbo, yo, siempre y sin meditarlo, de los más profundo del recuerdo y nostalgia de mis ser auténtico, les recitaba:

¡“Iños ikusi bako  
maitale kutuna  
neure opa samurrok  
laztanduten dabe!”.

(Mis ansias más profundas, añoran la ternura, de mi amada nunca vista).

¡...Y soñaba!... Soñaba que estos versos los escribió Lauaxeta, los escribió Esteban Urkiaga para aquella aldeanita maestra que subía por las calzadas de Begoña... cuando éramos puros, cuando el amor a la patria era algo que pedía una entrega total, sin mezquindades, ni partidismos.

## ¡Aupa Bermeo!

**T**odas las personas que vivimos y participamos en el primer “Aberri Eguna” celebrado en el año 1932, en Bilbao, estarán de acuerdo conmigo en reconocer que el espectáculo que más nos impactó y que recordamos con verdadero cariño es –después del desfile por la Gran Vía– el de la llegada de la flota bermeana por el Nervión.

Ese día, los arrantzales bermeanos se presentaron en la ciudad organizando un desfile naval de belleza folklórica.

Todos los barcos, recién pintados, llenos de banderas, guirnaldas y estandartes, los puentes repletos, hasta los topes, de racimos de hombres, mujeres y niños, tocando estrepitosas sirenas, hicieron su entrada por la Ría, hasta los muelles del Arenal.

Nosotros, los jóvenes y adolescentes, apoyados sobre las barandillas del puente de San Nicolás, hinchados de orgullo, contemplábamos el espectáculo. Era de una belleza radiante y alegre, como una estampa naval del gran canal fabricada por algún genio de la escenografía. A la derecha la pétrea torre de San Nicolás; al fondo esos espléndidos verdes sobre las suaves laderas de Artxanda; en frente, sobre la Ría, todo ese alarde de líneas y colores flotando al viento.

Hoy, cuando medito sobre el fenómeno de la comunicación consciente de la energía universal (fenómeno muy bien explicado por el místico Teilhard de Chardin) siempre recuerdo, y revivo con gozo, aquella escena espléndida del Arenal, toda de pura vibración, de abigarrados colores flameantes, de música, de gritos, de sirenas, ¡de emoción...! ¡De comunión patriótica!

La ikastola de Sondika fue una de las primeras en ser organizada por el Partido Nacionalista Vasco. Con motivo de unas fiestas patronales se dio una exhibición de enseñanza pedagógica, exponiéndose problemas matemáticos y de geometría en eusquera, en el pórtico de la vieja iglesia, ante la admiración de nuestros “baserritarrak”.

Una vez al año, para premiar la labor de los txikis, organizábamos una buena excursión, preparada de antemano con mucho entusiasmo. Alquilábamos un autobús, y cargando cestos con bocadillos y frutas, emprendíamos nuestro gran día de aventuras, con la banda de txistularis al frente.

Un día fuimos con los muchachos a Bermeo. Llegamos a la plaza, frente al kiosko, deteniéndonos en él un rato, cuando comenzó un txistu a animar el ambiente con unos aires “biribilketas”.

Poco a poco los balcones se iban abriendo y asomándose los bermeanos;

e iban llegando a la plaza jóvenes en traje de faena de las conserveras. Al principio no prestamos mucha atención, y para cuando nos dimos cuenta, una numerosa chiquillería, y gentes de todas las edades nos rodeaban, coreando el canto patriótico, junto a los txikis de la ikastola.

¡La que se armó!... Aquello era una verdadera romería con jotas y cantos y kalejiras... ¡En las que nos metimos las andereños con nuestros acompañantes!

En medio de este jaleo y bullicio aparece de pronto el alcalde, Basterre-txea, y nos dice alarmado:

– “¡Polixene! ¿Qué andáis?...¡Por lo que más quieras, recoge a tus txikis y sal de Bermeo!... Me acaba de llamar el gobernador y me ha dicho que el delegado civil ha telefonado señalándole que se ha organizado en Bermeo una manifestación de aupa, y que las obreras de las factorías de conservas están abandonando el trabajo, sin pedir permiso, para asistir al acto; y que ésta manifestación no tiene autorización legal para llevarse a cabo!”.

¡Bermeotar zoroak! Bendita locura.

A consecuencia de un mitin donde hablamos con especial celo a favor de la independencia, tanto la famosa oradora Haydée de Aguirre, como yo misma, fuimos detenidas y encerradas en la cárcel de Larrínaga durante quince largos días. Oyendo las noticias de los horrores que pasan hoy, recuerdo como de risa el terror que entonces nos producía aquel castigo. Eramos muy jóvenes, teníamos apenas 19 años. Señoritas de pueblo educadas en el ambiente estricto de esos años 30, con la Hermanas de la Cruz, y luego en la Normal... Para nosotras aquella prisión, aquellas puertas enormes con sus cerrojos y llaves gigantescas, y sobre todo las diferentes estancias y corredores que se iban cerrando a nuestro paso, hasta quedar aisladas en aquella pequeña celda de rejas y barrotes de hierro, siempre a la vista de alguna funcionaria ceñuda, y con aquella muy alta y muy pequeña ventanita que daba hacia la calzada... todo aquello nos daba la impresión de ser personajes, protagonistas del Far-west con mezcla de catacumbas, cuando no heroínas modernas de la historia real. Nos sentíamos como mártires. Pero era tanto el cariño y las atenciones que tuvimos del Partido y de nuestra gente que no nos quedaba tiempo de aburrirnos, ni de sentir gran miedo... ¡Y nuestro sueño era muy profundo!

Una noche –sería hacia la media noche– nos despertaron de pronto unos gritos que venían desde la calle:

– “¡Aupa Haydée! ¡Aupa Polixene! ¡Gora Euzkadi Askatuta!... Y luego, seguido, aquel canto grave, profundo, de voces de hombres de mar, bramidos de Atlantas:

“¡Jeiki! ¡Jeiki Euzkotarrak!

¡Laister dator eguna!...”.

Eran las voces de los arrantzales de Bermeo. Después de faenar en el Cantábrico, y en vez de descansar en casa, o de distraerse en la taberna, aprovechan-

do un día de asueto y tras una buena comida, decidieron llegar hasta el muro de la cárcel de Larrínaga para entonar, en coro, este vibrante canto a la patria, llenando de fe y de esperanza el corazón de aquellas ingenuas oradoras mitineras.

¡Bermeotar zoroak!

En esos días se organizó en Bermeo un festival patriótico. Se había programado un mitin en la sede de la cofradía de pescadores. La gente no cabía en la amplia sala. En el parque de enfrente, también lleno de nacionalistas tuvieron que colocar altavoces.

Yo era la oradora de turno. Cuando empiezo a hablar, en euskera, se me acerca discreto el delegado del gobierno español (delegado que siempre asistía, como testigo, a estos actos) y me dice al oído:

– “¡Señorita!...¿Va usted a hablar todo el discurso en vascuence?”. Nadie del público oyó lo que me preguntaba; sólo se enteraron que el delegado me estaba interrumpiendo. De pronto desde lo alto del escenario que era bastante elevado, vi como un pequeño movimiento entre las primeras filas, seguido de un rumor confuso. Recuerdo que alguien gritó; “¡Urera gixona!”.(¡Al agua a ese hombre!)... y como un huracán se desató la tempestad propagándose el “¡Urera! ¡Urera!” en agitadas olas.

Al cabo de poco era ya un bramido sordo y profundo acompañado de movimientos peligrosos, empujones, gritos... unos que querían entrar en la sala. Qué magnitud de peligro tendría aquel movimiento de masa humana cuando el propio delegado civil, arrodillado, se agarraba a mi brazo implorando:

– “¡Señorita!...¡Señorita!... ¡Dígales que yo no le prohíbo nada!...¡Siga usted hablando, por favor! ... ¡Siga usted hablando como quiera!... En vascuence, en euskera, ¡como quiera!...”.

El pobre hombre, lívido, temblaba de pavor. Unos responsables le sacaron por el fondo del escenario. ¡Y continuó el mitin!

El final del acto fue apoteósico. Desde este clima de efervescencia, creado por el incidente, brotó un delirio de entusiasmo colectivo. Entre aplausos y vivas unas bermeanas, como cariatídes, me llevaron a hombros hasta la plaza. Yo, arrebatada, supe entonces lo que es el éxtasis en la comunión con la masa.

¡Creo que habrá hoy en día en Bermeo una cuantas mujeres nacidas en 1932 que se llaman Polixene!

¡Bermeotar zoroak!

Algún día, si Dios quiere, escribiré la apología de estos locos Atlantas, sal de la tierra y gracia del mar. Pero ahora, y desde este mundo postmoderno de alienada lógica consumista y frío racionalismo beligerante, quiero expresar aquí mi más cordial respeto y admiración a este pueblo de Bermeo, exuberante y exaltado y siempre fiel a nuestros ancestros y genios del mar... esperando que el espíritu de concordia y de unidad que tanto necesita Euzkadi nos brote de este puerto del Gran Océano Atlántico... con la gracia natural y activa que tan bien le caracteriza.

## *Nacimiento de Eguzkiñe*

**D**esde el primer mes de casada me di cuenta que estaba embarazada. Todo fue de lo más normal y saludable, pero recuerdo algo que hoy parece exagerado y entonces natural: la vergüenza que nos hacían sentir por nuestro estado, como si éste fuera castigo de Dios por todos los pecados de la humanidad. Nos solíamos vestir con abrigos y manto, aún en verano para disimular al máximo nuestro vientre.

Mi marido procuraba salir lo menos posible conmigo. Era una actitud general aceptada por todas las mujeres de la época. Yo nunca lo acepté de corazón, y muchas veces protesté.

En cinta, seguía asistiendo con toda regularidad a la ikastola. Mañana y tarde. Nunca falté a las clases. Solía ir caminando por la calzada de Mitxines –un atajo en pendiente de unos 300 metros– todos los días. Este era un buen ejercicio para mantenerme en forma. Además no sólo eran las cuatro caminatas diarias, también participaba, casi siempre, en los juegos de recreo de las niñas.

El 7 de junio de 1934, como todos los días después de las primeras clases, las niñas empezaron a saltar la cuerda, a la “comba”, mientras los chicos jugaban a la pelota. Como de costumbre yo me puse a jugar con ellas y salté varias veces, llegando mi turno. Me sentía bien. Me imagino que debía de parecer a la ingenua de Charlot. Pero en la tarde empecé a notar dolores. Y nos dimos cuenta que eran los síntomas del acontecimiento que todos esperábamos con tanta alegría. Ocurrió a media mañana del día siguiente.

Fui asistida por Angel de Aguirretxe, uno de los mejores ginecólogos de Bilbao, líder del “Jagi-Jagi” y amigo personal de la familia. Fue un parto largo y difícil, como toda primeriza. Al final Angel tuvo que cortar, para facilitar la expulsión. Y cortó y dio tres puntos sin anestesia. ¡Así vivíamos antes!

La criatura salió berreando. Era una hermosa niña de dos kilos ochocientos gramos. Debido a los puntos, mi recuperación fue un poco larga y dolorosa.

Al cabo de unos cuantos días –siete u ocho– con la plenitud de la primavera, estaba yo, vestida de puntillas y lacitos y con mis tirabuzones sueltos que me hacían aparecer más juvenil, paseando por el florido jardín, teniendo en brazos a mi Eguzkitxu. Los ciruelos y los higales olían a vida nueva, llenos de tiernas hojas verdes de diferentes matices. Debía de ser sábado, pues de pronto apareció Borlín car-

gando su acostumbrada borrachera sabatina. Al vernos, se detuvo y pestañeando mucho me espetó desde la calle:

– ¡Basabiltzes, basabiltzes zeure zaspiki orregas!...

– ¡No es ninguna sietemesina, Beika!– le respondí airada.

– ¡Alto! ¡Tampoco tiene nueve meses!... Que en el pueblo se lleva bien

la cuenta.

Entré en casa llorando, con un tremendo disgusto y se lo conté a amatxu.

Entre las dos hicimos la cuenta y era verdad. Desde el 23 de septiembre al 8 de junio, habían pasado ocho meses, ocho meses y medio exactamente.

Aguirretxe se rió mucho cuando se lo contamos, y nos explicó la regularidad de estos datos. Esto refleja la importancia que le dábamos a la moral cristiana con respecto a los noviazgos. Moral que nos inculcaron nuestros padres y que se engarzaba en todo el estricto ambiente social de la época, en la que éstas cosas tenían una gran importancia.

Durante el embarazo, cosíamos a mano el ajuar del niño tan esperado y con tanto amor. Hoy nos parece increíble la paciencia, y sobre todo la vista que teníamos para hacer aquello. Las puntadas y bordados minúsculos en las camisetas de lino suizo... Hay una imagen que me viene muchas veces a la memoria por la emoción que me produjo. Al entrar en casa una tarde, de vuelta de la ikastola, me encuentro a José todo ensimismado, planchando camisetas de Eguzkitxu que yo había confeccionado con tanto cariño. No se dio cuenta de mi presencia. Este hecho banal era tan inusual en aquella época machista, que bien puede dar idea de nuestra ilusión mutua por la llegada del primogénito.

Mi amatxu pudo disfrutar de su nieta ese verano y ese otoño, cuidándola y paseándola; y enterarse que yo estaba de nuevo embarazada, antes de irse al cielo.

Solían venir de vez en cuando, desde Galdakao, Venancia y Carmen, la madre y la hermana de José, a pasar unos días con nosotros. Un día de estos, durante el invierno del 35, Venancia se empeñó en que mi madre la acompañara a visitar a un médico recomendado, para hacerse unos chequeos las dos. Mi madre se resistió algo, pero fue tal la insistencia de Venancia que acabó por ceder y acompañarla.

Volvieron de Bilbao al atardecer, completamente empapadas pues al subir las calzadas de Begoña les había sorprendido un repentino y fuerte chaparrón. Permanecieron mojadas en la estación largo rato de espera y durante el trayecto en tren. En casa ya, sentadas junto al fuego, después de cambiarse de ropa, tuvimos una escena de zarzuela. Las dos mujeres muertas de risa recordando algo que les había pasado y que nunca quisieron contarnos. Algo relacionado con la visita médica. Mi padre comentó al verlas tan risueñas:

– “¡Ocurrencia de viejas ir al médico sin estar enfermas!...”.

Mi madre, que había sido una joven de excelente salud, sufrió, cuando yo tenía cinco años, una terrible enfermedad que le destruyó parte de los huesos de la cara. Sobre todo la nariz y los maxilares. Debió de ser algo muy terrible y doloroso, tanto en lo físico, como en lo moral. Pero este mal, sufrido con resignación cristiana, fue el crisol donde se forjó su personalidad de una moral superior y de una conducta acorde, durante toda su corta vida. No hablaba nunca de su mal. Nunca conseguí una confesión, ni la más mínima confidencia. Pero su vida entera, en los más pequeños actos cotidianos, era la de una santa. Ayudando a todo el mundo, protestando ante toda injusticia con palabras y actos que hicieron que todo el mundo la respetara y amara.

En el salón del médico don Nicolás y de su esposa doña Estéfana, se reunían los domingos por la tarde un grupo de familiares y amigos, entre los que se encontraba siempre mi madre, María Aguirrezabala. Era una tertulia amena. Jugaban a las cartas tomando algún refrigerio, pero sobre todo se charlaba mucho, comentando todos los temas y personajes de actualidad. Del pueblo y de más lejos. Un salón de "bels esprits du coin". Don Nicolás solía decir de ella:

– María debe ser hija de una persona de gran cultura moral y de buen linaje.

Esto irritaba a la tía Sotera, esposa de Aureliano, el alcalde, que no participaba de éstas tertulias dominicales.

Después de un largo y doloroso tratamiento, ama se curó completamente de su enfermedad ósea, pero le quedó una insuficiencia cardíaca irreversible.

Y la misma noche de la famosa visita de las dos consuegras a la risueña consulta médica, mi madre enfermó gravemente debido al remojón y al frío que aguantaron esperando. Llamaron de urgencia al médico del pueblo quien diagnóstico una pulmonía doble. Con el problema del corazón, la situación era muy grave. El médico me dijo la verdad.

Los quince días que duró su enfermedad la cuidé con todo mi amor. Y una madrugada se murió. Era la primera vez que yo veía morir a alguien, y era a mi madre. Fue un mazazo. El estremecimiento total de mi ser.

Pero hay un sentimiento que entonces me dominó y que aún recuerdo con toda claridad. Yo pensaba que siendo mi madre una santa, no podía morir de una forma tan sencilla y discreta, sin un grito señalado, sin una exclamación postrera, sin un comentario final... Pero ¡nada! No dijo nada. Estaba serena, sin miedo y de pronto tuvo un bostezo profundo y simplemente abrió un poco más sus bellos ojos negros sorprendidos, exhaló el bostezo y se quedó tranquila. Pero lo que más me sorprendió es que no había pedido cura, como era costumbre. Quizás no lo esperaba. Murió sin confesión, ni extremaunción. Y nosotros no se la propusimos, ¿por qué?... Hay almas que pasan de purgatorios.

José había llegado de Barcelona. La casa estaba llena de gente. Yo per-

manecí hasta la madrugada encerrada con mi madre, solas las dos. No permití a nadie que me sacaran de la habitación.

En medio de las dos camas torneadas habían colocado el féretro, sobre una mesa alargada. Todos se dieron cuenta de mi desesperada decisión y no sólo me dejaron sola con mi madre, también cerraron la puerta. Mientras, ellos organizaban el entierro para el día siguiente.



Recordatorio de María de Agirrezabala.

Fue una ceremonia multitudinaria. Vinieron de todo el Txorie-ri y de Bilbao, en tren, en coche y hasta un autobús de amigos patriotas. Fue una manifestación de simpatía nacionalista. El féretro iba conducido, en una carruaje fúnebre, por cuatro negros caballos con penachos de negras plumas. Todos lo siguieron hasta la iglesia de San Juan de La Campa donde se celebró un funeral de "primera clase", con coral de "1.ª clase". Eran otros tiempos.

Yo me quedé en casa. Después del sepelio y antes de regresar a Bilbao vinieron a consolarme Elías Gallastegui, Angel de Aguirretxe, Julio Yanke, Manu Sota y muchos más. Todos abertzales que habían conocido y apreciado a María Agirrezabala de Trabudua, ejemplo de etxeoandre y santa.

La misma noche del entierro se fue José a Barcelona, pues tenía un partido importante y su responsabilidad era ineludible. Esa noche dormí sola con mi pequeña Eguzkitxu, y en gestación avanzada de Joseba.

Hacía más de un año que Sondika había cambiado de cura. Este último párroco era algo extraño al pueblo. Contrariamente a los anteriores, era algo alegre, dichara-

chero, informal, y algo descuidado en el vestir. Por primera vez se veía en Sondika un cura frecuentar la taberna de Satur, y beber y jugar a cartas con otros vecinos. A unos les hacía gracia su estilo; otros lo criticaban.

Este párroco alquiló un piso que mi padre construyó encima del depósito situado junto al patín, al lado de nuestra casa. Vivía con su madre y una hermana.

Y pasó el primer mes y pasó el segundo y varios meses y el párroco no pagaba el alquiler. Entonces era costumbre, no se iba a cobrar, solían venir a pagar a casa. Mi padre dejó que amatsu solucionara el problema. El no quería líos con la Iglesia.

Después de siete meses, mi madre decidió consultar el asunto con el viejo párroco, quien ya no ejercía y vivía retirado en la vetusta casona junto a la iglesia de La Campa. Un domingo fuimos las dos paseando. El viejo cura nos recibió bien y mi madre le pidió consejo planteándole la cuestión. La respuesta tajante, rotunda, del párroco jubilado nos dejó a las dos anonadadas y estupefactas:

– ... Juisiora, Mari, juisiora!...

De vuelta por la calzada comentaba mi madre con fina ironía ese “espíritu cristiano” que reflejaba el consejo senil del viejo, producto sin duda de cierta envidia hacia el nuevo vicario que le sustituyó. Mi madre, de un cristianismo más auténtico, desechó el consejo levítico... y el caso siguió pendiente.

Yo fui quien zanjó la cuestión al tomar la decisión de que el entierro de primera clase que el párroco había organizado y oficiado para mi madre, sería la cancelación –a medias según las cuentas– de la deuda que tenía con nosotros por la renta del piso.

Este párroco siguió viviendo en Sondika hasta la guerra civil. Y nunca más hablamos, ni él ni nosotros, de dineros ni de deudas mutuas.

## *Nacimiento de Joseba*

**J**osé, a primeros de noviembre del 34, se fue a Barcelona, después de pasar unos días en casa. Jugaba en el Español y hacía visitas cortas y frecuentes a Sondika. Volvió de nuevo a la muerte de amaxu...

Para entonces –invierno del 35– yo sabía que estaba de nuevo embarazada. Durante el entierro estaba ya muy grande. ¡Demasiado gorda! Y así fue durante toda la gestación. El mes de junio, cuando esperábamos el nacimiento de mi segundo hijo, yo estaba exageradamente gruesa. Y pasó la fecha aproximada que esperábamos y ¡nada!... Me sentía muy bien, aunque muy pesada, y no me preocupé. Llamé a Aguirretxe y me dijo que esperara un poco... Fue justo el día en que se cumplían exactamente diez meses de la despedida de José a Barcelona. Era un domingo.

El día 7-7-35 era efectivamente domingo y en Munguia había un acontecimiento deportivo y una gran romería. El acontecimiento deportivo era una gran final de pelota vasca. Todos en la casa estaban encantados de ir a la fiesta, en el tren, después de comer... Y justo media hora antes siento que, al fin, empiezan los dolores. Y se me presenta el gran dilema: “¿Les digo que ya empezó, o me callo para que vayan tranquilos?”. Y así lo hice.

Aita, Pruden, se fue a la taberna de Satur a tomar el cafecito y la copa, y los demás se fueron felices a Munguia. Me quedé sola con Eguzkitxu, de sólo un año.

Todo estaba preparado para el acontecimiento. Las ropitas y el moisés con puntillas encañonadas. Pasé una tarde dura pero feliz. Me sentía como una heroína, ¡pendeja que era por haber dejado que se fueran a la fiesta!...

Llegaron cansados y tuve que alertarlos. Teniendo la experiencia anterior sabía que sería largo, pero nunca creí que sería tan largo y duro... A la mañana siguiente, Angel Aguirretxe tuvo que intervenir, y sacó brutalmente, con “forceps”, al niño más hermoso y que pesaba cuatro kilos... pero salió con la cara marcada por las tenazas.

La recuperación fue lenta y con el agravante de una pequeña operación para extraerme un trozo de placenta que había quedado sin expulsar.

Joseba tuvo la suerte de mamar mucho tiempo... hasta que pudo caminar. Me traía él mismo un banquito para que me sentara...

## *Alzamiento fascista*

Poco a poco se sentía y se comentaba que el Ejército estaba preparándose para derrocar al Gobierno de la República, y esto desde año y medio antes de que sucediera de verdad. Un día vino a nuestra reunión en el café, Lezo de Urreiztieta, patriota del Jagi-Jagi y nos dijo: “He tenido una entrevista con X.X., un alto y riquísimo empresario industrial, y me ha pedido que salga inmediatamente a Checoslovaquia, con un cheque en blanco, y que compre varios cientos –o miles, no recuerdo– de ametralladoras”. Lo tomamos como una broma, aunque él era famoso por los barcos fantasmas que manejaba. Y resultó ser verdad. El no salió para Checoslovaquia sino que salió a comunicar la noticia a la directiva del P.N.V.. No lo creyeron.

Y la vida seguía, entre reformas y adelantos. Había muchos dirigentes socialistas de muy buena fe, idealistas, y una “contra” feroz, con mucho dinero y muchos medios de infiltración en la prensa y en los medios rurales, sus feudos desde siglos.

Un día, el P.N.V. me comunicó oficialmente que debía ir a Donosti a un congreso de lenguas minoritarias organizado por una importante asociación europea de Esperanto. Con todos los gastos pagados. Nos alojamos, una docena de “andereños”, Manu Sota, Genaro Eguileor (un gran periodista y amigo de José), un sacerdote supervisor de ikastolas y alguien más que no recuerdo, en un buen hotel enfrente de donde salen los autobuses de Amara, frente a una bonita plaza con muchas flores y una hermosa fuente de agua. Y empezamos a asistir a unos cursillos en el museo de San Telmo. Y digo empezamos pues sólo duró un día.

Yo me sentía feliz, después de dos partos felices. Mi marido había vuelto de Barcelona después de una temporada jugando en “El Español”. Por tanto, esos días se quedaba descansando en casa, con los txikis. Los niños sanos, cuidados por el abuelo Pruden, por su padre y dos empleadas, ¿qué podría preocuparme? Tenía 24 años y aún conservaba mis tirabuzones que me hacían parecer más joven. Creo que era bonita; la respetuosa pero elocuente y constante admiración masculina así me lo demostraba.

La segunda noche en San Sebastián, después de cenar, salimos en “petit comité”, tres amigas, a dar un paseo por el Boulevard. Llegamos hasta la hermosa barandilla de la playa... Contemplando el mar, el monte Igueldo, Santa Clara, el Urgull... En esto se añadió a nuestro grupito Genaro Eguileor. A éste se le ocurrió

que puesto que estábamos libres, fuéramos a una especie de cabaret donde se exhibía un espectáculo un poco atrevido de variedades. Yo era la más decidida.

Cuando estábamos discutiendo de esta decisión se nos acerca un joven amigo de Genaro y llevándole aparte le dice algo misteriosamente. Genaro vuelve a nosotras con cara seria: “Vamos al hotel inmediatamente. Franco se ha sublevado en Marruecos y parece que es grave”.

Acostumbrados a tantos rumores no le dimos la importancia que tenía; pero lo hicimos al llegar al hotel y ver la angustia de los turistas que se alejaban preparando maletas y consiguiendo taxis para salir corriendo. En el salón, pasamos la noche, hasta casi la madrugada, oyendo la radio y comentando con otros clientes. Oíamos tiros por todas partes. Tiros sueltos y de metralleta. Y de vez en cuando algún bombazo. ¡Qué si es por el Kursaal! ¡Que si es por el cuartel de la Guardia Civil!, pero nada sabíamos.

A la mañana siguiente llamamos a la estación de Amara para preguntar por el horario de trenes hacia Bilbao, y nos dijeron que toda comunicación por vía férrea o por carretera estaba suspendida. Salimos un grupo, a Juventud-Vasca en el Boulevard. Venía con nosotros el padre Aguirre, supervisor de las “ikastolas”. Estaba contento pues le recomendaron que no saliera con sotana, y Manu Sota le regaló un precioso traje azul marino. Nos dio la impresión de que se sentía muy satisfecho de su elegancia. ¡Qué aventura para él! Y no fue el único, pues, en el Batzoki nos encontramos con el famoso y exuberante Aitzol, vestido con pantalón de mil rayas, una camisa blanca, deportiva y un gerriko rojo. Estaba muy bien. ¡Qué lejos de su mente el pensar que pronto le asesinarían de la forma más cruel! ¡Se movía de un grupo a otro, hablaba alto, pronosticaba. Creo, percibía la admiración que nos producía...

Todos estábamos muy inquietos. Pasó por el Boulevard un camión abierto lleno de hombres, la mayoría vestidos con buzos azules, llevando escopetas, y quizás alguna ametralladora, levantando los brazos con los puños cerrados, y gritando consignas revolucionarias... Aitzol dijo: “Cometemos una imprudencia exhibiéndonos por aquí. Debemos regresar a nuestras casas y esperar órdenes. Saldremos en grupos de dos y tres”.

El recorrido, desde el Batzoki hasta el hotel, fue un espanto. Por todos los lados se oían disparos; por los tejados, ventanas y azoteas. La calle vacía. Tres “andereños” tontas jugando a heroínas; metiéndose en un portal cuando oíamos un disparo cercano, saliendo y corriendo otro trecho para volver a escondernos...

Permanecimos en el hotel dos días. No salía ningún tren para Bilbao. Una mañana llamó el jefe de la estación, que tenía amistad con alguien del grupo, diciéndole que fuéramos para Amara pues iba a salir una máquina con un vagón hacia Eibar, a buscar armas, y él nos permitía ir con él.

¡Qué recorrido hasta la estación! Subidos en un vagón de tercera, una

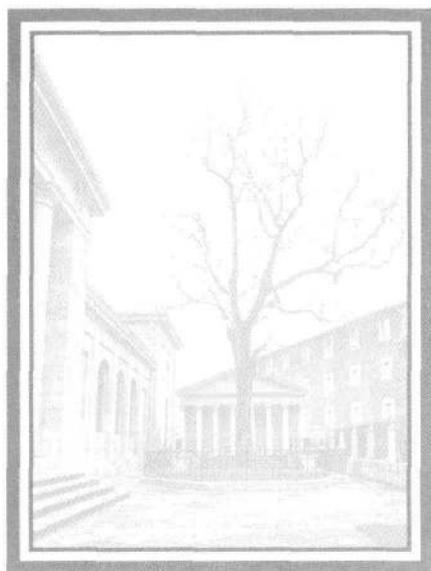
veintena de personas esperamos hasta las cinco de la tarde, llenos de ansiedad. Angustioso también fue el trayecto. De repente, sin ninguna señal, se detenía el tren y permanecía hasta una hora en un lugar solitario... ¡Que si la Guardia Civil! ¡Que si los comunistas nos iban a asaltar!... Al amanecer llegamos sanos y salvos a la estación de Atxuri sin detenernos en Eibar.

Veníamos andando desde la estación de Atxuri. Al llegar al puente de San Antón sentimos una gran conmoción. Se oían gritos, carreras, sirenas de bomberos. Protegidos bajo los arcos de la Ribera derecha, presenciábamos las primeras escaramuzas de lo que luego serían actos vandálicos, relativamente frecuentes, no en Euzkadi, sino en España. Humo negro, llamas, gritos de angustia, tiroteos, carreras alocadas. Era un grupo anárquico de vecinos de San Francisco que quería quemar la iglesia de La Merced, que está justo detrás del mercado, y el convento, con las monjas dentro. Y los “mendigoizales”, nuestros cándidos muchachos, luchaban y exponían sus vidas para que ese acto bárbaro no se realizara. ¡Más de uno de ellos moriría en el frente y probablemente fusilado por los “católicos” y “apostólicos” oficiales franquistas!

En mi trencito de Lezama llegué a casa donde con tanta alegría me recibió mi familia al completo, sobre todo los txikis, Eguzkiñe y Joseba. Iba conmigo una andereño de Tolosa quien se quedó una larga temporada con nosotros.

También encontré otro huésped más, un pelotari de Ondárroa. Era amigo de José de la época de su estancia en Barcelona. Vivían en la misma pensión. Durante la temporada 36-37, José permaneció en Barcelona como jugador del “Español Club”. Había llegado a Sondika justo dos meses antes, con el ondarrés que jugaba de pelotari también en Barcelona. Este era un hombre muy guapo, prototipo de pelotari vasco. Alto, rubio, ojos azules, puro músculo y nervio. Se llamaba Unzain y tenía el alma de un niño de 10 años. Su estancia en la ciudad Condal no destruyó en nada su pureza e inocencia; diría mejor, su conducta moral de hombre de bien. Su única preocupación era que nos faltara comida.

En ese año de 1936 empezó la etapa que convulsionaría todo el resto de nuestra vida. Fue un año duro e intenso, toda una vida llena de acontecimientos trágicos, heroicos... y hasta tragicómicos. Trataré de recordar los más importantes.



## *Capítulo III*

---

# *Misérias de la Guerra*

---

# La Guerra Civil

**O**ficialmente nadie sabía nada. Todo eran comentarios, fabulaciones y chismografía. La radio y la prensa eran los únicos medios oficiales para estar enterados; pero ¿de qué?, ¿si todo era mentira!

Sabíamos que Elías de Gallastegui era de la opinión de crear un Ejército Vasco con jóvenes de todas las tendencias políticas de Euzkadi, y, aprovechando la división española, proclamar nuestra independencia, aliándonos con otros países. Quiso hablar con Ajuriaguerra, pero éste no lo escuchó.

Iban llegando noticias de los territorios ocupados por los fascistas –Navarra...– donde sólo por ser simpatizante del Nacionalismo Vasco fusilaban a uno y a toda su familia. Mucha gente, muchos patriotas, cristianos fervientes, vilmente asesinados. Y lo que supimos de las “azañas” del general Emilio Mola y de Beorlegui, era algo dantesco e increíble: cientos de patriotas vascos fusilados junto a un enorme precipicio y arrojados sus cadáveres al mismo.

Las barbaridades que pronunciaba por la radio el general Queipo del Llano eran tan aberrantes y vulgares que daba vergüenza ajena.

En todos los pueblos, y en el nuestro, Sondika, nada más empezar, todo el mundo se alistó para luchar por la democracia. En Eibar saquearon la fábrica de armas. Creo muy sinceramente, que fue el pueblo llano el que primero se pronunció contra el fascismo.

Antes de que el P.N.V. diera la orden de alistamiento, ya el pueblo había decidido cuál era su deber para poder sobrevivir ante el odio feroz, irracional de los militares y de las derechas fascistas. En Sondika se formó un Comité (no recuerdo cómo se llamaba). Se eligieron cuatro nacionalistas vascos, dos socialistas –los hermanos Calvo– y un anarquista. Este último era un hombre de aspecto patibulario, con ojos verdes de tigre, la cara picada de viruela... Era el hombre más bondadoso de Sondika. Ellos dictaban las normas más importantes sobre la seguridad y la alimentación del pueblo.

La persona más odiada, en Sondika, por los nacionalistas vascos, era mi tío Aureliano Aurrekoetxea Urrutikoetxea, alcalde de Sondika, carlista españolista. Por esos días desapareció del pueblo. Se escondió.

Mi padre no se sintió, en ningún momento, en peligro, porque a pesar de sus ideas monárquicas, no intervino para nada en política.

Se reunieron los del Comité y decidieron, por presión de los socialistas,

ir a buscarle al tío Aureliano, pues alguien descubrió que estaba escondido en un caserío cerca de Munguia. En aquellos momentos encarcelarle era condenarle a muerte. Quedaron de acuerdo que a la mañana siguiente irían a buscarle. Esa misma noche salieron de Sondika dos personas. Recuerdo que uno era Nicolás Aguirre, el de la herrería, y le avisaron al tío Aureliano, para que se escondiera pues los “comunistas” irían a buscarle. Así que, los que le iban a arrestar, no le encontraron. Pero a la noche, cuando se reunió el Comité de Sondika, hubo tal bronca –pues se enteraron quiénes le habían avisado al tío Aureliano– que por poco termina en tragedia, ya que hasta salieron a relucir pistolas. Luego querían llevar detenidos a Bilbao a los dos “chivatos”. Todo se arregló hablando. Urrutikoetxea nunca agradeció el gesto de Aguirre y de su compañero. Al ganar los franquistas, de nuevo alcalde, se mostró cruel e inhumano con el secretario del ayuntamiento, Justo Ajuria. A éste le fusilaron, y sacaron a su mujer y a sus cinco hijos pequeños a la calle, con muebles y todo, en un día de nevada. Fue el hecho más cruel ocurrido en Sondika durante la guerra.

Otro que se sentía angustiado, era el marido de mi tía Agueda, Luciano Eguzkizaga, pues era del bando de Aureliano. Nosotros le teníamos mucho cariño, y José le regaló una pistola con el consejo de no dejarse nunca sacar de casa de noche. Eso suponía el “paseo”, –práctica frecuente de los anarquistas y de los muy “católicos” facistas– o sea, que le pegaban un tiro en la nuca al “paseado” y echaban el cadáver en cualquier cuneta de la carretera.

Yo estaba, desde el mes de julio, de nuevo embarazada y ésto aumentaba mi sobresalto y angustia. Y sin embargo no recuerdo otra época en que se comiera mejor, y con mayor abundancia, que esos días. Había racionamiento y la gente no pensaba más que en acaparar comida. Teníamos en casa sacos de harina de maíz, alubias y patatas como para resistir un asalto.

Había una ordenanza rural según la cual cada familia, con permiso del Comité, podía matar un sólo cerdo. Mi padre compraba este derecho a los pobres. Mataban el cerdo, les dejaba las partes de segunda calidad a los adjudicatarios y traía para casa jamones, pernils y costillas que ahumábamos, con pimienta roja, junto al fuego de leña de la cocina. Y ésto no sólo para nosotros, sino para todos los amigos de Bilbao, como Guzmán y Lipperheide... Y nos sentíamos buenos porque de esa forma ayudábamos a los pobres, que podían así comer cochino; ¡jamás sentimos la inmaterialidad de nuestra acción!

Leche, verduras, huevos es lo que solíamos traer del caserío. ¡Cuántos talos hizo la tía Anita! Además Untzain, el pelotari, era hijo de pescadores de Ondarroa, y todos los días daba una vuelta por Bilbao. Como muchos barcos pesqueros estaban en el Abra, él nos traía, una o dos veces a la semana ¡cada merluzota!

No toda la gente tenía nuestra suerte. Muchos pasaban hambre. Un día, la esposa del zapatero anarquista tuvo que ser hospitalizada de urgencia. Había salido con otra amiga hasta Munguia a conseguir comida en algunos caseríos, y cuando

volvían en el tren se enteraron que por los vagones venía una patrulla de milicianos que requisaban toda la comida. Esta se dijo entonces: “¡Tanto trabajo y caminar para dar a esos canallas!” Y uno por uno, hizo un agujero en cada huevo y se tragó docena y media. ¡Por poco se muere!

También recuerdo otra anécdota parecida. Un muchacho, medio mon-gólico, que vivía en el caserío en frente de Goiri fue un día invitado por un grupo de milicianos, a la taberna de Satur, a apostar cuantos “fotes” o “pistolas” se comería de una vez. Las “pistolas” eran unos panes larguísimos y completamente deshidratados que vendían para hacer sopa. Debía de tener mucha hambre, pues se comió una cantidad muy grande y para premiarle le dieron a beber vino en abundancia. De pronto empezó a gritar de dolor. Le llevaron al hospital de Basurto y le hicieron un lavado de estómago que le salvó de morir reventado.

Es muy difícil explicar el estado de ánimo que sentíamos en la familia y en el pueblo durante ese período que duró la guerra. Era el horror metido hasta la médula y en la sangre entera. Los rumores, y las noticias que escuchábamos por la radio, de los fascistas nos helaban la sangre.

## *La autonomía vasca*

**E**n Octubre de 1936, por fin se formó el Ejército Vasco, al obtenerse la autonomía del Gobierno de la República. Se formaron batallones. El Jagi-Jagi formó dos: “Lenango il” y el “Zergaitik ez”, teniendo como filosofía el agrupar la juventud vasca, la más nacionalista, la más rebelde, en lugares donde se salvara el mayor número posible de vidas, considerando que ésta guerra era ajena a nuestra causa, y esperar una oportunidad para declarar nuestra independencia.

José se incorporó como agente de enlace de los dos batallones, aprovechando su habilidad en desarrollar grandes velocidades con la motocicleta.

Y empezó lo más duro: el cerco, la herradura alrededor de Euzkadi; herradura forjada por el fanatismo más bárbaro de la época moderna. La gran mayoría del Ejército español, reaccionario y soberbio, más la élite de la aviación alemana hitleriana –que se ejercitaba para la segunda guerra mundial–, más las tropas moras y las legiones de Franco traídas de Africa, más los batallones italianos de Mussolini, más la “diplomacia” vaticana, más la “No-Intervención” del resto de Europa, más la ingenuidad de la República, todo esto conjugado “por gracia de Dios” contra el espíritu democrático y esencialmente cristiano de Euzkadi.

...Y encerrado dentro de esa herradura el pueblo vasco, el más pacífico, con una juventud que se prestó espontáneamente a defender su patria. ¡Con qué entusiasmo, con qué fe se alistaban los jóvenes, muchos de ellos adolescentes! ¡Cuánto heroísmo! ¡Cuánto sacrificio! ¡Cuánto dolor! ¡Cuántos enterrados anónimamente en los montes y en la tierra que tanto amaban!

Si tenemos un poco de sensibilidad, mejor dicho, si la pobre humanidad subdesarrollada logra despertar un día sus potencias mentales aún dormidas, sentiremos todos, que al visitar los lugares del sacrificio, como Lemona, Artxanda, Gorbea... una oleada de recogimiento envolverá nuestras almas. Será la energía desprendida de tanto héroe desconocido, olvidados ya, pero que forman parte de esta luz que alumbra el camino de los que un día no conocieron ni comprendieron su sacrificio...

¡Batallas! De noche ganaban los gudarís. Las montañas, de noche, no permitían el vuelo de los aviones nazis. De día, la enormidad numérica de las fuerzas fascistas y el acompañamiento de los bombarderos y cazas, obligaban a nuestros gudarís a ceder terreno después de grandes pérdidas. Montañas hay que han sido recuperadas hasta siete veces por nuestras fuerzas.

La vida para los civiles era insoportable. Vivíamos en una continua pesadilla. Sondika tenía el único aeropuerto de Bizkaia. Eramos objetivo militar.

Mi aita construyó un refugio antiaéreo en el jardín de la casa. Un agujero tapado con unos sacos de arena; pero las estancias prolongadas nos asfixiaban. ¡Yo con mi barriga, corriendo a los refugios! Pero tuve la suerte que el mes de marzo –cuando di a luz a Unai– fue una época de relativa calma.

Ese día José se fue a Bilbao pues tenía una despedida, o una fiesta importante. A la tarde empecé a sentir los signos de las primeras molestias del parto. No le dije nada a José para que se fuera tranquilo a su reunión con el Athletic Club. Pasé toda la tarde preparándome para el acontecimiento. Me lavé el pelo, me bañé, por parcelas –a la “francesa”– como lo hacíamos entonces, me arreglé las uñas de pies y manos, preparé la ropa de la cama. Ese invierno, como ya había muerto mi amaxu, mi marido y yo dormíamos en la habitación de los padres, que era más caliente que nuestra bella habitación matrimonial, porque daba al Sur, y además pasaba el tubo de la chimenea de abajo que siempre estaba encendida. Aitita dormía abajo.

Ese día pues, empecé a sentir los dolores, unos dolores muy fuertes pero no quise despertar a nadie, esperando que llegara José de su reunión deportiva. ¡Y por fin llegó! ... pero ¡en qué estado! ¡Con qué alegría! No sé si el homenaje era para él, ¡pero tal parecía! Y venía acompañado de su primo Josetxu Iraragorri, también jugador del Athletic y tan “alegre” como él. Este se fue a recostar a nuestra antigua habitación y supongo que se durmió inmediatamente.

Y José lo mismo; nada más tumbarse a mi lado se quedó dormido. Y yo, idiota, apretando los puños para no gritar. ¡Un poco más! ¡Un poco más! ¡Que descanse un poco más! Al fin no pude aguantar más y le desperté, mejor dicho traté de despertarle. Tuve que ponerme a gritar. Aita se despertó y salió corriendo en busca de Sofía Txillida, mujer del jefe de la estación, comadrona que asistió a mi madre cuando yo nací.

Fue un parto fácil y sin complicaciones, y cuando el tren de Lezama –el de las siete de la mañana–, estaba llegando a La Ola, Unai dio el primer “berrido” de su vida. Lo primero que dijo la comadrona, Sofía: “¡Dios mío! ¡Qué ojos más grandes!... ¡Y tan abiertos! Antes siempre nacían con los ojos cerrados y tardaban uno o dos días en abrirlos! ¡Lo que el mundo ha cambiado!...”.

Al poco tiempo llegó Angel Aguirretxe, a quien José había llamado por teléfono, para constatar que todo estaba en orden y contemplar a mi tercer hijo en su bello “moisés”, forrado de azul y con puntillas almidonadas y “encañonadas”. ¡Trabajo enorme, hecho con amor a pesar de la guerra y de la terrible angustia en que vivíamos!

Lo más cómico fue cuando se despertó Otxu Iraragorri y vio todo aquel escenario... él que no se dio cuenta de mi estado, ni había oído nada, no podía creer que junto a su habitación había pasado todo aquello.

Todo perfecto. El parto, el bebé sano, con su enormes ojos negros abiertos antes de nacer, la cuna de puntillas encañonadas... Pero justo al tercer día de dar a luz tuve que salir corriendo con mi niño en brazos –los otros dos los llevaba la tía Anita– hasta el refugio de Berretiagas. Éste, más seguro, estaba situado a unos doscientos metros de casa, en el túnel que formaba el río, bajo la vía del tren. Protegidas las entradas por sacos terreros era bastante seguro, con tal de que la bomba no cayera justo encima. Y ahí tuvimos que permanecer más de tres horas, con el agua hasta las rodillas, justo a los tres días de haber dado a luz!... ¡Y en perfectas condiciones de salud! ¡Dios ayuda!

A pesar de tantas angustias y trabajos, al de pocos días yo me sentía obligada a ir a Bilbao a ayudar, en la sede de E.A.B., a coser banderas y escudos para las chamarras de los gudarís.

Hay un fenómeno curioso en mi vida, o mejor dicho, en mi metabolismo y es que cuando me siento abatida moralmente, empiezo a comer y a comer descontroladamente. Así me pasó cuando el accidente de mi hija Maite y luego el de Joseba. Otro fenómeno era que cuando más delgada estaba, mientras criaba a mis hijos, más leche tenían mis pechos. Me ocurrió un día una anécdota curiosa que recuerdo con cariño.

No sé por qué razón, me encontré con José y tres jugadores del Athletic Club en “El Arenal”, delante del elegante bar que estaba en la esquina de la calle Correo. Estábamos los cuatro de pie, comentando los acontecimientos. De repente siento que de mis hinchados pechos empieza a brotar leche y que, poco a poco, como un río caliente, se deslizaba por mi vientre y mis piernas, formando a mis pies un charco respetable de blanco líquido. Me fijé que a Joseba le dio un poco de vergüenza y me miró con cierto reproche. A sus amigos les dio risa, y Angel Unamuno, muy oportuno, nos contó un chiste que nos hizo mucha gracia a todos.

“Había una vez una “aña” una de esas mujeres humildes que dejaban a sus hijos con la abuela y se alquilaban en Bilbao, para criar con su leche a los hijos de los millonarios, con objeto de que las elegantes señoras no perdieran la tersura de sus senos. Las vestían de tal forma que era todo un espectáculo verlas pasearse por la Gran Vía o por el parque de Doña Casilda, conduciendo sus lujosos landós. Vestidas de hilo blanco, con abundancia de encajes, y una cofia muy gótica que cubría el moño instalado justo en la parte de arriba de la cabeza, como una especie de corona almidonada, de encajes muy sofisticados. Pero, sobre todo, los enormes pendientes, con enormes bolas doradas o plateadas, que les colgaban hasta los hombros les daban un aire muy venerable de arbolitos de navidad rodantes.

...Pues esa “aña”, que nos contaba Unamuno, estaba sentada en un banco del parque dándole el pecho a su hijo de leches. Como era natural entre las mujeres del pueblo, y entre las “añas”, ella mostraba sin ningún pudor su hermoso y blanco seno de mujer superalimentada; mientras, el niño mataba.

Un flaquito e insignificante “sortzi” (soldado raso), que paseaba aburrido, se sentó en el banco, junto a la “aña”, y miraba con ojos embelesados la carita del niño... y algo más. Trató de hacer alguna caricia al angelito, pero la mirada fiera de la mujer le detuvo en seco. Entonces se levantó con aire triste, y mientras se alejaba mirando el cuadro, con nostalgia comentó: “...¡Nosotros sólo hemos comido un plato de alubias en el cuartel!...”.

—¿Qué?

## Comienza el destierro

**T**odo el largo tiempo que duró el ataque contra Euzkadi fue un período muy difícil; nadie que no lo haya pasado puede comprender. El miedo, el terror, el espanto estaban en nosotros y nos envolvían como una segunda piel, ahogándonos. ¡Pasaban tantas calamidades y desgracias!... ¡Y tantos hechos heroicos! ¡Y tanta Historia!... El orgullo de oírle a José Antonio Aguirre pronunciando su juramento como presidente del Gobierno Vasco con aquellas hermosas palabras: “ANTE DIOS HUMILLADO, EN PIE SOBRE LA TIERRA VASCA, CON EL RECUERDO DE MIS ANTEPASADOS, BAJO EL ÁRBOL DE GERNIKA, JURO CUMPLIR FIELMENTE MI MANDATO”. ¡Qué exaltación de vitalidad patriótica!

...El orgullo que sentíamos cuando sabíamos del heroísmo de nuestros “gudaris”, luchando contra los invasores en inferioridad de condiciones, pero valientes, con honor, haciendo retroceder a las hordas franquistas que deberían de haber avergonzado a los verdaderos españoles, católicos y europeos!...

... El júbilo, que nos hacía gritar de entusiasmo, cuando nos enterábamos que el legendario Lezo de Urreiztieta había entrado a la ría de Bilbao, rompiendo el cerco naval, con sus barcos cargados de comida –¿o armas?– atravesando, con pulso sereno en el timón, la zona más peligrosa del Cantábrico, el golfo de Bizkaia lleno de minas.

– ¿Cómo hacéis para saber que no chocaréis en la noche oscura contra una de ellas?

– Yo sólo confío en Dios ... siempre que dirijo mi vista al mar embravecido, mi mente está pidiendo ayuda hacia las estrellas.

Se ha escrito poco sobre este hombre extraordinario, confaloniero del irreductible Señorío de Euzkadi, quien realizó tantos actos heroicos sin darse mayor importancia. Sería un buen ejemplo de patriotismo para las generaciones actuales con una cultura más popular y selectiva.

Y qué dolor y qué vergüenza sentimos cuando hordas desatadas de anarquistas desquiciados, desesperados, entraron, forzando las puertas y sometiendo a la guardia, en la cárcel de Larrinaga y asesinaron a mansalva a los presos políticos, muchos de ellos por el sólo pecado de ser fascistas notorios, monárquicos y ricos. Pero hay que comprender el sentimiento terrible de pánico que producían los bombardeos continuos sobre Bilbao, donde morían civiles, niños e inocentes, todos los días...

Aquella niña que permaneció enterrada, de cintura para abajo, entre los escombros de mampostería, en una casa derrumbada, en frente de la estación de Lezama. Imposible sacarla. Había que empezar a desescombrar desde arriba, pues de lo contrario todo caía sobre ella enterrándola completamente. Y ella, hablando con sus padres, sin perder el conocimiento. Y el cura que llega con la estola cubriendo el cáliz y le da la primera comunión. Y todos alrededor llorando y rezando por ella... Tardó horas en morir.

Sí, los bárbaros anarquistas tomaron la justicia por su cuenta, pero no eran menos bárbaros los facciosos en su ilegalidad anticonstitucional.

Y la sirena aullando, petrificándonos el alma. Un sonido largo y prolongado era la alerta. Sonidos cortos y rápidos eran peligro inmediato. ¡Un año entero estremeciéndonos con esos sirenazos, casi a diario!

## *Bombardeo de Gernika*

**A** primeros de abril del 37, mi padre, desesperado por la inseguridad en que vivíamos en nuestra bonita casa, blanca y azul, de Sondika, junto al aeropuerto, continuamente bombardeado, consiguió que la Junta de Defensa del Pueblo nos prestara su único coche, un viejo “Cadillac” negro, y nos condujo, buscando refugio, al caserío de unos amigos, situado sobre el monte cercano a Gernika, dominando la villa a sus pies.

Los bellos campos idílicos que contemplábamos desde el portal del viejo caserío (campos bien roturados para las cosechas de primavera) y toda la serena belleza verde del paisaje bizkaino, hicieron que por fin, pudiéramos disfrutar de un poco de tranquilidad y de sosiego. La angustia seguía presente pues la guerra continuaba y mi marido luchaba en el frente, como enlace motorizado de batallones (misión peligrosa que cumplía con una potente moto inglesa), pero la tranquilidad de la vida campestre hacía más soportable la dura prueba.

En el caserío vivían el matrimonio abertzale con una hija soltera y un hijo mongólico. Los otros hijos estaban en el frente, luchando.

El mongólico nos impresionaba mucho. Siempre se lo pasaba mirando al aire, y en cuanto oía un ruido de motor o algún avión, extendiendo los brazos al cielo se ponía a gesticular gritando como un loco: “BOMBAYE! BOMBAYE!!!” acentuando y prolongando la primera sílaba como un cañonazo. Al verlo en ese estado, mi hijo Joseba, de dos añitos, se refugiaba llorando en mis brazos donde Unai, de un mes, abriendo grande los ojos seguía mamando mi leche; mientras Eguzki, la mayor, de 3 años, se agarraba crispada a mi falda.

Ese 26 de abril de 1937 fue lunes, con un sol radiante, un hermoso día de primavera. Desde nuestra colina veíamos la Villa Foral a vista de pájaro. La torre de la iglesia, los tejados rojos, la plaza del mercado, las calles animadas, el frontón, la Casa de Juntas, en cuyo patio está nuestro árbol de la vida nacional, símbolo de nuestra soberanía. ¡Árbol de Gernika!

El lunes era día de mercado. Sentados frente al caserío contemplábamos con cierta alegría la llegada de los carros tirados por bueyes, pesados carros de madera donde nuestros baserritarras llevaban los frutos y productos de la tierra para venderlos en la plaza. Era también día de fiesta. Se habían programado partidos de pelota y las apuestas corrían abundantes. Las taskas y posadas hervían de agitación. El día

se anunciaba espléndido. ¡La guerra estaba tan lejos!... y era bueno olvidar por unas horas la gran tragedia.

A eso de las tres de la tarde empezó el mongólico a agitarse febrilmente y a gritar con gran histerismo :”BOMBAYE!!! BOMBAYE!!!... y mis tres hijos se pusieron a llorar, abrazándonos. En esto vimos aparecer por el horizonte sur, viniendo hacia nosotros, un pequeño avión monomotor que llamábamos en Sondika el “Alcahuete”, pues siempre volaba antes que los bombarderos, anunciándonos el objetivo.

Justo encima del caserío se voltea el “Alcahuete” poniendo proa hacia el Este. Vuela un rato sobre Gernika y luego desaparece girando tranquilamente hacia el Sur. Nos extrañó mucho verlo por aquí, pues no era objetivo militar. Al cabo de un rato, no habría pasado media hora, vimos aparecer de nuevo, por el horizonte Sur, tres aviones; éstos mucho más grandes y en perfecta formación de vuelo, que hacían la misma maniobra que el “Alcahuete”. Cuando estaban encima del caserío, bajísimos, haciendo el giro de vuelta, pudimos contemplar nítidamente los rostros juveniles de los tripulantes. Recuerdo que Segunda, la hija de los caseros, comentó inocente: “¡Qué majos son!” Veíamos con toda claridad la negra cruz de hierro franjeada de blanco, símbolo de la aviación nazi, pintada sobre las alas. Pudimos contemplar todo con cierta tranquilidad, sin sospechar lo que iba a ocurrir.

Pasaron sobre Gernika volando muy bajos y de pronto soltaron un paquete de bombas... y se fueron tranquilamente por donde habían venido...

El estupor nos dejó sin habla, ni aliento, mientras el mongólico gritaba hecho un espanto:”BOMBAYE!!! BOMBAYE!!!”. Una densa humareda negra cubrió inmediatamente todo el centro de la Villa. El instinto nos llevó a refugiarnos en el viejo portal, bajo un carro desenganchado lleno de hierbas secas. Acurrucados, desde este “nido de águila” podíamos ver los racimos humanos que salían huyendo del centro y se desparramaban por la huertas vecinas y laderas del monte.

A los pocos minutos se repite la misma maniobra, con el añadido bestial de una criminalidad obstinada y técnicamente fría, porque, después de lanzar más bombas, los aviones volvieron a dar otra vuelta y ametrallaron a las personas que corrían por los campos descubiertos, sin defensa ni protección.

Y así, en una interminable ronda de horror indefinible que fue una eternidad... ¡durante toda la tarde! El humo y las llamas subían al cielo, oscureciéndolo como si fuera de noche.

Luego todo quedó oscuro y en silencio. Un silencio extraño. Más que el ruido de las bombas y el tableteo de las ametralladoras, el recuerdo del silencio que siguió al bombardeo de Gernika es algo que quedará eternamente grabado en mi memoria como losa sepulcral de alucinante apocalipsis.

El mundo entero conoce el famoso cuadro “GERNIKA” obra de Picaso, genio fecundo que supo captar y expresar para la Historia la gran tragedia de la guerra.

Hoy en día ya nadie pone en duda que Gernika fue destruida por Francisco Franco, con el apoyo material y estratégico de la aviación nazi; ya nadie duda que el “Caudillo” gozó de la ayuda efectiva de la Roma fascista y del silencio “diplomático” vaticano. Pero oír por radio permanentemente, durante años, con voces engoladas de fanática soberbia que: “Gernika ha sido destruida por los sanguinarios rojos separatistas vascos” habiendo visto con mis propios ojos lo que vi... es algo que corroe el alma y la pone a dudar muy seriamente sobre la razón de la Razón de Estado de las potencias y cruzadas autobautizadas “Santas” que se manifiestan con la fuerza de las armas, masacrando civiles inocentes para predicar la paz de Cristo.

La destrucción de un pueblo pacífico por la élite de la aviación nazi, con su diabólica legión “Cóndor”. Este hecho marcaría toda mi vida. Dejé hasta de creer en Dios, pues en nombre de éste juraba Franco que Gernika la habían destruído los rojos separatistas vascos.

## Sangre en la ikastola

**T**odos sabían que el final de la resistencia de Euzkadi se acercaba. Yo no lo creía. El último día, que pasamos en el refugio del túnel del tren de Lezama –después de La Ola–, las risitas y miradas de conmiseración de las “carcas” (entre ellas mis primas Urrutikoetxea-Trabudua, y la Tía Sotera) me indignaban. Tanto que exploté en improperios contra los invasores, diciendo que nuestros bravos gudarís nunca dejarían que italianos, moros y nazis entraran a ocupar Euzkadi. ¡Nadie me contestó en el túnel!

Volvimos a casa al anoecer. Después de las cinco, la aviación no actuaba. Dejé a los tres niños en casa y me dirigí, por la calzada de Zubiri, hasta la ikastola. Según bajaba la cuesta veía el horizonte hacia Punta Galea y la entrada del Abra de Bilbao, con el pico del Serantes al fondo. El espectáculo me sobrecogió. El sol se había ocultado y aparecía toda la parte del cielo, por el lado de Santurce, de un rojo vivo encarnado como nunca lo había visto antes.

Me pareció que era un presagio; como si la naturaleza entera quisiera mostrar el horror de tanta sangre inocente derramada. Por un momento tuve tanto miedo que pensé volverme a casa. Luego reflexioné de que debía de recoger documentos y cosas que tenía en la mesa y en los cajones de mi despacho del batzoki; objetos que me pertenecían y que debía resguardar. O quemar, en caso de que los invasores entraran.

Corrí y llegué resoplando al segundo piso, donde estaba mi aula. ¡Mi querida aula de la ikastola donde di mis primeras clases! Las sillas y mesas estaban recogidas y amontonadas en un rincón. En medio de la sala, sobre cuatro mesas juntas, había dos féretros de pino, baratos, hechos con unos tablones y enormes clavos. Trabajo hecho de prisa para poder meter aquellos cuerpos de gudarís en tierra.

Parada en la puerta, me quedé mirándolos... Oí un ruido monótono y regular ¡toc! ¡toc! ... Eran las gotas de sangre que caían al suelo donde se había formado un charco oscuro, dándole un aspecto siniestro y terrorífico al lugar. No se lo que me pasó. Me acerqué a las urnas, mejor dicho cajones, que estaban cubiertas con una hermosa “ikurriña”, y levanté una tapa, que no estaba clavada, y vi el destrozo más siniestro y horripilante que se pueda hacer con el rostro humano. La boca abierta, con las encías descarnadas descubriendo parte de la calavera. Masa encefálica mezclada a un ojo y un mechón de cabello... ¡Horror! ¡Horror! Cerré corriendo. La bandera se cayó. La recogí, los cubrí de nuevo con ella y salí corriendo, en un estado

demencial, sin recoger nada de los escritos y documentos que tanto me comprometieron.

Era costumbre que cuando había muertos que podían recuperarse, fueran los cadáveres llevados a sus respectivos pueblos para ser enterrados en el cementerio familiar.

Los dos gudarís que estaban ahí esa noche eran dos personas queridas y apreciadas por el pueblo. Uno de ellos: Nicolás, del caserío de Juan León. Este caserío estaba situado frente al de Goiri. Era un caserón viejísimo, de dos viviendas. En una vivía una humilde familia que tenía una hija, que se llamaba Mari, un poco inocente; y un hijo no del todo mongólico, pero sí un poco retrasado mental, que servía de juguete y de burla a los clientes asiduos de las tabernas de Sondika. (Una vez le hicieron comer “fotes” de sopa que por poco le cuesta la vida!). ¡Tonto! era la burla de los imbéciles del pueblo; pero se alistó de los primeros, como todo un hombre, para defender a Euzkadi. Murió en el frente, destrozado por una bomba. Su luz brilla en alguna estrella ...

El otro muerto era un muchacho. Vivía en el pueblo desde poco tiempo atrás. No recuerdo su nombre. Creo que era cantero. No era vasco, pero fue adoptado por todos, por su carácter cordial y solidario ... Y cuando su pueblo de adopción se encontró en peligro, fue de los primeros en alistarse en el Ejército Vasco. Dio su vida por Euzkadi, luchando en la cumbre, cerca de Lemona. Un día sabremos su nombre para ser recordado como se merece este chico que fue enterrado envuelto en nuestra Ikurriña. Juanito...

Después de reponerme un poco de las impresiones ocurridas, empecé a acostar a los niños semivestidos, por si hubiera que levantarse súbitamente. De repente, oigo el motor de la moto de José, cuyo sonido reconocía tan bien. Se había escapado un rato del campamento. Venía a anunciarnos que en cuanto amaneciese, o mejor aún de noche, saliéramos inmediatamente para Bilbao.

– ... Pero ¿dónde?...

– ¡A donde sea! ¡Pero hay que salir!. ¡Los moros están por Artebakarra!

Era una cuña que habían conseguido meter en medio de los batallones vascos. No hubo despedida ni besos. Salió corriendo en su moto a reincorporarse a su batallón. ¡La última vez que nos vimos en casa durante mucho tiempo!

Mi padre consiguió el enorme y negro Cadillac, y, a uno de los hermanos Calvo, para que nos llevara a Bilbao; el mismo que nos había llevado a Gernika. Yo recogí a todo correr algunas cosas, en dos manteles, atados por las cuatro puntas no encontraba las maletas; en uno puse, “mi platería”. Tenía muchos objetos de plata que me regalaron cuando me casé. ¡Cosas buenas! ... Cubiertos, bandejas, un juego de café, candelabros ... Todo ello envuelto en mis sábanas del arreo, bordadas por las Hermanas de la Cruz. Era un bulto grande y pesado. Aita no quería llevarlo, pero yo insistí tanto que aceptó por fin. En otro bulto, más pequeño, puse ropa de los niños y mía. Ni sé lo que agarré.

Y salimos de casa al amanecer. Ibamos, además de aita, los tres niños y yo, Anita Landa, la segunda mujer de mi padre, y Mari, su hermana, con su marido ... y Daniela, una muchacha de Arratia, muy agradable, que entró a nuestro servicio al comienzo de la guerra. Luci y Emilia también venían con nosotros.

La carretera era un infierno. No lleno de coches como el nuestro, sino de carros de bueyes, carretas, carretillas. Encima de los carros, algunos muebles, cacharros, colchones y jaulas con gallinas... ¡Humildes enseres!

Aquellos “baserritarras” y “etxeoandres” expulsados de sus hogares habitados por sus ancestros desde milenios –desde el principio– eran la estampa de la desolación más cruel e inhumana, producto de la “guerra santa” bendecida por el Vaticano y aplaudida por la “Jerarquía Católica española” quien paseaba, muy ufana, al Caudillo de “la Gracia de Dios”, bajo palio pontifical.

¡Qué tristeza! ¡Pero qué dignidad en aquel desfile de vencidos, en aquellos rostros doloridos que no sabían a donde iban, ni por qué... les habían sacado de sus caseríos!

Después de muchas dificultades llegamos a Bilbao, y pasamos a la margen izquierda por el puente de Deusto. Aita no nos dijo nada, pero él sabía donde nos llevaba. Junto a la Ría, en el muelle de La Salve, debajo de unas edificaciones, había largos túneles que tenían su entrada por el muelle del río. Cuevas, bodegas y depósitos que debían de servir como almacenes de mercancías y aduanas. Pocos bilbaínos sabían de su existencia... Por una mínima entrada, tapiada con sacos de arena, penetramos en aquel lúgubre lugar. Caminamos un poco, yo creo que para situarnos justo debajo de los edificios.

Era como una estancia alobregada, apenas alumbrada por un bombillo, oscura, como velada, allí percibíamos como fantasmas, aquel amontonamiento de seres humanos aniquilados por el terror, por el insomnio y el hambre. Muchos viejos, y madres jóvenes con niños pequeños en brazos. Algunos sentados, otros tumbados sobre enormes cajas de madera. Conseguimos un rincón donde ponernos... Y así pasamos horas ... ¿Cuántas? No sabría decirlo. Apenas hablábamos... Anita y sus hermanas y cuñado decidieron que, pasara lo que pasara, se volvían al anochechar al caserío Goiri, por el túnel de Artxanda... ¡Y así lo hicieron!, con gran suerte.

Los niños lloraban y dormían a ratos; tomaban el biberón que les habíamos preparado. Mi padre se paseaba en el poco trecho libre que había.

– ¡Se acabó! No podemos seguir así. Tú, sal y vete a verle a tu Presidente, a tu Lendakari, o a alguno de tus amigos del Partido. ¡Qué te ayuden!

Me fui caminando hasta la sede del Gobierno Vasco –en los locales–, de la plaza de Albia... Pero antes de salir me dijo aita:

– Yo, con todos estos me iré a casa de Angel Barrera, tú sabes, frente de La Alhóndiga. En cuanto termines, allí nos encontramos.

Atravesé andando la distancia y llegué hasta el palacete del Gobierno.

Estaba tan traumatizada que ni me di cuenta, de entrada, que en la puerta no había control alguno, ni guardias, “ertzañas”. Sólo soldados y hombres, unos que entraban, otros que salían; pero todos de prisa y muchos corriendo. ¡Ninguna mujer!

Subí al despacho de José Antonio Aguirre, que estaba abierto, y entré. Frente a la mesa, sólo un hombre: Manuel Taramona, revisando papeles. En cuanto levantó la cabeza y me vio, me gritó: – ¿Estás loca? ¿Cómo no has salido aún? ¿Y tus hijos? ¿Sabes lo que te ocurrirá si te agarran?

Sacó de su cartera una tarjeta, escribió algo, y me la dio, diciéndome:

Busca a tus hijos y sal inmediatamente a Santurce. Allí está el “Goizeko-Izarra”. Esta noche sale por última vez y el capitán te aceptará con esta tarjeta. Aunque tengas que ir amarrada al palo mayor, ¡por favor!, ¡sal inmediatamente!

Sin darle gracias, ni un beso de despedida al querido amigo Manu –dirigente del P.N.V. y patriota entero– salí corriendo hacia La Alhóndiga.

¿La Alhóndiga? Pero, ¿a dónde ir? ¿Dónde está el frente de La Alhóndiga? Este enorme depósito de vinos ocupa la manzana entera. Había cuatro calles diferentes que daban a La Alhóndiga. ¿Cómo no se me había ocurrido preguntarle a aita en qué calle y número vivía nuestro amigo asturiano Angel Barreras?

Di la vuelta lo menos tres veces llamando a las puertas de las cuatro calles, y ¡nada!, no conseguía el domicilio de Angel. ¿Cuánto tiempo pasé corriendo?... Lo que recuerdo es que empezaba a oscurecer...

Desesperada, me senté en la escalera de piedra de un portal cerrado, y apretando mis codos sobre mis rodillas y tapándome la cara con las manos empecé a llorar como nunca había llorado. Pasaban algunas personas, figuras solitarias, que ni se fijaban en mí. Yo sí me fijé que a mis pies se había formado un pequeño charco blanco. Era la leche de mis pechos rebosantes ... ¡Y mi pequeño Unaitxu, de tres meses, estaría llorando de hambre!... Y como una tonta, me puse a llorar, casi gritando.

De repente siento que alguien me toca en el hombro y me dice:

– ¿Qué te pasa Polixene?

– Que ¿qué me pasa?...

Y entre gemidos y lágrimas y mocos le cuento al gudari, lo que me está ocurriendo. En esto, justo encima de la puerta cerrada, en el primer piso, se entrea-bre un poco una ventana por donde se asoma una señora anciana, que a mí me pareció un ángel, y nos dice:

¿Angel Barreras? En este mismo portal. ¡En el tercer piso!

Ni siquiera me despedí del gudari anónimo quien me reconoció y se detuvo a animarme. ¿A dónde iba él con su fusil al hombro? Quizás hacia su casa, pues ya las tropas sublevadas habían tomado Artxanda.

Cuando subí al piso, aquello era un caos. Mi padre estaba como loco. Eguzkiñe y Joseba comieron algo, pero Unai, de tres meses, quien apenas conocía a la niñera Daniela, no paró de llorar en toda la tarde, poniendo nerviosos al sinnúmero

ro de familiares que se habían reunido en el piso de Angel. En cuanto le expliqué a aita lo del “Goizeko-Izarra” –yate privado de Sota– salió corriendo para buscar un transporte. Tardó mucho y cuando volvió y vi su cara supe de su fracaso. ¡La primera vez que veía a mi padre llorar! Me impresionó mucho.

– He ofrecido todo el dinero que tenía a una vieja camioneta, y ¡nada! Ni por todo el oro del mundo quieren ir junto a los barcos. ¡Están disparando desde Artxanda!

– Quedaros tranquilos aquí. Voy a salir. Encontraré algún conocido. (En esta época yo era bastante conocida por mi actuación de propagandista patriótica).

Cuando salí del portal, vi, diagonal a la casa, una gasolinera. Una tenue luz alumbraba lo que debía ser una oficina. Toqué el cristal con los nudos de la mano. Se asomó un hombre. Le expliqué mi problema. Seguramente él me reconoció, aunque no me dijo ni una palabra de aliento; sólo llamó:

– ¡Lorenzo! ¡Saca de atrás el coche pequeño y lleva a esta mujer y a sus hijos hasta Santurce!

Y salimos aita, Daniela y yo, con mis tres pequeños hijos. A mí me parecía un milagro de Ama, quien me ayudaba desde el Cielo. Sólo llevábamos un bulto, de ropa, sábanas y manteles bordados. Del bulto grande con la platería, ni me acordé, ni me preocupé de saber si lo habíamos dejado en el refugio del muelle o en la casa de Angel.

Unos años más tarde, comprobé que lo habíamos dejado en el refugio por la siguiente razón: entre los regalos de boda que yo más apreciaba había dos platonos de bronce vaciado. Uno, con el busto de Sabino Arana, en relieve, y el otro con el Arbol de Gernika. Me los regaló Julio Yanke, famoso cirujano, de origen alemán. Un hombre guapo y majestuoso, quien, a pesar de su apellido, era un fanático separatista vasco que militaba en el “Yagi-Yagi”. Nos veíamos mucho en las reuniones. Por el cariño que yo le tenía, aprecié mucho su hermoso regalo.

Quince años más tarde, durante una corta temporada que pusimos casa en Bilbao –Alameda de Urquijo, n.º 75; siendo luego de nuevo expulsada de Euzkadi– se me presenta un buen día, en casa, una buena mujer de aspecto humilde, trayéndome en un paquete los dos bronce y me explica lo siguiente:

– Cuando algunas mujeres del refugio antiaéreo se dieron cuenta que su padre se marchó dejando el enorme bulto, y que pasaba el tiempo y no volvía... decidieron abrirlo. Yo agarré un paquete que estaba bien envuelto en papel de seda y me lo llevé. ¡Yo sabía quién era usted! ... Y aquí se lo traigo.

No quiso aceptar dinero ni nada. Con la emoción se me olvidó preguntarle el nombre. El del árbol de Gernika se lo regalé a un doctor del Hospital Ortopédico Infantil, quien operó a Maite y no quiso cobrarnos nada. En algún salón de Caracas estará bien puesto. El de Sabino Arana, lo tiene mi hijo Joseba, sin saber –hasta ahora– el milagroso recorrido del mismo.



## *Capítulo IV*

---

---

# *Salida precipitada*

---

---

## Salimos en barco

**E**ra una noche oscura. Pero el cielo se iluminaba continuamente con esos resplandores de los fogonazos que lanzaba, desde Artxanda, los cañones y morteros franquistas. El coche iba despacio por el muelle de la ría. No se exactamente el sitio, pero debía de ser cerca del puente de Deusto. De repente vimos, pero sobre todo oímos, el ensordecedor griterío de una multitud alocada. En la ría había un barco y, tratando de subir la pasarela, una masa humana amontonada, empujándose y gritando. La marea debía de estar muy baja pues la cubierta del barco estaba a unos 2 a 3 metros del muelle. Pero era tanto el terror de la gente que apenas avanzaba la fila de subida. Luego me di cuenta que la mayoría eran personas mayores, mujeres y niños, muchos niños. Lorenzo paró el coche y nos dijo:

– Aquí podéis embarcar.

– ¡Pero éste no es el “Goizeko-Izarra”!

– No, pero yo no puedo seguir adelante. Es demasiado peligroso, ¡le tiran al coche! ¡Es mejor que embarquen en este mismo barco!

Vi que su decisión era firme, y bajamos del coche. ¡Dios mío! a ese ritmo ¿cuándo embarcaríamos? ... No había guardias, ni soldados. Sólo tres o cuatro tripulantes del barco para dirigir aquella avalancha humana. Recuerdo que nos quedamos alejados del tumulto... que había raíles de tren, o de tranvía, y que nos sentamos con el atado de ropas sobre dichos raíles. Era el amodorramiento total, de todos los nervios, de tanto terror. Varias personas cayeron al agua por el hueco que quedaba entre el muelle y el barco. No creo que los socorrieran.

Pero en medio de ese caos infernal, lo que me daba más terror, y como una sacudida eléctrica a todo el cuerpo, era el silbido característico –como metálico– que producían los obuses cuando pasaban por encima de nuestras cabezas. El ruido permanente de los tiros y las explosiones en los alrededores de la ría –al Norte y al Sur– eran continuos. Aita empezó con la cantinela:

– ¡Tu no puedes subir a ese barco! ¡Además, no sabemos a dónde va!...

Vamos a casa, poco a poco, andando. Hasta Bilbao primero, y luego veremos, te escondes.

Y yo, recordando las palabras de Manu Taramona, empeñada en ir ... ¿a dónde?

Sería la media noche cuando pasó un coche. Un Cadillac negro (¿decidi-

damente los Cadillac negros eran mi Karma!). Pasó casi rozando nuestro grupo... y de repente se detuvo.

– ¡Polixene! ¿Qué haces aquí?

Les conté lo sucedido. Ellos iban al “Goizeko-Izarra”. “Ellos” eran unos ricos industriales muy conocidos por su fervor al nacionalismo vasco; y “ellos” no oyeron mis súplicas de apretarse un poco y llevarnos, aunque sea montados en el capot. Eramos sólo dos mujeres y tres niños pequeños, pues mi padre se quedaba allí.

– No te preocupes Polixene, mandaremos el coche para buscarte.

Yo sabía que era mentira, porque si de verdad habrían querido ayudarnos, sólo era cuestión de apretarse un poco! ¡Cuánto dolor hubieran evitado con ese pequeño gesto de solidaridad! Pero el dinero y el miedo, endurecen el corazón.

Nosotros seguíamos sentados sobre los rieles; los niños durmiendo sobre la manta. No hacía frío, era a mediados de junio. Serían las cuatro o cinco de la madrugada, el bombardeo desde Artxanda era cada vez más intenso, cuando de pronto nos dimos cuenta que había desaparecido la gente, y que un tripulante del barco empezaba a manipular la escalera. De repente, sin premeditación, con un impulso incontrolable, le grité:

– ¡Espere! ¡Espere! ...

Y agarrando con un brazo a Unai y a Joseba por la cintura –paralelo a tierra–, con el otro, y gritando a Daniela que hiciera lo mismo con Eguzki (ella agarró también el bulto de ropa), corrí y empecé a subir la escalera, sin despedirme siquiera de mi padre. Este corrió detrás y me metió, en el bolsillo de mi vestido veraniego, un fajo de billetes de banco. No pude ni siquiera voltearme para mirar a aquel hombre que dejaba allí, solo y destrozado; pues una vez subida la escalera me sentí engullida. Aquello parecía una gigantesca lata de sardinas.

Ya todos se habían sentado o tumbado en el suelo. No podíamos avanzar sin pisotearlos. ¡Oh! ¡Cosa increíble!... Nos llenaron de insultos e improperios, e incluso un viejo rabioso, que estaba tumbado, me lanzó una patada en el trasero. Seguimos donde pudimos sentarnos, y luego, poco a poco, empujando un poco por aquí, suplicando que se apretaran más allá, logramos tumbarnos todos, apurruñaditos, los cinco.

El barco avanzaba silenciosamente por la ría. El ruido de las bombas y balas era atronador. Yo no veía ni el Puente Colgante de Portugalete, ni el Serantes. La naturaleza cobraba su derecho... Me quedé, nos quedamos profundamente dormidos.

Un sol picante de Junio nos despertó. Y pude ver el espectáculo alucinante que era aquel barco fantasma, lleno de mujeres, niños, ancianos y algunos “malandrines” adolescentes. El barco era un carguero, carbonero. Toda la cubierta estaba ennegrecida de carbón. Todos teníamos las ropas, y hasta las caras ennegrecidas.

## Santander

No sé cuánto tardamos en llegar a Santander, pues ése era el destino del barco. Cuando soñaba que estábamos entrando en Bordeaux, las sirenas prolongadas, anunciando el peligro, nos daban la bienvenida a nuestra llegada a la capital santanderina.

Mientras la gente corría a los refugios, nosotros bajábamos las escaleras como sonámbulos. En el muelle nos esperaban, en comisión, unos hombres con brazaletes rojos. Eran hombres mayores. Poco a poco nos fueron ordenando en una nutrida fila. Se puso al frente uno, con una bandera de la Cruz Roja y nos fue conduciendo, primero por la avenida principal y luego por otras calles, hasta un enorme edificio que tenía, abiertas a la calle, cuatro enormes puertas para recibirnos. Era el cine más elegante y hermoso de Santander.

— ¡Acomódense aquí! ¡Descansen!...”. Y se fueron.

El suelo estaba alfombrado. Las butacas, de terciopelo rojo. Estábamos todos tan cansados que lo único que hicimos fue acomodarnos lo mejor que pudimos en las butacas y en el suelo. En el lado opuesto al que habíamos entrado, había varias puertas abiertas que daban a un patio cerrado por altas paredes. En un extremo vi una toma de agua. Me lavé un poco. Mojé una toalla para lavar la cara a los niños y lo primero que hice, lavar unos pañales sucios de Unai y ponerlos a secar al sol.

Pasaba el tiempo y nadie venía a traernos alguna comida, como esperábamos. Teníamos hambre; sobre todo los niños. Entre todo el grupo humano que formábamos, no había nadie que conocía, y sobre todo, pronto me di cuenta que la mayoría de las mujeres que no tenían niños pequeños, eran de una gran vulgaridad y usaban un vocabulario horriblemente soez. Luego supimos que, en grupo numeroso, eran pupilas de los burdeles de San Francisco.

En todo ese maremagnum, sólo encontré relación con una joven mujer de mi edad, esposa de un capitán de barco. Pero la pobre era tan cursi, que se trajo consigo a una sirvienta, ataviada de doncella, con su traje negro, cuello y puños de encaje blanco, para que cuidara de su preciosa niña rubia de ocho años.

Nos juntamos las dos en asientos próximos y se nos ocurrió una idea. Que se quedaran Daniela y su doncella cuidando a los niños, y saldríamos las dos a buscar comida. Yo conseguí no sé dónde una pequeña cantimplora, y salimos. Recorrimos algunos bares que estaban abiertos, todo lo demás estaba cerrado.

Entré en un bar lleno de soldados. Es bueno que explique cómo estaba vestida. Desde que salí de Sondika era el mismo vestido. Me lo cosió mi amaxu, para ir a Donostia, al congreso. Era de rayas, azules y blancas, pequeñitas. Pero tenía gracia en las combinaciones que me hizo, formando figuras geométricas bellísimas –con las rayas– sobre todo en dos grandes bolsillos y en la pechera. Fue dibujado por mí. Siempre mi amor a la geometría. Y ¡cómo me ayudaron los grandes bolsillos a mí que salí sin cartera ni nada! Después de mis aventuras anteriores ¡qué color tendría mi vestido! Con el pelo no tuve problemas. Seguía con mis tirabuzones que se peinaban fácil. ¡Delgada pero bonita!

...Así entré al bar lleno de soldados. Algunos me miraron con simpatía. Yo no estaba para galanteos. Pedí casi llorando, un poco de leche para mis hijos. El camarero, un hombre mayor, me dijo con dureza:

– ¡No hay leche! ¡Y haga el favor de no molestar!

Debió de pensar que yo era alguna gitana pordiosera. En esto sale del rincón de la fila un oficial miliciano –luego me fijé en el escudo de la manga. Era de un batallón famoso asturiano– y me dice, con simpatía:

– Deme la cantimplora, señora. Y tendiéndosela al camarero le dice en un tono que nunca olvidaré:

– ¡Llénelo de leche y traiga también un buen pedazo de pan blanco!

Era un hombre muy guapo. Alto, moreno, curtido, supongo que mineiro antes de la guerra; pero sobre todo la dulzura de su mirada quedó marcada en mi memoria a fuego. Cada vez que oigo, “Asturias patria querida...”, veo con nitidez su gallarda figura y se me nublan los ojos de emoción. Tenía los ojos verdes.

Salí corriendo y me encontré con mi amiga, “la capitana”, que estaba feliz y contenta pues había conseguido, después de una pelea de empujones, unos cacahuetes que vendía un ambulante.

Corríamos, corríamos las dos al cine para repartirlo entre los niños... ¡Eguzki!... ¡Joseba!... ¡Joseba!...

– ¿Dónde está Joseba? Y Daniela me responde:

– Acabo de quitarle los pantalones pues quería hacer caca... Le he mandado al patio, a aquel rinconcito, detrás del murito...

Corro al murito y ¡nada! Joseba no está en el patio, ni por ninguna parte del cine, ni de sus alrededores. Salgo corriendo a buscarlo.

Sería aproximadamente media tarde cuando empezó mi calvario. No creo que se pueda imaginar mayor tormento que el de una madre con hijo perdido, y en una ciudad en guerra ... La imaginación se desborda y se conciben las mayores monstruosidades, y se sufre como si de verdad pasaran.

Hasta casi la media noche yo corría, pero corría como una maratoniana, y de vez en cuando me subía a un banco, o a cualquier murito de la avenida, y gritaba a todo pulmón, como una loca:

— ¿No han visto ustedes un niño de tres años, rubio, con un jersey rojo, y sin pantalones?...

Y la gente me miraba con cierta curiosidad. Otros, ni siquiera me miraban. Quien no ha vivido en una ciudad asediada, es difícil que comprenda esta indiferencia general ante una madre loca de dolor.

Era el esplendor de la primavera, casi verano. Los árboles de la avenida, exuberantes de hojas y flores, exhalaban efluvios vitales. Los parques perfumados de abundantes colores. ¡La naturaleza en todo su apogeo!... Y nosotros, pobres seres humanos, como en un hormiguero de pequeños insectos enloquecidos.

¿Qué les importaba un niño ajeno, perdido, a la pobre mujer que tenía el marido, o tres hijos en el frente; ni a los cientos de heridos de emergencia del frente, cubiertos de vendajes rápidos, que se apresuraban hacia los hospitales, con esperanza de encontrar auxilio; ni al viejo padre a quien habían dado el “paseo” a su hijo el falangista?...

— ¿No han visto a un niño rubio, de ojos azules, con un jersey rojo y sin pantalones?



Polixene, Eguzki, Joseba y Unai  
en la Citadelle en 1937.

## El golfillo

**A**l final no podía ni gritar. Me senté en un banco de la avenida, con mi vestido de rayitas geométricas, mis alpargatas blancas, con las que había salido de Sondika, y mis tirabuzones de niña mimada. Nadie paseaba; todos corrían, aprovechando la noche para buscar comida o visitar familiares escondidos. Los camiones cargados de soldados salían para el frente; otros, con heridos, volvían. ¿Qué haría Daniela con Eguzki y con Unai?... Les había dejado la cantimplora con leche... Ya mi mente no pensaba en nada... El dolor había bloqueado algún engranaje de mi cerebro. En esto, veo venir hacia mí a un muchacho de esos que nosotros llamábamos golfillos. Eran o gitanos o niños miserables, pero con una inteligencia muy despierta que el hambre y el desprecio de las gentes les habían desarrollado, y ellos lo pagaban robando todo lo que podían; sobre todo bolsas de compras y carteras de señoras. Eran odiados y temidos.

Éste que viene hacia mí es flaco, sucio, de pequeña estatura.

– ¡Señora! ¿A usted se le ha perdido un niño rubio? ¡Yo sé dónde está! ¡Lo he visto en el Ayuntamiento!

Entonces me ocurrió una cosa curiosa: me levanté de un brinco y me puse a correr sin saber a donde teníamos que ir.

– ¡Por ahí no! ¡Por acá!

Y yo seguía corriendo sin rumbo ni sentido. El golfillo se dio cuenta que yo estaba transtornada y, agarrándome de la mano, me condujo al Ayuntamiento. No estaba lejos. Aquí, con seguridad, me guió por pasillos y enormes salones. En una estancia grande, que probablemente era el salón de sesiones, acomodados en espléndidos sillones, o tumbados en el suelo, había una gran muchedumbre. También había algunos heridos en el podium... Y en la tribuna central, en un enorme sillón decorado con escudos, y brazos almohadillados de terciopelo encarnado... estaba el niño rubio de ojos azules, jersey rojo y sin pantalones. ¡En qué estado!

¡Dios mío!... Debió de haber llorado mucho. Alguien lo debió de haber sentado en el sillón... Le habían regalado una tableta de chocolate... Y se había quedado dormido, con la cabezita apoyada en su brazo y éste sobre el brazo diestro del sillón aterciopelado.

Tenía, en su manita cerrada, un pedazo de chocolate duro. Pero los mocos gruesos, amarillentos, se le habían mezclado con el chocolate que comía mientras lloraba, y habían formado como una riada que bajaba desde el jersey rojo, por la barriguita desnuda, cubriendo completamente su pitilín y sus bolitas...

Después del inenarrable abrazo, mi vestido de rayitas parecía una bandera de piratas; coloreada de marrón compuesto por el hollín del carbón con chocolate y mocos.

El golfillo seguía a nuestro lado, feliz de haber ayudado. Acariciaba a Joseba.

De pronto, dejándole a Joseba en el suelo, me escondo un poco, junto a la puerta y levantando el vestido con recato, saco de debajo de la faja de goma, un saquito negro que tenía sujeto a ésta con un imperdible de pañales. El saquito negro de “mis joyas”. Las había colocado así al salir de Sondika. No era gran cosa, pero muy importante para mí: la medalla de la Virgen con su cadena de la primera comunión, unos pendientes de oro, con perlitas, de mi madre, una cadena brazaletes que me regaló José, después de un contrato de fútbol, un reloj bueno .... Y sobre todo un broche redondo, no muy grande, pero valioso: la bandera vasca formada por rubíes, esmeraldas y brillantes, regalo de boda de los mendigoizales. Y algo más que no recuerdo.

Tomé la bolsita y le dije al golfillo:

– Te voy a dar algo para agradecerte el favor grande que me has hecho.

Pero antes que abriera la bolsa –que tenía cierta dificultad, por el nudo que tenía con el cordón– y mirándome con orgullo y una dignidad que pocas veces he visto en un adolescente, me dijo:

– No se moleste, señora. Guárdese para usted que buena falta le hará con los tres hijos que me ha dicho que tiene...”

Y dándome la mano como un hombrecito, salió corriendo, volando, hacia la noche santanderina.

Cuando en momentos de oscuridad, el alma se resiente ante tanta mentira, engaño, corrupción... la figura del golfillo santanderino se me aparece como un ángel enviado de Dios. Cuántas veces pasarán ángeles por nuestro lado, sin que los reconozcamos. Si supiéramos mirar con amor esas caras humildes de ancianos, o pobres gitanillos, o drogadictos. ¡Cuántas sorpresas nos llevaríamos!

## *Embarque frustrado*

**M**i entrada gloriosa al cine despertó a todo el mundo. ¡Qué alegría noté en todas las caras! Le cambié a Joseba. Le limpié y le puse sus pantaloncitos, y se quedó dormido en el suelo alfombrado, con una toalla por almohada. Yo aproveché que estaba oscuro, y que todos estaban durmiendo, y me enrollé en una sábana y lavé mi vestido de rayitas en el chorro del patio –¡qué color tenía mi precioso vestido de mil rayas azules y blancas!–, y luego lo coloqué debajo del ventilador.

Dormimos como hasta las nueve. Los demás “inquilinos” del cine se movían mucho; a veces desaparecían... Algunos no volvieron más. Pero la mayoría dormía tranquila, o descansábamos esperando que ocurriera algo. No nos sirvieron ni una comida, ni unos bocadillos. ¡Nada! Pusieron el cine a nuestra disposición, y eso fue todo.

Como a las once de la mañana siguiente, se le ocurrió a la “capitana” que ella conocía una taberna vasca, donde había ido a comer muchas veces con su marido. Y allá fuimos. Estaba cerrado, pero la “capitana” entró por un portal lateral donde daba la puerta de la cocina. Entró primero ella, habló algo y luego nos dejaron entrar a todos.

El comedor, en una suave penumbra, estaba lleno de clientes, casi todos hombres. El que no ha comido alubias rojas con tocino, después de haber pasado hambre, no sabe lo que es el placer de comer.

Las raciones eran escasas. Eso y nuestra juventud hicieron que no nos diera un susto el estómago. No servían nada más que alubias, y el precio era astronómico. Los niños comieron poco, pero las cuatro mujeres –Daniela y la doncella de la “capitana” nos acompañaban– dejamos los platos limpios. Pagué yo pues aún tenía en el bolsillo las pesetas que me puso aita.

Al salir me dice de pronto la “capitana”, mirando hacia un rinconcito donde había una parejita de enamorados besuqueándose:

– ¡Sinvergüenza! ¿Ves a ese hombre? ¡Es casado! Tiene seis hijos y una mujer que es una santa. Y mírale a él...!

La “capitana” estaba indignada. A mi me importaba un bledo, pero miré por curiosidad. La cara y el porte en cuestión eran de los que no se olvidan nunca. No pensé, ni por un momento, que tanta influencia tendría, ese hombre y toda su familia, en la vida de la nuestra. Pero eso es otro capítulo largo... que contaré a su tiempo.

Salimos todos al sol, un poco aletargados por las alubias, después de tanta hambre. No teníamos ganas ni ánimos para caminar. Ahora sólo soñábamos con dormir, ¡dormir! Nos sentamos en un banco que estaba en pleno paseo de la avenida principal, en un pequeño parqucito lleno de árboles y plantas. Era Junio. La naturaleza en su plenitud.

Pensamos, por un momento, tumbarnos sobre la hierba que aún se conservaba verde y fresca; pero la “capitana” no quiso, y fue una suerte. Dormitábamos, sentadas en el banco, yo con mi bebé colgado del pecho... cuando de repente, en medio de aquella loca circulación de la avenida, veo venir a José manejando una enorme moto con antenas, del Ejército Vasco. ¡Cómo sería el grito que yo lancé que a pesar del estrépito él me oyó!

Se paró en la acera junto a nuestro banco. Nos abrazamos los cinco unidos... y llorábamos...

– ¡Salir en cuanto podáis! ¡En cualquier barco! ¡Pero salir por favor a Francia! ¡Cuanto antes! Por favor, Polixene, ¡sal!... ¡Yo no puedo quedarme con vosotros. He venido a traer un parte importante del Estado Mayor, que está en Laredo, y tengo que volver a cien por hora!

Y a cien por hora se fue aquel hombre que tanto amaba. Pero, a pesar del dolor inmenso, al verle a aita, con su bello perfil y su chamarra de gudari, saliendo con estruendo en su potente moto, al verle tan guapo y saber que estaba luchando por nuestra patria Euzkadi me llenó de orgullo y se me aplacó el dolor... Y me propuse cumplir inmediatamente lo que él me pidió con tanta insistencia.

Nos quedamos un buen rato en el banco, considerando; con la suerte que aquella tarde no hubo ni una sola alerta.

La “capitana” propuso que fuéramos al muelle por si veía algún barco de la compañía de su marido. Efectivamente, vio un barco carbonero –el carbón era nuestro destino–, y lo más importante, al capitán, que era amigo de su marido. Consiguió subir a bordo sola. Permaneció largo rato, y cuando regresó nos anunció que podíamos embarcar; pero que no había camarotes libres y que nos teníamos que instalar en la bodega, que, aunque sucia, estaba vacía de carbón. ¡Qué felicidad! El barco saldría en la madrugada para Francia!...

Pero me sugirió que el capitán le había insinuado, o declarado, no sé, que debíamos de colaborar con algo. Era tan grande la alegría de embarcar que no pensé ni por un momento en lo inmoral de esa petición.

– Bueno –le dije– a mí no me queda más dinero; pero entrégale esto de mi parte. Y le di mi bolsita negra con todo mi “tesoro”.

Un marino nos dijo que esperásemos un poco pues tenía que limpiar la bodega. Nunca he bajado unas escaleras con tanta alegría. Dentro de poco en Francia... Y nos instalamos como si fuera el palacio real. Pusimos sábanas en el suelo.

Hicimos almohadas con ropa y toallas. La “capitana” hasta se vistió con una bata de casa. Yo no, porque sólo había metido en mi fardo dos vestidos imposibles de vestir en tales circunstancias. Uno era de terciopelo negro con cuello de encajes de Brujas y violetas de seda en el pecho. El otro era blanco marfil. Plisado, de seda natural. Me los hizo, para el viaje de novios, Juli Bilbao, la mejor modista de Bilbao.

El capitán nos mandó tres botes de leche condensada y un pan seco. Le pedimos al marinero que nos trajera agua en la cantimplorita, e hicimos leche líquida. Pero apenas tomamos un poco. Estábamos hartas de las alubias del medio día, y nos acostamos enseguida para dormir. Era ya de noche y el barco saldría de madrugada.

Apenas pasó un rato cuando de pronto sentí que algo caminaba por encima de mí. Creí que sería la manita de Joseba, pero, al poco sentí que algo peludo me rozaba la oreja. Instintivamente pegué un grito y me senté, y vi que media docena de enormes ratas estaban bebiendo la leche de la cantimplora. Vi muy bien las enormes ratas pues el techo de la bodega estaba descubierto, en parte, y veíamos muy bien las estrellas, y supongo que habría luna creciente.

Los niños y Daniela no se despertaron, pero la “capitana”, su doncella y yo pasamos una noche horrible. Las bestias casi se ponían amenazantes. No sólo no dormimos, sino que pasamos momentos terribles ahuyentándolas. Cuando comenzó a clarear el alba, se retiraron por fin y pudimos descansar algo.

Era de día. Un hermoso día soleado. Nos habían prometido que el barco saldría en la madrugada. ¿Qué pasaba? ¿Por qué no salíamos?... Pasaban las horas y nada. Debía ser casi medio día y el barco quieto. En esto se asoma por el techo de la bodega un joven oficial con aire cansado –con galones, pero sucio– y nos anuncia la terrible noticia:

– “Lo sentimos mucho, pero tienen que desembarcar inmediatamente, pues el barco sale de nuevo para Bilbao, por orden superior”.

Aquello fue el mazazo más duro que se pueda recibir. Resignadas empezamos a plegar nuestra ropa. La “capitana” salió para hablar con el comandante, a pedirle explicaciones, y volvió como loca. El oficial le había dicho:

– “El capitán ha tenido que salir... Y no sabemos cuando volverá”.

Desembarcamos y nos sentamos sobre unos potros de hierro a esperar... Y pasaban las horas y el capitán no aparecía por ningún lado... ¿Y mi bolsita negra?...

– “No te preocupes, que ya te la devolverá”.

¡Hasta hoy! Algún pecho de abuela, o el juvenil de una nieta lucirá hoy, en alguna parte de Euzkadi, o allende, la bella bandera vasca de rubíes, esmeraldas y diamantes, la ikurriña, que me regalaron los mendigoizales, pagando una peseta cada uno.

El capitán sabía perfectamente quién era yo, y en tantos años bien pudo devolverme el saquito negro con todos mis recuerdos, como lo hizo la humilde mujer con los bronces. El habrá sido durante muchos años el señor capitán –así lo espero– respetado por todo el mundo, y el pobre golfillo habrá terminado pudriéndose en alguna cárcel franquista. ¿Quién sabe? ¡Algún día nos enteraremos con la Justicia Perfecta de la otra dimensión!

## El “Marrakech”

**L**evábamos un rato largo, dos o tres horas, esperándole al capitán. Supongo que estaría a bordo y no quería vernos. No sabíamos qué hacer.

De pronto vemos un grupo compacto de mujeres avanzar por el muelle, unas quince o veinte, que iban corriendo y gritando de contentas. Las reconocimos; eran del grupo de pupilas de San Francisco que salieron con nosotros de Bilbao. Al vernos sentadas como unas lelas nos gritaron al pasar:

– “¡Venir al muelle número uno, que acaba de entrar un barco francés para evacuar mujeres y niños!... ¡Venir! ¡Correr!”.

¡Y claro que corrimos! Cuando llegamos al muelle número uno, ahí estaba el bonito y hermoso “MARRAKECH”; sólo que no había forma de acercarse, tal era la magnitud de la muchedumbre que pugnaba por subir a bordo, sin orden ni formalidades; a empujones y a toda costa. No había nadie que pusiera un poco de orden. Los marineros –franceses–, desbordados, con miradas condescendientes, dejaban subir aquella masa humana por las escalerillas, que a veces quedaban trabadas por la misma gente.

También hubo un conato de jaleo cuando se dieron cuenta que algunos jóvenes intentaron subir trepando por las cuerdas laterales. Yo le dije a mi amiga:

– “Vamos a quedarnos al costado del tumulto. Ya subiremos, aunque sea las últimas; pues hay peligro que nos ahoguen a nuestros hijos”.

Nos sentamos en el suelo, y ... ¡a esperar!

Y así fue. Subimos a bordo las últimas. Toda la cubierta estaba llena de gente, como sardinas amontonadas en lata. Dos marineros franceses nos escoltaron, el uno por delante y el otro por detrás de nuestro pequeño grupo, y nos condujeron hasta un hermoso salón estilo árabe, con sillones y divanes llenos de almohadones. Aquí había poca gente. Nos acomodamos a gusto. Nos parecía un sueño. Tratadas con simpatía, trasladadas de pronto a aquel lujo, y sobre todo bajo protección de bandera francesa. Después de un año de angustias, y sobre todo, después de aquellos últimos días en que el terror de saber que podíamos morir despedazados, en cualquier momento, por una bomba o una bala, era tan grande, el sabernos de pronto completamente seguros en aquel barco francés, con aquella tripulación de hombres vestidos con sus impecables uniformes, que nos trataban con toda consideración y respeto, a pesar de nuestros aspectos sucios y malolientes... era algo que sobrepasaba nuestra capacidad de sorprendernos.

Yo estaba sentada en un butacón, teniendo en brazos a los dos pequeños, Unai y Joseba. En otra butaca estaba Daniela, con Eguzki dormida. Más allá, la “capitana”, su hija y su doncella. Se veía, a nuestro alrededor, algunas personas mayores. Bien vestidos, sin signos de miseria. Pocos niños. Personas respetables, ciudadanos que fueron avisados por medios más sofisticados que los nuestros, de la llegada del “Marrakech” y subieron a bordo con prioridad, antes que cundiera la noticia y se formara la avalancha.

De pronto, se abrió la puerta batiente y entró en el salón un enorme negro –¡pero enorme!– vestido de camarero, con una gran bandeja llena de bocadillos y vasos de café con leche. Blanquísimos dientes brillaban en su cara de caoba oscura, como perlas, al sonreírnos con delicadeza mientras nos presentaba la bandeja. Joseba estaba dormido en mis brazos. Abrió los ojos, oliendo el refrigerio, y cuando vio delante suyo aquella cara tan negra y extraña para él, lanzó el grito más terrible que una criatura pueda lanzar. ¡Qué espanto en la voz! El negro, impresionado, trataba de ofrecerle el vaso de leche con la más agradable de sus sonrisas. Todo inútil. Joseba seguía gritando como si estuviera viendo un horrible dragón o un demonio. El negro optó por salir y envió a otro camarero, éste francés, rubio.

Comimos los bocadillos de carne enlatada y tomamos café con leche muy a gusto, nos quedamos todos tranquilamente dormidos.

Nada de mareo, ni miedo, ni preocupación. Era tanta la relajación que sintió nuestro organismo y nuestro cerebro que ni siquiera recé como todas las noches por mi marido, a quien tanto amaba, ni por mi padre... Dormíamos profundamente. ¿Cuándo salió el barco? ¿Cuánto tardó en llegar a Burdeos? ¡Ni idea! Luego nos enteramos que el “Almirante Cervera” –navío de guerra de Franco– lo había interceptado y detenido en alta mar, pero nosotros no nos enteramos de nada en el momento.

## Burdeos

**A**l amanecer volvió el camarero, no el negro, el otro, a traernos lo mismo: carne enlatada y café con leche... Y llegamos a Bordeaux. Allí desembarcamos, y nos colocaron, como si fuéramos mercancía, en un enorme hangar vacío. No había donde sentarse. Habíamos aprendido a sentarnos en el suelo. Al cabo, llegó un impresionante equipo sanitario con maletines y enfermeras de la Cruz Roja. Después de echarnos una mirada de examen superficial comenzaron a vacunarnos a todos. Con Eguzkiñe se le debió de pasar la mano, pues tuvo una muy severa infección, y hoy aún conserva la marca, como un cráter. Tardó mucho en cicatrizar, y le hizo sufrir mucho.

Entró luego, en el hangar, un grupo numeroso de personas –algún comité– y ¡lo mismo!: volvieron a darnos carne enlatada y café con leche. Las “pupilas” fueron las únicas que protestaron, pero no consiguieron nada.

No recuerdo cuánto tiempo permanecimos en el hangar, pero recuerdo una anécdota muy simpática.

Una mujer de tipo gitano, muy bella, estaba dando de mamar a una criatura, como es costumbre entre las mujeres del campo, mostrando con naturalidad su hermoso seno. Estaba sentada sobre una maleta, cerca de la puerta. El sol de la tarde le daba de lleno a ella y al niño. Un médico de la Cruz-Roja se aproxima a ella y le dice:

– “Madame, faites attention a la tête du petit! Il est au soleil!... La tête, madame!, la tête!, la tête!...”.

Y ella le mira con descaro de gitana curtida y le contesta: –¡So cochino! Deja ya de mirarle a mi teta y danos más café con leche!”.

En una fila, y dirigidos por el famoso Comité con sus brazaletes distintivos, nos conducen a la estación. Aquí, en un andén muerto, había un tren bastante largo, con su locomotora de carbón, encendida. Fuimos subiendo a los vagones sin ningún orden; como queríamos. La “capitana” y yo escogimos un lugar cerca del sanitario. Nos colocamos ocupando todo el compartimento. No hubo problemas; había mucho sitio.

Y otra vez a instalarnos para pasar la noche. Después de lo de Santander, esto nos parecía un paraíso. Pero no fue una noche sino dos días y tres noches, los que pasamos en el trencito de carbón. Nos acostumbramos bien. Cada grupo organizó su propio campamento. Conseguimos unas cuerdas, que colocadas de ventana a

ventana nos servían para secar la ropa; sobre todo los pañales. Los compartimentos no eran cerrados, sino corridos. Nosotras hicimos nuestra privacidad con una sábana. Por la ventana veíamos paisajes que nos parecían nuevos, bellísimos. Nos dormíamos, y cuando menos lo esperábamos, el tren se paraba en un descampado; y permanecía detenido largo rato. Nadie tenía idea de dónde estábamos, ni a dónde íbamos. Nadie en nuestro vagón hablaba francés.

## *Issoudan, département de l'Indre*

**D**e pronto, cuando menos los esperábamos, llegamos a una estación donde nos esperaba una muchedumbre de gentes con caras de curiosidad, pero también de compasión. .. Y nos volvían a repartir carne enlatada, pan blanco y café con leche. Alguno repartían frutas y alguna otra comida, pero el tren era tan largo que sólo los más osados alargaban las manos y recibían.

En otra estación –ni idea de dónde era– nos esperaba el alcalde, con su equipo y una banda de música. Nos tocaron –y cantaron– La Marsellesa. En otra parada, en otra estación, un grupo de obreros nos cantaron “La Internacional”. Estos tenían los rostros emocionados. Algunos lloraban...

Y el tren seguía corriendo por los hermosos valles, llenos de espigas y de girasoles, ¡tan bonitos!, ¡tan bien cuidados! En el compartimento, teníamos por todos los rincones pedazos enormes de pan blanco y de carne enlatada, pero ¡cómo añorábamos un buen puchero de alubias!

Una mañana, temprano, el tren se paró en una estación de aspecto importante. Policías y milicianos se apostaron a todo lo largo del andén, y nos avisaron con altavoces que reuniéramos nuestros enseres y pertenencias y bajáramos. Luego que bajamos todos, alguien que debía de ser una autoridad local, nos lanzó un discurso en un español chapurreado, dándonos la bienvenida a la generosa Francia. Y nos hicieron formar en el mismo andén, en una fila, y custodiados por ambos lados por gendarmes, nos pusieron a caminar por unas calles hermosas y limpias, llenas de comercios. Detuvieron la circulación para dejarnos pasar. Todo el mundo se paraba a ver. Las ventanas y balcones estaban llenos de gente viendo pasar aquel rebaño de mujeres, niños y ancianos, sucios, con expresiones de alucinados, de otro mundo. Aquí aprendimos una frase en francés que nunca más se borrará de nuestra memoria.

– “¡Ah!, les pauvres gens! Qu’est-ce que c’est malheureux de voir ça!...”.

Y nosotros llevando a aupas a nuestros hijos y nuestros miserables bultos y envases, caminamos más de un kilómetro, como un rebaño, sin darnos cuenta. ¿A dónde nos llevaban?

Por fin llegamos a una calle que tenía todo un lado con un sólido y altísimo muro de piedra, en cuyo centro había una enorme puerta de madera claveteada, de dos batientes. Estaba abierta de par en par. Y penetramos en el cuartel más famoso de la primera guerra mundial, donde se acantonaban miles de soldados. Durante años había estado cerrado.

Penetramos en un enorme patio enlosado con adoquines de cuyas juntas salían hierbas enormes. Al frente, de parte a parte del patio, un edificio de piedra de tres pisos. En el primero estaban uno salones pequeños y los dormitorios de los oficiales, individuales.

En el segundo piso, cuatro enormes salas –donde dormiría la tropa– con dos pequeñas garitas a cada lado. Dos dependencias cerraban el patio. A la derecha estaban las cocinas y el depósito de víveres, y a la izquierda las caballerizas.

Con unos potentes altavoces nos iban dando las órdenes en español. Se veía una gran movilización de soldados y camiones instalando la intendencia. Se veía también que estaban limpiando y organizando a toda prisa para alojarnos. Nos mandaron ponernos en filas, por familias. Luego teníamos que pasar delante de una larga mesa donde varios funcionarios nos preguntaban el nombre, la edad, etc.... La mayoría no traíamos ninguna documentación. Después de hacernos firmar al pie de una hoja, nos mandaban pasar por una gran ventana y ahí nos entregaban a cada uno:

Una colchoneta de tela de hilo cruda, con un relleno vegetal muy agradable, aunque duro. A mi me parecieron estupendas. Pero sobre todo limpias.

- Una manta marrón, espesa.
- Un plato.
- Una taza, con asa.
- Una cuchara.
- Un tenedor.

...Y daban la orden, a los que ya tenían su registro y sus utensilios, de que subieran a las habitaciones. Nosotras, lentas como siempre, en éstos casos, nos quedamos las últimas. Así que cuando nos entregaron nuestros macundales y subimos al primer piso, todas las habitaciones pequeñas, ya estaban ocupadas por familias y grupos de amigas.

Subimos al segundo piso, y ahí, en un salón enorme, pudimos conseguir un lugar más o menos agradable donde colocar las siete colchonetas seguidas. Porque nos dieron siete colchonetas.

Casualidad. En aquel amplio salón se nos unieron las del grupo de San Francisco, así como también los ocho golfillos, de edad indefinida, que andaban entre ellas. Eran tan flacos y tan raquíticos que lo mismo podían tener catorce, como diez y siete años. ¡Qué suciedad!...

Al anoecer tocaron una solemne campana, anunciándonos por altavoces que bajáramos a tomar el rancho.

Así empezó nuestro primer día cuartelario, que duró –para mí– quince días... ¡No! ¡Más!, por lo siguiente: a los dos días, Eguzki, empezó a tener una alta temperatura. Yo creía que era la infección de la vacuna. Todos los días, en revista sanitaria, pasaban médicos y enfermeras. Cuando vieron a Eguzki ordenaron su traslado inmediato al hospital. Vino una ambulancia a buscarla y se la llevaron con gran con-

goja por mi parte. Supliqué para que me dejaran ir con ella. Fue imposible. La pobre criatura de tres años se fue sola, con aquella gente extraña cuya lengua no entendía.

A la mañana siguiente, dejando a los otros críos con Daniela, me fui andando hasta el hospital, que estaba muy lejos. Quise entrar por la puerta principal, y allí me explicaron, con gestos, que mi hija estaba en otra dependencia, entrando por una puerta lateral. Pronto comprendí por qué: eran las antiguas caballerizas que estaban vacías, que habían sido blanqueadas con cal. Colocaron allí una docena de camas de hierro, a todo correr.

¡Qué dolor ver a mi pequeña Eguzkitxu en aquel rinconcito, junto a otras dos camitas con otros dos niños, y un poco más lejos, tres rameritas! ¡Y tener que dejarla ahí! Creo que la cuidaron bien, pero qué dolor cuando supimos que la población local había protestado; no querían que sus enfermos se mezclaran con los nuestros!

Eguzkitxu tuvo una viruela virulenta y allí estuvo diez días. Yo la visitaba todas las tardes.

Otro problema desagradable. Había en Francia una costumbre, que aún existe, aunque un poco restringida. Los comerciantes, sobre todo los pasteleros y tiendas de frutas, colocaban su mercancía en la misma acera, en bandejas, cajas y sacos abiertos, para que se sirvan los clientes. Estos escogían con delicadeza el producto apetecido y pagaban en la caja, dentro.

En cuanto llegaron a la plaza “Les-Rouges-Espagnols”, empezaron a desaparecer —a mansalva— no sólo comida, dulces y frutas, sino ropas. Y acordaron suprimir las salidas. Si queríamos salir teníamos que pedir permiso y decir a dónde íbamos.

Nuestro grupo tomó la costumbre de salir a pasear a un bello parque, bien cuidado, que tenía un lago con cisnes, donde los niños disfrutaban mucho. Al de un par de días de salir Eguzki del hospital, curada, fuimos al parque. En un descuido nuestro, Joseba, jugueteando se asomó mucho en la orilla y cayó al lago, entre los cisnes. ¡Los ojos de espanto del niño!...

Lo sacamos empapado de agua y nos fuimos inmediatamente al cuartel. Le cambié y le metí en el colchón, tapándole bien con la manta. Tuvo una fiebre altísima, toda la noche, y cuando amaneció, Joseba tenía la viruela más “hermosa” que se pueda imaginar. Toda la carita y todo el cuerpo estaban llenos de granos rojos característicos de esa enfermedad.

Entonces hice algo que —pensándolo bien— era una barbaridad: esconderlo, taparlo bien para que el equipo de enfermeras y médicos que pasaban revista diaria no lo descubrieran. Todas las compañeras del dormitorio colaboraron de tal forma conmigo que, efectivamente, no lo descubrieron. Era increíble las cosas que inventaban las “camaradas” de San Francisco para ayudarme. En un momento dado en que un doctor se acercó a mi colchoneta, un grito espeluznante lanzó una de ellas,

hecha una furia, desgarrando sus vestidos y quedándose de Venus, llamando la atención de toda la sala. ¡Qué inocentes debían de ser los doctores franceses de entonces! Sin embargo una sola vez me vi humillada por ellos.

Fue en los primeros días. Se me acercó un doctor, no muy joven, y me preguntó de la forma más seria y profesional, si yo le daba el pecho a uno de mis niños. Cuando le dije que sí, me pidió que abriera la blusa. Yo lo hice sin ninguna malicia... Y entonces, agarrando mi pequeño seno a mano llena, lo apretó con fuerza tan fuerte que un chorro de mi leche le inundó la cara. ¡Qué susto se llevó!

Después que se limpió la cara, metódicamente, con su blanco pañuelo me dio una tarjeta y me dijo que... como madre lactante yo necesitaba algunas vitaminas más, y que pasara por su consultorio privado.

¡Ni se me ocurrió!... al pensar en su cara repugnante cuando apretaba mi pecho.

Y así pasó –yo creo– un mes entero. No era desagradable, después de lo que habíamos vivido. La comida era de cuartel, pero sana. Muchos fueron saliendo, poco a poco, reclamados por familiares y amigos franceses. A la “capitana” la reclamó su marido, el capitán. Éste le mandó dinero desde un puerto francés, y un buen día desapareció con su niñita rubia y su doncella.

Yo me quedé casi sola con el grupo de prostitutas que armaron algunos escándalos con los empleados. Una noche, gritaban y peleaban, y una les decía a las otras, justificándose de no sé qué o por qué:

– “¡No señora! ¡No han sido diez, como tu dices! ¡Sólo con tres!... ¡Para aprender francés!”.

Sería en las caballerizas, pues en el dormitorio nunca vi nada deshonesto, más que muecas y visages, con los empleados franceses, supongo que para citarse en algún lugar de fuera.

Y así pasaban y se sucedían los días, tranquilos en cuanto a peligro de bombardeos; pero angustiados por los acontecimientos de la Patria. ¡Ninguna noticia de nadie!... Una mañana, estaba yo tranquila limpiando un poco a los niños, cuando de repente se oye el potente altavoz:

– “¡Madame Mandaluniz! ¡Venez a la Direction, S.V.P.!”.

Salgo corriendo, dejando a los niños con Daniela... Y veo en medio del patio de armas un lujoso coche negro, y junto a él, tres hombres charlando con el director.

¡Dios mío! ¡Qué emoción! ¡Gaizka Aguirre Amuritza, Lezo de Urreztietta y Elías de Gallastegui! Nos abrazamos los cuatro juntos. Yo lloraba como una mocosa. También Eli lloraba, y creo que Lezo y Aguirre también. ¡Qué figura tendría yo! ¡Sólo pesaba cuarenta y dos kilos! Con mis tirabuzones negros, parecía un San Juan bajando del calvario.

Pasamos, después de un largo rato de charla, a la oficina del director. Los

tres querían sacarme del cuartel inmediatamente, pero el reglamento francés no lo permitía. ¡Cómo se enfadó Eli! Había que llenar una solicitud firmada por ellos, llenar un largo cuestionario, mandarlo a la Prefectura... y al cabo de una semana, probablemente, me darían el permiso. Mi destino era La Citadelle de Saint Jean Pied de Port, donde mis alumnos de la ikastola de Sondika me esperaban.

Se fueron Elias, Lezo y Aguirre, en su lujoso coche negro, dejándome toda la emoción del alma en sus miradas de cariño y amor. También me dejaron dinero; no debía de ser mucho pues ellos tampoco eran millonarios. Después de reservar una suma para el viaje en tren, recuerdo que me compré, antes que nada, un par de zapatos marrones, de puntas cuadradas, que estaban de moda, con la lengüeta que tapaba los cordones... Y también compré una cantimplora de peltre blanca. Sería cosa de estudio, mi obsesión por las cantimploras. Esta me servía para comprar leche por litros.

Yo tenía una de las colchonetas que no usábamos, la de Unai. La descosí, eché a la basura, poco a poco el esparto vegetal que tenía dentro. Lavé bien con lejía el forro que era de hilo crudo y me confeccioné con ello una espléndida falda blanca, cosida a mano, y unos pantalones para Joseba. La “capitana” me había regalado dos blusas muy bonitas, que eran estrechas para ella. Mis blancas alpargatas desgastadas fueron cambiadas por aquellos confortables y lujosos zapatos. Me sentía elegantísima. Es todo lo que gasté. Y empecé a preparar nuestro viaje a Donibane Garaiz, corazón del viejo Reino de Nabarra.

Sentí cierta emoción cuando me despedí de mis compañeras de habitación. Fueron buenas conmigo. La Prefectura del departamento del Indre me dio un documento de identidad con fotografía, así como a Daniela. Los niños estaban señalados en el mío.

Recorrí el trayecto desde Issoudan, departamento de L’Indre, hasta Bayona –haciendo transbordo en Burdeos– disfrutando de la belleza de los campos franceses. ¡Aquella belleza! ¡Aquella armonía de campos maduros para la recolección! ¡Todo me parecía maravilloso!...

En Bayona tomé el trencito para Saint-Jean-Pied-de-Port, y aquí alguien –cuyo nombre no recuerdo– nos esperaba en el andén de la estación, y nos llevó a La Citadelle. ¡Otro cuartel! Este de Vauban.



## *Capítulo V*

---

# *Reencuentro con José*

---

## *La Citadelle*

**L**a Citadelle! La Ciudadela de San Juan Pie de Puerto. ¡Qué gratos recuerdos guardo de nuestra estancia en esta vieja fortaleza real de Louis XIV! Como la de Issoudan, era éste un cuartel que había permanecido cerrado desde la guerra del 14.

Está situada en un altozano, bastante elevado, que domina al pueblo. Se sube por una estrecha carretera que zigzaguea continuamente. En coche hay que ir muy despacio. Caminando es un paseo gratisimo, pues en todo su alrededor hay un bosque de grandes robles y hayas. El cuartel está colocado justo en la cima y es completamente cuadrado. Todo alrededor, en plano inferior, está rodeada de una imponente muralla, muy alta por el exterior, y rodeada de fosos muy profundos. Era inexpugnable en la época de las guerras familiares.

Sobre los anchísimos muros interiores se levantaban las diferentes edificaciones. Calculo que puede albergar varios miles de soldados. Estas edificaciones ocupaban los cuatro lados del conjunto... Hacia fuera no tienen ventanas; éstas dan hacia el patio central, que es enorme. Solamente el ala, donde están las habitaciones de los altos oficiales, da al Sur. Sobre un balcón corrido, la vista, desde estas habitaciones, es una maravilla. A los pies un hermoso bosque natural de robles, hayas y castaños, y, más abajo, los alegres tejados de la villa nabarra.

La entrada principal es por un puente levadizo, de gruesos maderos, sujetos por enormes cadenas. Todo ello da completamente la impresión de vidas y épocas pasadas.

El Gobierno Vasco organizó aquí, en 1937, una colonia para los niños refugiados de la Guerra Civil. Funcionaba de forma extraordinaria, tanto en el aspecto humano como administrativo. Se organizó por grupos de veinte niños de forma que tuvieran afinidades de ikastola, de pueblo, de familia. Cada grupo estaba dirigido por una andereño y por dos auxiliares. Había una enfermería, bien equipada, con varias camas, y a su cabeza, la inolvidable jefa Angelatxu, verdadero ángel de bondad y alegría. Había también un médico gordito, cuyo nombre no recuerdo...

Fue el director de La Citadelle Vicente Amezaga Aresti, un abertzale de altura. Su vida entera en el destierro fue un ejemplo de vida cristiana. Excelente escritor dejó testimonio de sus vivencias y conocimientos históricos en numerosos artículos en toda Sudamérica; gracias a su hija Arantzazu Amezaga de Irujo han salido a la luz todos los ensayos y artículos con el título de "Nostalgias".

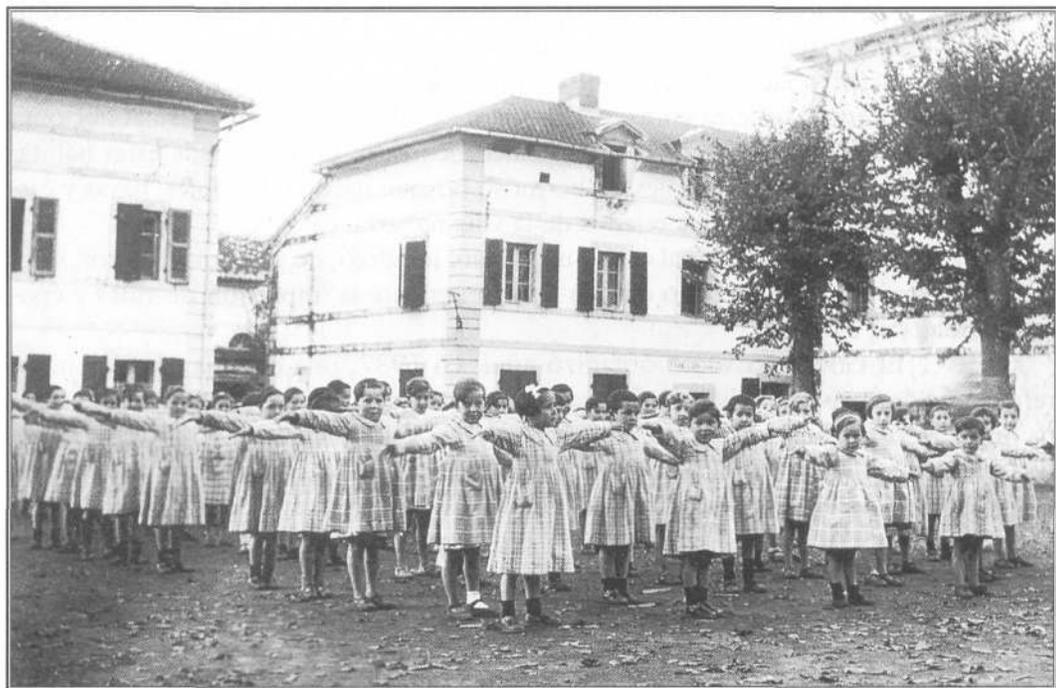
Teníamos una pequeña capilla con una torre cubierta de pizarra. La comunidad asistía diariamente a misa. Oficiaban el canónigo Mentxaka, don Pedro Zubeldia y Fortunato Unzueta, párroco de la basílica de Begoña.

Los niños dormían en enormes dormitorios, en buenas camas de hierro y colchones y mantas de lana, vigilados por una andereño cuya cama, en un extremo del dormitorio, estaba aislada por unas cortinas.

La comida era buena y abundante. Había buenas etxeoandres que cocinaban con amor. Y las andereños dábamos las clases con normalidad, en aulas cómodas. Se hacían a menudo excursiones, y bailes vascos, con txistu y tamboril. Yo tenía el gran privilegio –debido a mis pequeños hijos, Unai era el menor de la colonia– de tener mi dormitorio privado junto a Don Fortunato y el canónigo, en el espacio principal que daba al balcón de los altos oficiales.

La madre de Nekane Legorburu era la administradora del ropero. En esa época mis hijos eran muy “txisetis”, y ella me otorgaba el favor de cambiarme diariamente las blancas sábanas. Como eran los únicos bebés, todo el mundo quería cuidarlos.

Cada mañana, sobre todo en primavera, cuando abría la ventana y veía el



*Clase de gimnasia en el centro del patio.*




---

*La Citalle. Grupo de Sondika.*

esplendor del bosque que nos rodeaba, y el canto de los pájaros, y el salir al patio de todo aquel mundo, tan mío, empezando por todos mis alumnos de la ikastola de Sondika, y muchos amigos de Juventud Vasca, podía considerarme feliz; y encima nos pagaban un sueldo, pequeño, pero más que suficiente para el caso. Me sentía, debería de sentirme dichosa, pero no era así. La guerra continuaba. Euzkadi sufría bajo el terror franquista. Muchos no sabíamos nada de nuestros seres queridos.

Un día me dijeron que habían fusilado a Mandaluniz. Luego se desmintió. Otro día, estando dando clase a mis alumnos, una compañera me muestra un recorte de un periódico que circulaba entre los exilados, y me señala una página donde se narraba la forma bárbara en que habían tratado a la familia del secretario del Ayuntamiento de Sondika, Justo Ajuria, sacándoles de su vivienda, en el propio ayuntamiento, y dejándoles con los muebles en medio de la plaza nevada. Y nadie se atrevía a socorrerles, por miedo. Dos días después fusilaban al padre.

Mientras leía en la prensa esta escalofriante historia de aquella madre, con 4 hijos pequeños, llorando sobre la colchoneta, en plena calle nevada, sabiendo que dentro de poco fusilarían a su marido, en primera fila del aula, nos miraba —como los otros, con curiosidad— Jontxu Ajuria, el mayor de los hijos de esta ejemplar familia cristiana. Yo debía de comunicarle la noticia.

Empecé hablando, en tono general, de lo hermoso que es morir por la patria. La clase entera me escuchaba con atención ... Y de repente le pregunto yo a Jontxu:

– ¿Tu que sentirías si tu padre fuese un héroe?

– ¡No! ¡No! ¡Mi padre no!.¡Mi padre no!... Que me torturen, que me maten a mí, pero a mi padre no!

No tuve valor para decirle que ya lo habían hecho de la forma más brutal. ¡Cuánto camino recorrido! ¡Cuánta fe para seguir creyendo a pesar de la ignominiosa conducta de un “cristianismo” desnaturalizado y bestial!

Saint-Jean-Pied-de-Port. En las entrañas de la vieja Nabarra, lo más auténtico del pueblo vasco. Bien asentada en su entorno, la villa goza de un clima suave atlántico ideal para las actividades del campo. Recuerdo los partidos de pelota en el frontón, los restaurantes más refinados de la gastronomía vasca, con su famosa “piperrada”... El puentecito que une las dos partes del pueblo, cerca de la iglesia... las aguas purísimas del río en las que saltan alegres las azules truchas... las hermosas casas de piedra, con escudo en el zaguán, y grabados los nombres de los que la construyeron, y el año. Algunas datan de 1600... el museo de la cárcel del obispado, con los instrumentos de tortura de la “santa” Inquisición... las ventanas y



*Grupo de mayores con Pello Zubeldia y Polixene Trabudua.*

balcones que dan al río, llenos de geranios... los mercados semanales donde los productos de la artesanía local son una gloria... ¡Cuántos recuerdos de Saint-Jean-Pied-de-Port!

El pueblo de Donibane nos trató como a hermanos de sangre que en realidad somos. Creo que todos los que vivimos en La Citadelle guardamos, de esta época, un buen recuerdo. La relación entre los citadelinos era, mayoritariamente normal y cordial. No recuerdo ningún acontecimiento trágico. Solamente un invierno en que atacó la sarna de una forma feroz a un grupo grande de niños. A Joseba le dio muy fuerte. Yo le embadurné –también muy fuerte– con una pomada especial que había que aplicarles, y se le hinchó todo el cuerpo, pero gracias a la buena y excelente enfermería que poseíamos, se salvó.

Las andereños nos reuníamos a menudo en un cuarto-salón y comentábamos cada una nuestros problemas y angustias. En esa época era un sacrilegio decir palabrotas. Tanto es así que en el colegio, cuando enumerábamos los mandamientos de la Ley de Dios que nos enseñaban: “El sexto, no fornicar”, la hermanas nos hacían decir: “El sexto, tralarala”, canturrenado; aunque usted no se lo crea.

...Un día pues, estando en el salón, nos ocurrió lo siguiente. Había una guapa chica llamada Miren Eskerne Izpizua, quien, después de contarnos algunas noticias problemáticas que le servían de escape a sus temperamentales estados de ánimo, se puso de pronto a gritar, hecha una sibila:

¡Coño! ¡Coño! ¡Son todos unos hijos de puta! ¡Unos cabrones! ¡Unos puñeteros!... ¡Unos huevones!...

Así y otras groserías más, todas las que sabía. Y luego se repuso y nos dijo que se sentía muy bien, mucho mejor que antes. Y claro, nos interesó el método didáctico, al experimentarlo, y todas tomamos ese hábito tan feo, de pura catarsis. Cuando nos sentíamos angustiadas –claro está–, solamente en el salón y entre andereños, todas practicábamos este ejercicio. Y lo que es el hábito. Yo, cada vez que me pasaba un susto, soltaba un sonoro ¡COÑO!, cosa que a mi madre le hubiera producido un shock.

Un día que estábamos con malas noticias, completamente abatidas, decidimos, Eskerne y yo bajar al pueblo, a la peluquería, para rehacernos un poco.

Después de hacernos nuestros peinados, y comer algunos pasteles, subíamos despacio por el estrecho camino –en medio de la belleza serena del bosque–, en cerradas curvas, subía a La Citadelle, cuando de pronto sentimos que subía un coche despacio, en primera. Los árboles nos impedían verlo hasta que llegó junto a nosotras. Nos salimos del camino para dejarlo pasar, cuando vimos que sus ocupantes vestían uniformes franquistas. Raudos se bajaron del coche. Fue tal el impacto que no los reconocimos... ¡Era José! ¡Mi marido, con el uniforme de “Requeté”, con su boina roja y su borla dorada! El otro era Emilio Barroeta, vestido de negro,

de oficial italiano de “Las Flechas Negras”; y el tercero Jon Imaz, vestido de simple soldado raso de la legión.

¡Aitatxu! Desde hacía meses no habíamos tenido ninguna noticia de él; pero sí nos habíamos enterado del fusilamiento glorioso, en Derio, de su hermano Valentín de Mandaluniz Ealo, a quien yo considero un santo de verdad. Nos abrazamos. No hay palabras que puedan definir lo que se siente en estos momentos. No podíamos decir nada, más que llorar abrazados. Teníamos 27 y 24 años, y nos amábamos...

Por fin, nos empujaron a subir al coche y llegamos con buen tiempo y un sol radiante en medio del patio lleno de niños en recreo. Cuando trajeron a Eguzkiñe y a Joseba, estos no querían ni mirarle a su padre. La boina roja les asustaba. No le reconocieron; y el que se puso a llorar como un niño fue el padre... Poco a poco nos fuimos tranquilizando todos. Cenamos, y a la noche bajamos al pueblo, a un hotel muy bonito que había junto a la puerta principal de la muralla Oeste, donde alquilamos una hermosa habitación. Los niños se quedaron en La Citadelle, con Daniela y una alumna mía de Sondika. Ni en el más paradisíaco de los escenarios, ni en el más lujoso de los hoteles del mundo, se puede gozar de un amor tan pleno, de una felicidad tan completa como el de aquel hotel medieval junto a la gruesa muralla de piedra ciclópea.

Aquella noche el amor merecía, y compensaba con creces, tanto dolor como el que habíamos pasado estando separados José y yo.

Y José me contó su odisea. Su batallón fue hecho prisionero por los italianos y trasladado a Laredo. Lo pasaron muy mal pues desde el primer día empezaron a fusilar gente, sin juicio ni nada. Serían terribles aquellas madrugadas cuando no sabían a cuantos ni a quienes llamarían al paredón.

Una mañana, por el altavoz, citan a José Mandaluniz a la oficina de un alto oficial. Cuando Aita se cuadra ante él, no le reconoce, y cuando el oficial levanta la cabeza del legajo, lo primero que le pregunta es:

- ¿Dónde está tu mujer?
- Creo que en Francia.
- ¡Menos mal!

Se da cuenta que es el presidente del Club Español de Barcelona, club en el que José había jugado durante una temporada, con mucho éxito. Por eso sabía el oficial de mis actividades separatistas vascas. Entonces le hizo un interrogatorio a fondo de sus actividades en la guerra. El cargo de José era peligroso pero no importante. Cuando creía que era para fusilarlo se encuentra que el alto oficial falangista quiere ayudarle. “Sobre todo que tu mujer no vuelva por ahora”, le recomendó con insistencia.

Y le colocó en Vitoria, Alava, en un oficina de intendencia como encargado de distribución de bonos de gasolina y neumáticos para el ejército y los civiles de Vitoria-Gasteiz.

“Era de risa. Tener que soportar el chantaje de todos aquellos franquistas –no me conocían– ofreciéndome dinero para obtener más gasolina”.

Jugó parte de la temporada, en el equipo del Alaba Club. El seguía siendo muy bueno como delantero centro. Vivía en una pensión dándose la gran vida material, comiendo en restaurantes ... pero con el martirio de su hermano fusilado, su madre y su hermana despojadas de su casa y teniendo que vivir en una cuadra... y sin ninguna noticia mía, ni de sus tres hijos. No tenía ni idea de dónde estábamos.

## *Salida de José a Iparralde*

Un día, estando como todos los días con un amigo, en una taberna cercana al trabajo, tomando un cafecito en el mostrador, vio de pronto, al fondo de la sala, al tío Aureliano, alcalde de Sondika, comiendo con unos amigos.

Sentí una gran emoción pues yo creía que él te quería como tío, y pensé: ¡qué alegría! Sabrá algo de ti, dónde te encuentras y me contará. La distancia era un poco larga y según yo avanzaba hacia el fondo, hacia el tío, levantó éste la cabeza y me miró y cuando me vio me lanzó tal mirada de odio... ¡Cómo sería! que me di media vuelta y salí a la calle. Me quedé tan impresionado que no acudí al trabajo.

Justo unos dos o tres días antes me había encontrado en la calle con un buen amigo mío, Emilio Barroeta. Estaba vestido de alto oficial italiano. Todo de negro. Lleno de condecoraciones —él era alto, rubio, de buen porte, con un perfil fuerte de pelotari vasco—, me impresionó tanto que no podía creerlo. Y me dice: “no te puedo contar ahora mi historia... pero estoy acorralado... ¡Me van a fusilar! Pero he conseguido contacto con el Partido para pasar al otro lado. Tengo que salir este domingo para Elizondo, en autobús militar, de heridos. Tengo los papeles. ¿Vienes conmigo?”. Yo le dije que no me sentía bien, pues no sabía que decirle; además, ese domingo teníamos un partido de fútbol importante... Pero el tío Aureliano, en cuanto volvió a Sondika, en una asamblea que tuvo, del ayuntamiento, le dijo a sus concejales: “A uno ya le dimos su merecido, y al otro lo he localizado en Vitoria. Pronto le daremos lo suyo...”. El tío Luciano Eguzkizaga —marido de la tía Agueda— era concejal y asistía a esta sesión. Fue inmediatamente a advertirle a mi padre, quien salió esa misma noche para Galdakao a avisarle a Venancia, la madre de José del gran peligro que corría éste. Venancia tomó un taxi y llegó de madrugada a Vitoria y le contó a José lo sucedido en la última sesión del ayuntamiento de Sondika. Luego se volvió a Sondika, con el taxi. Y lo que hizo esta mujer es algo tan increíble que hay que haber conocido ese período para creerlo.

Era casi media noche cuando llegó hasta allí. Llovía a cántaros. Una tormenta terrible estremecía el valle del Txorierri. Aureliano tenía un hermoso chalet de piedra, de estilo vasco, cerca del batzoki. Delante de esta casa, una mujer mayor, vestida de negro riguroso, con su larga cabellera cana suelta hasta la cintura, gritando más fuerte que los truenos que retumbaban rasgándose el cielo, ¡qué aparición!, exclamando:

– “¡Auureliano! ¡Aureliano! ¡A uno me lo habéis asesinado y era un santo! ¡Como a éste que me queda le ocurra algo, con estas manos que Dios me ha dado te estrangularé!...”.

Y repetía la amenaza una y otra vez. Aureliano llamó a la Guardia Civil. Estos –conocidos– la tomaron de los brazos y, en vez de llevarla presa, la trajeron a casa de mi padre. Dice éste que los guardias estaban impresionados del espectáculo; tal era la fuerza del verbo de Venancia Mandaluniz Ealo, de Galdakao, viuda.

Mientras tanto, en Vitoria, José andaba desesperado pues no tenía ni idea de donde podía encontrarle a Emilio Berroeta. Era sábado. El domingo tenía un partido de fútbol muy importante, y la cita en Elizondo, para pasar a Francia, era ese mismo domingo. Sin ninguna esperanza ya de encontrarle, pues no sabía donde vivía, lo tropieza de nuevo por casualidad en la calle. Se ponen de acuerdo. José jugaría la primera parte del partido. En la segunda, se haría el lesionado... Y justo alcanzarían el autobús para Elizondo.

Eran tres los que iban a ir a Elizondo. El tercero era Jon Imaz, quien también peligraba mucho.

Comenzó el partido con un lleno total y al final del primer tiempo empezó Mandaluniz a cojear un poco. Luego se hizo el herido, pero, como había jugado tan bien, no querían dejarlo así. Lo metieron en el vestuario. El médico le dio una de esas inyecciones que los dejan insensibles al dolor por un tiempo, y, ¡nada!, tenía que volver a salir de nuevo al campo de fútbol. Y los dos amigos, Jon y Emilio, cerca de la salida, esperándole. Por fin José hizo un teatro tan bueno que le dejaron salir.

Los tres corriendo, alcanzaron de pura casualidad el autobús. Con tan buena suerte que iba éste hasta los topes de heridos de guerra que habían pasado las fiestas navideñas en casa. Por esta razón apenas tuvieron controles. Y llegaron a la plaza de Elizondo sin novedad. Aquí la consigna era la siguiente. Ellos pasearían como todos los del pueblo –era domingo, enero del 38– por la calle principal, de una punta a la otra, yendo y viniendo, y entrando de vez en cuando en un bar a tomar unos txikitos. Durante este paseo, cuando vieran a dos señoritas agarradas del brazo, paseando, y una de ellas agitando con gracia un pañuelo blanco, debían de seguirlas como si las cortejasen. (¡Era una costumbre!). Así lo hicieron José y Emilio. Entre risas y requiebros pasearon un buen rato con las chicas; seguidos discretamente por Jon Imaz.

Cuando empezó a anochecer se metieron por una carretera un poco solitaria, haciéndose “sirris”. Llegaron a una vieja herrería abandonada. Se metieron en un horno abandonado, salvaje, donde permanecieron un rato con las chicas. Cuando Imaz vino a señalar que nadie les había visto, las dos chicas volvieron solas al pueblo, y quedaron los tres soldados en la más completa oscuridad.

¡Con qué sencillez se jugaron la vida aquellas jovencitas! ¡La vida!... sin esperar más recompensa que la satisfacción del deber cumplido por Euzkadi.

De repente, sin hacer el menor ruido, entró en el horno un gigantón de hombre que los enfocó con una linterna, y les dijo:

“Gabon! Zutunik, eta mendira laster!”.

Y sin más comenzaron a caminar por tierras y bosques por donde no había la menor señal de camino. El guía, un pastor navarro, les iba conduciendo llevando en la mano un pañuelo blanco, al que seguían en fila los tres hombres. Era tan rápido el caminar del guía que tuvieron que suplicarle que fuera un poco más despacio.

Una hora, dos horas, tres... “Se pierde la noción del tiempo. Yo no podía con mi alma, pero el orgullo me impedía quejarme”. De repente dice el pastor:

– “Ahora con mucho cuidado. Pisar con suavidad. Estamos cerca de la muga y aquí vigilan mucho”.

“Yo –dice José– estaba ya mareado, entre el medio partido de fútbol que jugué –con tanta emoción– el viaje en autobús con todos aquellos heridos, temiendo los controles y luego la botella de ron que nos bebimos en las tabernas de Elizondo para animarnos... Creí que me moría, y caí al suelo como un saco, justo en el momento de mayor peligro. Trataron de reanimarme y ¡nada! Dicen que decía: ¡Dejarme morir! ¡No puedo seguir! ¡No puedo más!”.

El gigantón me cargó sobre sus espaldas y sujetándome fuertemente por los antebrazos, y ayudado por mis dos amigos, pasamos el punto peligroso, ¡la Muga!... Al cabo de media hora, ya en el mal llamado lado francés, nos tumbamos sobre unos helechos y descansamos un rato, sin hablar una sola palabra. Yo quería quedarme más, pero el mugalari dijo bajito pero con firmeza: “Gora! Aurrera!” no hubo más remedio que ponerse a caminar... Oíamos el ladrar de unos perros, y antes de lo que nos imaginábamos vimos un caserío.

El mugalari dio unos golpecitos en una ventanuca que



==== Caserío de Iparralde donde se refugiaron en la madrugada, después de caminar desde Elizondo. Barructa, Imaz y Mandaluniz.

había al costado del caserío, y un hombre nos abrió la puerta por el portal. Entramos en la cocina y, aunque era de madrugada, había un caldero de leche calentándose sobre unos restos de rescoldos de fuego. El hombre sacó rápidamente un pan case-ro, un hermoso queso de cabra y unas nueces. No creo que tomamos nada. Sólo que-ríamos dormir, dormir! Durante todo ese tiempo el “mugalari” y el dueño del case-río apenas hablaron unas palabras. Lo único que entendí fue que se iba a dormir a su casa pues la próxima noche tenía otro pase muy importante.

Y dándonos unas palmaditas en la espalda salió el mugalari en la noche oscura, sin luna, a recorrer el mismo camino que a nosotros nos había parecido un martirio. El no supo nuestros nombres, y a nosotros no se nos ocurrió preguntar por el suyo. Era navarro y “mugalari”, un abertzale fiel a su identidad vasca, como son todos los navarros de verdad. Las dos muchachas de Elizondo y dos o tres pastores formaban uno de los equipos organizados por el P.N.V. que salvaron a cientos de patriotas. Las dos chicas de Elizondo fueron hechas presas y pasaron una larga tem-porada en la cárcel.

# Mugalaris

Cuando oímos o fanfarroneamos sobre acontecimientos donde nos creemos héroes –cuando no han sido más que circunstancias en las que nos ha colocado el destino sin nosotros quererlo– pienso en nuestros “mugalaris” y en tantos héroes anónimos que cada noche arriesgaban la vida para salvar las de otros compatriotas, sin alardes ni alharacas, sin ostentaciones, como la cosa más natural, con toda nobleza... Y pienso que Euzkadi debe de colocar en lo más alto de los Aldudes una escultura gigantesca para que nuestra juventud recuerde siempre que existieron estos hombres llamados “mugalaris”, orgullo de nuestro pueblo vasco.

Los tres “héroes”, después de dormir en el pajar de la cuadra hasta el medio día, comer unas ricas alubias y queso, se pusieron a caminar hasta el pueblito más cercano donde alquilaron un coche que los trajo a nuestro encuentro.

Ni el mugalari, ni las dos chicas de Elizondo, ni los del caserío quisieron aceptar nada a cambio de tan invaluable servicio. José siempre decía:

– “Me gustaría volver a verles y llevarles un recuerdo. Y saber sus nombres”.

El tiempo, que todo lo borra y acaba, se olvidó de aquellos verdaderos patriotas vascos. Los que creemos que toda pulsión es eterna sabemos que aquellos actos de suprema solidaridad están grabados en luz cristalizada, en alguna nueva dimensión del espacio que somos incapaces de comprender por ahora. “El infinito es presente”, dice Unamuno.

Y gracias a todos estos actos solidarios anónimos pudimos abrazarnos, José y yo, en el camino tortuoso de La Citadelle.

Fue una época de gran felicidad para los dos y los txikis, pero mezclada, por la angustia de los que quedaron sin poder salir.



La familia del caserío de Iparralde.  
En el centro Emilio Barrueta, sentado junto a él,  
José Mandaluniz, y a la derecha Jon Imaz.

José empezó a recibir cartas y telegramas de diferentes clubs franceses, pues la prensa anunció su escape de la zona franquista. La oferta más interesante era de un club suizo, el Lausanne Sport. Quedó el contrato concluido por correo. Entonces José quiso ir a Lourdes a darle gracias a la Virgen por tanto favor recibido.

## Lourdes

**O**rganizamos una excursión en tren. Fuimos nosotros con nuestros hijos, Genaro Eguileor, famoso periodista abertzale (quien había sido sanado milagrosamente, después de bañarse en la fuente de Lourdes, de una avanzada tuberculosis ósea que lo tuvo postrado durante dos años), el cura don Pello Zubeldia –a quien Unai adoraba pues le paseaba por el bosque montado sobre sus hombros, “arretxikilis”– y otros dos periodistas más.

José había conservado –aún después de haber abandonado el seminario, sin celebrar– una fe inquebrantable. Todas las noches hacía sus oraciones arrodillado. Yo había transformado, por entonces, la religiosidad tan extremada de mi infancia y juventud en un desafiante y orgulloso ateísmo. Nunca lo expresé ante mis hijos. La causa de la pérdida de mi fe, fue la actitud del Vaticano ante el genocidio de Durango y Gernika y ante todo el irreductible fenómeno vasco.

El primer día de nuestra llegada a Lourdes, Don Pello celebró una misa privada para nosotros, en una pequeña capilla lateral del santuario. Los niños seguían atentos el rito. En el momento de la comunión, Don Pello vino a nosotros a ofrecernos la hostia. Yo comulgué por no escandalizar. Unai estaba a mi lado, chiquitín, tendría un año y pico. De repente, agarra el copón con sus manitas y le dice a Don Pello a quien quería mucho: “Neuri be bai! Neuri be bai!

– “¡A mí también! ¡A mí también!”.

Y la reacción del cura fue de lo más natural y cómica. Dándole un golpecito en el dorso de su manita, le dijo:

– “¡Caca! ¡Caca!”, para que soltara el Copón.

Pasamos la noche en un simpático y confortable hotel. Nosotros cinco teníamos una sola habitación. Cuando empiezo a desnudarles a los dos pequeños me percaté que tenían todos los bolsillos llenos de “bombones de Lourdes”, que son grageas de fondo de almendra, y que al exterior parecen piedritas del río, como las que abundan por el que pasa delante de la gruta. Estos dulces los exhiben delante de todos los comercios, en saquitos abiertos, en la misma acera, y junto a unas bolsitas con la imagen de la Virgen, para que los mismos clientes se sirvan y luego pasen por la caja. Joseba y Unai debieron creer que era un regalo de la Virgen Santísima y se sirvieron en abundancia. Lo extraño es que, entre tantos adultos, nadie se había fijado cuándo y dónde hicieron esta travesura.

Era el atardecer. Creo que estábamos en primavera. Quien ha visitado

Lourdes conoce el fenómeno impresionante del murmullo fresco y alegre del río, los árboles entre las rocas, cuando empiezan a brotar sus capullos, el canto de los pájaros, el silencio profundo de la cueva; ello sólo es suficiente para poner la sensibilidad al rojo vivo. El grupo propuso hacer el VíaCrucis, que es largo y cansado. Con una falsa excusa, yo me quedé delante de la gruta, esperándoles, sentada sobre el murillo del río. Tenía una tristeza muy grande. Sólo veía lo feo de la realidad. La avaricia de los comerciantes vendiendo lo sagrado, las tracalerías de unos sacristanes quitando y poniendo velones que la fe de ingenuos creyentes habían pagado con exceso... Y otras muchas cosas feas. Yo no estaba buscando .... ¡nada!

De repente sentí una especie de escalofrío y le miré fijamente a la Virgen. Justo encima de la estatua, un ruiseñor cantaba sobre una rama incrustada entre dos rocas. No hay palabras para expresar lo que sentí... Empecé a llorar como una tonta, no con lágrimas silenciosas y humildes, sino con tal congoja o alegría –¡no sé!– y con todo el cuerpo convulsionado, que todas las lágrimas acumuladas de muchos miedos y dolores pasados llegaban hasta el suelo.

Así me encontraron cuando volvieron del Vía-Crucis. Al principio se asustaron, pero luego se dieron cuenta que algo sobrenatural me estaba pasando, y me acompañaron un rato en silencio. Les pedí que no me preguntaran, y así lo hicieron. Mucho tiempo después, sobre todo leyendo a Teilhard de Chardin, comprendí que todo lo que pasa sobre nuestro minúsculo planeta está en relación con la conciencia de la energía íntima de cada uno y de la inmensidad cósmica; como si cada parte llevara el peso conceptual de la totalidad del universo. Ese pedacito de la Tierra que es Lourdes forma parte del Universo. Es universal. No es una máquina gigantesca programada ya; es un vasto pensamiento vivo que se comunica con la totalidad del ser vital.

¡Tanto dolor! ¡Tanta fe derramada! ¡Tantos pensamientos emitiendo voluntad en este minúsculo espacio del recinto sagrado!... Sobre todo la creencia, la convicción de que, fuera del tiempo-espacio habitual, nuestra conciencia, del ser único que es uno, no será encadenada más a estos cuerpos maltrechos, sino que reintegrará la fuente misma de la luz divina de donde procede toda creación, recreándonos.

La acumulación inmensa de energía está aquí, en el agua de caudal limpio y azul que rueda y redondea las piedrecillas de Lourdes... Y en los árboles que nos rodean la colina... en los arbustos que crecen entre las rocas.. y sobre todo en las mismas rocas milenarias, brillantes como el topacio de tantas manos dolorosas, amorosas, que lo han acariciado... El canto de los pájaros, ¡tantos pájaros! junto a la estatua de la Virgen, tan íntima, tan cercana, a pesar de la gran masa de visitantes, impresiona mucho... ¡Y el surtidor de agua que brotó ante la humilde pastorcita sumisa a la voluntad de la sobrenaturaleza, produciendo tantas curaciones maravillosas! Mi alma sintió todo este misterio, y Dios, misericordioso, cósmico y único, y al que no llegamos con la simple razón, me sacudió el corazón con amor verdadero. Fue una catarsis muy buena para mí.

## Laussanne

**V**olvimos todos a La Citadelle y José preparó el viaje para Laussanne, Suiza. Para la época, y para nosotros, era un contrato fabuloso. Estábamos felices. Yo me quedé en La Citadelle haciendo la vida normal de andereño, y José se instaló en una pensión, en Laussanne, dirigida por una señora muy encopetada, viuda de un alto cargo militar, quien alojaba, no sé por qué circunstancias especiales, solamente a futbolistas de primera división.

José estaba contento del trato con los suizos y me mandaba dinero. Así las cosas preparé un viaje de visita por quince días. No sé qué mes era, sólo recuerdo que hacía tal frío, y la nieve era tan abundante, que el tren estuvo detenido, en pleno despoblado, durante varias horas, a causa de las vías sepultadas.

La estancia en Laussanne fue inolvidable. ¡Los paseos en la nieve, en trineo! ¡La señora Hering, y aquella pensión tan austera, tan protestante! No permitía que los niños comieran en el comedor. Tenían que hacerlo en la cocina, y antes, para ponerlos luego a dormir. Nos exigía vestirnos, hasta con zapatos, para bajar a desayunar. Como los niños eran unos pequeños salvajes nos hicieron muchas travesuras.

Una vez, encerrados en el cuarto, se les ocurrió abrir –o ensanchar– un agujero en una almohada de plumas de ganso. Como el balcón del dormitorio daba a una avenida muy principal ¡la que se armó! La gente se amontonaba, viendo el espectáculo, muertos de risa. Nosotros, en el comedor, no nos enterábamos de nada. Hasta que llegó la policía, suiza... Salimos a ver la calle donde volaban, suntuosos, los copos de ganso con delicados movimientos de vaivén.

Otro día, extrañada del silencio tan profundo, entro en la habitación y me encuentro a Eguzkiñe y a Joseba, cada uno con una botella de agua de colonia cara, mojando unas toallitas de mano y limpiando el suelo de la habitación. La madera era opaca, y el brillo momentáneo que le daba la colonia les hacía mucha gracia y suponían que nos gustaría mucho. Unai les miraba desde la cama, embelesado.

Llevé a Eguzkiñe a un famoso médico pediatra, y después de un profundo examen, me dijo las siguientes palabras:

– “Madame, l'état physique de votre enfant est misérable”.

Palabras que me ardieron como un hierro de fuego. Nos aconsejó el doctor que el clima frío y seco de Suiza, junto con una alimentación adecuada era la única solución. Y allí le dejé a Eguzkitxu, en la pensión, con su padre, y me volví sola, con los dos pequeños, de nuevo a La Citadelle.



*Daniela con Unai en la  
"Citadelle", 1937.*

Ya "La Citadelle" se iba despoblando poco a poco. La guerra civil había terminado con una derrota total para la República y para nosotros los vascos. Los padres que se habían tenido que quedar en Bizkaia, aunque muchos estaban presos, o fusilados, reclamaban –sobre todo las madres– que los hijos volvieran a casa.

Después de nuestra visita a Lausanne, José hizo un corto viaje de tres días para visitarnos en La Citadelle, y trajo de regalo, para los más amigos, unos relojes suizos. Para Daniela, la linda aldeanita que salió de un caserío de Arratia y quien con tanta paciencia y amor cuidó de niñera a mis hijos, y sufrió conmigo aquella debacle y destierro, sin una queja, le trajo aita un buen reloj de oro. Al de unos días se presentó la ocasión de un autobús que salía para Bilbao y me dijo Daniela que quería irse al caserío. Cuando indagué las causas de tan súbita decisión, me dijo con toda inocencia:

"Quiero que en mi pueblo vean el reloj que tengo".

Su recuerdo siempre me enternece. Nunca más he sabido de ella. Para mí, Daniela representa la nobleza misma de la mujer de pueblo, sencilla, siempre trabajando, sin una queja ante las dificultades de la vida, leal, amando a los niños con amor maternal. ¡Ojalá viva y sea una abuela feliz!

## Capbreton

**E**n la primavera del 39 La Citadelle cerró definitivamente. Había que salir de nuevo. Había terminado una bella época, dura pero llena de solidaridad y afinidad entre hermanos. Mis alumnos de Sondika se habían ido ya. Una amiga de La Citadelle, Lolis, que tenía una hija y una cuñada (de una belleza fuera de lo común), se enteró que en Capbreton, un balneario cerca de Bayona-Biarritz, era fácil conseguir casitas veraniegas a precios módicos, y que había muchas familias vascas instaladas allí. Y nos vinimos a Capbreton, por una temporada. Fue una etapa simpática. El lugar es bello, aunque la playa, a donde íbamos todos los días, quedaba un poco lejos y todos los días tenía que cargarle a Unai, casi dos kilómetros, en las cade-ras, como las gitanas.

También recuerdo que pasamos muchos apuros económicos pues, no se por qué, los cheques de José se retrasaban. Un día de julio recibí un telegrama de José anunciándome que llegaría tal día a Bayona. Lo recibí a la mañana y el tren llegaba a la tarde. No tenía dinero. Lolis tampoco. Decidí salir inmediatamente caminando. No sé cuántos kilómetros. ¿Cinco?, ¿siete?, pero supongo que el camino es largo. No lo fue para mí pues era demasiado grande la alegría de abrazar de nuevo a mi marido. Aunque verano, era un día lluvioso. Salí con paraguas. A la salida del pueblo me encuentro con Aurorita Rezola quien también iba caminando hasta Bayona a esperarle a su esposo, José de Rezola, que venía de París. Aquella carretera con mucho tráfico pero casi siempre rodeada de hermosos árboles y zonas frondosas, fue para nosotras, mujeres enamoradas, el camino del paraíso.

Me encontré con José. Después de los abrazos y primera información, recibí uno de los disgustos más grandes de mi vida amorosa. José y yo fuimos, primero que todo, a Correos donde él mandó un telegrama a Suiza y luego hizo una llamada telefónica.

José era tan inocente, o tan ingenuo –no sé como calificarle– que me declaró que era una “amiga muy querida”, una enfermera del dentista que le atendía, con la que había salido últimamente en Lausanne.

Reconozco que yo era una celosa terrible. Fue un golpe tremendo a la seguridad de nuestro amor mutuo que me hizo sufrir mucho. En realidad no fue nada grave, ni importante. Se lo perdoné, ¡pero a medias!

## Concepción de Naya

**N**os fuimos a Hossegor, donde pasamos unos pocos días, pues José tenía que presentarse en Rouen, Normandía, donde firmó un contrato de fútbol muy bueno con el Rouen-Club. Se estaba haciendo famoso el delantero centro del Athletic de Bilbao. Tuvo la suerte que el Lausanne Sport ganó por primera vez, el año que el jugó, la Liga y la Copa de Suiza. La prensa habló mucho de él, contando incluso su escapatoria de Vitoria-Gasteiz. El Lausanne quería que se quedara por otra temporada, pero la proposición del Rouen era muy superior. En aquel momento lo que necesitábamos era dinero.

José fue a Rouen a firmar el contrato con el equipo de primera división en unas excelentes condiciones, y al cabo de una semana vino a buscarnos a Bayona donde nos habíamos instalado, por unos días en un hotel.

Era el 14 de julio y estábamos todos juntos, menos Eguzkitxu quien seguía en Suiza. Nos queríamos mucho. (El disgusto de la enfermera suiza olvidado). Teníamos dinero, mucho dinero para nosotros entonces. Eramos jóvenes. Decidimos salir a cenar. Después de dejarles dormidos a Joseba y Unai (con una buena propina a la camarera para que los vigilara) salimos a pasear.

Quien no haya vivido la experiencia de un 14 de julio en las calles de Francia costará entender ese curioso fenómeno de masas que ocurre todos los años por esa fecha tan señalada. El francés es, en la vida cotidiana, la persona menos comunicativa que existe. Puedes hacer un recorrido en autobús, o en tren, durante ocho horas sin cruzar más de tres o cuatro palabras: “¡Pardon!”. “S’il vous plait”. “Merci”. Lo contrario del español, de quien, al cabo de una hora, sabes cuantos hijos tiene, lo que gana su marido, sus deportes preferidos... Y te comparte el chorizo, la tortilla y la botella de vino a morro.

Pero el 14 de julio se compensa en Francia esa, para mí, falta de comunicación. Este día todo el mundo sale a la calle. Hay bailes por todas las esquinas. Todo el mundo baila. Acordeones, farolillos, banderas por todas partes. Se forman gigantescas hileras humanas, agarrados todos de la cintura, que avanzan corriendo y saltando de alegría, y lo más agradable, mezclándose todas las clases sociales. Es una comunión completa del pueblo con la soberanía de la Nación, por la República.

Pasamos una noche inolvidable, bailando, corriendo, saltando, por el paseo junto al río, por la plaza junto a las históricas murallas, bajo las arcadas del

casco viejo, por todas partes juega. Y al amanecer nos volvimos al hotel donde nuestros dos críos dormían plácidamente. Fue una noche maravillosa donde la juventud, la alegría, el amor completo de corazón, cerebro, sexo, se fundieron en un acto divino. Y encargamos el milagro de una nueva vida que luego se llamaría Lourdes Naya.

## *Rouen, ducado de Normandie*

**A**l día siguiente nos fuimos todos a Rouen en donde nos instalamos en un hotelito simpático justo en frente de la estación central. Nuestro gran terror de la guerra civil había terminado y nos estábamos metiendo en las fauces monstruosas del conflicto bélico más mortal de la historia, sin imaginarnos nada de lo que vendría.

En aquel otoño del 39 toda Europa estaba pendiente de la radio, siguiendo los contactos entre dirigentes, conferencias, encuentros y reencuentros de un grupo de hombres que dirigían los destinos del mundo. Llegó un día tan trascendental para la paz, en el que todo dependía –la paz o la guerra– de un encuentro y acuerdo entre Chamberlain y Hitler, que recuerdo muy bien... La figura elegante del viejo dandy del Imperio bajando del avión, que lo traía de Berlín, con su sombrero y su paraguas en la mano. Esta foto fue publicada en gran formato en todas la prensa occidental y mundial y fue la imagen que quedó grabada en todos, con aquellas palabras: – “¡No hay pacto! ¡Se ha declarado la guerra!”. Así de sencillo.

Entonces ocurrió una cosa curiosa. Todos los habitantes de Rouen, sin orden de nadie, ni aviso de las autoridades, al oír la noticia, nos fuimos reuniendo en la plaza Juana de Arco; la bella plaza donde se incendió en la hoguera a la santa, rodeada de los bellos edificios medievales de maderos y ladrillos trenzados con argamasa y artísticos hierros forjados. Allí habían colocado, rodeando el espacio, unos potentes altavoces que retransmitían las consignas del Gobierno de Francia.

La plaza Juana de Arco se llenó hasta el tope. Sonaba música clásica, y de repente se detuvo, y una voz temblorosa anunció:

– “Las conversaciones de los aliados con Hitler han fracasado. La guerra se ha declarado. Estamos en estado de guerra”.

Creo que era Lebrun. Y a continuación las notas de La Marsellesa. No se cuántos miles de personas caben en esta plaza. Varios miles... Y de pronto sentirse uno, en medio de esa masa humana, como un átomo, soldado completamente con los otros átomos, formando un solo cuerpo íntegro. Esto lo experimentamos en su máxima plenitud allí. Todos cantábamos de verdad, llorando al mismo tiempo...

Cuando leo las citas de Teilhard de Chardin sobre la influencia de las masas en el individuo, lo comprendo perfectamente.

Junto a nosotros estaba ese día en la plaza Juana de Arco el único vasco que conocíamos y tratábamos en todo Rouen, Iñaki de Leizaola, hermano del que

luego fue Lendakari. Era ingeniero y trabajaba en una importante empresa química de Normandía. Vivía con su esposa Juana y sus dos hijos –de la misma edad que los nuestros– en las afueras de la ciudad, en una zona residencial cerca del estadio de fútbol. En cuanto se apaciguaron un poco los ánimos exaltados tras la Marsellesa, nos dijo Iñaki:

– “No podéis quedaros a vivir aquí cerca de la estación y entronque de líneas férreas. Voy para casa a comunicarle a Juanita y vuelvo a buscaros”.

Efectivamente, antes de una hora estaba en el hotel con su coche. Y nos llevó a vivir a su hermoso chalet de dos pisos, moderno, con platabandas, que la empresa le había cedido. Y allí estuvimos viviendo una larga temporada en forma armoniosa y cordial, compartiéndolo todo y sin que hubiera jamás una disputa. Juanita era una gran señora, acostumbrada a tener servicio y cocinera, y sin embargo ella me enseñó a cocinar, a comprar la comida en el mercado, y sobre todo la organización y la previsión, cosas tan importantes en el manejo del hogar. El recuerdo de esta etapa me reconcilia siempre, cuando la amargura del egoísmo ajeno me hiera.

Pero hay un recuerdo de Rouen que perdura con tierna nostalgia en mi corazón. Las Navidades del 39 que pasamos juntos los Leizaola y los Mandaluniz, queriendo que nuestros hijos lo recordaran siempre.

No recuerdo nada de lo que comimos, pero sí el cariño con que adornamos la mesa, y un pequeño nacimiento con papeles de seda de colores, y velones que nosotras mismas pintamos. Iñaki se puso smoking y José un traje azul oscuro que le quedaba muy bien; pero nosotras, las amatxus, no teníamos vestidos de gala. Juanita se acomodó bastante bien un vestido negro, cortándole las mangas y añadiéndole vuelo, y yo me organicé uno, con un camisón azul celeste, con lacitos y puntillas (lujo que me permití estrenar para recibirle –en la noche– cuando llegó José de Suiza).

Iñaki tenía derecho de recibir de su empresa un impresionante cargamento de carbón, para todo el invierno. Antes de los acontecimientos lo había recibido, y un enorme caldero, situado en la bodega, mantenía toda la casa con una temperatura caliente. No necesitábamos cubrirnos.

Cuando todo estaba preparado, hicimos salir a los niños del cuarto, donde los habíamos metido. Cuando entraron y nos vieron y observaron la mesa de gala quedaron maravillados. Faltaba aita Iñaki. De pronto suena un fuerte timbrazo, abrimos la puerta, y sobre un fondo de una deslumbrante nieve blanca, aparece un Papa Noël perfectamente vestido. Era Iñaki. Los cuatro niños –los mayores no tendrían más de cinco años– se asustaron mucho. No le reconocieron a Iñaki. Este, de lo más serio, les hablaba falseando la voz y apuntando en un bloc lo que pedían. Recuerdo que Joseba pidió un balón y unos patines, pero lo que más nos impresionó fue Unai: estaba pálido, todo su cuerpecito temblaba y tartamudeaba para pedir “*Karretilletxu bat eta palatxu bat*”. Los cuatro niños hablaban euskera.

Escaseaba mucho la comida. Nosotros no andábamos tan mal porque

José, admirado futbolista de primera, conseguía amigos en el mercado que le ayudaban. Siempre estaré agradecida a Doña Juana de Leizaola quien me enseñó a no prescindir jamás, en la comida, de la ensalada. Faltaban cosas, a veces, pero jamás la ensalada cruda. Recuerdo la mezcla de “cresson” y “betterave rouge” que produce una salsa de moiré satinado de colores atrayentes y que nosotros jamás habíamos probado antes.

Durante el tiempo que vivimos juntos, con los Leizaola, jamás sufrimos ningún bombardeo. La guerra estaba declarada; poco a poco nos fuimos acostumbrando, mejor dicho aprendimos a vivir con el peligro, y en el peligro. Para salir de casa estábamos obligados a llevar siempre colgada al hombro, como se lleva una cámara fotográfica, la máscara contra los gases letales. El Ayuntamiento las había repartido a toda la población. Las máscaras pequeñas de los niños parecían juguetes, pero eran juguetes siniestros.

Fue, al principio del caos, un período tranquilo en la vida diaria. Se jugaban partidos de fútbol, íbamos al cine, a pasear... Pero psicológicamente era horrible. Rumores desastrosos! ¡Noticias apocalípticas! ¡Informaciones desbarajustadas!... Entre aita e Iñaki construyeron en la bodega —que se iba vaciando de carbón— un refugio antiaéreo. ¡Cuantos sacos de cemento y hierros, y cuanto trabajo realizaron los dos hombres! Hasta le pusieron unos tubos de aireación en caso de quedar enterrados bajo la casa, y un depósito de agua y otro de comida... ¡todo inútil! ¡Gracias a Dios!

Durante ese período hicimos una visita a Lyssieux pues José era muy devoto de Santa Teresita. Conseguimos ver a través de una reja metálica a su hermana Celine. ¡Qué emoción! Compramos un libro con la vida de la santa, que Celine nos firmó.

Lissieux fue completamente destruida por los aviones nazis.

## *Biarritz*

**A** finales de febrero del 40 decidimos que yo bajara a Euzkadi, pues debía dar a luz en Biarritz, por patriotismo y economía, en el hospital de La Roseraie, del Gobierno de Euzkadi. Fue uno de los momentos más difíciles para mí. José no podía dejar el club pues seguían jugando partidos de fútbol y cobraba un buen sueldo. Así que un buen día, con mi enorme barriga y dos niños pequeños, Joseba de cinco y Unai de dos años, y sin saber donde me alojaría al llegar, cogí el tren de Rouen a París y de París a Bayona, con varias misiones importantes:

Antes de nada conseguir alojamiento. Tuve suerte. Nada más bajar del tren y pasar el puente del “Saint Esprit” vi una casa antigua que me gustó mucho, y en cuyo portal se leía el aviso siguiente “Chambre à Louer”. Una viejecita encantadora nos abrió la puerta y me mostró una hermosa habitación, pero con una sola cama, que era enorme. Le dije:

– “Está bien. Aquí dormiremos los tres”, pues el precio era muy económico. ¡Qué recuerdo más malo tengo de esos días! No había calefacción, y era uno de los inviernos más duros. Y mi gran problema era, no solo el frío sino la incontinencia de mis niñitos. Los dos se orinaban en la cama, y en qué cantidades!... El colchón de lana lo absorbía, los primeros días. Le daba la vuelta simplemente. Pero tuve que comprar unas mantas de algodón y un infiernillo para secarlos. Los secaba de noche, alternando las mantas, para que la viejita no se diera cuenta.

Yo, en medio de la cama, los dos “chamitos” bien pegaditos a mí, cubiertos con un montón de mantas de lana pirenaica, rezábamos, los tres con las manos juntas, para que Dios cuidara de Aitaxu, y a Eguzkitxu, y luego por la paz para todos. ¡Qué felices nos sentíamos juntos y bien calentitos los tres, hasta que un calor húmedo me despertaba con angustia! Pero ¡qué felicidad cuando nos despertábamos sequitos!

A veces era tal el cansancio que conseguía dormir con esa humedad.

Lavarnos con agua fría y vestirnos era toda una proeza. Desayunábamos café con leche y “croissants”, y almorzábamos en un pequeño restaurant cerca de la casa. Teníamos buena ropa y el caminar era agradable. Localicé a un amigo quien me ayudó a conseguir un apartamento en Biarritz que otro amigo común, exiliado, traspasaba. Este se marchaba para América y traspasaba el local y los muebles.

La casa era hermosa, de piedra porosa, casi lujosa como todas las casas de ese barrio, encima del acantilado “La Falaise Des Basques”, sobre el mar. Era una

planta baja pero las ventanas quedaban relativamente altas de la calle. Se veían pasar las cabezas. Los muebles eran rudimentarios, varias camas de hierro estilo hospital, mesas y sillas baratas, y en la cocina muchos cacharros pues la familia que hacía el traslado era numerosa. El jefe –hijo de un gran amigo y líder del P.N.V.– era Luis de Arbeloa. Los muebles eran pobres pero lo suficiente para vivir ¡estábamos en guerra! El precio fue exagerado, pero como José ganaba bien!...

Una vez asegurado el contrato del apartamento fui a visitar, en Bayona, una colonia para hijos de miembros del P.N.V. Era un bonito chalet, fuera de las murallas y a la derecha de la avenida, junto al parque. Allí me encontré con una agradable sorpresa. La colonia solo tenía cincuenta niños y todo era impecable, limpio y hasta, no digo lujoso, pero sí de buen gusto. Lo que más me impresionó fueron los dormitorios con sus camitas de hierro, tipo hospital pero éstas bien pintadas de blanco y con cubrecamas de florecitas; y un enorme salón confortable lleno de toda suerte de juguetes. Creo que esta obra fue organizada por una asociación católica francesa.

Pero la sorpresa mayúscula fue cuando pregunté por la Dirección y se me presentó una vieja y querida amiga, Sabiñe, hija de los gerentes del batzoki de Galdakao. Al director no lo conocía, pero en cuanto les planté mi problema, no sólo aceptaron a los dos niños inmediatamente sino que me pidieron los dejara de una vez; que de ropa no me preocupase, que allí había a montones! ¡Qué liberación!

Pasamos la tarde charlando con Sabiñe y los niños jugaban con los demás niños. Cuando les comuniqué a estos que se tendrían que quedar solos –sin mí– por unos días, Joseba lo aceptó tranquilo, pero Unai empezó no a llorar sino a gritar, a berrear de tal manera que nos escandalizó a todos en el salón. Nunca se borra de mi memoria la cabecita rubia de Joseba, apoyado sobre Unai, tratándoles como a un hombrecito:

– “¡Mira este trencito!... ¡Mira esta bicicleta!...”.

¡Nada! Éste cada vez gritaba más. Por fin decidí marcharme bruscamente. Al final de la calle todavía oía los gritos de Unai.

Me despedí de la viejita de la “chambre à louer”, tomé un taxi y me presenté en “LA ROSERAIE”. A la mañana siguiente, temprano, se me presentó el Director de la colonia, en motocicleta, para decirme que Unai había dormido muy bien y que se había adaptado. ¡Qué gesto de bondad, y cuánto se lo agradecí!

Ahora tranquila, a esperar el nacimiento de mi cuarto hijo: Naya.

## Nombres vascos

**E**n la primavera del año cuarenta, en plena guerra mundial, nace mi cuarto hijo en Bidart (Iparralde), en el gran hotel “La Rosarie” que perteneció al famoso Staviski, y que el Gobierno Vasco en el exilio convirtió en hospital.

Vivíamos bajo la ocupación alemana, con toda la carga de miedos, noticias terroríficas, escasez de alimentos y de carbón, incertidumbre del mañana, etc... Todo ésto hace que dicho nacimiento careciera de los rituales clásicos que ponemos los padres para encontrar un nombre adecuado y bonito para el recién nacido. Había que bautizar a nuestra hija, ¿qué nombre le pondríamos? No habíamos pensado en ello. El nombre de Karmele –por Karmele Leizaola–, quien sería su madrina me parecía el más adecuado, pero no le entusiasmaba mucho a Mandaluniz.

Un día, estaba yo sentada junto a la ventana de la planta baja de nuestro pisito de Biarritz, frente a la “falaise”, viendo las nubes y el paso de la gentes. Era un sitio placentero donde Mandaluniz y yo solíamos estar, él leyendo el periódico y yo cosiendo. Todas las tardes, puntualmente, Modesto Arámbarri, comandante general del Ejército Vasco, hacía su paseo deportivo hasta el borde del mar y se detenía un rato a charlar con nosotros sobre los últimos acontecimientos que tanto nos preocupaban.

Esa tarde, estaba yo sola en la ventana, leyendo unos “ipuiñak” de José Miguel de Barandiarán, con la idea de encontrar algún nombre bonito para mi hija, y de repente leo esta frase que me deja embelesada: “Neure naya ixangó da...”.

– “¡Naya! ¡Naya! ¡Naya!...” repito esta palabra, encantada, en voz alta. Justo en ese momento pasa por delante el comandante Modesto.

– “¿Qué. Rezando el rosario?...” pregunta bromeando.

– “Sabes, estoy pensando, buscando un nombre nuevo para mi hija a quien vamos a bautizar en estos días. Chico, ¿qué te parece Naya?”

– “¿Naya?, ¡Naya! Me parece precioso para una niña. Fonéticamente tiene dulzura, fluidez, y una cierta resonancia mágica... Y su sentido de deseo, deseada, también es muy hermoso. ¡Me parece muy bien!”.

Y así fue bautizada mi hija Naya –la primera Naya– en la iglesia de Bidart (Lapurdi) en 1940. Hoy en día hay varias Nayas en Maracaibo y en Caracas. También conozco algunas en Nueva York, París y México, sin contar todas las de Euzkadi.

Mi hija Naya falleció en accidente de coche, con apenas treinta y tres años. Pero su corta vida ha sido fecunda y hermosa pues ha procreado dos hijos,

Amaya e Igor, dos espléndidos ejemplares de fuerza vital... y un delicioso libro de poemas existenciales, editados con arte por obra de Amor, y que ella escribió, siendo soltera y enfermera, en unas misiones por la Alta Goajira. Naya es ahora deseo de amor cristalizado, presente en la paz divina.

El primero quien le puso a su hijo el nombre de Unai Ona es Elías de Gallastegui, "Gudari". No sé en qué libro o incunable lo consiguió; creo que en el Santoral de Sabino Arana. La verdad que a todos nos pareció muy bonito. Más tarde, el "Poeta", Adolfo de Larrañaga, escribe sobre este tema un lírico poema bucólico: "Unai Ona o el Buen Pastor" con delicadas ilustraciones de Ramiro de Arrue.

El segundo Unai es hijo de Lezo de Urreiztieta, y vive actualmente en Bretaña, hecho un patriarca... Y el tercer Unai es mi hijo, soltero, quien vive conmigo, cuidándonos mutua y recíprocamente.

Durante la época de la dictadura fascista estos nombres vascos nos han proporcionado grandes humillaciones, molestias y trabajos, debido al odio irracional que los "cruzados" sentían por todo lo vasco auténtico. Así, la administración franquista se dio el gusto de "traducir al cristiano", y a su libre albedrío, todas las partidas de nacimiento euskaldunes.

A mi hija Eguzkiñe le pusieron María de la Soledad. A Joseba, José Antonio. A Unai Ona Erraimunda, Raimundo del Buen Pastor. A Naya, María Deseada Lourdes. A Maite, María Amada... Y hasta el mío, Polixene, que no es vasco, es griego, de la Iliada, lo convirtieron por arte de magia en ... ¡Polonia!

Sólo los que hemos vivido ese período de fanatismo soberbio y reaccionario sabemos de la visicitudes y molestias, de trámites y papeleos kafkianos que causa todo racismo.

Pero Unai no significa pastor de ovejas en realidad. Esto en euskera se dice "artzaina". Unai es un antiquísimo nombre vasco para designar al que cuida de las vacas, es decir al vaquero. O sea que Unai Ona es en realidad el buen vaquero.

## *La Roseraie*

**L**a Roseraie es un enorme y bellissimo complejo de edificios lujosos, situado sobre una colina, cerca del mar, de donde se divisa un panorama muy amplio; no sólo la inmensidad del mar, también se ve bien Biarritz, al norte, y San Sebastián al oeste, con buen tiempo. Se podía ir caminando hasta el centro de Biarritz atravesando una enorme extensión de tierra salvaje que no poseía árboles, pero sí cantidad de arbustos varadísimos y muy bellos, –aunque algunos pinchaban–, helechos, argomas y rosales silvestres. Total, un agradable paseo por senderitos hechos de pasos –mucho más agradable que por la carretera de intenso tráfico motor– y todo el tiempo contemplando el mar, pues no existían estas nuevas construcciones.

“La Roseraie” era un hotel-casino construido por el conocidísimo Stawizski, con la idea de que fuera lo más chic para la más selecta sociedad cosmopolita. Esto dará idea del lujo que allí reinaba... Justo cuando todo estaba listo para su inauguración solemne, estalló un escándalo financiero mayúsculo en el que se vio involucrado el Gobierno de Francia. El caso es que todas las propiedades, en Francia, de Stawizski fueron secuestradas por el Gobierno; y éste, por mediación del cardenal Verdier concedió dicho hotel de “La Roseraie” al Gobierno de Euzkadi en exilio, para que lo utilizara como refugio y hospital de guerra.

En el pabellón de pediatría nacieron unos cuantos hijos de exiliados vascos de la guerra civil. Allí nació Naya.

El director de La Roseraie era el doctor Gonzalo de Aranguren, eminente cirujano y hombre carismático, quien luego, en Caracas, tendría un gran protagonismo enorgulleciendo a la colonia vasca.

El funcionamiento de La Roseraie era algo admirado por todo el mundo. Hospital lleno de lisiados de la guerra: cojos, mancos, tuertos, heridos todos, no sólo recibían cuidados perfectos sanitarios, sino que además había sección de recuperación en talleres de adiestramiento y aprendizaje de oficios, talleres de ortopedia para mutilados, etc.

En una amplia habitación enmoquetada –con vista al mar– junto a dos bellas camas de estilo, se pusieron varias más de hierro, y aquí compartimos nuestra espera cuatro embarazadas y una viejita de Gernika que sólo hablaba euskera. Como éramos sólo mujeres, con total naturalidad utilizábamos el cuarto de baño de lujo y el bidet de mármol rosado olvidándonos a veces de cerrar la puerta. Un día le oí decir a la viejita de Gernika con disgusto:

– “...¡Lavar “eso”!... ¡Lavar tanto “eso”!... ¡Ay! ¡No me extraña que haya guerras!...”.

Fueron quince días tranquilos, a pesar de las noticias espeluznantes de la guerra en el Norte. Paseábamos todas las tardes por la bella landa salvaje que baja, siguiendo el acantilado, hasta el mar. Eramos tres amigas barrigonas –en estado interesante queda más elegante–. Siempre juntas de paseo. A veces nos cruzábamos con grupos de heridos convalecientes, vendados, escayolados, con muletas, que caminaban conversando animadamente.

Ese día, de repente me fijo que en mitad del estrecho sendero por donde vamos paseando está parado, desafiante, un hermoso carnero con unos enormes cuernos retorcidos. Siempre he tenido terror a todo animal cornudo.

Yo empeñada en decir que me miraba a mí, y, asustada, empecé a correr... Y naturalmente el viejo cabrón empezó a perseguirme. ¡Gracias a Dios! había cerca unos heridos paseando. Uno de ellos, con la cabeza vendada, tuvo la ocurrencia de taparle la cabeza al animal con un jersey, y aguantarlo y entretenerlo un rato, mientras las tres corríamos hacia el pabellón.

Esa misma noche me comenzaron los dolores del parto, y a la mañana siguiente, 28 de marzo, nació Naya. Nos asistió el Dr. Aguirretxe, famoso ginecólogo de Bilbao, quien había asistido mis tres partos anteriores.

# *Amama Venancia y el tío Valentín*

**A** los dos días llegó José de Rouen. Fue primero a buscar a los dos niños a Bayona y vinieron todos a La Roseaie a conocer a su hermanita. ¡Qué alegría! ¡Qué emoción! Pasamos un día sensacional. La única que nos faltaba era Eguzkitxu. El médico aconsejaba que siguiera un temporada en Suiza, aunque había mejorado muchísimo. Nos fuimos todos a Biarritz, a la casa que habíamos traspasado de Arbeloa.

Una hermosa y bella casa. Unos miserables muebles de guerra. Ningún lujo, ningún ramo de flores, ningún cuadro ni adorno... Pero qué momento más feliz cuando pudimos acostarnos todos reunidos.

Y para colmo, al de dos días se nos presenta Venancia, la madre de José, quien había pasado la “muga” sin papeles, caminando, aunque parezca mentira a su edad, desde Bera de Bidasoa, por toda la montaña, hasta Sara.

Esta mujer, suegra mía, era algo fuera de lo normal. Fue protagonista de unos actos que causaron gran escándalo y emoción cuando fusilaron a su hijo Valentín, un hombre joven, guapo, cristiano practicante, casi un beato, asesinado por Franco. Venancia luchó como una leona para impedir el crimen. Inútilmente. Valen murió como un santo, fusilado en la pared del camposanto de Derio, perdonando a los que le mataban y cantando.

Después de su muerte la madre solo vivió para recordarles a todos, que mataron a un inocente.

Venancia Ealo de Mandaluniz, la madre de mi marido, quedó viuda muy joven con tres hijos: Valentín, el mayor, Carmen, la más pequeña y en medio José.

José era el más difícil; inquieto, pero muy inteligente. Le recibieron en el colegio de los Carmelitas de Larrea para convertirlo en misionero, liberando a Venancia de una gran preocupación. Salió a los 19 años de Larrea siendo un buen futbolista.

El mayor, Valentín, era un niño extraño. Siempre serio, nunca participaba en los juegos con los demás niños. Pronto se supo las causas de su conducta. Tenía el corazón demasiado grande. Una anomalía congénita. Valen era alto, estilizado. Todo en él llamaba la atención, su estatura, su porte distinguido, pero sobre todo su rostro. Unos ojos enormes, oscuros, rodeados de largas pestañas. Nariz aguileña normal. Los dientes un poco largos, caballunos, pero blancos y sanos. Lo más llamativo era su pelo, abundante, moreno, duro y lacio que peinaba con una raya de lado, arriba con dos mechones que cubrían parte de su ancha y blanca frente. Pocas veces sonreía, pero

cuando lo hacía era un regalo luminoso. Sus manos eran tan finas y alargadas y bien cuidadas que merecían ser las manos de un príncipe de la Iglesia.

A los catorce años le recibieron en las oficinas de la Fábrica de La Dinamita de Galdakao como office-boy. Con su pequeño salario ayudaba a su madre y a su hermana. Durante 15 años, con una disciplina superior, consiguió no solo trabajar y estudiar sino subir poco a poco de escalafón, llegando a tener un puesto de responsabilidad en la empresa.

Valentín, pese a su salud precaria, se levantaba todos los días –verano como invierno– a las seis de la mañana, para asistir a la Santa Misa y ayudarle como monaguillo, al cura, en la ermita de La Dinamita. Valen no dejó de comulgar diariamente durante todos los años que permaneció en la Compañía, hasta el día de su encarcelamiento y muerte.

Algo que cuesta creer, aún hoy en día, pensando cómo era la mentalidad de Euzkadi en los años treinta, es que una persona de la calidad humana y cristiana de Valentín, un auténtico hijo de hombre, fuese asesinado en nombre de una llamada cruzada cristiana, de un caudillo insurgente, anticonstitucional.

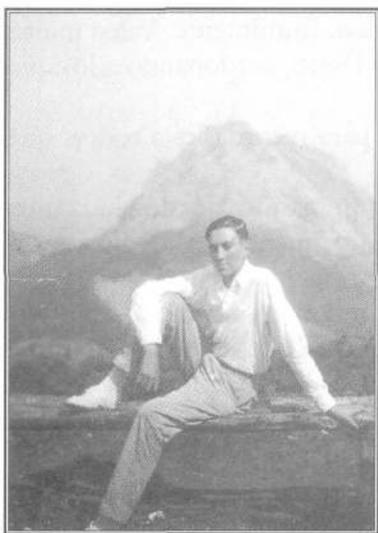
Valen era un genuino autodidacta. Se mandó construir un bello escritorio y una buena biblioteca que procuró llenarla de ediciones ejemplares. Ayudó a su hermana Carmen para que ésta hiciera largos estudios de música y se dedicara luego a enseñar piano y solfeo. Le compró un espléndido piano...

Valen nunca salía de fiestas ni de juergas nocturnas. No supimos que

tuviese novia. Todo su sueldo lo gastaba en ayudar a su madre y a su hermana y en comprar libros y más libros. Todos los clásicos, y diccionarios y enciclopedias... ¡Cuántas colecciones cuidadas con mimo y leídas con atención! Yo creo que se lo leyó prácticamente todo durante su corta vida. Le escribía a Unamuno de quien recibió contestación, por el apellido en común: Jugo.

La pasión que Valen expresaba con más emoción era su patriotismo, su nacionalismo, su identidad auténtica Euzkotarra, colaborando siempre, siempre con el PNV y perfeccionando el Euzkera.

Al declararse la guerra civil del 36 no pudo ingresar en ningún batallón vascos, debido a su corazón enorme y sagrado que no le permitía ningún esfuerzo bélico, y se quedó en la vida civil, colaborando asiduamente con trabajos en el baztoki de Galdakao.



*Valentín Mandaluniz  
Ealo. Mártir y Santo.*

Cuando ya se veía que el fin llegaba y que las tropas nazi-moras de Franco ganaban terreno, invadiendo a Euzkadi, vino Valen a vernos un día a nuestra casa de Sondika. Adoraba a sus tres sobrinos y era padrino de Unai. Le aconsejamos que saliera al exilio, él insistía en que saliéramos nosotros, José y yo.

– “Yo me quedo con ama y Carmen. Como enfermo que soy me han ofrecido cupo en un barco que sale para Francia en estos días, pero me quedo. No he hecho daño a nadie y nada me pasará” es lo último que le oímos decir.

Al de poco tiempo –¿una semana?– los franquista tomaron Galdakao. Valentín fue detenido junto con otros nacionalistas vascos y conducidos a la cárcel de Larrínaga. Parece que el nombrado nuevo alcalde, Ibarretxe, hizo su propia lista de enemigos de España a los que había que castigar ejemplarmente.

Y empezó la pasión y el martirio atroz para él y para su madre y hermana. Nosotros nos enteramos más tarde; José estaba preso en Santoña y yo había salido al exilio con los txikis.

En Larrínaga hubo escenas dramáticas. Valen y Venancia separados por rejas distantes, comunicándose a puro grito y a todo pulmón en medio de un numeroso grupo de presos y familiares quienes, a penas, podían entenderse...

– Ama! Ama! Habla con don Santiago ¡Habla con el alcalde! pero sobre todo habla con don Santiago para que dé testimonio, para que me suelten. Habla con don Santiago. Todos los días llevan a Derio grupos numerosos para fusilarlos! ¡Me van a matar! Ama! me van a matar!... ¡Habla con don Santiago!

Y Venancia, loca, enajenada, como una parca sibila, sin comer ni dormir, tocando a la puerta, llamando al cura párroco de Galdakao. Fue a la mañana, al medio día, en la madrugada, a todas horas, y nunca consiguió ser recibida por el cura... ¡Un sacerdote quien durante años y años le dio la comunión diaria a Valentín!...

Una mañana temprano, el nueve de septiembre de 1937, amaneciendo, le trasladaron a Derio en un autobús, con otros presos. Entre ellos –eran 18– se encontraba una muchacha joven, de 22 años comunista. Ésta lloraba, gemía, agitada por un terror incontrolable, y Valentín se pasó el tiempo del recorrido, desde Bilbao al cementerio de Derio, tratando de consolarla y fortalecerla diciéndole que una contricción sincera, suplicando el perdón de Dios, bastaba para estar dentro de unas horas en el cielo con Él.

Lo que ocurrió en el cementerio fue tan dramático, y fuera de toda razón normal, que todos los que lo presenciaron quedaron fuertemente conmocionados.

Valentín, con su camisa blanca, en medio de aquel grupo de alucinados de dolor, dopados por la naturaleza, Valentín tratando de animarlos cristianamente.

– No tengais miedo. Dentro de unos minutos estaremos todos en el Cielo...

Era tan grande su fe que cundía. Le pidió al fraile que les estaba asistiendo un pedazo de papel y lápiz y, allí mismo, al pie del paredón, apoyado a una pie-

dra lisa del muro agujereado por miles de balazos, escribió lo siguiente con pulso firme y letra clara y segura: “Agur Ama, agur Miren Karmele, agur Joseba eta Polixene, Agur Danori. Donoki arte Agur”. (Adiós madre, adiós Miren Karmele, adiós Joseba y Polixene. A todos adiós. Hasta el cielo. Adiós). Luego, agarrando con las dos manos su rosario y apoyándolo sobre su corazón le dijo al fraile: “Cuando me maten, el Santo Rosario que llevo al cuello, os lo pido que lo empapeis con mi sangre y lo llevéis a mi madre”.

Después, dirigiéndose al pelotón de ejecución, añadió:

—A todos os perdono. A nadie guardo rencor, porque Jesús y Sabin me han enseñado a perdonar y amar. Gora Euzkadi azkatuta!...”.

Sobre la blanca camisa, a la altura de aquel corazón demasiado grande, brotaron de pronto rojos claveles de amor...

Todo lo que sufrió con tanta fe, dignidad y amor, el continuo temor a la muerte en que vivió por la disminución física debido a su enorme corazón, durante toda su corta vida pendiente de un repentino final, le transformaron en aquel momento de verdad en parcela integrante del cuerpo místico de Cristo Jesús.

Este es el misterio de Valentín de Mandaluniz y Ealo, misterio de la muerte de un santo, de un puro de un Justo.

Un día estaba Venancia oyendo misa mayor en la basílica de Begoña y el

cura franquista pronunció un sermón donde justificaba los fusilamientos de anarquistas y rojoseparatistas, bandidos que quieren destruir la iglesia. En medio de la asistencia, petrificada se levanta de pronto Venancia y le grita al cura con voz y temple:

— “¡Eso es mentira! ¡Cristo nunca hubiera bendecido fusilamientos. Vosotros fariseos! ¡Habéis matado a mi hijo que es un santo!”.

Un silencio total, glacial, durante un largo tiempo y sale ella por todo el medio de la nave, sin que nadie le dirija la palabra. ¡Había tanto miedo entonces! ¡Había que tener valor —o desesperación— para hacer lo que esta señora hizo!

Otro día, durante las fiestas de Santa Cruz, que son fiestas de Galdakao, estaba Venancia sentada en el portal del caserío, frente a la carretera, cuando ve que pasa el alcalde Ibarretxe con su esposa y unos amigos, en comitiva. Todos muy elegantes y pomposos, iban hacia la plaza a oír el concierto, cuando les grita, apostrofándoles:



— Venancia Ealo viuda de Mandaluniz y su hija Carmen, víctimas dolorosas del régimen de Franco.

– “¡Ahí vas, todo orgulloso a celebrar la fiesta, pero no quisiera estar en tu lugar. ¡Asesino! ¡Dios te castigará por la muerte de Valen!”.

El alcalde ni la miró siquiera, pero en cuanto llegó al ayuntamiento ordenó a una pareja de la Guardia Civil que fueran a buscarla... Y esa mujer, bella mujer de porte altivo a pesar de los años, caminó escoltada por los dos esbirros, con la cabeza alta, mientras toda la gente en la calle y en la plaza la miraban, asombrados e incrédulos.

El alcalde la mandó encerrar en la “perrera”, o calabozo municipal que tenía una ventanuca, con dos rejas, que daba justo enfrente del kiosko de la plaza donde la orquesta daba unos conciertos populares. A través de las rejas todo el mundo miraba a aquella anciana quien sentada en un banco, hierática e impasible, con las cuentas en las manos, rezaba el santo rosario.

Al anoecer mandó el alcalde que la soltaran.

¡Cuesta creer que estas cosas ocurrieron hace poco y que las ejecutaron en nombre de una cruzada cristiana en contra de los propios cristianos!

Otro hecho de tragedia griega y guión para una película es cuando supo Venancia que el alcalde de Sondika pensaba detenerle a su otro hijo, a José, y se presentó una noche de tormenta y borrasca frente a su casa amenazándole con voz de parca sibila... Su alta figura perfilada por los rayos, el moño desecho y el pelo caído hasta la cintura debían de ser impresionantes. Pero esto no impresionó al tío Aureliano quien telefoneó a la siniestra Guardia Civil para que la detuvieran. Pero la “siniestra” se mostró más compasiva y condujo a la viuda de Mandaluniz, Venancia Ealo, a casa de Trabudua, mi padre.

Venancia llegó a Biarritz después de un segundo intento. La primera vez pasó la muga y se presentó a la policía francesa, que la detuvo y entregó a la Guardia Civil. Éstos la llevaron a San Sebastián, donde estuvo presa una semana. Al salir en libertad, emprendió el mismo camino que la primera vez. Aquella mujer alta, de porte distinguido, vestida de negro, con moño vasco en la nuca, y las sienas blancas, bien sujetas con dos peinetas, llevando siempre en la mano un rosario y un ramito de flores o hierbas salvajes, era lo más opuesto que se podía suponer a un mugalari. Consiguió pasar todos los controles, de vecina de pueblo. Lo único que hizo, en la parte ocupada por Francia, fue rodear las garitas de frontera, y así, a monte traviesa, sin acercarse para nada a las viviendas, durmiendo algunas horas entre helechos, llegó tranquilamente a nuestra casa de Biarritz. ¡Incréible!

Pasamos una primavera y un verano, en el sentido material, formidables. Saliendo de casa, a la derecha, teníamos el empinado y escarpado acantilado. ¡”La Falaise des Basques”! ¡La “Chambre d’Amour”! Por caminitos, formando eses, podíamos bajar hasta la orilla del mar.

Todo el terreno sobre la “Falaise” estaba lleno de flores, arbustos y bancos donde sentarse para contemplar el horizonte. Éste era, y supongo que seguirá

siendo, uno de los rincones más bellos... Y si queríamos playa, allí abajo estaba la más bella y brava del Cantábrico.

Pero por otro lado la estabilidad política era precaria. Las tropas alemanas avanzaban hacia el Sud-Oeste aceleradamente; ya habían ocupado todo el norte y París... Los rumores eran escalofriantes. ¿Qué hacer? ¿A dónde ir?... En España, condenados a muerte... Y no teníamos el dinero que se necesitaba para embarcar en Marsella hacia América, como lo hicieron muchos afortunados exiliados y refugiados. Así pues, no teníamos más remedio que quedarnos en Europa. Era la Europa del III Reich, de los que habían bombardeado Durango y Gernika.

Somos testigos de este acontecimiento histórico. Nunca olvidaremos.



## *Capítulo VI*

---

# *La Francia Ocupada*

---

## Ocupación alemana

**E**n los últimos días, antes de la ocupación, habíamos sido bombardeados por miles de historias macabras sobre la conducta de los nazis por los pueblos que pasaban... Y un día, vimos llegar del norte, por la avenida principal de Biarritz, aquellas enormes motos cabalgadas por hombres bien plantados, y mejor vestidos con sus trajes de cuero negro y sus cascos, llenos de insignias. Yo creo que antes de entrar en una ciudad ya derrotada, el Alto Mando preparaba a sus tropas como se preparan las comparsas en un desfile importante. ¡No podía ser! ¡Aquellos muchachos rubios tan majos! Eran casi todos rubios y bellos. ¡No podían ser los monstruos que nos decían!

Además, cuando llegaron frente al Ayuntamiento y bajaron de sus máquinas, repartían no sólo las más encantadoras de las sonrisas sino caramelos a los pocos niños que se acercaban a verlos con curiosidad.

La noche fue tranquila, en apariencia; a la mañana siguiente no se notaba nada anormal en la calle. Yo, muerta de curiosidad, decidí ir a la barbería para que arreglaran las cabelleras de los niños. El viejo barbero, andaluz, que llevaba años instalado ahí, siempre lo sabía todo.

Entro en la barbería-peluquería. Estaba vacía como suponía... No tan vacía. El andaluz le estaba afeitando a un hombre totalmente cubierto por la sábana blanca, que entonces se usaba en las barberías. Sólo se veía la cabeza de un joven. Y yo, con mi nerviosismo y mi manera de ser, extremadamente exuberante, empecé a hablar sola:

– ¡Qué tiempos! ¡Qué barbaridad! ¡Qué harán con los refugiados?... dicen que son unos bárbaros, unos bestias...”

Y así, sin parar, despotricando contra los “boches”. Era tal mi excitación que no me fijé en la cara, muerto de miedo, que tenía el andaluz quien, cosa rara, no decía ni “mú”.

Estando en esto cuando de repente va el andaluz y le quita la sábana blanca a su cliente. Este se pone lentamente en pie y aparece un enorme, muy bello y muy rubio alemán con su impecable uniforme de oficial S.S. Sonriendo, con una encantadora sonrisa condescendiente. Se sentó en una silla y sacó unos caramelos del bolsillo. Sentó a cada uno de los muchachos sobre sus rodillas y cuando se fijó en la curiosidad de Joseba por la pistola, se la prestó, afirmando que estaba descargada. Luego nos lanzó un discurso en un francés medio chapurreado que apenas enten-

díamos, sobre los méritos y virtudes de Hitler y lo que haría por la humanidad entera. Salió, imponente y marcial, saludándonos dando un fuerte taconazo. El barbero y yo nos quedamos paralizados de terror.

Esa misma noche, después de acostar a los niños, José y yo decidimos salir un poco a la “falaise” para descargar la ansiedad. Todo parecía tranquilo. Al dar la vuelta a la calle vimos que en la puerta de un hermoso palacete, diagonal a nuestra casa, había un centinela alemán, con su gruesa cadena de hierro en el pecho –símbolo de servicio– que se paseaba de un lado a otro con el fusil al hombro. Teníamos que pasar por la acera de enfrente sin dar la impresión de rehuirlo. De repente el soldado se para, mirando hacia nosotros, pega un enorme taconazo tan característico, y levantando la mano derecha, nos hace un saludo militar. Nos quedamos helados. Era el soldado de la barbería, quien había escuchado todas las barbaridades que dije de Hitler. Nos volvimos a casa. Y, ¿ahora qué?...

No podíamos hacer nada. Ahora sabía dónde vivíamos. ¡Qué Dios nos ayude!... ¡Qué días pasamos pensando en que podíamos ser detenidos de un momento a otro!

Pasaron varios días y ¡nada! Teníamos la costumbre de estar junto a la ventana, yo cosiendo y José leyendo. En el paseo hacia la playa, veíamos a muchos amigos que se detenían un momento a charlar con nosotros. Una mañana vi al alemán que se paró junto a la ventana y me saluda con toda cordialidad y me regala para los niños un espléndido paquete de chocolates. Yo me sentía muy incómoda. Para los vecinos franceses era una afrenta a su patria el que nosotros “extranjeros” cordializásemos con el ocupante; y por otra parte éste nos daba mucho miedo.

Pero no fue sólo ese día, sino que volvió varias veces más, frente a la ventana, siempre muy correcto y con regalos para los niños. Un día aparece con un paquete grande y después del saludo oficial me dice con cierta timidez:

“Madame, excusez moi, mais j’ai une proposition très gráve a vous faire...”.

¡Dios mío, que susto! ¡Por poco me pincho! Tendría que despedirlo con energía y palabras fuertes. Pero él abre de pronto el paquete y me muestra tres calzoncillos blancos de algodón, de los que llegaban hasta las rodillas, y me explica que los había comprado esta misma mañana y que necesitaba que le cosiera dos pliegues en la cintura pues le quedaban anchísimos.

Se los hice con mucho gusto a máquina. Volvió otro día más con sus chokolinas y luego desapareció. Un alemán correcto. Seguramente tendría en Alemania hijos pequeños. La lengua nos impidió entendernos mejor.

Pasamos un verano bueno, a pesar de la ocupación y de los rumores alarmantes para todos los gustos. También se decía que los alemanes entrarían en Espa-

ña y que Eugenio Gohienetche sería gobernador de Euzkadi. De Gaulle pasó a Inglaterra y la resistencia francesa empezó a hacerse sentir.

... Los “mugalaris” trabajaban todas las noches salvando vidas humanas. Florentino Goikoetxea era ya una leyenda. Se cuentan de él cosas extraordinarias. Las redes vascas de pases clandestinos fueron muy eficientes.

## *De nuevo en Rouen*

**V**olvimos toda la familia a Rouen, menos Eguzkitxu que seguía en Suiza. Ignacio Leizaola había decidido volver a Bilbao con su familia. Juanita no soportaba más la ocupación alemana. Nos traspasaron la casa donde habíamos vivido aquella bella etapa de solidaridad. Pero qué diferencia aquella casa sin calefacción. Era algo insoportable. El carbón que Iñaki conseguía, se acabó, y no había ninguna posibilidad de conseguir más. Para colmo, ese año fue lo que llamaron “el invierno del siglo”. El Sena se heló con tal grosor de hielo que se podía atravesar caminando.

Nuestra casa de cemento armado con su espléndido refugio antiaéreo rezumaba humedad por todas las paredes. Después de unos días de lluvia, que derretió la nieve acumulada en el tejado de la platabanda, empezaron los techos a gotear por todas partes. Nuestra habitación matrimonial era la más húmeda. Muchas noches abríamos los paraguas, colgándolos de la lámpara, para no mojarnos. Aguantábamos el frío a golpe de ropa, jerseys sobre jerseys. Todo el tiempo vestidos como si estuviéramos en la calle.

De comida andábamos bien, pues José, además de seguir jugando al fútbol, trabajaba de diletante en el negocio de un tal Pons, español-catalán, que comerciaba en víveres al por mayor, hasta con los alemanes. Pons fue una familia que nos ayudó mucho, facilitándonos productos.

Nada más llegar de Biarritz me ocurrió un curioso caso. Me operaron de emergencia de apendicitis. Buena clínica, buen cirujano. Todo gratis a cuenta del Rouen Club. Pero tuve que permanecer hospitalizada durante una semana. La leche se había secado de mis pechos. Naya se acostumbró al biberón. Pero al salir del hospital y llegar a casa y apretar en mis brazos a Nayatxu, instintivamente le ofrecí mi reseco pecho... ¡Y qué alegría!, la leche materna volvió a brotar y Naya pudo disfrutar unos meses más. El cirujano estaba asombrado.

El recuerdo del terrible invierno que sufrimos y el peligro de una invasión aliada conflictiva nos decidieron a mandarles a Naya y Unai, con amama Venancia, a Sondika, a casa de Trabudua, mi padre.

Recuerdo en la estación del tren, en la ventanilla la abuela con Naya en brazos y Unai muy asustado abriendo sus grandes ojos negros.

Aita, Joseba y yo, en el andén, despidiéndoles con tristeza y contento pues el abuelo, mi padre, les esperaba en Irun y se alejaban del peligro. Estarían bien

cuidados, y para nosotros, quedarnos sólo con Joseba, facilitaba las cosas. Dejaríamos la casa-colador. Un socio del Club nos alquilaba una habitación con derecho a cocina en su propia vivienda.

Una imagen quedó grabada que me atormentó durante mucho tiempo: Nayatxu, pequeña criatura en brazos de su abuela, llorando de forma desconsolada, nada corriente en ella, gritando, y su pequeña boca formaba un círculo alargado extraño, mientras el tren se alejaba, como si presintiera que pasaría mucho tiempo antes de volver a vernos.

En la misma avenida que iba al Stadium de Rouen vivimos un año con aquellos socios del Club. El matrimonio era la expresión máxima del ahorro. Rayaba en avaricia. Yo siempre he sido derrochadora. Con ellos aprendí que en un hogar bien organizado nada se pierde. Además de los sabrosos platos que se hacían con lo que sobraba de la víspera, había dos recipientes para la basura. La orgánica, con la que se hacía abono para el jardín, y la otra que se mezclaba con el carbón para la cocina.

Y quedé embarazada de nuevo. Yo lo acepté bastante bien, aunque los primeros días de las “faltas” tomé unos baños calientes con mostaza. Pero, ¡nada! ¡Maite estaba bien decidida a vivir!

Aita estaba desesperado. Era normal, viendo lo que estábamos viviendo. Cada noche la voz ocupante repetía:

– “... Porque Inglaterra así como Cartago será destruida!...”.

¿Y qué haría Inglaterra con nosotros, viviendo sólo a unos kilómetros de sus costas? Las tropas alemanas ocupaban toda la ciudad; los sectores civiles y militares se confundían. Los aviones ingleses nos causaban mucho miedo, pero los norteamericanos terror. Y aprendimos a distinguirlos por el sonido y sobre todo por la enorme altura a la que volaban. Los americanos no se arriesgaban mucho. Volaban a alturas inalcanzables para los cañones antiaéreos. Los ingleses se arriesgaban volando más bajo.

Al cabo de unos meses, el Club nos consiguió una casa agradable, de ladrillo, estilo británico, con jardincillo frontal, en la ribera izquierda del Sena, enfrente del Jardín de Plantas. Éste era un parque enorme y bellissimo, lleno de grandes árboles y de toda clase de plantas, con un gran estanque lleno de patos, y creo, no estoy segura, de cisnes. Tenía kiosko para conciertos y un local para representaciones teatrales. Un lugar encantador para pasar el día. Justo al lado de casa.

La casa estaba amueblada pero se veía bastante abandonada, sobre todo el jardín. Todas las plantas, flores y césped se habían secado. Nosotros tampoco plantamos nada. ¡No eran tiempos para plantar flores! La casa tenía tres pisos estrechos y un camarote o ático. En la planta baja un vestíbulo pasillo, un comedor, una enorme cocina bien equipada, y al fondo la “buhanderie”, una habitación acristalada para hervir y lavar la ropa. Asimismo un secadero y un depósito de víveres, y el huertito clásico, para las coliflores, y al fondo, un muro muy alto, que nos separaba de una lujosa mansión requisada por los alemanes.

Teníamos, guardado como un tesoro, un montón de leña en la bodega para cuando naciera Maite. Nos calentábamos con una cocina de carbón-carbón que daban racionado- y en la cama con muchas mantas de lana así como llevando ladrillos calientes.

Joseba y Unai iban a un parvulario cercano, muy bueno. Hay que decir

que Unai volvió de Sondika en cuanto conseguimos la casa. A Naya no quisieron dejarla venir. Y aquí tengo que hacer una marcha atrás para contar algo que tuvo gran importancia en la vida de Unai y Naya.



———— José y Polixene, casa de Ronen en 1942

## El “rapto” de Unai y Naya

**D**espués de regresar de Rouen y dejar los niños con mi padre, un día, Venancia con su hija Carmen, fueron de visita a Sondika. En Sondika vivía Anita –la “tía” Anita– que se había casado con Prudencio, mi padre y tenían una hija pequeña llamada M.<sup>a</sup> Angeles, dos años mayor que Naya. No supe nunca el motivo por el que la abuela Venancia decidió un día raptar a los dos pequeños míos sin que nadie se enterara, y llevarlos al caserío de Galdakao. Esta era una hermosa casona propiedad de las hermanas Ealo, que Petra, la mayor y madre del famoso futbolista Otxu Iraragorri, se hizo dueña llevándole al viejo padre a Bilbao, donde el notario, a “hacer escrituras”. Venancia se quedó sin nada. Todo lo solucionaba clamando justicia mayor y poniéndole velas a la Dolorosa. La otra hermana, Maripa, casada con un alavés llamado Zárate, y éste consiguió adjudicarse un pequeño terreno, dicen que amenazándole a Petra con un cuchillo. En este terreno construyó Maripa una casa para su familia.

Dada la situación dramática de los vencidos de la Guerra Civil, lo normal hubiera sido que Petra ofreciera alojamiento a su hermana Venancia y a su sobrina Carmen, ya que vivía sola con su hijo Otxu, y las otras habían perdido sus bienes y propiedades. Pero no fue así. Venancia se tuvo que instalar, forzando la puerta, en la cuadra del caserío, que estaba en la planta baja; a un nivel más bajo que la carretera y unida a ésta por un plano inclinado.

Aquí, con la ayuda de una vecina, construyeron en un ángulo una especie de habitación-chamizo de madera de pioneros. No sé cómo consiguió algunos muebles, los imprescindibles; y así se instalaron y vivieron un tiempo. ¡Demasiado tiempo!

Aitita Pruden fue inmediatamente a buscar a los dos nietos con un coche, pero ¡nada! En cuanto le vieron llegar las dos mujeres se encerraron con los dos niños y no hubo razón para que los devolvieran a Sondika.

He reflexionado mucho y consultado sobre este hecho tan doloroso y que habrá marcado profundamente alguna estructura psíquica de mis hijos.

Venancia sufrió mucho. Persecución, crueldades e injusticias tremendas, fusilamiento del hijo Valen –mártir inocente de Euzkadi–, el otro acorralado por la jauría fascista... Venancia perdió su casa y su hogar, y mucho más... Pero la actitud de ella siempre me pareció algo espectacular. Era de un exhibicionismo permanente de su drama personal. Si entraba en una Iglesia se ponía en mitad de la nave, en lugar

de relevancia, o frente a un altar señalado, de rodillas, con los brazos abiertos en cruz, la cabeza enmantillada, el rosario en la mano... muy faraónica. Todo el mundo la miraba.

Cuando llegaron a Sondika, a Naya le compraron un cochecito muy bonito con sus sabanitas blancas bordadas; pues Venancia, al raptarlos, se llevó también el coche a Galdakao. Sacó las sabanitas y el colchón y llenó el cochecito de verduras y frutas que alguien le suministraba para vender; y cargando en brazos a Naya y Unai agarrado del asidero del coche, Venancia recorría las calles del pueblo, pero sobre todo el barrio de los vencedores, desafiante.

Una amiga que les conocía llegó a Francia, y mientras me contaba todo esto, llorábamos las dos.

“¡Tus hijos Polixene, tus hijos! ¡En ese estado! ¡Miserables, sucios, llenos de piojos y exhibidos de esa forma! ¡Qué tristeza!”.

Para entonces ya mi padre resolvió el problema de la única forma que pudo. Con una orden judicial y la presencia de la Guardia Civil. Al poco tiempo de recuperarlos, aitita consiguió un amigo, policía franquista, quien “subía” a París en misión política y nos trajo a Unai. José fue hasta París a buscarle y lo trajo a nuestra casa de Rouen. Lo que más recuerdo de este reencuentro era el movimiento de balanceo de derecha a izquierda que Unai hacía con su cabeza, como muestra de gran emoción y alegría.

## Nace Maitetxu

**Y**al de poco tiempo nos avisa el amigo Pons que tenía que hacer un viaje a Suiza y que podía traernos a Eguzkitxu. Reunimos la fuerte cantidad que le debíamos a Madame Haering por la pensión. José acababa de cobrar un contrato de fútbol fabuloso y llevó a París el dinero. Al cabo de una semana, Eguzki estaba en París. Por casualidad nos enteramos que dos señoras de San Juan de Luz viajarían a Rouen por negocios. Nos pusimos de acuerdo por teléfono en que ellas traerían a Eguzkitxu de París a Rouen. También nos pusimos de acuerdo en que el encuentro con nuestra hijita, a la que no veíamos desde hace tres años, se efectuaría de la siguiente manera. Nosotros nos sentaríamos en un banco, cerca del kiosko, en el Jardín de Plantas. Recuerdo que yo me puse a tricotar y las dos señoras conocidas debían de pasar con Eguzki por delante nuestro, sin dirigirnos la palabra. Ellas eran las dueñas de las tiendas de gabardinas, impermeables y paraguas más famosas de Iparralde, la “Casa Sebas”, que aún existe. Pasaron una vez y ¡nada! Eguzkitxu apenas nos lanzó una mirada indiferente. En la segunda vuelta se encaramó sobre un banco que estaba vacío, junto al nuestro, y dio un gran salto asustándoles a las de Sebas. Yo no aguanté más y le grité:

– “¡Eguzkitxu!... Ni naiz, zure amatxu!”.

Ella se mostró sorprendida ante tanto beso y tanto abrazo, y poco a poco nos fue reconociendo y recordando.

Vivimos unos días de gran felicidad, aunque siempre con la angustia de los bombardeos.

Siguiendo la tradición de los caseríos que aconseja a la mujer que va a parir, tomar caldo de gallina frecuentemente, José consiguió una hermosa gallina blanca. La teníamos suelta en el patio trasero de la casa. Pero un día saltó el alto muro que nos separaba de la lujosa mansión ocupada por los alemanes. José decretó:

– ...“Ni se te ocurra ir a reclamarla. Démosla por perdida”.

Pero yo, en un momento en que se ausentó de casa, dando la vuelta a la manzana, me presenté en la puerta principal. Un centinela, con su gran cadena plateada y su cruz de hierro, hacía los cien pasos. En cuanto me vio con mi enorme barriga me hizo pasar a un salón elegante donde se hallaban sentadas dos mujeres esperando en estado interesante. Al rato vino un oficial alemán invitándome a pasar al despacho del gran oficial. Tras una lujosa mesa Imperio, con lámpara de bronce, verde, estaba sentado un elegante militar con ese aire frío profesional que aumenta-

ba con un monóculo en su ojo diestro. No se levantó, ni me saludó; con una mirada me invitó a hablar, preguntándome qué quería. Hablaba muy mal el francés y yo, con mi nerviosismo –pensando en lo que diría José– le lancé un rollo embrollado, sobre una gallina que se me había escapado saltando el muro divisorio. De pronto el alemán se rió, creyendo que me había comprendido, y me dice:

– “¡Ya! ¡Ya! Madame. “MiauuMiauu” fuuutz... parti!... ¿ya?”.

¡Creía que lo que le reclamaba era un gato! Y yo, moviendo entonces mis brazos abiertos, como si volara, le respondí:

– “No, no. “Miauu-Miauu”, no...! “Clo, clo-clo”! ¿Ya?”.

Se echó a reír de nuevo, dio una orden a su ayudante y me invitó a sentarme. Al cabo de un rato, relativamente corto, volvió el ordenanza con la gallina blanca. Les di las gracias y me vine a casa.

Más tarde supimos por unos amigos que el despacho donde me presenté era una oficina donde las mujeres que habían tenido algún problema (bien por seducción, promesas de matrimonio o violación) con soldados alemanes, podían acudir allí a presentar la queja, el reclamo y la denuncia; y parece ser que eran atendidas con justicia... para que los descendientes de las Super Raza Aria, aunque bastardos, fueran bien cuidados, protegidos y educados.

Dos días después, vino a visitarnos Boudet, el guardameta del equipo de fútbol del Rouen. Se rió mucho con la historia de la gallina. De repente sonó la sirena de alarma. El alto portero se levantó alarmado, diciendo:

– “Me voy a casa pues mi esposa se muere de miedo con estos sirenazos. Y además nuestra casa es más segura...”.

Su casa estaba a unas cuatro manzanas de la nuestra. Fue un bombardeo corto, sólo un avión. El gallardo guardameta Bourdet y su esposa quedaron enterrados, sepultados bajo los escombros de su “segura casa”... Y nosotros vivos, aunque muertos de miedo y de angustia. Esto ocurrió cuatro días antes del nacimiento de Maite.

Cuando sentí que comenzaban los dolores mandé a los tres hijos a casa de una vecina, gallega, mujer bella, simpática y servicial, que vivía con un asturiano que resultó ser confidente de los alemanes.

José encendió un buen fuego de leña en la chimenea de mármol que había en la habitación. ¡Gracias a Dios que tuvo la prudencia de hacerla limpiar antes, pues si no hubiera dado fuego a la casa con tanta leña que puso! Fuera, desde la ventana veíamos la nieve que caía cubriendo el jardín. Los troncos de árboles y las ramas secas parecían esculturas alegóricas alucinantes. Había tanta nieve que era difícil caminar, y como seguía nevando y nevando, al no endurecerse el suelo, los pies se hundían hasta los tobillos.

Llamamos a la comadrona que me había controlado y que vivía cerca de casa. Llegó vestida de “sport-d’hiver”, con un modelo de alta costura, para la mon-

taña, y vino esquiando, naturalmente. Cuando vi la cara de admiración de José, sentí celos y rabia, porque además era una espléndida rubia de unos 25 a 30 años.

Fue un parto feliz y relativamente corto. Pudo haber influido la gimnasia y las caminatas que hacíamos con los sirenazos de alarma. A las cinco de la tarde ya había nacido nuestra Maitetxu, 3,700 gramos de encarnación. Un 19 de febrero de 1942, en Rouen, Ducado de Normandíe.

José la colocó en un cesto grande, de viaje, al que le quité la tapa y adorné con unas puntillas blancas al reborde. Todos los demás habían tenido sus clásicos y ridículos “moisés”, azules, siempre los hice azules, con sus puntillas almidonadas y encañonadas. ¡Qué trabajo!

Y Maitetxu que ha sido siempre la luz, la alegría y el tesoro más grande de la familia, sólo ha tenido por cuna un cesto de mimbres de viaje, como Moisés... José fue a buscarles a Eguzki, Joseba y Unai, y llenos de alegría, todos besaron a la nueva hermanita y se la querían comer.

Sólo nos faltaba Nayatxu para estar completos los siete. Aita la retenía en Sondika por razones de acomodo.

Se acabó la leña pero mejoró el tiempo.

## *El bautizo de Maite*

**J**osé viajaba a menudo a París, por el fútbol, donde tenía muchos amigos. En París había una colonia numerosa. Todos buscaban a José, pues en Rouen era más fácil conseguir comida, y venían a menudo a nuestra casa de Rouen. Sobre todo recuerdo, de éstos, a un famoso dentista que tenía una clientela de grandes artistas, como Jean Marais y Jean Cocteau, y el AgaKhan, etc., llamado el Dr. Lemoine. Este viajaba semanalmente a Rouen. Regaló a Maite una esclava de oro.

Y se organizó para Maite el bautizo más increíble. La coral “Eresoinka” acababa recientemente de disolverse pero todos sus componentes se seguían reuniendo en “Euskal Etxea” organizado por Paul Legarralde, y todos, de común acuerdo decidieron que vendrían al bautizo; tanto más cuando supieron que un millonario excéntrico, comerciante en vinos, era el padrino y pagaba el ágape, en el más elegante hotel gótico junto a la Catedral, frente al Sena.

Así fue. Escogimos a un padrino que era español, levantino, fanático del fútbol y multimillonario, y a su esposa, una señora muy clueca a quien denominábamos “la gallina” por su forma picuda de nariz y boca y por la papada. Poco interesantes, pero procuraban garrafrones de vino a todos nuestros amigos de París.

¡Y se armó la gorda!

Más de ciento cincuenta personas en el hotel más elegante de Rouen. Comida excepcional, “et introuvable” más que para los alemanes y colaboradores. Pero sobre todo aquella coral (casi todos componentes del “Eresoinka”, entre los que se encontraba Luis Mariano) cantando con recias y cristalinas voces nuestras hermosas canciones en euskera. Los alemanes y los franceses, alrededor de las largas mesas escuchaban embelesados... ¡Qué orgullosos nos sentíamos de ser vascos!

¡Y así toda la tarde!... Yo estaba exhausta. José consiguió un coche y me llevó a casa con los txikis. El se volvió a la fiesta, hasta las nueve de la noche que era la hora en que salía el tren para París y se llevaría a tantos vascos “alegres” que iban cantando por las calles, camino de la estación.

A las ocho, estaba yo acostando a los niños cuando sonó la sirena, la sirena siniestra que aún después de tantos años me estremece cuando la oigo, aunque sea la de un barco. Y yo sola en la casa con los cuatro niños. José en el centro de la ciu-

dad, al otro lado del puente... Y faltaban apenas unos minutos para el cubrefuego –que era inexorable–. ¡Qué momentos Dios mío!... esperando de un momento a otro que cayera una bomba. Después de tanto canto, de tanta risa, de tanta alegría ahora aquella agonía... José llegó a tiempo a casa, antes del cubre-fuego. Los aviones aliados se fueron sin bombardear y nos dormimos rendidos. ¡Cómo se acostumbra el cuerpo humano a las mayores torturas!

## Bombardeo de Rouen

**Y** la vida continuaba. Los niños iban al parvulario. José jugaba al fútbol y se entrenaba. A las tardes, a menudo, salíamos a pasear al Jardín de Plantas.

Conseguí una empleada que solía venir por las tardes a acompañarme en las labores y sobre todo para yo poder salir con José, de vez en cuando. Nos gustaba mucho el “Grand-Café”, junto al Sena, en la Ribera derecha, con grandes galerías acristaladas, donde se reunían oficiales alemanes, de vitrina. En la sala se celebraban espectáculos de variedades de bastante buena calidad. A José y a mí nos gustaba ir de



Rouen. Bombardeo. La catedral al fondo.

vez en cuando, acompañados de un matrimonio amigo, Cándido Rodríguez y su esposa Charito; él un andaluz graciosísimo, masajista del equipo de fútbol. Republicanos.

Esa tarde, era una de esas tardes en que estábamos merendando en el “Grand Café”, eran las tres de la tarde y sonó la sirena. Corrimos todos a los refugios. En la confusión general, perdí a José y me encontré sola, con la pareja andaluza.

Después de un tiempo, que nos pareció una eternidad, salimos del refugio a la luz. Brillaba el sol. Todo lo que habíamos visto antes de entrar al refugio había desaparecido. Todo amontonado... escombros humeantes... Sólo la catedral emergía intacta en medio de aquel espectáculo que nos parecía que era una alucinación.

Imposible caminar. El humo nos ahogaba. Todo eran alaridos y sirenas de la ambulancias. Es imposible imaginarse lo que se siente ante una catástrofe semejante. No hay palabras para expresarlo.

Mi principal preocupación era encontrar a José; luego buscar un paso por el puente para volver a casa, donde mis hijos. ¿Estarían vivos?, o ¿ardiendo bajo los escombros, como los miles de muertos a nuestro lado?...

El barrio judío, alrededor de la Catedral, había desaparecido. Del “Grand Café”, donde habíamos estado poco antes, ¡nada!, ¡no quedaba nada!...

Cuando encontré a José, agarrados de la mano, corriendo, pasamos el puente que seguía intacto, haciendo equilibrios con la gente que corría en sentido contrario... Los coches de bomberos, particulares y ambulancias querían acercarse al centro. Llegamos a nuestra casa y encontramos a nuestros hijos sanos y salvos, y no tan asustados como pensábamos, ignorando que a 500 metros, un asilo había sido destruido por una bomba y habían muerto catorce ancianos.

Pero a pesar de esto, se sigue viviendo, comiendo y durmiendo... Me acuerdo de una expresión que solía repetir mi madre:

– “¡Que Dios no nos castigue con todo lo que el cuerpo humano puede resistir de dolor!”.

Vivíamos pendientes de la radio. Todo eran rumores. Los acontecimientos se precipitaban. Un desembarco importante, cerca de las costas de Rouen, había fracasado. Sabíamos que los aliados continuarían.

Decidimos recoger lo más imprescindible para irnos a París. Caminando nos fuimos de casa a la estación del ferrocarril. Allí todo era desorganización, carreras y locura. En el primer andén había un larguísimo tren, con vagones que se perdían de vista, y una locomotora. Alguien nos dijo que sí, que ese tren tenía destino París... que ¿cuándo saldría? Eso no lo sabía nadie, ni si es que saldría. Poco a poco fue llegando más gente y aunque los vagones no estaban llenos, había mucha tensión.

Pasamos toda la tarde metidos en un compartimiento de segunda clase y sin billetes. Las taquillas estaban cerradas. En esto, poco a poco fue entrando un tren por el segundo andén y se colocó paralelamente al nuestro, con el andén por medio. A pesar de que deberíamos de estar inmunizados de tanto horror, el impacto que nos causaron los viajeros de dicho tren –tren que por poco le cuesta la vida a Mandaluniz– fue enorme. Eran los prisioneros de guerra de la batalla que se celebró la noche anterior y que los aliados perdieron. Aquellos hombres, americanos e ingleses, con las caras pintadas de negro, vendados, mal vendados, las cabezas, el busto, los brazos, el blanco de la gasa manchada de sangre se mezclaba con el negro humo y hollín, producían la impresión de un infierno desconocido.

Nosotros, y otros viajeros, queríamos demostrarles a estos hombres nuestro cariño y admiración, con gestos de simpatía, pero los centinelas plantados en todas las puertas, con sus caras de verdugos góticos, nos impedían toda comunicación. Pero los ojos, las miradas de cordialidad de unos y otros eran tan elocuentes que hasta el más tonto se daba cuenta. Un soldado aliado, con la cabeza vendada, nos pidió por señas, cigarrillos; mi marido, tomando de mi bolso una cajetilla entera, bajó del tren e iba a entregársela, cuando de repente se oyó el martillazo de la ametralladora que se prepara y el centinela alemán, apuntando a mi marido, soltó una sarta de órdenes e insultos de los que únicamente entendimos “Verboten!.Verboten!”. Todos los del tren creíamos que le iba a disparar.

Más blanco que un payaso, José subió de nuevo junto a nosotros, y no tuvimos más valor para dirigirles miradas de admiración a los valientes soldados que habían atravesado la Mancha y el Atlántico para liberarnos.

## *En París*

**P**or fin el tren salió con dirección París. De noche. Nos deteníamos a menudo, a veces durante mucho tiempo. Llegamos en la madrugada a Saint-Lazare. Ya teníamos pensado a donde ir. Cerca de la Delegación de Euzkadi, en la avenue Marceau, había una pensión vasca un poco especial.

Un guipuzkoano espabilado, tuvo la buena idea de encontrar un apartamento, grande, y pedirle al Gobierno Vasco, en exilio, se lo amueblase completamente con cierto acomodo para que, a un precio justo –sin afán de lucro– se pudiese albergar, durante períodos cortos a todos los vascos que llegaban a París exiliados. El tal Pascual vivía con una guapa rubia que después de muchos años se casó con ella, porque era una buena cocinera.

Cuando tocamos la puerta de la pensión nunca pudimos imaginar cual sería su respuesta a nuestra petición de asilo (pagado). Primero nos dijo que no tenía sitio, luego, cuando no pudo comprobar cuántas personas vivían, nos dijo claramente que no, porque ni él ni su mujer, soportaban a los niños pequeños. Ni las súplicas de José, ni mis lágrimas, ni el recuento de nuestros sufrimientos sirvieron para nada.

Bajamos las escaleras destrozados y nos sentamos en un banco de la avenida, con los niños y las maletas. Contemplando el edificio de piedra, de repente tuve una inspiración. La Delegación de Euzkadi estaba a doscientos metros pero ocupada por los españoles. Cerca estaba la oficina que ocupaban los componentes del Gobierno Vasco que aún quedaban, en la calle “Quentin Bauchart”.

– “José, quédate aquí con los niños. Yo voy a hablar con José Antonio Aguirre”.

Y corrí. Nada más entrar en el portal, veo que baja por las escaleras un hombre elegante que se me hace conocido. Es Agustín Alberro Pikabea, encargado de Finanzas del Gobierno de Euzkadi. Mi cara debía de inspirar compasión. Se acerca y me pregunta. “¿Qué le pasa?”, y yo, llorando y moqueando le expliqué lo que acababa de pasarnos, y le dije quién era.

Me agarró del brazo, salimos a la calle, paró un taxi que mandó aparcar cerca del banco donde estaba José con los niños y las maletas, subimos todos y dio una dirección al chófer.

– “¡Os llevo a casa!”.

Y seguidamente soltó una sarta de imprecaciones por el acto egoísta de Pascual. Y así, sencillamente, nos instalamos en el famoso “8 rue Massenet”, en casa

de una familia numerosa, cuyos miembros tuvieron que hacer movimientos de cuartos, camas y colchones en el suelo, para alojarnos.

¡Qué a gusto me sentía yo en aquella casa tan agradable, con aquella familia tan excepcional! Pepita, la esposa de Agustín, cocinaba con maestría y no permitía que nadie entrara en la cocina. En el comedor, clásico, de muebles tallados de roble, nos reuníamos continuamente. Los cubiertos de plata, la mesa siempre bien puesta, aunque la comida era sencilla, dadas las circunstancias. Al empezar, siempre la bendición. Y la conversación siempre de altura. Yo me sentía tan feliz que no me daba cuenta, durante mucho tiempo, de lo egoísta que era mi actitud. Como José iba de vez en cuando a Rouen y traía comida que en París no se conseguía, yo creía que con eso compensábamos la molestia que producían los cuatro niños. Ni cuando Pepita me decía:

– “Polixene, vamos a salir a pasear por el barrio, para ver si conseguimos un piso libre...”.

Me imagino, ahora, los deseos que debía de tener de estar en familia, como es natural.



*Xabier Landaburu y Agustín Alberro.*

Cerca de casa, en la rue Passy, vivía, –exiliado también– un médico de Donosti, especialista de los pulmones, el doctor Iparraguirre, casado con una peruana muy especial. El piso lo había amueblado el Gobierno Vasco con muebles de un castillo que éste había comprado –o alquilado–, en las afueras de París. Tenía un comedor, con incrustaciones de cobre y nácar, que era una preciosidad. La mesa redonda, enorme y unas sillas de respaldos finamente labrados. El resto de los muebles del apartamento era pura chapuza, comprados en el Mercado de las Pulgas, en Clichy. ¡Comedor de príncipes renacentistas, y camastros de hierro, de hospital, para dormir!

Los Iparraguirre decidieron regresar a San Sebastián pues allí tenían a su única hija. Como la fecha se prolongaba, debido a las gestiones que hacía la hija ante las autoridades franquistas para que su padre no fuera detenido (era mayor) decidimos ir de una vez a vivir junto con ellos, pues el piso era grande, a dos pasos de los Alberro, en el número 28 de la rue Passy.

Democráticamente decidimos que una semana cocinaba y fregaba una de las mujeres, y la otra semana la otra.

¡Cuánto aprendí de la peruana! Ésta era una mujer pequeña, menuda, mucho más joven que su marido, de facciones típicamente indias. Era de familia limeña de cierta nobleza y abolengo. Un tío la trajo a España, de vacaciones. En San Sebastián conoció a Iparraguirre, altísimo, guapo. Se enamoraron el primer día, al conocerse, y se casaron. Tenían una hija de 24 años, casada en Donosti.

La semana que le tocaba cocinar a ella, la comida era diferente; y sobre todo lo que me maravillaba era la forma de organización. Cuando retiraba los platos del comedor inmediatamente los lavaba y colocaba en el secador. Servía el café o sucedáneo, y se sentaba tranquilamente a conversar en la sobre mesa. Muchas veces venían Agustín Alberro, Xabier Landaburu o don José Luis Rodríguez... y pasábamos un rato agradable.

La semana que me tocaba a mí, yo iba amontonando en el fregadero todos los platos, cubiertos y pucheros. Con el tiempo se secaba la sobra de la comida, y yo, como una idiota, pasaba una hora fregando. Oyendo con envidia la amena tertulia del comedor. “Usar un objeto e inmediatamente limpiarlo; sin ir amontonando platos sucios”.

Otro día me explicó su filosofía culinaria. “Poner mucho arte en la presentación del plato. Combinar colores: junto al arroz blanco, unas ronchitas de remolacha roja, y una ramita de perejil –que lo alegra todo, como dice Argiñano–, y el pedacito de carne, se come con más agrado que los grandes chuletones solitarios”. Y así, la señora de Iparraguirre –no recuerdo su nombre– me demostró que la semana que cocinaba ella gastaba la mitad que yo, y era verdad!

... “Y de esta forma, preparando los platos con amor he logrado ahorrar para comprarme un abrigo de piel, sin decirle nada a mi marido”. El amor propio da para todo.

Yo no me ahorré para comprarme el abrigo de piel, pero con ella aprendí a ser más mesurada en la cantidad, y más artista en la presentación.

Frente a la casa, en la rue Passy, había un “Manège” de caballos; unas caballerizas de donde algunos elegantes salían montados en soberbios corceles para dar unas vueltas por el Bois de Boulogne. La peruana, en cuanto oía los cascos de los caballos, dejaba lo que estaba haciendo y abría la ventana para contemplar los caballos. Los miraba embelesada, con sus pequeños y oblicuos ojos negros llenos de nostalgia. Me solía contar que de pequeña, y de joven, había cabalgado mucho en su hacienda, cerca de Cuzco y que añoraba aquel tiempo.

También me enseñó muchas cosas sobre el sexo; cosas que yo ignoraba por completo, a pesar de mis cinco hijos. Cosas increíbles que me costaba creer existieran. Ella sabía el secreto de las dos culturas, la hispánica-francesa y la incáica. ¡Cuanta sabiduría en los pueblos que llamamos primitivos!...

Un día se fueron el gigantón y la indiecita por la “frontera” de Irún. Nunca más volví a verlos. Y heredamos el apartamento del 48 de la rue de Passy con la extraordinaria mezcla de muebles de museo y de humildes camas de hospital. Aquí vivimos momentos muy felices de solidaridad y también momentos de terror nazi.

## Las cuatro oradoras del PNV

Cuando vivíamos en Rouen viajábamos con frecuencia a París, que queda relativamente cerca. Así, mientras José realizaba sus reuniones de fútbol, yo aprovechaba para recorrer los grandes almacenes. Ese día era “Le Printemps”, que queda al lado del Hotel de Ville. Estaba recorriendo la sección de los libros cuando veo frente a mí a una mujer joven, bella, interesante, vestida con elegancia, muy maquillada y la cabeza cubierta con una enorme pamelita negra adornada de rosas de seda. Llamaba la atención, que ya es decir, en París!

Cuando me fijo y veo, me doy cuenta que es Haydée Aguirre, mi querida compañera de propaganda nacionalista vasca, y de 15 días de cárcel, en Larrinaga, por “Exaltadas mitineras separatistas”. Hacía más de dos años que no nos habíamos visto. Nos abrazamos con cariño y emoción.

Viendo el libro de cuentos infantiles que está eligiendo, me dice de sopetón:

– Estoy comprando un regalito para mi hija.

Nos sentamos en la cafetería del “Printemps” y me contó su increíble historia.

Pero antes de seguir adelante quisiera evocar aquí a las cuatro propagandistas del P.N.V. De los años 30, quienes formábamos un equipo femenino famoso por nuestra actuación patriótica de propagandistas incondicionales.

Haydée Aguirre era la más guapa y vistosa. Vestía con elegancia y maquillaba sus enormes ojos negros dándole a su fisonomía un aire de misterio, más oriental que vasco. Sus discursos eran cortos. Trozos exaltados que los tenía



Polixene Trabudua, María Teresa Zabala, Haydée Aguirre, oradoras del PNV.

aprendidos de memoria. Pero su personalidad era tan bella y sensual que seducía a todos los hombres y encantaba a las mujeres. Es de Santurce, hija de un capitán de la Marina Mercante.

María Teresa Zabala era la aristócrata del grupo. Una chica de muy “buena familia”, elegante, sobria. Vestía con gusto refinado, de buena modista. Su hablar era pausado, sereno. Su discurso hablaba directamente a la razón, con gran conocimiento histórico del fenómeno vasco.

Estuvo muy enamorada de Antón Irala, secretario de José Antonio Aguirre, pero sin éxito, pues éste ya tenía novia formal. Decidió retirarse a un convento donde tomó el hábito de las Mercedarias de Bériz. Residió muchos años en Colombia, en Bogotá, en el colegio del Sagrado Corazón, donde se educa toda la aristocracia mantuana.

Sesentonas ya, nos encontramos un verano en San Juan de Luz. También estaba Haydée (siempre coqueta). Al preguntarle yo a Teresa por la sociedad colombiana, me contestó con toda seriedad:

En Colombia no se conoce la miseria, y el clima es muy agradable.

Yo miraba su cara llena de dulzura y serenidad y me acordaba de un reportaje que causó gran impacto en Francia, llamado “Las Galladas”, (en francés: “Les Gamines”), realizado por nuestro buen amigo Christian Hirou, del canal 2 de Francia, donde se ve la miseria increíble de los miles de niños abandonados de Bogotá... yo sentía que Dios le había premiado a Teresa con el premio gordo: pasar por este mundo sin ver la injusticia social. Tenía la expresión de una santa.

Julene de Urcelay era menudita. Con su cara linda de muñeca, sus azules ojos profundos, su pelo cortito y rizado, del color de la espiga madura... era todo un encanto. Pero sobre todo su voz melodiosa, cantarina, hacía que todos la escucharan con embeleso; aunque muchos no entendieran el euskera puro de su Azkoitia natal.

Murió en Caracas, dejando una hermosa descendencia. Mikeltxu tiene los mismos ojos azules de su madre. De crío, era el terror del Centro Vasco de Caracas, por sus travesuras y gracias. Hoy es un médico, un excelente profesional.

¡Cuánta semilla hermosa regada por el mundo! Esto debe de ser nuestra cuota y aporte a la transformación vital del universo en la comunión de razas de un “melting-pot” espiritual.

Polixene de Trabudua, creo que era muy apasionada. De ella dice Iñaki Anasagasti, portavoz del P.N.V. en el Congreso de los Diputados: “Es un nombre histórico. Su nombre suena como un trueno, y lo fue!”... y lo es!...

Exiliada en Francia, Haydée Aguirre forma parte del grupo “Eresoinka”. Este grupo de coral y danzas vascas causó furor en Europa por su perfección artística y su excelente organización. Entre sus miembros se encontraba Luis Mariano, foco de bromas de parte de sus compañeros machos vascos. No se imaginaban éstos que

Luis sería, con el tiempo, el ídolo más adorado de las francesas, quienes, hoy, siguen peregrinando en multitudes a su tumba en Arcangues con flores y llantos. Pepita Embil también era miembro de ésta coral. La potencia de su voz la hizo famosa. Unas navidades cantó desde el lado norte del puente de Hendaya, para su madre, parada al otro extremo, del lado de Irún, un “Aurtxo Txikia” que fue la admiración de todos los que la oyeron. Su hijo, Plácido Domingo, voz de gran señorío, confiesa con dificultad su ascendencia vasca materna.

Haydée Aguirre formaba parte del grupo “Eresoinka” como número del grupo de baile y coral. Apoyado por Manuel de la Sota y Aburto, el “Eresoinka” recorrió toda Europa, llenando de prestigio nuestra cultura vasca.

Cuando, a consecuencia de las vicisitudes de la guerra mundial, el Eresoinka se disolvió, Haydée, recién dada a luz, se encontraba en Vaucresson, instalada como una reina bajo las atenciones de Madame Clairette, directora gerente del establecimiento, y de su personal. Y allí seguía cuando la encontré en el “Printemps”.

Después de su largo relato Haydée, me dijo.

– Tengo que ir a Passy a cobrar un pequeño cheque de una pensión que me concede el Gobierno Vasco, ¿quieres acompañarme?

Y fuimos las dos en metro hasta Passy, al número ocho de la rue Massenet, un inmueble muy burgués, decimonónico. Subimos en el ascensor engrillado, de artísticos hierros forjados, y llegamos al piso donde vivía Agustín Alberro Pikabea, encargado de finanzas del Gobierno Vasco, a quien yo no conocía personalmente.

Abrió la puerta el mismo Alberro.

Luego salió su esposa, Pepita Arámburu de Alberro, quien fue, para nosotros los vascos exiliados en París, más que una hermana, un ángel tutelar. Cordializamos enseguida, siendo luego grandes amigas, de toda confianza y fidelidad.

Ya he dicho anteriormente cómo llegamos luego de Rouen a París, en plena guerra, siendo albergados por los Alberro Arámburu durante un tiempo bastante largo, ocupando luego el piso que nos dejaron los Iparraguirre en la rue Passy.

Y nos instalamos en París y ésta fue una de las épocas más simpáticas del exilio. Formábamos un grupo muy solidario de vecinos vascos. Nos llamaban los Passyegos.

## *En el barrio de Passy*

**L**a casa de la rue Passy estaba situada en el segundo piso de un viejo inmueble burgués. Era un hermoso apartamento amueblado de forma extraña. El comedor era de un lujo palaciego. El bufete estaba confeccionado de diversas maderas preciosas: ébanos, caobas... con incrustaciones y figuras de cobre y nácar, y el fondo de espejos biselados. Una verdadera pieza de museo. Creo que el Gobierno Vasco lo adquirió de un “chateau” renacentista, en las afueras de París y de allí sacó algunas piezas. La mesa era redonda, sólida, hermosa, y se ampliaba el doble; con las seis sillas de respaldos labrados, formaban un conjunto muy aristocrático. Pero por otro lado, las camas eran muy sencillas, así como los cacharros y la vajilla. Lo estrictamente necesario.

Viviendo en esta casa nos ocurrió el asunto aquel de los vecinos judíos que nos pidieron asilo por una noche y que cuento en un artículo que creo bueno recordar:

“Ante la actualidad permanente de Israel y las pasiones que suscita, volviendo a ver la película de Alain Resnais “Noche y niebla”, basada en documentales aliados y nazis, recordamos la historia.

Sabíamos de las barbaridades cometidas durante la guerra mundial, pues habíamos visto muchas y variadas películas sobre el tema, pero lo que se nos presentó en el documento terrible de Resnais sobrepasa toda imagen del mal. Entre las escenas de horror, hay algunas verdaderamente inolvidables. Miles de mujeres, hombres, viejos, niños, completamente desnudos, en filas interminables, esperando ante las cámaras de gas. ¡Después una enorme pala mecánica empujando y amontonando esos miles de cadáveres mezclándolos luego con la tierra negra de una fosa común!

¡Qué trigo y qué flores habrán brotado de esta tierra amasada con carnes y huesos de tantos seres humanos, de tantos corazones y cerebros, como el nuestro!

Me impresiona el comentario de uno de los verdugos del campo: “Es increíble la capacidad de resistencia que tiene el cuerpo humano”.

Otra escena: la salida de los “capos” el día de la liberación. ¡Parecían hombres y mujeres normales! Sobre todo impresionan las caras de esas mujeres vestidas de uniformes. El aire marcial, digno. Los cuerpos rollizos, bien nutridos. Muchas serían madres. ¡Cómo pudieron vivir, comer, dormir, divertirse en medio de tanto dolor; presenciando, produciendo esas torturas y horrores? Es algo que no

me explico. ¿Es posible que seres racionales puedan llegar, voluntariamente, a tal degradación de lo humano? Cuesta creerlo, a pesar de la existencia de estas pruebas auténticas y documentales históricos, la mayoría de ellos tomados por los propios verdugos.

Dentro de los mismos campos de exterminio estaban las barriadas residenciales de los altos jefes nazis quienes hacían vida familiar normal; con reuniones sociales entre lujosos salones adornados de rosas, tocando el piano, mientras, desde las ventanas, podían ver los hornos crematorios y oler el humo que miles y miles de cadáveres judíos exhalaban al cielo. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que todo esto haya ocurrido en nuestros días, entre seres humanos civilizados?

Durante la ocupación nazi vivíamos en París, en el segundo piso del N.º 48 de la calle Passy. En el tercero vivía una familia judía a quien apenas conocíamos, limitándose el trato a saludos en la escalera. Estaba formada por un matrimonio joven, dos niños y dos abuelos. Los viejos nunca salían de casa. Los jóvenes eran dueños de una tienda de exquisiteces rusas, situada junto a la iglesia española de la rue de la Pompe.

En la escalera o en la calle, siempre que me cruzaba con ellos, procuraba demostrarles mi simpatía, y la vergüenza humana ante el porte obligatorio de la estrella amarilla que debían de llevar ostentosamente en la solapa, como símbolo de ignominia. Ellos correspondían a mi saludo con discreción cordial.

Muchas veces me hallaba sola en el apartamento, con mis niños, pues mi marido se ausentaba los fines de semana. Profesional del Fútbol-Club de Rouen, tenía que jugar casi todos los domingos en alguna ciudad de Normandía. La mayoría de las veces eran encuentros amistosos, en pequeñas poblaciones. ¡Era la guerra! Y se les pagaba fundamentalmente con “*ravitaillement*”, productos agrícolas, pan campesino, mantequilla, huevos, aves, jamón, etc.... Es fácil comprender con qué ilusión esperábamos, los martes, el regreso de nuestro “*Aitatxu*”. Venía cargado con paquetes de vituallas que nos repartíamos equitativamente entre las familias vascas de Passy.

De vez en cuando yo salía de compras. No había mucho que comprar y todo era con “*cartillas de racionamiento*” y con largas e interminables colas donde se perdía el día. A veces, cuando hacía buen tiempo, solía ir a pasear con mis hijos, a los jardines del Trocadero, frente a la Torre Eiffel. En la calles tropezábamos con judíos que llevaban en la solapa la estrella de David. Algunos la portaban con orgullo, otros honorablemente. Otros procuraban disimularla bajo una bufanda puesta con desdén; pero la descubrían velozmente a la vista de algún centinela pertrechado con enorme cadena y cruz de hierro... pues, si se les pedía identificación, eran inmediatamente arrestados los que ocultaban la estrella.

También recuerdo que les estaba prohibido caminar sobre las aceras. Los que más me dolían eran los niños judíos. Muchas veces se “*olvidaban*” de la prohibi-

ción y se subían a las aceras... para bajarse rápidamente a la vista de algún uniforme militar. ¡Como si jugaran a guardias y ladrones!

Pero es de señalar que, por entonces, los ciudadanos normales no sospechábamos de la existencia de los campos de exterminio. Presencié varias veces, en las calles de París, las cargas de esos camiones de bestias en donde amontonaban a unos seres aterrorizados. ¿A dónde los llevaban?... ¡Estábamos demasiado ocupados, con problemas de comida y carbón, bajo los continuos bombardeos, para ponernos a pensar!

Una noche, estando cenando con mis hijos, oigo que tocan a la puerta. Abro, tranquila, pensando que es algún amigo vasco, pidiendo un poco de sal o de harina, y me encuentro con la joven señora de arriba quien me dice textualmente: “¡Señora! ¡Ayúdenos!... Sabemos que son ustedes vascos y que han sufrido la Guerra Civil... ¡Sólo ustedes nos pueden ayudar!... ¡Ningún francés nos abrirá la puerta a estas horas! (Había “couvre-feu”). Y a continuación me explica que tiene contacto con un alto empleado del ayuntamiento, un “collaborateur” quien les ha prometido avisarles, si hay alguna redada a la casa... y que esa noche les tocaba a ellos.

No dudé ni reflexioné un momento. Bajaron todos inmediatamente a casa, padres, abuelos y niños. Acostamos a los niños. El más pequeño se quedó enseguida dormido junto a mi hijo Joseba. Los demás permanecemos sentados alrededor de la mesa redonda del salón-comedor. Apagamos todas las luces... ¡y a esperar! Apenas si hablábamos... musitando...

Como a eso de la media noche sentimos el ruido de unos coches que se paran frente a la casa. ¡Tenían que ser militares o de la Gestapo, pues nadie podía salir a la calle a esas horas, por nada! Había toque de queda. Al poco oímos el portal que se abre y pasos de botas que suben por las escaleras, tratando de ser discretos... Y luego aquellos momentos interminables... suspendido el tiempo y el aliento... Oyendo sobre nuestras cabezas pasos nerviosos recorriendo las diferentes habitaciones del piso superior... Y ruidos de muebles forzados, de puertas y cajones que se abren y cierran con crispado sigilo...

Fue tan intensa aquella noche, tan grande la tensión de aquella familia reunida alrededor de la mesa, esperando su destino en la oscuridad, que en verdad no sentí ningún miedo. ¡Estaba tan segura de estar haciendo lo que debía que no me imaginé, ni por un momento, que alguien podría castigarme por ello!

¡Y por fin se fueron los ruidos de arriba!... Pero seguimos sentados, hablando poco a poco, aún bajito... hasta la madrugada, cuando empieza de nuevo la circulación normal en la agitada rue Passy. Luego los seis vecinos subieron a su piso y yo me quedé ocupada con mis hijos.

A la tarde volvió la señora y me trajo un enorme pastel de almendras y una botella de vodka.

Esa misma noche, debía de ser martes, llegó mi marido de Rouen carga-

do con paquetes de comida, llamados “colis”. En cuanto vio el vodka y el pastel sobre la mesa, y le conté lo ocurrido ¡Zass!, me suelta una sonora cachetada en toda la mejilla. No me dolió, pero me sorprendió mucho. Quedé un rato como anonadada. ¡Nunca me habían pegado!

Luego, como un loco, se puso a explicarme que yo había arriesgado, inconscientemente, la vida de los niños y mi propia vida... Que no teníamos ni idea de lo que estaban haciendo los nazis con judíos y simpatizantes... Que sólo por milagro nos habíamos salvado de ser arrestados y conducidos en aquellos terribles camiones... ¿hacia dónde?... No lo sabíamos entonces. Lo único que se sabía es que no se volvía más.

Recuerdo que terminamos llorando los dos... y abrazándome fuerte me dijo:

– “Has hecho bien. Yo también habría hecho lo mismo... ¡Pero es que ha sido un susto muy grande!”.

En esta casa de Passy vivimos momentos muy gratos de amistad y solidaridad profunda, entre vecinos vascos exiliados. Eramos un pequeño pero selecto grupo de amigos. Quiero recordarlos aquí: Alberro, Landaburu, Rodríguez, Larrañaga, Anglade, Valentina, Antoñita de Irujo...

La familia Alberro vivía en París, en la rue Massenet, en el último piso de un hermoso edificio burgués. La fachada de piedra tallada con relieves alegóricos, los balcones de hierro florido, la inquisitiva portera, los vitrales de la escalera, el lento ascensor, encerrado en una jaula de hierros forjados llenos de adornos, eran signo de un gusto refinado.

La casa de Alberro en París estuvo siempre abierta para el vasco que llamara a su puerta, siendo verdadera embajada de Euzkadi y fortaleza de nuestro espíritu.

Agustín Alberro Pikabea tenía todo el porte y la gracia de un auténtico lord. Siempre vestido impecablemente con trajes oscuros de alta confección, la blanca camisa bien almidonada, la corbata adornada engarzando una hermosa perla gris... Su sombrero flexible, de ruedo diplomático, coronaba su recio perfil moreno de nariz aguileña. El pelo gris, con un mechón blanco brotando del centro de la frente; unos ojos negros, profundos, severos, de mirada implacable y perspicaz. El perfecto embajador de Euzkadi ante todas las naciones.

Su mujer, Pepita Arámburu, la mujer fuerte de la Biblia, la madre santa que sólo piensa en la familia y en la unidad; trabajando discretamente todo el día, llevando la casa como se debe, distraendo penalidades y sacrificios... De una bondad tan extraordinaria que no dudaba un momento, ante la dificultad, en dividir y repartir las raciones de la escasa comida, agregándole líquido a la sopa para que el pasajero visitante de turno se pudiera sentar a compartir la mesa.

Mucho se dice de Agustín Alberro Pikabea, administrador ejecutivo del

Gobierno Vasco en París, encargado de Finanzas y de Hacienda. Su noble porte, el señorío con que solía obsequiar a amigos y conocidos en la elegante cafetería-bar cercana a la Delegación de Euzkadi, hacían suponer ingresos importantes en su cuenta personal.

Los que hemos vivido esa época de la guerra junto a la familia Alberro sabemos lo dura y difícil que fue su vida cotidiana. Seis hijos que educar y nutrir, y una Delegación de mucha dignidad y escasos fondos... Agustín no acumuló riqueza; sólo procuró que sus hijos se educaran bien, en liceos públicos y luego en centros especializados, de alta tecnicidad y cultura. Pagó durante más de veinte años, mensualidades, adquiriendo así el apartamento, cómodo y agradable, que siempre ocupó, con su numerosa familia, en la rue Massenet, n.º 8.

Le oí decir, una vez, al Lendakari J.A. Aguirre:

“Gracias a la habilidad financiera y a la honestidad de Alberro subsiste el Gobierno Vasco en París”.

La familia Landaburu vivía en la misma calle que nosotros: la rue Passy. Ellos más cerca del Bois. Un estudio en un primer piso que daba a un patio; un saloncito pequeño, un dormitorio y una minicocina y un bañito. Y en ese espacio artístico, concebido para una pareja sin hijos, se criaron los seis hijos Landaburu, en un amontonamiento de todo, muy fatigoso y difícil.

De este ambiente, cerrado como un huevo de pascua, salía todos los días el elegante hombre que formaría con Alberro la pareja que diera tanto prestigio a nuestra Delegación Vasca de París... Y no sólo salía, sino que acurrucado en un rinconcito del dormitorio, donde estaba el secrétaire, escribió las ideas más brillantes del nacionalismo, el verdadero demócratacristiano, sincero y auténtico que era, y es —en espíritu— Xabier de Landaburu. Su libro “La Causa del Pueblo Vasco” es un clásico del nacionalismo vasco.

Cuando uno piensa en las condiciones físicas en que vivió este hombre extraordinario, quien se reunía, frecuentemente, con lo más selecto del pensamiento cultural, filosófico y político de la élite francesa, nos damos cuenta de su enorme sacrificio y valor.

Xabier nos dejó una obra transcendental de política biológica teilhardiana... para el pueblo vasco y para el mundo.

Xabier no es conocido lo suficiente por la Historia, ni apreciada con exactitud la calidad superior de su pensamiento demócrata-cristiano.

Después de haber estado reunido con personalidades como Francois Mauriac, Jacques Maritain, el cardenal Verdier, Georges Bidault, Maurice Schuman..., para intercambiar ideas, sobre las posibilidades de una unión europea, que desembocarían en “el Pacto de Roma”, o sobre la Alemania cristiana de Konrad Adenauer, volvía Xabier a su casa, caminando desde el metro “La Mouette”, para reu-

nirse con sus hijos y con su esposa, Koxtan, en aquel nido de pájaros, lleno de amor y de carencias.

Koxtan y yo, lejos de imaginarnos la transcendencia de los pensamientos que bullían en el cerebro de su marido, lo pasábamos “bomba”, entre dar biberones a los críos, limpiar pañales, y dedicarnos a confeccionarnos prendas de vestir y zapatos, con suelas gruesas de corcho, como coturnos, de moda; forrados con telas que combinaban con los vestidos que nosotras mismas nos cosíamos. Y sobre todo recuerdo que tratábamos de copiar los últimos modelos de sombreros que habíamos visto en “Printemps” o en “La Samaritana”, esos increíbles sombreritos de París hechos con nada... Un fieltro negro sobre el que colocábamos flores de seda, plumas de pájaros, tules enrollados con maestría, para filtrar la mirada. ¡Cuesta creer que en aquel período de miseria y escasez, no era correcto salir de casa, al cine o a cenar, sin sombrero y guantes!



D. José Luis Rodríguez.

Yo estaba más tranquila pues mis hijos estaban todos en la escuela. ¡Cuánto disfrutábamos Koxtan y yo haciendo nuestro vestuario! Y qué maestría, qué secretos de “Haute Couture” adquirimos en ello. Y cuando, de vez en cuando, podíamos salir a cenar al “Zatoste” (de gran moda entonces) y a algún cabaret a pasar el rato, la admiración, y satisfacción, de nuestros maridos nos llenaban de alegría.

Pepita siempre más discreta en todo, y siempre elegante, aunque más clásico, sin tanto cambio estafalario. La elegancia le brotaba del alma.

Otro gran amigo de esta época fue don José Luis Rodríguez, sacerdote vasco, secretario de Acción Católica de Bizkaia. Exiliado, vivía con una hermana soltera, Higinia, en un modesto estudio de la rue Schölcher, en Montparnas-

se, frente al cementerio. Era un hombre de unos cuarenta años, guapo, alto, moreno, con unos enormes ojos negros sombreados de negras y pobladas cejas; ojos llenos de melancolía... Si la República hubiera ganado, él iba de candidato para el obispado de Vitoria. Perdió la República... Era sólo un refugiado vasco más en París.

Tenía una cultura fuera de lo común, además de una conversación muy agradable y un humor ácido que nos encantaba. Conocedor profundo de Teilhard de Chardin (tan controvertido y de moda desde entonces) nos infundió su admiración hacia el gran científico y teólogo jesuita.

Don José Luis vestía siempre de sotana y manteo, lo que le infundía gran elegancia.

Otro del grupo era don Felipe Urkola, famoso periodista de un diario de Donosti. Vivía también en el barrio. Casado, con una señora acostumbrada a doncella y cocinera... (y teniendo que llevar una vida más que modesta, de refugiada, con la comida racionada) ésta nos ofrecía, con sus actuaciones y dichos, tema para nuestra chismografía en nuestras reuniones periódicas de contertulios. La buena señora no aprendía ni jota de francés, y cuando salía a la calle y veía una cola preguntaba: “¿Café?”, y cualquiera que fuera la respuesta permanecía horas en la fila, sin saber lo que le ofrecerían al llegar su turno. Se entretenía esperando.

Tenía un sólo hijo, un gigantón de un metro noventa, mimado por su madre hasta tal extremo que ésta no le dejaba ir a la piscina porque se podía ahogar o agarrar enfermedades raras. Don Felipe manejaba la situación con socarronería. La chispa, la gracia, y su gran memoria, con un poco de ese cinismo calculado, hacían de su asistencia a nuestras reuniones un sitio de gloria. ¡Ah! Por que se me olvidaba decir que a pesar de la situación de alarma, de sirenazos y toques de queda, nos reuníamos semanalmente en casa de unos y otros. A mi, no se por qué, me tocaron los martes, y Maite Alberro lanzó aquello de “los martes de la tía Polixo” que suena un poco a pitorreo, pero bien.

La familia Anglade fue también una familia que perdurará en la memoria de todos los que la conocimos. Teresa, la madre, era de una bondad e ingenuidad, difícil de encontrar otro caso igual. Era una excelente cocinera y su casa era una especie de hostería vasca, donde se podían comer suculentos platos vascos. Trabajando incansablemente, no solo sabía conseguir los alimentos (¡cosa difícil!) sino prepararlos con exquisitez. Siempre que salíamos de casa con los “txikis”, invariablemente íbamos a visitarle a Teresa. Y sinceramente, aunque su conversación nos encantaba, eran los “katillus” de café con leche y tartinas, que nos ofrecía con tanto cariño, lo que nos motivaba.

Su marido, Siro, era un vago de calidad que no hacía en casa más que comer con buen apetito. A las tardes, después de una buena siesta, salía “a buscar trabajo”, y luego de unas horas de permanecer sentado en el parque, volvía a casa diciendo: “Estoy destrosado”... Y Teresa le servía una excelente “porru-salda”.

Las dos hijas, Kristitxu y Begoña, eran encantadoras, y supongo que lo siguen siendo. Llenas de gracia y simpatía, solo tengo recuerdos agradables de ellas por su buena calidad y servicio. Begotxu trabaja ahora, como secretaria ejecutiva y principal del consulado de Venezuela en París.

De Teresa se contaban muchas anécdotas. Tenía costumbre de decirnos, cuando salíamos a dar una vuelta: ¡Vaigais, vaigais, y luego vengais a tomar café con leche!”. Por eso muchos solían decir: “Voy a donde “Vaigais” a ver qué hay”.

Un día que la invitamos al cine, a los Campos Elíseos, se organizó de pronto un tiroteo entre los alemanes y algunos de la resistencia. ¡Todos muertos de miedo! y ella solo decía: “¡Dios mío!... Y yo con el abrigo nuevo”.

En una ocasión fue detenida por la Gestapo y conducida a Bayona para un interrogatorio con un famoso contrabandista que trabajaba para los aliados, y que estuvo en su casa. Las cartas que mandaba desde la cárcel de Bayona son de antología. “... Dicen que si canto me sueltan, y yo cantar hago todo el santo día...”. Total que la organización tuvo que movilizarse y cambiar de casas. Pero todo el mundo quería a la Teresa, pues sabíamos que lo hacía sin malicia y con ingenuidad; y que los alemanes sacaron provecho de su inocencia. Una etxeoandre pura, natural. Cuando los aliados ganaron la guerra, Teresa volvió a París con aureola de heroína, y fue condecorada.

Otro personaje de la colonia vasca exiliada en París era Antoñita la Nabarra. Era una parienta lejana de Manuel de Irujo. Soltera, de unos cuarenta años, era la figura más anónima que se pueda encontrar. Ni alta ni baja, ni gorda ni delgada, ni fea ni bonita. Más bien menuda. El pelo castaño con moño en la nuca. Lo único que destacaba en ella era el grosor enorme de los anteojos que ocultaban sus ojos míopes.

Cuidaba de don Manuel, no con amor, sino con devoción, como se cuida a un santo. Preparaba sus comidas, cuidaba de su ropa; y lo que más nos llenaba de admiración eran los meticulosos repasos que hacía a los calcetines de Irujo. ¡Verdaderas obras de arte! En este tiempo se remendaban las medias y los calcetines metiendo dentro de ellos un huevo de madera.

La presencia de Antoñita pasaba desapercibida para casi todos. Era discreta. Solamente cuando la liberación supimos lo que Antoñita hizo durante la guerra: jugarse la vida, no una, sino muchas veces. Era ella, con su figura humilde, anónima, la que transportaba periódicamente, hasta Bayona, la información que enviaban a los aliados los hombres del Gobierno Vasco que trabajaban para ello.

Ella nos decía que iba a visitar a su abuela... ¡Y luego, cuando supimos la verdad, ¡qué sorpresa! Nos explicaba sencillamente: “... Yo llevaba la correspondencia enrollada, envuelta en el periódico del día. Cuando subía al vagón del tren, al llegar al compartimiento elegido, sostenía con cuidado exagerado mi bolso-cartera,

como si llevara algo muy valioso, y el rollo de periódico lo echaba sobre la redecilla de las maletas, lejos. Así, si lo encontraban, nadie sabía de quien era. Nos registraron una sola vez, pero no se fijaron en el rollo de periódicos.

Antoñita fue condecorada por los aliados.

Otra del grupo era Valentina. Nunca supe cómo era su apellido. Era una mujer alta, delgada, de facciones hombrunas de institutriz inglesa. Aparecía, sobre su labio superior una sombra negra de bigote afeitado. Era morena, con un moño en la nuca, y sus ojos negros tenían una fuerza de mirada muy fuerte. Había sido maestra de escuela en Guipuzkoa, y vivía sola en una "chambre de bonne".

Nadie tenía simpatía especial por ella, pero todos recurriamos egoístamente a su amistad, cuando necesitábamos de alguien para cuidar a los niños, y poder salir de noche, el grupo de matrimonios, a divertirnos un poco. Ella siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo pidiese, y cuidaba con cariño a los niños. Era reservada, silenciosa. Al cabo de cierto tiempo nos dimos cuenta que después de sus estancias en la casa, faltaban cosas, nimiedades, tonterías insignificantes de poco valor; ¡pero desaparecían!...

Empezaron los comentarios y un buen día se descubrió el secreto. Pepita Alberro fue llamada de urgencia, pues Valentina estaba enferma. ¡Nada grave! Se recuperó pronto. Pero Pepita descubrió en su humilde habitación una colección de cajas de cartón amontonadas y llenas, de una forma increíble, de toda clase de botones, raches, presillas, trozos de puntillas, dedales, tijeras, cucharillas... ¡Era su debilidad! ¿Para qué los coleccionaría? Sólo Dios sabe los misterios del alma humana!... Aquella solterona que siempre estaba dispuesta a ayudarnos gentilmente, se cobraba con unos botones que los coleccionaba y guardaba como tesoros.

## *Los martes de la tía Polixo*

**L**as dos casas que habitamos en el 48 de rue Passy fueron las únicas que alquilamos personalmente; todas las demás nos fueron adjudicadas por los clubs de fútbol de París en los que jugó José: el Racing y el Stade-Francais.

En el n.º 48 vivimos primeramente en un apartamento que nos dejaron los Iparragirre, con muebles del Gobierno Vasco. Estaba situado en el segundo piso del edificio frontero, y sus habitaciones principales, de altas ventanas dobles, daban a la alegre y bulliciosa calle Passy. Al de un año apareció el propietario y tuvimos la suerte de encontrar en el mismo número, en el segundo patio, al fondo, y después de un caminito de adoquines, un estudio en alquiler.

Ese pasaje tendría alrededor de unos cien metros de largo desde la calle hasta nuestro estudio. A mano derecha había una alta pared de mampostería, y a la izquierda un bajo y alargado pabellón de dos plantas que era un simpático hotelito donde se podían alquilar habitaciones con desayuno. Delante, y a todo lo largo, había un simpático jardincillo inglés lleno de flores y sobre todo de rosas. Al término del pasaje había dos modernos edificios separados por un patio rectangular. Se llegaba atravesando el primer edificio por un pasadizo grande, como un túnel.

En la planta baja del segundo edificio conseguimos un estudio muy especial. El dueño, un judío en fuga –según la portera, quien nos lo alquilaba– debía de ser una artista profesional y persona de mucho gusto.

En el primer edificio, el que daba a la calle Passy, fue donde nos ocurrió el suceso con los vecinos judíos de arriba, a los que tuve escondidos una noche. Aquí también pasamos días felices. Venían muchos amigos. Pero es del estudio que guardo los más bellos recuerdos. Era una sola pieza, muy grande, con alcoba empotrada entre una mini-cocina y un baño con ducha. Al fondo, el gran ventanal, de cristalera corrida, con buena luz. Dos camas que parecían una sola pues las cubría una gran colcha florida. De la misma tela provenzal estaba tapizada la cabecera de la alcoba. En contraste con estas telas floridas estaba la enorme y escultórica mesa de roble con hierros forjados cruzados entre las patas, al estilo Luis XIII. Era una obra de arte. Cuatro butacones de cuero natural... Una campana de bronce, china, que pesaba más de trescientos kilos... Y todo lo necesario para cocinar. Estas cosas son las que más recuerdo.

En ese estudio tuvimos vivencias que marcaron mucho nuestras vidas. En él nos reuníamos frecuentemente todos los amigos. Lo llamábamos los “martes de la

tía Polixo”. ¡Qué tardes! Cada uno aportaba lo que podía y tenía, pero sobre todo la calidad, el saber hablar y contar que implicaban las circunstancias... Don José Luis, Lezo, Adolfo, Irujo, Alberro, Landaburu...

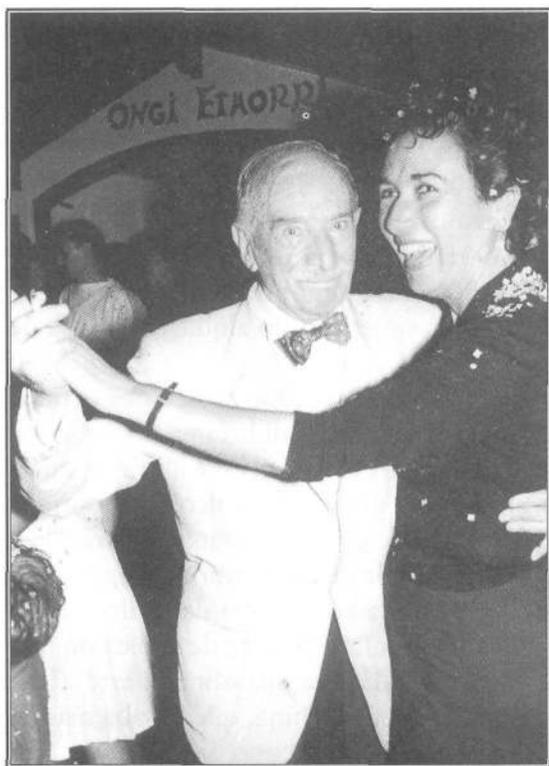
También aparecían periódicamente por allá, de improviso, Mikel Alberdi, “Mutil” y Katalin de Ciburu... Repartíamos la cena y se extendían colchonetas por el suelo, y unas mantas y, ¡a dormir! Por aquel entonces no sospechábamos cuándo venían, a qué venían exactamente a París, Mikel y Katalin. Sólo nos enteramos de sus hazañas cuando la Liberación fueron condecorados por su trabajo de agentes de los Aliados.

En ese estudio pasaban cosas formidables, además de nuestras reuniones “culturales”.

Adolfo Larrañaga vivió una temporada con nosotros. Dormía en el hotelito de al lado, el del jardincillo de rosas, pero pasábamos todo el día juntos y salíamos mucho a pasear. Cuando venía a cenar solía traer de su habitación algunas ropas

que había lavado él mismo en el lavabo y las ponía a secar sobre los radiadores que había en nuestro salón. Le teníamos tanto cariño al Poeta que todo lo que hacía nos producía mucha gracia. Era un viejo muy agradable, de genio un poco trasto, olímpico, de cenáculo y de casino. Un viejo señorito poeta, muy cordial y galante. Tocaba el piano y la guitarra como un adolescente... Un día vi con gran susto las mangas cortadas de un estupendo jersey que yo misma le había hecho. Cuando le reclamé el procedimiento me contestó como un crío, que él donde tenía más frío era en las rodillas y no en los brazos. Lo mismo hizo con otro estupendo jersey que le regalara Lezo, traído de Irlanda.

Cuando Lezo nos visitaba era todo un acontecimiento. Siempre nos traía regalos, y, sobre todo, nos llevaba a cenar a los mejores restaurantes de París. ¡La Tour d'Argent! ¡Le Vert Galant! ¡La Reine Pedoc-



*Bailando con Adolfo de Larrañaga en Saint Jean de Luz.*

que!... Manejaba el dinero con la gracia y desenvoltura de un “nabab” de Daudet.. Colaboraba con los Aliados...

Un día, en el “Vert-Galant”, en un apartado especial, servidos por tres o cuatro camareros (además del sommelier) Adolfo, que había comido mucho al medio día y no tenía gran apetito esa noche –¡cosa rara en él!– quería que le envolvieran , para llevarse, un pedazo hermoso de langosta que no podía terminar. El gesto de Lezo, riñéndole como si fuera un niño nos hizo mucha gracia.

¡Noches de Lezo! Mejor dicho, ¡noches de París!, de ese París sibarita y alegre que sólo existe para los bien afortunados, y que Lezo nos hizo conocer. El Lido, el Folies-Bergéres, la Ópera...

Vivíamos a la expectativa; todo cambiaba rápidamente. Un día, después de haber estado la víspera cenando en un lujoso restaurant (sintiéndonos seres privilegiados), sonó de pronto la alerta. Estábamos en casa –en el estudio– varios amigos charlando. El ruido de las sirenas, sobre todo el pitazo largo y prolongado era algo insoportable y nos hacía recordar, por mucho que tratábamos de olvidarlo, que estábamos en plena guerra mundial, ocupados por los alemanes... Esta vez el sirenazo fue muy largo. Cundió el peligro. El ronquido de los aviones sobre nuestras cabezas era terrorífico. Agustín Alberro estaba con nosotros. Y de pronto el silbido siniestro, que tan bien conocíamos, de una bomba cayendo nos estremeció. Cerramos los ojos, esperando la deflagración, la muerte, ¡qué sé yo!... Recuerdo que el tío Agustín repetía en voz alta: “¡Que dios nos guarde en su santa gloria!”... Y ¡PUM! Una enorme espoleta de bomba cayó sobre nuestro balcón exterior de madera haciendo un agujero redondo en el piso.

Adolfo, que estaba en su hotelito, sesteando, no se enteró de nada, a pesar de que algunas bombas cayeron cerca. Esa espoleta, que tanto nos asustó, adornó durante mucho tiempo la chimenea del salón de los Alberro, en la rue Massenet.

## Encuentro con la Virgen y el Niño

Un día que estaba en plan casero, se le ocurrió a José limpiar un poco de malas hierbas el patio privado nuestro, que quedaba entre edificios, a un nivel más bajo, como hundido y lleno de hierbajos. Se bajaba por unos escalones a un extremo del balcón-varanda de madera. Debajo de la escalera había un amontonamiento de viejas sillas de metal, rotas y roñosas y, más al fondo, un montón de cenizas provenientes de uno de esos viejos calentadores de hierro negro que el antiguo ocupante debía de encender.

Aita se puso a recoger las cenizas en unas bolsas de papel. Era primavera... Cuando de repente apareció debajo de las cenizas un bulto cubierto de periódicos y atado con cordeles y nudos. Era un paquete mal hecho; hecho con mucha prisa...

Con un poco de recelo José empezó a quitarle las cuerdas y papeles —tenía muchos envoltorios— y apareció la Virgen María con el niño Jesús en brazos, en un cuadro bellissimo, cuadrado, de treinta y tres centímetros de lado, sin marco. Oleo sobre tela, montado sobre un bastidor viejísimo.

Reunidos todos los amigos, en sínodo, comentamos el hallazgo y nos preguntamos cuál debería ser nuestra conducta. Considerando que el judío, al abandonar precipitadamente el estudio tuvo que esconder ese cuadro, que debía de querer mucho, consideramos que la portera, que nos había alquilado el estudio, haciéndonos un inventario muy estricto de todos los muebles, y hasta de los cacharros y escobas, y que además era colaboracionista de los alemanes, no debía de ser informada del hallazgo. La policía también trabajaba para los nazis. Así que decidimos, y creímos lo más conveniente, quedarnos tranquilos con



— Cuadro de la Virgen y el niño de las "cenizas".

el cuadro hasta que apareciera el dueño. Más adelante, cuando nos mudamos de casa nos llevamos tranquilamente “la Virgen y el Niño de las Cenizas”.

Al de cierto tiempo, Pepita Alberro pasó por la portería del estudio y supo que los inquilinos anteriores a nosotros, habían desaparecido y no habían dado señales de vida después de la Liberación. Seguramente convertidos en humo y cenizas en algún campo de concentración nazi.

Esta Virgen con el Niño, de estilo renacentista, siempre nos ha acompañado en el recorrido azaroso de nuestra vida familiar.

Otro recuerdo de este Passy 48, viviendo en el frente, es el descubrimiento de lo que llamábamos “los misterios de París”. Desde nuestra ventana del segundo piso veíamos, justo enfrente, al otro lado de la calle una “porte-cochère”, un enorme portalón de dos puertas batientes que de vez en cuando se abría para dejar pasar a uno o varios jinetes montados sobre elegantes corceles, briosos caballos finos que, a pesar de la Ocupación, seguían permitiéndose el lujo de atravesar, al paso, la bulliciosa rue Passy, luego la plaza de la Mouette, y llegar al Bois de Boulogne donde podían galopar a gusto, alegremente. Muchas mañanas, desde la ventana, contemplábamos con cierta envidia a esa gente privilegiada por los dioses.

Llegaron unos días, al acercarse la Liberación, en que la sirena sonaba más a menudo, y la aviación aliada empezó a bombardear algunos núcleos ferroviarios de París. En el portalón de enfrente había un letrero que decía, debajo de “Manéges”, “Abri. 100 p.” (Refugio para cien personas). Y empezamos a salir corriendo, en cuanto sonaba la sirena, a buscar refugio en el portalón de enfrente, del “Manéges” de los ricos... ¡Qué sorpresa inesperada! En el interior del portal había otra puerta maciza lateral que daba a unas escaleras que bajaban muy empinadas a una especie de sótano abovedado de donde partía un enorme túnel de arco de medio punto, de piedra tallada. Un túnel por el que podía pasar fácilmente un tren.

Una vez me atreví a caminar un poco por él. Adentrándome, solo se veía un largo túnel alumbrado de vez en cuando por unos pequeños bombillos. A derecha y a izquierda, a intervalos irregulares aparecían otras galerías enormes, cuyo fin no se veía. Sólo la primera cripta, una especie de sala de guardia medieval, había sido acondicionada como refugio con implementos de la Cruz Roja y personal. Había, junto a la pared, recostados en orden, unos sobre otros, enormes barriles de madera. ¿Qué contenían o qué habían contenido?

¡Qué poco nos imaginábamos, cuando andábamos por la bulliciosa y alegre calle Passy, la existencia de esos enormes túneles y bodegas, entrelazados, formando ese laberinto general de pasadizos secretos que son las entrañas de París! ¿Quién los hizo?, ¿para qué?... Esos túneles me obsesionaron durante mucho tiempo.

Otros recuerdos más gratos fueron los paseos que hacíamos al Bois de Boulogne, pasando por la Mouette, con los pequeños. Nos gustaba mucho asistir al

pequeño teatro de títeres, el famoso “Guignol”, que estaba a cielo descubierto, en pleno bosque. A veces también dábamos un recorrido en los “maneges” de caballitos de madera. ¡Cómo disfrutaban los pequeños, y nosotros viéndoles!

Otro paseo frecuente era al Trocadero. Solíamos ir caminando; así los niños podían llevar las patinetas. Don José Luis y Bardesi nos acompañaban a veces. Paseando, charlando, mientras contemplábamos la magnificencia de la escuela militar, los “Inválidos” a los pies de la cúpula de San Louis, y más al frente la torre Eiffel, y a nuestros lados y pies, el museo del Hombre. ¡Grandeza de los monumentos de París!

## Visita de la Gestapo

Nuestras casas en París!... Habitamos en dos casas, sucesivamente, en el 48 de la rue Passy, durante la ocupación alemana. Primero el apartamento del frente y luego el estudio del fondo del impase. Durante esta época de la segunda guerra mundial, ocurrieron algunos acontecimientos importantes entre los “passyegos” de la colonia vasca exiliada en París.

En la misma calle, enfrente de nuestra casa y a dos manzanas hacia el bosque, por la Puerta de la Mouette, vivían los Landaburu. La familia Alberro vivía en el 8 rue Massenet, a unos cincuenta metros, hacia el Trocadero. Era cosa frecuente, entre nosotros, el ir de una casa a otra a pedir algo de café, o azúcar, o aceite, o lo que nos faltaba. Y es que faltaba de todo. Mandábamos a los hijos de recadistas.

Un día, estando en casa de Alberro, Pepita le manda a su hijo mayor, Luis Mari, a casa de Landaburu, a pedirle a Koxtan algo. Al cabo volvió asustado. Parece ser que en casa de la tía Koxtan –nos llamábamos todos tíos y tías– había cuatro hombres muy serios interrogándola, y todos los críos llorando y ella muy asustada. A Luis Mari le dejaron ir después de unas preguntas.

En el momento en que Koxtan era asediada por los de la Gestapo, Agustín Alberro y Xabier Landaburu salían del metro “La Mouette” e iban paseando, elegantes, a casa. En cuanto se acercaron al portal Xabier se dio cuenta de aquel Citroën sospechoso estacionado al frente y con un hombre al volante. Sin detenerse para nada siguieron caminando adelante hacia la rue Massenet. Justo cuando llegaban a casa les alcanzó Luis Mari a quien le habían dejado ir, los de la Gestapo, después de anotar la dirección y señas. Nosotros, asustados, nos asomamos al balcón, para ver si les seguían.

Efectivamente el coche de la Gestapo se había estacionado delante del 8 de la rue Massenet. En frente había un hotel ocupado por oficiales de las S.S.. Nuestra angustia fue muy grande. De pronto, tocan el timbre con autoridad. Xabier y Agustín tuvieron justo tiempo de esconderse. Pepita abre la puerta y entran descaradamente aquellos cuatro superpolicías del III Reich, y mientras el uno la interroga con chulería, los otros se ponen a registrar toda la casa.

Estábamos alrededor de la mesa del comedor, menos Agustintxu Alberro, que se encontraba en su cuarto, en la cama. Acababa de llegar del sanatorio de Berck donde le habían operado de un pulmón. Parecía un Cristo Yacente. Xabier se escondió detrás de la puerta del cuarto de Agustintxu donde había un colgador con

un montón de ropa. Agustín padre salió por el balcón del salón y se ocultó entre unos conductos de agua, a siete pisos de la calle, desapareciendo entre grises. Se encajó tanto que luego le costó salir.

Total que los de la Gestapo refistolearon por toda la casa, vieron la cara de Agustintxu, y, no encontrando nada de lo que buscaban, se marcharon dando voces.

Más tarde nos enteramos de los pormenores del asunto. Parece ser que los alemanes habían recibido información que dos miembros del Gobierno Vasco trabajaban con los aliados para los americanos. Ya anteriormente un general de alto mando, de los del Hotel "Lutece", habían entablado contacto con la Delegación vasca de Euzkadi en París, celebrando reuniones diversas con Xabier Landaburu, Agustín Alberro, Eugenio Goyenetxe... Los encuentros se hacían en restaurantes elegantes y centros nocturnos. El general les manifestaba una gran simpatía por el fenómeno vasco, afirmándoles comprender muy bien su apetito de independencia y soberanía.

Parece que este mismo general —no recuerdo su nombre— le había prometido a Goyenetxe ser el Gobernador en alemán de la nueva Euzkadi cuando el Reich ocupara la Península. Eugenio se lo creyó sinceramente. Por encima de todo amaba a Euzkadí. Su padre había sido alcalde de Ustaritz, uno de los pueblos más bonitos de Iparralde, y se había preocupado mucho por los vascos perseguidos de la dictadura, ayudándoles como alcalde, médico y abertzale que era. También supo inculcar en Eugenio su gran pasión por la identidad propia y auténtica de su pueblo vasco, de su ser vasco. Pasión dominante y por encima de todo imperativo.

O sea que es verdad. La Delegación de Euzkadi en París mostró ciertas simpatías negociables con los alemanes; pero también es verdad, que se trabajaba para los aliados, poniendo en peligro la propia vida y otras más. Esto lo sabíamos todos, más o menos, por aquel entonces... y alguien había hablado.

Lo más sorprendente fue cuando Koxtan nos enseñó, detrás de la gran bandera vasca, montada en estandarte y que ocupaba todo el muro principal de su saloncito, entre fieltro y forro, todo un paquete de billetes de banco, dólares americanos, esparcidos tras la ikurriña con tal maestría que los de la Gestapo no sospecharon nada cuando la levantaron.

La noche fue de gran inquietud. Pensábamos que podían volver de un momento a otro.

A la mañana siguiente Pepita Alberro salió de casa con un devocionario en la mano y la cabeza cubierta con una mantilla, dando la impresión de ir a la iglesia. El hotel de los oficiales de la S.S. de enfrente creaba mucha paranoia. Cuando se alejó de la vista de la rue Massenet, tomó un taxi y se presentó en el hotel "Lutece", donde residía el Estado Mayor Alemán, al lado de la Opera, y donde el famoso general del III Reich la recibió en seguida y la hizo sentar.

Pepita le explicó lo sucedido dándole a entender que no había motivos para todo aquel procedimiento de refistoleo en su casa, que su marido y todos los de la Delegación Vasca eran personas honorables, y que no había que dudar de los vascos. Total que le repitió la lección dada por Agustín, tratando de averiguar la motivación del hecho. El general la oyó con gran atención y le respondió con mucha elegancia, haciéndole creer que creía totalmente la versión que se le daba. Eran los últimos días del Reich en París; ya los aliados habían desembarcado en Normandíe.

El tío Agustín nos comentó luego que era muy probable que el general éste, alemán, hombre de gran nobleza, aunque conocía con certeza la colaboración del gobierno de Euzkadi con los aliados (y la implicación de Xabier y Agustín), no quiso hacer ninguna detención sabiendo que habían perdido la guerra, y por la gran simpatía real que le despertaba todo lo vasco. Era un gran vascólogo, aficionado a las teorías del Príncipe Louis de Bonaparte.

El que estuvo a punto de ser fusilado fue Eugenio Goyenetxe. Cuando la Liberación, le detuvieron y le condenaron a muerte, y se salvó de milagro, por el inmenso afán e increíble empeño de su señora madre.

Cuando ésta supo lo que ocurría subió inmediatamente de Ustaritz a París y se movilizó por todos los ministerios, con todas las amistades. También se movieron mucho Agustín y Xabier. Estábamos todos convencidos que le iban a fusilar a Goyenetxe, pero por fin se logró la gracia de De Gaulle y le mandaron a La Martinica, una isla francesa del Caribe, donde permaneció varios años. Al cabo regresó a su Ustaritz natal donde se dedicó con todo su amor y talante, como historiador que era, a la difusión del conocimiento del fenómeno vasco. Euzkadi lo era todo para él. Era un hombre de gran cultura, un erudito. Escribió varios libros. Sobre todo su “Historia del País Vasco” es formidable.

Durante el tiempo que vivimos en el estudio de Passy, mantuvimos una gran actividad social de solidaridad auténtica. Nos reuníamos mucho. Recibíamos frecuentes visitas de los vascos abertzales de Egoalde e Iparralde. También disfrutábamos de agradables esparcimientos. Uno de los que recuerdo con más agrado eran nuestros paseos por el Bois de Boulogne, pasando por la Mouette. Allí disfrutaban mucho, los txikis, sobre todo con el famoso Guignol, un teatrillo de títeres, al aire libre, bajo los hermosos y frondosos árboles del bosque o dando vueltas en los caballitos del tío-vivo donde había que agarrar una argolla con una vara, como en un torneo medieval, y se ganaba no sé qué trofeos, cosa que les encantaba a todos. Mientras, José y yo –y muchas veces sola– nos poníamos a leer un buen libro en aquellas sillas de hierro que había que pagar a unas beatas laicas. Así empecé a conocer a los grandes clásicos rusos y franceses...

Cuando no sonaba la sirena de alarma eran unas tardes formidables. ¡Los árboles! ¡Los pájaros! ¡En pleno París!...

Otras tardes solíamos ir caminando, paseando, por todo lo largo de la rue

Passy... llegábamos al Trocadero. En aquel espacio abierto, de equilibrio único en el mundo, teniendo a los pies el Museo del Hombre, y en frente la Torre Eiffel, y el Campo de Marte y los Inválidos y Saint Louis al fondo, los chavales disfrutaban totalmente de una libertad muy grande. Podían correr, saltar, montarse sobre las enormes estatuas, poner a navegar barquitos sobre el estanque, patinar... patinaban con patines y con patineta! ¡Qué bellas tardes sintiéndonos privilegiados al poder disfrutar, en libertad, de este espacio tan único en el mundo!

Otra escena inolvidable era cuando sonaba la sirena y nos metíamos en los enormes túneles que existían en el “Manége de Chevaux”, que había frente a casa. Era nuestro refugio antibombardeo. Túneles, bodegas y sótanos que se bifurcaban en galerías diversas, de laberinto mayor. No se veía luz alguna, y esto nos hacía temblar de miedo y de emoción. ¡Qué sombras! ¡Qué máscaras! Parecíamos ratas.

## Vaucresson

**F**ue durante nuestra estancia en Passy cuando conocimos y empezamos a frecuentar Vaucresson, el Pavillon de l'Empereur. Era un lugar boscoso y con lagos, extraordinario, 15 minutos de tren de Saint-Lazare. Luego había que andar un rato por una carretera que subía suavemente, –la rue Nationale–, entre hermosas villas aisladas y árboles majestuosos. Como otros diez minutos... Un corto recorrido por un estrecho camino vecinal, por donde justo justo pasaba un coche, y se llegaba al frente del “Pavillon de l'Empereur” sobre un parterre de hermosas piedrecillas redondas y hortensias azules y rosados.

Era la clásica construcción de piedra y ladrillo, de dos pisos, cubierta de pizarras y chimeneas, muy del estilo de Napoleón III y de sus estaciones de ferrocarril. En la planta baja un enorme comedor, como para veintidós comensales, con muebles burgueses, creo que Henry III. Al lado, una cocina rústica, con chimenea, fogones y cacharros de cobre colgando por todas partes, y una mesa de madera desnuda, larga, como para un regimiento de domésticos.

En el primer piso, unas diez habitaciones muy amplias, cada una con su chimenea y su rincón toilette con paraván. Parece ser que era uno de los lugares preferidos, de caza, de Eugenia de Montijo –a quien no le gustaba cazar– no tanto por el local, sino por el enorme, bellissimo y frondoso bosque de centenarios árboles robustos y dos o tres pequeños lagos que son una delicia. Saint Cucufá entre ellos... Después de tantos años, la impresión que más perdura en mi recuerdo es la de una sensación parnasiana de encontrarnos tan cerca del bullicioso París y al mismo tiempo en un lugar tan natural, tan parecido al paraíso terrenal...

Cuando Manu Sota y Aburto, encargado cultural del Gobierno Vasco y director del coro “Eresoinka”, le condujo a Haydée de Aguirre a Vaucresson, el pabellón ya le debía ser muy conocido a éste, como lugar de esparcimiento y solaz de la sofisticada élite de siempre.

Recién dada a luz Mirentxu, Haydée quedó aislada en Vaucresson pues su grupo, el “Eresoinka”, se había disuelto. Y nos fuimos acostumbrando a visitar Vaucresson...

En ese momento el pabellón estaba administrado por una singular pareja. Ella, Clairette, era una figura increíble. De edad madura indefinida, chiquita, nerviosa, dura. Vestía como una campesina, un poco original. Siempre la recordaremos yendo de comisiones a por el avituallamiento, arrastrando un carricoche de hierro lle-

no de botellas tintineantes –le gustaba beber– y calzando aquellas galoches de madera. Iba siempre con la cabeza cubierta de un pañuelo anudado al mentón, y acompañada de un enorme perro lanudo, bonachón y sucio.

Su marido era un tipo bajito, regordete, de carnes fofas y blancuzcas –de no ver el sol en todo el santo día– con un bigote negro de comisionado. Se pasaba el tiempo durmiendo. Tenía un trabajo curiosísimo, que nos hacía mucha gracia. Trabajaba en el “Folies Bégères”. Este establecimiento, muy de moda durante la ocupación alemana, tenía la mayoría de sus espectáculos compuestos por bellas mujeres jóvenes de estilo Josephine Baker, muy estilizadas, que formaban las coreografías, saliendo completamente desnudas, tocadas con plumas colosales. Unas hojas de parra cubriéndoles el pubis... Pues bien, oculto tras el cortinón escarlata, entre bastidores, estaba nuestro hombre sosteniendo en una mano un cubeta de Champagne llena de hielo, mientras con la otra, enguantada y con un trozo de hielo, frotaba los pezones rosados y delicados de las bailarinas para que éstos se vieran bien garbosos y erectos al salir al escenario. Ellas esperaban en fila. Es de suponer que este oficio, ejercido durante años, había hecho callo hacia su enternecimiento en relación al sexo femenino. ¡Extraña pareja la de Clairette y su gordinflón, blanco y glacial marido!

Durante mucho tiempo Vaucressón fue el lugar ideal donde la colonia vasca celebraba las fiestas religiosas y patrióticas. Una especie de Centro Vasco parisién. Solían venir los del Coro “Eresoinka” a cantar y bailar. Aquí conocimos también a Luis Mariano. Era un chico muy guapo y atento. Le solían hacer bromas y él respondía con gracia. Pero cuando le daba por cantar, cantaba como todo un hombre, incluso mejor. Pepita Embil, la madre de Plácido Domingo, también era del “Eresoinka”. Una vez le cantó a su anciana madre, de una lado a otro del puente “Internacional” de Irún –que no podía cruzar debido a los fascistas– y se le oía perfectamente en todo el Bidasoa, emocionándonos mucho.

En Vaucresson había buena comida y buenos vinos. Solíamos comer a menudo en el parque. ¡Aquellas mesas largas a la sombra de los imponentes castaños!... Y siempre, al final, las corales improvisadas donde volcábamos nuestras almas patrióticas, y hasta podíamos lanzar Irrintzis y gritar sin molestar a nadie! ¡Qué días inolvidables los de Vaucresson cuando, en grupo de unos cuarenta exiliados, disfrutábamos plenamente de la naturaleza y del ambiente festejando y celebrando!

Durante unos meses de verano, mi marido, Maite, las más pequeña de los cinco, y yo, nos vinimos a vivir al Pavillon de l’Empereur, donde Haydée Aguirre y su hija Mirentxu (una niña de largos cabellos rubios y carita de infanta de cuentos de hadas), vivían ya instaladas permanentemente. Teníamos un cuarto muy bonito que daba al parque.

Ese verano, Naya estaba en Sondika, donde los abuelos, y a Eguzki, Joseba y Unai, los inscribí en una colonia vacacional, a unos cientos de metros de nosotros.

En esa colonia tuve un problema. Joseba seguía sufriendo de inconti-

nencia nocturna y el director del establecimiento le dio unos correazos. En cuanto me enteré me indigné y lo defendí terminantemente. No lo volvieron a tocar. Aparte de ese problema, la colonia vacacional era muy buena. Comían bien, en un refectorio inmenso. Tenían cuartos de tres camas y abundantes canchas deportivas, y salas de juego y estudio, y un personal muy eficiente, de estilo británico.

Un día que estaba con ellos viéndoles jugar un partido de fútbol presentamos un espectáculo escalofriante. Unos aviadores aliados –¿ingleses?– se tiraron en paracaídas de un avión de bombardeo tocado por los cañones alemanes, y, no sé por qué procedimiento, caían ardiendo, envueltos en llamas, cerca del bosque. Aquellos movimientos de marionetas humanas retorciéndose en el aire mientras las brillantes llamas los envolvía, consumiéndolos, era algo que estremecía, petrificándonos.

También ocurrieron cosas simpáticas. Un día que tenía que hacer alguna gestión en París, salí sola de Vaucresson, en tren hasta Saint-Lazare, dejándole a Maitte al cuidado de Haydée Aguirre y de Clairette. José estaba en Rouen. Recuerdo que me vestí elegantemente, con uno de aquellos sombreros transformables, de confección casera, que me sentaban muy bien. Es curioso constatar que durante ese terrible período de la Gran Guerra, estábamos obligadas, por la moda, a llevar sombrero y guantes cuando salíamos.

Terminé pues mi gestión favorablemente y pensé: “José está en Rouen, preparándose para el partido de mañana, los txikis están todos bien... Y yo tengo el perfecto derecho de disfrutar un poco de la vida...”. Y se me ocurrió ir a almorzar, sola, al Zatoste, un restaurant muy elegante y de moda, en el distrito XVI, propiedad de un vasco amigo.

Después de saludar a la “Faraona”, una amiga que residía en Vaucresson con nosotros y trabajaba en el Zatoste, de administradora, me senté en un simpático rinconcito.

Estaba disfrutando de una sabrosa comida, acompañada de un buen vaso de vino de marca, cuando aparecen en la puerta del salón los dos inseparables amigos, Xabier Landaburu y Agustín Alberro, vestidos con el porte elegante de siempre.

Al verme sola en un rincón saboreando mi cazuelita con un Bordeaux superior, lanzaron una exclamación de sorpresa y se dirigieron hacia mí. Después de los saludos y explicaciones del caso, se sentaron a mi mesa y pidieron el menú del día. No recuerdo qué era pero era algo bueno, como siempre en el Zatoste, aunque estábamos en plena guerra y con racionamiento de todo. Recuerdo que hicimos un almuerzo excelente y a los postres, la acostumbrada canturriadita de todos los comensales vascos. Suavemente, pero cantábamos, evocando a Euzkadí con la honda melancolía de todos los desterrados.

De repente, entre copa y humos, dice el tío Agustín:

– .... ¿Qué tal si cogemos el tren en Saint –Lazare y nos vamos los tres a Rouen y le damos un susto a José?”.

Parece increíble, pero así lo hicimos. Rouen era zona prohibida por los alemanes para el que no tuviera un salvoconducto o un pase especial. Y nosotros no teníamos ningún pase. No sé como se las arregló Agustín para sacar los billetes y repartir gracias, pero lo cierto es que pasamos al andén –sin permiso, los tres– entre sonrisas amables de controladores y guardias. Y de pronto nos hallamos sentados en un departamento de primera clase, solos los tres, bastante chispeaditos. Nos quedamos callados, mirándonos y dándonos cuenta del disparate que estábamos haciendo. En esto arranca el tren. Yo saqué un cigarrillo –fumaba en boquilla– para ponerme a reflexionar. Era un omnibus muy lento que se paraba en todas partes. De repente vemos que la cara de Xabier se va transformando en verdes distintos, acidulados... fue casi el gran pánico. Xabier se puso muy mal. Debió de ser algún ataque a la vesícula o al páncreas. La bilis. Vomitó. Sudaba mucho y daba la impresión de sufrir. Se tomó un calmante y poco a poco se fue recuperando. Cuando el tren se detuvo al fin en la estación de Rouen, estaba completamente restablecido.

Bajamos los tres la gran avenida Juana de Arco que sale derecha de la estación hacia la Catedral y el Sena, cogidos del brazo y cantando de nuevo.

Así llegamos hasta la altura donde estaba el comercio de los Pons, unos catalano-fenicios que importaban frutas, verduras, y otros víveres, en aquellos tiempos de penurias. Eran dirigentes del Club y tenían un establecimiento de buena clientela. José, cuando iba a visitarles, solía quedarse a dormir algún fin de semana, y jugaba a ayudarles en la tienda. Ésta era una de las fuentes de aprovisionamiento de los “Passyegos”. ¡Qué “colis”!, ¡qué “ravitaillements” los de Pons!...

Por casualidad en ese momento estaba José en la puerta del almacén piropeando a unas clientas. Al vernos marchar hacia él, los tres agarrados del brazo, su susto fue mayúsculo. Pero no se enfadó. Nos dimos un gran abrazo y reímos mucho. Luego me preguntó por Maitetxu. Le tranquilicé e inmediatamente llamamos, desde el mismo comercio, a Haydée Aguirre para decirle que pasaría la noche en Rouen, con mi marido, y el domingo a la noche regresaríamos a Vaucresson.

Fuimos al hotel. Al día siguiente se celebraba un partido muy importante. José era un futbolista en plena fama. Asistimos todos al encuentro y ganamos los del Rouen. Los directivos del equipo nos reunieron a todos para llevarnos a celebrar –y festejar– al Grand Hotel du Commerce, el mejor de Rouen. Agustín y Xabier fueron también invitados.

Fue una comida estupenda. A los postres se levantó un directivo del Club para anunciar que el amigo vasco, y gran hinchado del Rouen, Agustín Alberro, invitaba a todo el mundo a Champagne. Por su porte elegante –de embajador plenipotenciario– todos creían que Agustín era un potentado que adoraba el fútbol y gran admirador de Mandaluniz. Estalló una ovación. Fue muy aplaudido y felicitado, y despertó mucha simpatía por lo vasco.

A las once de la noche cogimos el tren, el directo a París. El recorrido de

vuelta lo hicimos en una hora. Durante el trayecto, ya más tranquilos, hablamos poco.

Nos sentíamos muy preocupados por Pepita y Koxtan, ¿cómo tomarían la aventura? Agustín nos confesó que habían ido al “Zatoste” a venderle al propietario unas cajas de habanos “Monte Cristo” que un amigo le había traído de Cuba. Costaban una fortuna en plena guerra y el beneficio sirvió para nuestro week-end, los pases y la champaña...

Pepita y Koxtan no me perdonaron la broma durante bastante tiempo. Me dicen que pasaron una noche terrible de angustias, hasta la mañana siguiente, en que llamaron por teléfono sus maridos.

Nos separamos los cuatro en Saint-Lazare. Aita y yo cogimos el tren de “banlieu” y llegamos a la estación de Garches como a las doce y media de la noche. Cogidos del brazo iniciamos el camino hacia el Pabellón por la carretera Nationale, muy solitaria a esas horas. Todo estaba muy oscuro; apenas unos bombillos tristes de trecho en trecho. Los árboles inmensos mugían agitados por el viento... Y justo cuando estamos en mitad del camino del trayecto se desencadenó una terrible tormenta de verano. Un temporal tremendo, con truenos, rayos y relámpagos terribles que rasgaban el cielo poniéndolo desnudo. Y empieza a caernos una lluvia gruesa encima, golpeándonos, cegándonos. Fue muy repentino. Estábamos caminando. Pero a José le ocurrió entonces algo sorprendente. Acelerando el paso empezó a reprocharme mi conducta, en forma brusca y desacostumbrada en él, diciéndome que era una locura lo que yo había hecho viniendo a Rouen y dejándole a Maitetxu abandonada, que yo era una loca, etc... Es la primera vez que me lo decía. Yo creo que el pánico que nos producía aquella tormenta, aquella tremenda borrasca en medio de aquellos enormes árboles del camino, y los rayos centelleando en zigzag sin parar, hizo que él perdiera un poco el control de lo que decía.

Caminaba con grandes zancadas de atleta. Yo a su lado, con mis altos tacones y mi sombrerito de flores y tules, trotaba, junto a él, agarrándole fuerte el brazo con las dos manos. Debía de ser la imagen misma del arrepentimiento melindroso.

– “... ¡Te prometo aitatxu que nunca más lo volveré a hacer!... ¡Te lo prometo aitatxu!... ¡Te lo juro por Dios!...”.

Entramos por el camino vecinal al parque y llegamos al Pavillon empapados. La puerta estaba siempre abierta. El perro avisaba. Subimos al cuarto de Haydée, despertándola y recogimos, en brazos, a Maitetxu que dormía junto a Mirentxu Aguirre. ¡Qué alivio cuando por fin nos encontramos en nuestro cuarto con nuestra kutuntxu! Nos dormimos enseguida.

## Celebración del fin de la Guerra

**L**a firma del Armisticio ocurrió cuando vivíamos en el estudio de la rue Passy.

Ese día nos reunimos en la Delegación vasca los tres matrimonios de siempre. Yo dejé a mis hijos con Teresa Anglade. Estábamos pensando en ir a cenar primero al “Zatoste”, y luego, ¡ya veríamos!... Nos preocupaba Durañona, el secretario de José Antonio Aguirre, quien quería “escoltarnos”. Era soltero, fornido, y nos resultaba algo pesado sin pareja. Hicimos maniobras para ocultarle nuestra salida, pero él se empeñó y nos siguió. En el “Zatoste” hicimos una cena estupenda, con champagne abundante y unos acordeones... ¡Y a ver París liberada! ¡La gran noche del Armisticio!

No fue cosa fácil, pero conseguimos un taxi. Por casualidad un enorme y viejo Cadillac otra vez. Entramos las tres parejas con dificultad, pero José Antonio Durañona no cabía. Era enorme. Tranquilamente se subió al capot del motor y de ahí al techo del Cadillac. ¡Cómo sería el ambiente de jolgorio y locura que el chófer no dijo nada! “¡A los Campos Elíseos!”, le dijo Agustín.

Y empezó el coche a rodar. Al llegar a la plaza de la Concordia era imposible avanzar. Todo París estaba en la calle. La multitud alegre rodeaba el auto por todos los lados. Nosotros, con las ventanas abiertas, saludábamos con entusiasmo al pueblo libre de París. José Antonio, sentado sobre el techo, daba pequeños saltos que sacudían el coche, como golpes de olas, abollándolo y desabollándolo, al tiempo que le oíamos ulular con una voz estentórea de almuédano de zigurat:

– “... ¡Ohuuu!... ¡Ohuuu!... ¡Ohuuuuuuuuu!”. La gente se reía.

Al llegar al Rond Point, no se podía avanzar más. Agustín le dijo algo al chófer, al tiempo que le daba un billete. Luego nos hizo seña de bajar con sigilo, y bajamos los seis del coche. El viejo Cadillac quedó plantado en medio del tumulto, destacándose la figura de José Antonio sentado sobre él, como un Buda en proce-sión, y clamando con gestos olímpicos “... ¡Ohuuu!... ¡Ohuuu!... ¡Ohuuuuuuuuu!”.

Esta imagen de José Antonio Durañona agitando los brazos y gritando, siempre me ha obsesionado el remordimiento. ¿Hasta dónde llegó así? ¿Qué hizo cuando se dio cuenta de nuestra “traición”? Es más, nos hemos vuelto a ver muchas veces, por San Juan de Luz y Vitoria, y él siempre ha tenido la elegancia cordial de no comentar este episodio.

Nosotros seis seguimos el ritmo de locura que se apoderó del pueblo

entero formando masa, saltando, agarrados de la cintura, en largas rondas con otros grupos, bailando, cantando, gritando. De repente, hacia la mitad de los Campos Elíseos oímos el sonido alegre y chispeante del txistu. Corrimos todos como locos hacia él y nos encontramos con Philippe d'Oyamburu y su cuadrilla del "Etorki" que entonces se llamaba "Oldarra", creo. ¡Qué emoción! ¡Qué alegría! Y con gran entusiasmo seguimos todos juntos cantando, bailando, festejando. Recuerdo "Txomin de la Trompeta", y otras muchas más...

Toda la noche seguimos la juerga, haciendo gamberradas hasta que amaneció. Hicimos la ronda de todos los bailes y cabarets de moda. Bebimos mucho champaña... en uno de los sitios más elegantes a José le dio por hacer un número cómico. Consistía en lo siguiente. José conseguía un paraguas y abría un espacio en la pista central, y se ponía a caminar sobre una línea imaginaria, derecho, con el paraguas abierto, equilibrándose como un funámbulo. La gente se reía mucho pues lo hacía con gracia. Al llegar a la mitad del "peligroso" recorrido se le caían los pantalones, dejando al descubierto sus musculosas pantorrillas y blancos calzoncillos. ¡Cómo gritaban las damas ante la cara de susto que ponía José! Tenía unas bellas piernas de atleta y él lo sabía.

Recuerdo que después organizamos una coral, con los del "Etorki", y cantábamos nuestras más alegres canciones vascas. Lo hacíamos bien. Eramos admirados y aplaudidos. Había de todo, franceses, americanos, ingleses, canadienses, australianos... Koxtan tenía una hermosa voz de soprano lírica.

Durante toda la noche, y a todos los lados que fuéramos, nos siguieron, entusiastas, dos gringos muy majos. Siempre querían pagar, pero Agustín se les adelantaba. Nuestro grupo de la Liberación debía de parecerles a esos infantes del tío Sam, el colmo de la gracia europea y de la chispa parisien. Mascaban chicle.



## *Capítulo VII*

---

---

# *Vascos de ley*

---

---

## *Semblanza de J.A. Aguirre*

**D**urante la dolorosa guerra, no tuve nunca contacto con José Antonio de Aguirre.

En los diez o doce años que vivimos en París fueron muchas las aventuras, los sustos y las angustias que hicieron que la Colonia Vasca se uniera en una verdadera hermandad.

La familia de Agustín Alberro, la de Xabier Landaburu, la de José Luis Rodríguez y Mandaluniz formábamos un verdadero clan que como he escrito antes nos autodenominábamos “los passyegos” por vivir en la rue Passy y sus alrededores. El que nos visitaba casi a diario era Manuel Irujo.

Alberro y Landaburu salían juntos, puntualmente a la Delegación Vasca. Cogían el Metro en la Mouette. Con sus trajes oscuros, sus sombreros flexibles, sus blancas camisas almidonadas (conseguidas con tanto sacrificio por sus esposas). Eran la estampa de la elegancia masculina. Parecían dos lores ingleses. ¡La hermosa perla gris de Agustín en la corbata!... Durante años fueron los colaboradores directos de José Antonio a quien tanto querían y admiraban. La familia Aguirre hacía una vida discreta, un poco alejada de la colonia passyega. A veces, José Antonio solía ir a comer a casa de Alberro o se reunían en la pensión de Teresa Anglade. En casa de Landaburu no había espacio. Cualquier motivo o festividad era suficiente para que organizásemos reuniones en cualquiera de las casas. Comer un buen plato, charlar... Era curioso ese proceder, y cómo en tiempos de peligro tratábamos de olvidarlo comiendo, cantando, con alegría... Compartíamos nuestras escasas provisiones, y mientras las “amatxus” intercambiábamos nuestras recetas y ocultábamos nuestros miedos, los hombres hablaban de acontecimientos en el mundo; de la Delegación Vasca, de las reuniones de José Antonio con personajes importantes de la Democracia Cristiana, de la idea de la unión europea, del libro “La Causa del Pueblo Vasco” que escribía Landaburu, cuya transcendencia no sospechábamos la mayoría. Pero una cosa quedó bien grabada; el cariño de José Antonio y la confianza en estos hombres, que a su vez tanto le admiraban, por la labor de Agustín como financiero y por Landaburu como intelectual puro, de ideas progresistas.

Durante la ocupación alemana hubo momentos de gran peligro. Estos dos hombres se jugaron la vida.

Pero con la perspectiva de tiempo-espacio alejada, la figura de José Anto-

nio Aguirre aparece en mi recuerdo con una enorme dimensión humana y sinceridad política.

Su vida ejemplar, su valentía ante situaciones difíciles y sobre todo gracias a su conducta de cristiano auténtico, admirada hasta por los enemigos, consiguió algo que no hemos sabido valorar en toda su grandeza: que en la memoria del mundo entero dejó constancia de la existencia de una cultura que la más cruel persecución no pudo destruir: Del Pueblo Vasco. De Euzkadi.

## Viajes a Egoalde por Sara

**D**urante la ocupación alemana, y viviendo en París, hicimos dos viajes increíbles a Euzkadi Sur. La primera vez pasé por la frontera de Irún. Me acompañaron hasta el puente, José, Adolfo, Lezo, Don José Luis Rodríguez y Don Andrés Untzain (cura vasco residente en Cuba y gran amigo de Ernest Hemingway). Entre bromas y chistes del grupo, yo, creyéndome una Juana de Arco y con mucho miedo, tomé el tren de Bilbao y bajé en Atxuri, y luego tomé el trencito de Lezama-Mungia que me dejó en Sondika delante de la casa de mi padre. ¡Qué emoción! Después de tanto tiempo podía abrazar de nuevo a los txikis, Eguzki, Joseba, Unai y Naya, quienes llevaban una buena temporada en casa de aitite. Pero me di cuenta de algo que me entristeció mucho. Naya era la preferida de aitite y cuando hacía algo malo le solían decir las tías:

– “¡Si te portas mal te mandamos a Francia con tus padres!”.

Total que me miraba con cierto recelo. Aunque sea dicho con todo amor, ¡qué nefasta influencia puede producir una frase así en una niña de cinco añitos!...

Pasé unos días muy tranquilos con Aita. La tía Anita, la segunda mujer de mi padre, una santa, cuidaba de mis cuatro hijos –Maite siempre conmigo– y de su hija Mari Angeles con el mismo cariño y preocupación. Sufría del corazón. Le ayudaban sus dos hermanas, la tía Emilia y la tía Luci, dos mujeres de garbo y tronío. Disfruté mucho oyendo los cuentos de Sondika y de la “Situación en general”... saboreando aquellas cazuelitas. Sólo salí una vez de casa, para hacer una excursión con un buen grupo de amigos, al castillo de Butrón.

Una tarde vino temprano Aita del trabajo. Venía asustado y no podía disimularlo. El sargento de la Guardia Civil, que era muy amigo suyo, había ido al medio día a la taberna de Asúa, donde solía comer mi padre, y le había dicho lo siguiente:

– “... Acaba de llamarme el Comisario de la Policía de Bilbao y me dice que hay orden de parte del Gobernador que detenga a Polixene Trabudua de Mandaluniz y la conduzca a la jefatura del Carmen... Yo le diré que he recibido el parte un poco tarde. Tu, Trabudua, ya sabes lo que tienes que hacer!”.

¡Claro que sabíamos lo que debíamos hacer!

Preparé inmediatamente una pequeña maleta y sin despedirme de nadie, agarrada fuerte de la mano de Maite (de tres añitos), salí por Artxanda a Bilbao, tomando el tren de las tres en La Ola. Nos acompañó Felisa Bilbao, sobrina del párroco, que vivía en Galdakao.

En Achuri tomamos las tres el tren, ella hasta Galdakao, y Maite y yo a San Sebastián.

Alrededor de las siete de la noche, más tarde probablemente, llegamos a la estación de Amara, en San Sebastián, y ¡oh! ¡sorpresa!, me encuentro con mi suegra y mi cuñada, Venancia y Carmen Mandaluniz Ealo, acompañadas de un hombre joven. Les conté rápidamente mi situación y ellas me explicaron la suya. Resulta que el joven era el novio de Carmen. Preso de la guerra, acababa de salir de la cárcel de Larrondo. Carmen era su madrina. Se carteaban y ella le ayudó mucho. Una vez liberado, habían venido a Donosti a pasar dos días, acompañados de la madre, Venancia, con toda formalidad.

Yo ya tenía pensado a donde ir. Tenía la dirección de una mujer que yo admiraba mucho y de gran relevancia dentro del E.A.B. Me despedí de ellas y del joven, paré un taxi y justo al partir dice el novio de Carmen: “Voy a acompañarla, señora. Esperadme aquí, vuelvo enseguida”.

En diez minutos estuvimos ante la verja del hermoso chalet. Entonces me pareció más prudente llamar sola, con Maite; y el novio se volvió en el mismo taxi. Puse la maleta a los pies y sin soltar la mano de Maite, llamé confiada a la puerta.

Salió la propia señora, totalmente vestida de negro. Con voz emocionada le conté mi problema. De pie, en la misma puerta, me contestó:

- “Lo siento mucho Polixene, tengo la casa llena de parientes”.
- Pero podemos dormir en un colchón, en cualquier rincón...
- Lo siento. No puedo”.

Y sin ofrecerme ni un vaso de agua, me cerró la puerta en la cara. Me dolió mucho, aunque comprendí que lo hacía por puro miedo.

Caminando, con Maitetxu agarrada de una mano y la maleta de la otra, recorrí aquella urbanización de elegantes villas, con desesperación grande y tristeza en el alma...

De pronto me acordé de unos amigos. Una familia numerosa que tenía al padre en Venezuela y cuya hija mayor, Maritxu, era buena amiga mía (estaba casada con el alpinista José Mari Anzola, que hizo el Kilimanjaro). Busqué en mi libreta y me dirigí a pie a su domicilio. Vivían en un segundo piso, no recuerdo qué calle.

Me recibieron con los brazos abiertos, me ofrecieron una buena cena y me condujeron a una habitación para descansar. Como era verano, y aún era de día, y ellos se ofrecieron para cuidar a Maite, decidí salir sola a gestionar mi paso por la muga.

Al volver a casa de los amigos, sin haber conseguido encontrar a quien buscaba, me llevé el susto madre. Entro en la habitación y me encuentro con Maite que había agarrado el lápiz labial de mi neceser y había cubierto de grafitis rojos el bello cubre-camas blanco y el papel tapiz junto a la cama. ¡Un desastre!... Ellos, en lugar de enfadarse, procuraron consolarme de mi disgusto.

A la mañana siguiente volví a salir sola. Fui a la parte vieja de San Sebastián, al puerto viejo. Sabía el nombre de la taska donde se reunían los mugalaris. Eran todos abertzales, y el más famoso de ellos Patxi Okamika. Todo el mundo sabía que éste pasaba continuamente de Donibane –o Bayona– a San Sebastián a todos los que necesitaban salirse del campo de operaciones del Tercer Reich, sobre todo a los aviadores aliados. La Gestapo lo buscaba como palito de romero; pero Patxi contaba con el cariño de todo el pueblo vasco, tanto de Iparralde como de Egoalde.

En la taska pregunté por él. Me miraron con recelo. Cuando comprobaron quién era yo me dijeron que volviera por la tarde.

Volví a la hora indicada y en cuanto me vio Patxi me dio un gran abrazo. Sentí que mis angustias habían terminado. Me dio un carnet de identidad con el nombre de María Rodríguez, domiciliada en Bera de Bidasoa, con un retrato que no se parecía nada a mí. Pero me dio tal seguridad que no dudé en usarlo si el caso se diera. Y me hizo aprender de memoria un nombre y una dirección en Bera.

Y salí en autobús a Bera, después de haber agradecido a Patxi Okamika el inmenso favor que me hacía.

Pero antes de seguir tengo que recordar algo que pasaba por alto. Antes de ir a la taberna en busca de Patxi Okamika a la mañana, salí en Topo, con Maite, hasta Irún. Allí, en el mismo puente, en las aduanas, había un alto funcionario, gran amigo de Aita, llamado Esteban Bilbao. Este le ayudaba a Trabudua facilitándole las cosas cada vez que venía de Sondika a ver a sus nietos y a mí. Y conociéndole a Aita, sé que le retribuiría los favores con gran prodigalidad. Aita era generoso hasta la exageración.

En el Topo me extrañó mucho no ver a nadie. Iba vacío. Llegamos sin dificultad ni control hasta el mismo puente y bajamos del vagón al andén que estaba también vacío. Maite y yo, agarraditas de la mano, atravesamos unas cuantas salas y llegamos a la oficina de Esteban Bilbao. El susto de éste al vernos fue enorme:

– ...“¿Cómo diablos habéis podido llegar hasta aquí?”.

Atravesando el despacho salimos por la puerta opuesta que da al frente, a la misma altura de la barrera del puente. El espectáculo era increíble. Había militares y uniformes por todas partes. Todos muy agitados y muy nerviosos. Habían colocado una ametralladora en la misma mitad de la calle, mirando al puente, hacia el Norte, hacia Hendaya, hacia la Europa liberada.

¡Dios mío! ¡Lo que son las cosas del azar! Yo, buscada por la policía franquista, teniendo que salir de casa de mis padres con Maite de tres añitos... yo, era la única mujer que estaba presenciando aquel hecho histórico: la toma de posesión del puente por los Gaullistas y Aliados.

De este lado todos estaban muy tensos y nerviosos y me miraban con recelo, pero como veían que Esteban Bilbao nos trataba a Maite y a mí con deferencia, pensando que éramos familia, no nos molestaron para nada.

Del lado de Hendaya se veía un tumulto tremendo. Ondeaban banderas francesas con la Cruz de Lorena. Cantaban la “Marsellesa”, la “Internacional”, “l’Alsace et la Lorraine”, y gritaban y vociferaban, e insultaban a los militares franquistas...

De repente se suelta de la muchedumbre un hombre que parecía joven y echa a correr como un loco por mitad del puente hacia nosotros. No había corrido cien metros cuando unos cinco o seis hombres que le seguían lo agarraron justo al llegar a la mitad del puente. Por los pelos, por los pies, arrastras, se lo llevaron, entre insultos y golpes, hasta la barrera de Hendaya. Seguramente lo lincharían. ¡Perder la vida por dos o tres metros!

La atmósfera era muy densa y la intranquilidad de aquellos militares franquistas insoportable. Esteban me aconsejó que tomara el próximo Topo de regreso a San Sebastián pues la pretensión mía de pasar el puente sin papeles españoles, y ante aquella situación internacional, era impensable. Él se dio cuenta que yo corría allí un gran peligro y se portó muy bien acompañándonos hasta el vagón. Yo sentí, al despedirme, que habíamos presenciado algo increíble, y sobre todo algo histórico.

Después de esta intentona de pasar por el puente de Irún con la ayuda de Esteban Bilbao fue que regresé a la parte Vieja y me encontré en la taska con Patxi Okamika. Con su ayuda y recomendación llegué pues a Bera. Llamé a la puerta de una bella casa señorial, de piedra tallada, propiedad de la familia Belausteguigoitia.

Esta familia estaba compuesta por doce hijos varones. ¡Un equipo de fútbol! Dicen que la madre, cuando llegó el número doce, estaba un poco cansada... Y fue precisamente el número doce el que se hizo millonario en México y ayudó a todos los otros hermanos. Era una casa señorial muy hermosa, en el centro de Bera, en la calle principal. Al otro lado de la calle, casi en frente, vivía Pío Baroja, a quien saludé una vez. (Se la pasaba en el balcón, con un chal). La parte trasera del caserón daba a un río, y había un jardín muy alegre, un huerto hermoso, y también un criadero de cochinos. Un sitio encantador.

Los Belausteguigoitia me recibieron con tal cordialidad que pasé dos o tres días con ellos, inolvidables, mientras ellos mismos se encargaban de buscarme al mugalari.

Y una mañana temprano, apenas amaneció, inicié el camino del contrabando de Sara, acompañada de un joven y gallardo contrabandista y de mi kutuntxu Maite.

La primera parte del camino es una calzada de piedra, de estilo romano, que sube en cuesta suave hacia el Norte, hacia el Larrún. Maite lo hizo caminando. Todo el resto del camino tuvimos que llevarla entre el mugalari y yo. Una bonita ermita, junto al camino, nos despidió de toda vivienda, e iniciamos el largo y fatigoso ascenso. Después de caminar unas cuatro o cinco horas llegamos al punto crítico de la muga. Nos escondimos detrás de unas zarzas y el acompañante silbó de una manera

muy especial. Le contestaron y entramos en el caserío, que era una Venta, por la parte trasera. Allí, en la cuadra llena de ovejas, estuvimos ocultos un buen rato. ¡Qué largo me pareció aquel tiempo! Las ovejas balaban como unas tontas, asustándome.

Por fin conseguí que Maite se durmiera en mis brazos. Al rato, la etxe-koandre vino a buscarme y me condujo, por una escalera interna, desde la cuadra al piso del caserío, en una sencilla habitación que sólo tenía una enorme cama. Después de una buena cena, servida en la misma habitación, me acosté temprano a dormir con Maite al lado. El recuerdo más intenso de esa noche fueron las pulgas. Había tantas que a pesar del cansancio apenas pude echar unas pequeñas cabezadas.

A la mañana siguiente bajé a la sala-tienda y haciendo ver que era una francesa, que había llegado de Sara a por víveres, me dediqué a comprar algunas cosas que en Francia escaseaban: chocolate, chorizo, etc... Todo bien calculado por los dueños de la Venta; cuando llegó la pareja de la Guardia Civil yo estaba terminando ya mi compra y hablando francés con la patrona. Unos chistes de los guardias, en español andaluz, creyendo que yo no entendía, no me hicieron ninguna gracia, y los charolados tricornios me produjeron un escalofrío de miedo y angustia.

Saludando con sonrisas a todos los presentes, incluso a los “civiles”, inicié el camino hacia Sara. Cuando la calzada se ocultó tras unos zarzales apareció mi mugalari que nos condujo a paso alegre hasta Sara. Allí nos esperaban José y Lezo Urreztieta.

Es de señalar que todos estos abertzales, la familia de Maritxu Anzola, Patxi Okamika, los Belausteguigoitia de Bera, me ayudaron sin percibir estipendio, ni favor alguno, y sí arriesgando sus vidas. El mugalari tampoco me cobró nada. Lo que hicieron conmigo lo hacían continuamente con patriotas perseguidos. Era una organización creada por el P.N.V.

De Sara fuimos a San Juan de Luz donde permanecimos en el hotel Euskalduna unas semanas. Durante esos días logré convencerle a José para que me dejara de nuevo pasar la muga hasta Bera a buscar a Unai, quien llegaría hasta ahí acompañado de mi padre. Ahora sabía cómo era el camino. Conseguimos comunicarnos con el mismo mugalari. Vino a buscarme a Sara y me condujo, por la misma Venta, a la misma casa señorial de los Belausteguigoitia donde me trataron con tanto cariño. Visto a distancia en el tiempo, creo que fue un acto abusivo de nuestra parte. Ellos trabajaban por un ideal, generosamente, y nosotros exageramos al pedirles que nos ayudaran en un asunto que no era de extrema gravedad.

Me quedé dos días donde los Belausteguigoitia mientras me comunicaba por teléfono con mi padre en Sondika. Al de dos días llegó aita a Bera, con Unai. Vestía éste con un abrigo de chevrons finos verdes y blancos, demasiado grande. Se lo había comprado aítite en “El Aguila”, para que le sirviera unos cuantos años... Me impresionó la palidez de Unai y la forma que tenía de mover la cabecita de derecha a izquierda con un tic nervioso.

Mi padre volvió inmediatamente a Sondika después de abrazarnos y charlar un rato. ¡Pobre aita! ¡Cómo abusé de su bondad!

A la mañana siguiente ya estaba el mugalari en la gran cocina desayunando. Iniciamos el mismo camino de hacía unos días, pero esta vez sería mucho más difícil y doloroso. Unai tenía 7 años, pesaba mucho más que Maite, y pronto me di cuenta que tenía fiebre, fiebre que iba en aumento a medida que avanzábamos... cuando llegamos a Sara tenía 40<sup>o</sup>. Tuvimos que auparlo continuamente, unas veces a hombros del mugalari, otro rato yo, “arretxikilin”.

Nos cansábamos mucho y yo no quería descansar hasta llegar, angustiada por la fiebre de Unai. Nos apoyábamos sobre los bastones sólidos, un poco largos, como unos báculos. Comprobé que son más cómodos para caminar que el simple bastón. En los pies llevaba alpargatas. Quedaron destrozadas al final del viaje. De vez en cuando el guía me hacía una seña. Nos deteníamos a escuchar, escondidos en los matorrales, hasta que daba de nuevo la orden de marcha.

Caminábamos por bosques y entre argomas, sin ningún sendero señalado. Así llegamos a un claro donde unos carboneros faenaban alrededor de unos túmulos en forma de chimeneas llenos de troncos y maderas para hacer el carbón vegetal. Dos enormes perros policías nos recibieron amenazantes. La makilla del mugalari y los gritos de los olentzeros los dominaron. Pasé un miedo muy grande.

Llegamos a la Venta, creo que era al mediodía. Nos escondimos en la cuadra y, puestos de acuerdo con la familia, cuando los guardias civiles hacían la ronda, entramos por el portal principal como si fuéramos franceses, de Sara, en busca de víveres... Pero con Unai me pasé un susto muy grande. Yo tenía miedo que hablara español y delatara nuestra procedencia, “Ixilik Unaitxu!.Ixilik Unaitxu!...” le decía yo. Y atravesando la sala lo llevé a la cocina y lo dejé con la dueña, cerca del fuego, mientras yo compraba algo en la sala.

Cuando los guardias civiles llegaron de dar su ronda yo salí llevando a Unai (que seguía sorprendido en su fiebre) hasta el recodo anterior. El mugalari sólo me acompañó hasta el comienzo de la bajada pues yo ya conocía el camino, y no había ningún peligro para mí en Iparralde. Llegué a Sara completamente agotada. La juventud tiene recursos increíbles de resistencia, la vida en general. Entré en uno de los bonitos hoteles de Sara, justo delante de la iglesia –recuerdo que tenía una hermosa parra– y pedí que llamaran al médico. Éste, en cuanto le vio a Unai, dijo que no era nada grave. Le dio una medicina, ¡y que descansara!

Dormimos en el hotel y a la mañana siguiente llamé a José, al Euskalduina, y vino enseguida a buscarme con Maitetxu.

Lo de Unai sólo fue una tremenda indigestión producida por todas las golosinas y chocolates con que le atiborró aitate en San Sebastián.

Al de pocos días subimos los cuatro a París, al estudio del 48 “rue de Passy”.

De estos dos viajes por la muga el recuerdo más intenso y perdurable es la impresión del esfuerzo físico enorme que el cuerpo humano puede realizar motivado por una fuerte emoción. (Ahora ya todos sabemos lo de la Adrenalina...). Y el miedo que pone los nervios en tensión cada vez que nuestro guía, que tenía un oído muy desarrollado, nos obligaba a acurrucarnos entre zarzas, ante la sospecha que una patrulla de la siniestra Guardia Civil apareciera de repente y nos llevaran detenidos.

Llegamos los cuatro al estudio de Passy y al de poco tiempo fue la gloriosa noche de la firma del Armisticio, antes descrita.

## *Buscando a Naya*

**C**ada vez que las circunstancias lo permitían y tenía oportunidad, trataba de que Naya se uniera a la familia. La terquedad de Trabudua lo impedía.

Yo sabía que la estancia prolongada de ella en Sondika era sobre todo a causa de María Angeles. Para ésta, Naya era la hermana imprescindible, pues siendo Naya dos años y medio más joven que ella, la dominaba completamente.

Sobre todo, durante los viajes que efectuaron a Lorient y a París a través de Anita, eran las oportunidades ideales para traernos a Naya.

Pero, ¿cómo dejar a María Angeles sola con las tías, sin la compañía de Naya?

En una ocasión puse todo mi corazón y voluntad para, de una vez, unirla a la familia.

Era verano –no recuerdo el mes– y se celebraban en Hondarribia unas regatas muy famosas a las que acudían embarcaciones de ambos lados de la muga. Durante ese día la policía franquista toleraba que se acercaran junto al muelle los matriculados franceses, sin control. Ocasión que los contrabandistas aprovechaban para hacer su agosto. ¡Qué ingenio derrochaban sin que sospecharan los feroces aduaneros!

Juli Sarría me propuso su ayuda para una audaz acción y recuperar a Naya. Ella que era admiradora de los “arrantzales” de Donibane, conseguiría la lancha y los tripulantes para ello. Conocida la fecha y avisado mi padre por teléfono, organizamos la excursión.

Por pura casualidad, era un domingo en que toda la familia estábamos invitados a almorzar en casa de Philippe d’Oyamburu, recién casado con Maite Albeiro, quienes vivían en Biarritz, en un bello chalet del padre de él.

Decidimos que José iría a Biarritz con los txikis y yo me quedaría en Donibane, donde me embarcaría con Juli para Hondarribia, a buscarle a Naya.

Fue para mí una aventura emocionanteazonada con la paranoia permanente de la persecución franquista.

Era una lancha pequeña, una chipironera, en la que íbamos unos diez pescadores, y Juli Sarría y yo, como mujeres.

Ese día no era de mar calmoso, más bien con grandes olas. Para los arrantzales, los saltos que daba el lanchón eran de risa. Lo único que les molestaba era para beber de la bota de vino que continuamente apuntaban a sus bocas.



*Aita, Naya y Anita junto a unos familiares.*

cándole a Naya, quien estaría acompañada de aitite, Anita, las hermanas de Eli Gallas-tegui y Puri que siempre acompañaba. La contraseña era que Naya tendría un vestido rojo y agitaría un pañuelo blanco.

Pasamos una vez, dos veces. Hasta tres veces pudimos dar la vuelta, casi pegados al muelle y, ¡nada!... Ni Juli, ni yo pudimos distinguir el grupo que tanto deseábamos ver.

¿Qué es lo que pasó? Simplemente, que no se nos ocurrió pensar que siendo fiestas, todo el mundo andaba de rojo y blanco agitando pañuelos. Ellos estaban allí junto a otros miles de asistentes enardecidos que gritaban y agitaban los pañuelos hacia las regatas... Y tampoco pudieron distinguir el lanchón que daba vueltas y más vueltas, en medio de aquel maremagnum de embarcaciones.

Al atardecer, cuando la asistencia fue disminuyendo, dimos una última pasada delante del muelle y los marineros decidieron que era hora de volver a casa, a San Juan de Luz.

El gran dolor que sentí al no poder ver a Naya fue ahogado por el terror de la travesía de vuelta. La entrada de la rada, antes de llegar a Sokoa, siempre es peligrosa. Ese día las olas eran tan grandes que la lancha que iba a unos cien metros delante nuestro desaparecía completamente cada vez que se formaba una hondonda donde quedaba la nuestra.

Pasé tanto miedo que ni los demasiados alegres arrantzales lograban disminuirme. Más tarde supe que aita, con los hijos sabiendo las condiciones del mar, rezaron todos unidos para que amatxu llegara bien, con Naya.

Y amatxu llegó, pero sola. Otra vez más. ¿El destino? ¿El deseo de aitiba para la felicidad de María Angeles?

De pronto, aparece la costa de Hondarribia llena de lanchas y barquitos cargados de racimos de juventud colorista y bullanguera. Los muelles repletos de pueblo vasco de Egoalde e Iparalde. ¡Qué hormiguero tan colorido!

Mientras se desarrollaba la regata, nuestra lancha empezó a recorrer lentamente el muelle señalado, bus-

Pero otra vez brilló la hermandad de los vascos en caso de necesidad.

Ni Juli Sarría, ni los arrantzales cobraron nada y además les estropeé su espectáculo trainero por necesidad de los desplazamientos... y sobre todo destacar que estaban dispuestos a realizar la arriesgada acción de trasladar a Naya, del muelle a la barca, exponiéndose a un encarcelamiento.

Eskerrik asko arrantzale maitiak!

# Pluguffan

**E**l “manoir” de Kerhuijen, situado en el pueblo de Pluguffan, en plena Bretaña, tuvo una profunda y larga importancia en nuestra etapa de exiliados en Francia.

Era una hermosa residencia campestre de estilo muy francés del XIX. Tenía techos mansardés cubiertos de pizarras y altas chimeneas, un patio, un parque y un bosque, y cuadras y caballerizas vacías, y una lechería... Tenía dos pisos y unas catorce habitaciones y cuatro baños. En la planta baja, una cocina enorme que parecía refectorio de convento. Un comedor y dos salones pequeños y otro más grande, al otro lado de un gran vestíbulo de imponentes escalera. Este salón estaba cerrado a llave todo el tiempo que permanecimos allí.

Este manoir pertenecía a un industrial vasco, Zabala, con fábricas hasta en Valencia. Lo había comprado para colocar el dinero que consiguió sacar de Euzkadi durante la guerra civil. Esto nos lo contó Juanjo Bardesi, quien ejercía de administrador. Zabala le dio plenos poderes para administrar y cuidar dicha propiedad, sin capitales, ni sueldo, esperando ver que hacer con ella.

Juanjo empezó sembrando, plantando y cuidando el huerto, el vergel y colocando conejos en las conejeras y gallinas en el corral. Trabajaba personalmente doce horas diarias. Consiguió como ayudante a otro exiliado, también de Amorebieta, Gorospe. Entre los dos lograron cultivar toda clase de hortalizas y verduras, sobre todo tomates. Había tomateras por todas partes. También cuidaban de los árboles frutales con maestría, haciéndoles injertos y todo eso. Eran jardineros.

Juanjo era soltero. Tenía un handicap muy grande. Debido a una accidente (siendo niño se le cayó a la niñera) se le había estropeado la columna vertebral. Quedó algo chiquito y con una joroba. Juanjo era un abertzale zintxo, un hombre de una calidad humana extraordinaria y tan fuera de lo común que nunca pensabas en su defecto físico cuando le hablabas. Inteligente, instruido, bondadoso, solidario. Durante la guerra todos los exiliados vascos de París recibíamos su ayuda desinteresada. Juanjo trabajaba con disciplina de monje, no para enriquecerse él sino para ayudar. Todas las semanas nos mandaba a los “Passyegos” paquetes de víveres, aquellos famosos “colis”!... Frutas, tomates, pimientos, huevos; luego les fue añadiendo mantequilla, tocino, granos, que conseguía en los vecinos caseríos amigos.

Son tantos los recuerdos que guardo de nuestra estancia en “Kerhuijen” que sería imposible describirlos todos. Procuraré recordar algunos.

Durante más de cuatro años, el manoir bretón fue lugar de vacaciones maravillosas no sólo de nuestra familia, sino de numerosos amigos comunes. Aquí pasaron su viaje de novios Ander Orrantia y su mujer, Elade. También Mikel Ayerdi y su esposa. Adolfo Larrañaga, el poeta, también solía pasar largas temporadas, y los Alberro, y los Landaburu, y don José Luis Rodríguez, cura muy agradable, periodista y presidente de Juventud Católica de Bizkaia, y Lezo, Irujo y otros más...

Adolfo tenía una hermosa habitación con un ventanal que daba al parque delantero. Desordenada, llena de libros, revistas y recortes de periódico y humo. Fumaba puro, purito, tabaco, cigarrillos, pipa y de todo. Solía recortar algunos chistes del periódico y los pegaba sobre su mesa escritorio. Decía que cuando tenía alguna pena, miraba el chiste y se le iba la tristeza. Siempre lo recordaremos jovial, contento, con su aire de viejo lord Chambelain del Gran Señorío. Fue una persona extraordinaria. Todos mis hijos le recuerdan al que más, con verdadero cariño. A continuación inserto un artículo que escribí sobre él hace un par de años.

## Adolfo de Larrañaga

**A**dolfo de Larrañaga es para mí el poeta por excelencia, no tanto por sus escritos como por su forma de ser y de saber estar, dar, regalar, compartir... y con casi nada, vivir bien, en la cordialidad de un grupo de buenos amigos.

Adolfo nace en Santurce, Bizkaia, en 1879 y fallece en San Juan de Luz en 1961... Pero su presencia es tan viva para los que le amamos que siempre que recordamos su vida y milagros terminamos con los ojos empañados de emoción.

Su figura física es inolvidable. Vestía siempre con esa elegancia natural que impone respeto. Lucía elegantes trajes de alpaca, o de lana inglesa, regalos de opulentos amigos. Usaba botines sobre los zapatos y, al cuello, corbata o pajarita, según el estado... Chaleco, guantes de pécarí, un sombrero flexible sabiamente ladeado, y siempre, siempre una flor blanca en el ojal y un bastón de bambú en la mano. ¡El perfecto viejo lord inglés para películas de Fellini!... Es verdad que el pantalón tenía, a veces, los pliegues algo ajados, o en el chaleco algunos lamparones que le daban cierto aire chaplinesco, pero sus pequeños ojos de fauno eran tan vivos y su sonrisa tan llena y encantadora que sólo podíamos escucharle con admiración y amarle.

Joven, se gradúa de abogado y de diplomático y ejerce un tiempo de juez. Tiene una cultura general tan amplia y profunda que puede hablar de todos los temas de la literatura universal, como de cosa propia. Sobre todo le gusta la mitología griega. Son frecuentes sus citas clásicas y los calificativos con que denomina a amigos y conocidos: Tritón, Júpiter. Minerva, Nerón, Antino... y que cuadran perfectamente con el denominado.

Esteban Urkiaga, "Lauaxeta", es para mí uno de los mejores poetas vascos contemporáneos, pero creo sinceramente que Adolfo Larrañaga se merece mayor atención y ser mejor conocido por nuestra juventud intelectual, y por la otra, la "hippy", la olímpica!...

Como poeta, Adolfo ha dejado una buena muestra de su genio clásico-rebelde en obras diversas, trabajos, ensayos... "La Guitarra" de honda inspiración faraónica, con ilustraciones mágicas de Uría Monzón. "Unai Ona" o el "Buen Pastor" con exquisitas estampas de Ramiro Arrue. "Canto a Sabino", "Las Regatas", "San Juan de Luz", etc... Pero la plena justificación de su vida y gloria la halla el poeta en la pura poesía, sentida y vivida como un todo.

Su padre dejó, al testar, unas buenas propiedades y valores. Adolfo

renuncia románticamente a su herencia en beneficio de su hermano y de su madrastra. Para muchos ésto podrá parecer ridículo y tonto, pero para él es la base de la libertad. Su divisa, como la de los gitanos, es “¡Salud y Libertad!”. Nunca tuvo sentido de la propiedad privada propia, ni sentido del dinero, pero rara vez le faltó lo necesario. Para sus amigos era una dicha el que formara parte de la familia. Lleno de gracias espirituales, su llegada era siempre recibida como la de un verdadero Papá Noël.

Algunas anécdotas de su vida son de antología. Siendo Juez Municipal por San Francisco, en las Cortes de Bilbao, tenía que juzgar a menudo a humildes raterillos y mujeres de vida alegre. Les condenaba casi siempre a pagar las multas mínimas y además, con la complicidad del alguacil, les pasaba bajo capa el importe de las mismas. Así su escaso sueldo se diluía entre manos de menesterosos ilegales. Pero éstos volverían alegres a sus hogares y tan agradecidos que pienso que más de uno pudo cambiar su vida, como el Jean Valjean de “Los miserables” de Víctor Hugo.

Una anécdota que le gustaba contar con profusión de tono y que nos hacía reír hasta las lágrimas, él mismo tenía que interrumpir varias veces el relato entre carcajadas y toses: “Estaba un día juzgando a los autores de una riña callejera donde resultó herida una joven prostituta. Pregunté a otra “peripatética”, amiga de la anterior y testigo del hecho:

– ...¿Y dónde recibió la puñalada en la reyerta?...

– Mire usted, Su Señoría, yo no sé exactamente donde ha sido, pero me parece que es entre la reyerta y el ombligo...”.

Adolfo vivió grandes temporadas con nosotros en Bretaña, en el manoir de Keruhijen donde nos recibía Juanjo Bardesi, el gran abertzale y fino hortelano. Los txikis adoraban a Adolfo y lo seguían por todas partes. Solía decir: “Quien no ama a los niños y a los animales es mala persona”. A veces jugaba al preceptor de gran familia y trataba a los niños de usted, interesándoles en la botánica, la historia, la literatura... Les contaba bellos cuentos de genios e historias de argonautas, héroes y centauros con mímicas y entonaciones tan diversas, y había tal magia en sus palabras, que todos le oíamos hipnotizados.

Una noche, en medio del bosque que rodea a la mansión, en un precioso claro, hicimos una gran fogata y organizamos una hermosa fiesta pagana. Nos sentamos como los indios, con mantas sobre los hombros y flores en el pelo. Los niños con las frentes ceñidas de plumas y las caras pintadas, le nombraron a Adolfo gran cacique Ojo de Aguila. Lo sentaron en un trono, de rocas y maderos, cubierto de una piel de oveja, y lo colocaron sobre la cabeza una corona de laureles.

Adolfo nos recitaba versos y tocaba en la guitarra melodías vascas, coreadas por todos, y habanera y acompañamientos diversos e improvisaciones. Cada quien declamaba su rollo. Los críos muy serios y solemnes bailaron la danza del fuego.

De pronto oímos el canto del búho. Adolfo se levanta del sitio, mira fijo el horizonte y, abriendo grandes sus pequeños ojos de fauno llenos de vida, exclama: – “...¡Ahí!... ¡Ahí!... ¡Una ninfa nos está mirando!”.

Era la luna que se asomaba a la fiesta.

Terminamos nuestra sencilla cena embelesados, en silencio, mientras la luna llena iluminaba el bosque como un “spot” divino. ¡Noches inolvidables de indios, gnomos, duendes, ángeles, hadas y genios y otras divinidades, fantasías y maravillas! Eramos como catorce alrededor del fuego, alrededor de Adolfo...

Un día iba éste caminando a orillas del Nervión, hacia la casa de don José de Villalonga donde estaba invitado a comer. Abstraído, se apoya un momento sobre el parapeto de la ría para contemplar las irisaciones del agua. Luego sigue el paseo calzándose con parsimonia los guantes de pécarí –regalo de Manu Sota– y ¡oh! ¡Misericordia Divina!, no encuentra el par. Revisa los bolsillos llenos de papeles, libretos, recortes de prensa, artículos, pipas, petaca, tabaco, caramelos... y el guante no aparece. “Se habrá caído al agua por culpa de las sirenas, cuando me he asomado curioso. ¡Qué lástima! Pero seguro que alguien lo encuentra y, ¿qué hago con un solo guante? Lo echaré al agua para que se encuentren los dos”.

La doncella de los Villalonga le ayuda a quitarse el abrigo, el sombrero, el bastón... y cae al suelo el guante que él creía haber perdido. Naturalmente, a la vuelta, hizo con éste lo mismo. ¡Un magnífico par de guantes de pécarí recién estrenados!

Adolfo tenía una gran facultad –que sólo he conocido en otras dos personas–. Y es el secreto de la eterna juventud. Solía dormirse en cualquier parte. En medio del bullicio, de una tertulia, en salones, conciertos y conferencias. Hierático, bien sentado y manteniendo una postura elegante –apoyándose el mentón en dos dedos de la diestra– y cuando todo el mundo pensaba que estaba en gran meditación, echaba unos grandes suspiros y una buena sornadita, de un minuto o dos, tras los cuales recuperaba todas sus facultades, fresco y ágil como un gorrión.

En su relación con las gentes, era la personificación de la delicadeza de espíritu y –como Rimbaud– por delicadeza “pierde” la vida de “abajo”, ganándose la de arriba. A pesar de su avanzada edad, jamás le oímos deleitarse con el recuento de sus achaques, ni recordar anécdotas trágicas o tristes. Siempre optimista y positivo, dotado de buen apetito, disfrutaba de todo: de una sencilla “porrusalda”, de alubias, de una langosta a la Armoriquene, de un buen “Napoleón”, de un puro habano, de una pipa hecha con colillas, de un regaliz, de un helado, con la misma voluptuosidad epicúrea, dándole las gracias al presente con adjetivos y versos rimbombantes y alados. Todo era para él maravilloso, espléndido, magnífico, excelente, estupendo... Y si en algún momento se sentía aquejado de algún malestar, se retiraba a su cuarto diciéndonos con la más humilde y tierna de las sonrisas:

– “Estoy algo fatigado. Voy a descansar un rato. No os preocupéis por

mí". Y se curaba solo, con su espíritu, como los gatos. Pero lo más asombroso es que nunca jamás nadie le oyó hablar mal de alguien.

En estos momentos tengo sobre mi mesa un montón de documentos, cuadernos, libros, cartas, fotos... de Adolfo que nuestra amiga común, Asun Camiña de Aguirretxe, ha ido conservando con veneración.

Si en los últimos días sintió el poeta algo de soledad –la mayoría de sus amigos habían muerto o estábamos lejos– esta santa mujer de exquisita sensibilidad cristiana, y siguiendo los impulsos de admiración que heredara de su esposo, Angel, le ayudó mucho, cuidándole con devoción. Gracias a ella el cuerpo mortal de Adolfo reposa bajo una bonita estela de piedra rosada de Larrún, en el camposanto que domina a Donibane, junto a José Antonio Aguirre, Elías Gallastegui, Lezo Urreztietta, Angel Aguirretxe, Juanjo Bardesi, Txomin Onaindia, Ramiro Arrue... y tantos más; pero el espíritu del poeta sigue vivo, maravillándose y maravillándonos, e inspirándonos a seguir su huella y a ver el lado bueno de las cosas, y a agradecer la vida y perdonar siempre".

## *Lezo de Urreiztieta*

**P**asamos varios veranos en Kerhuijen, unos durante la ocupación alemana y los últimos después de la Liberación. Lezo nos visitaba muchas veces. Siempre en coches diferentes –recuerdo un Cadillac negro, imponente– y siempre llegaba de improviso cargando muchos regalos, víveres, exquisiteces, botellas de buen vino y coñac... Y siempre con algunos amigos. Se quedaba dos o tres días. Durante las sobremesas que eran siempre muy largas y amenas, nos solía tener embelesados con las narraciones de sus historias increíbles y sus proyectos. Sus aventuras, que no aclaraba nunca completamente, tenían un halo de misterio que nos fascinaba... “Cuando fui a Checoslovaquia a comprar armas, con un cheque en blanco firmado por Indalecio Prieto...”, “Cuando fui detenido por la Gestapo y le dije al general –áteme primero, pues si me pegan yo me defenderé”–, “Cuando los asturianos, que fui a sacar del cerco franquista, me querían fusilar porque descubrieron toda esa sarta de medallas colgadas en mi cuello...”.

Era tan increíble todo lo que nos contaba, con esa simplicidad campechana tan suya, que a veces estuvimos tentados de pensar que fantaseaba.

Mucho más tarde, supimos toda la verdad de este hombre fuera de lo común, auténtico caballero templario de gracia natural. Sentía por Adolfo una verdadera devoción. Siempre le traía regalos, un buen coñac, unos puros habanos, o simplemente dinero para sus necesidades.

Tenía un físico que en todas partes llamaba la atención. Alto, fuerte, de anchas espaldas, manos cuadradas. Era muy moreno. Una cara agradable, de ojos negros, grandes, un poco melancólicos, y el pelo negrísimo, tupido, fuerte, con un corte a la moda cepillo que le daba a su figura ese sello característico de una fuerza física extraordinaria. Acentuaba esta impresión las anécdotas que de él se contaban. Era hombre de una temeridad increíble.

En el trato, lo más destacado era su patriotismo exacerbado, fanático, dispuesto a morir por Euzkadi. En el plano íntimo era una contradicción ardiente. Tenía una fe religiosa monolítica. Decía a todos los amigos que no vivía con su esposa, por que el hermano de ésta –sacerdote vasco, luego exiliado– le obligó a casarse... Y tuvo, sin embargo, nueve hijos con ella. Cuando los amigos le hacían bromas sobre ello, solía decir: “La visito una vez al año, y para consolarla duermo con ella... Y cada vez queda en estado”.

Se compró un castillo del siglo XVIII cerca de Quimperlé, en el corazón

de la Bretaña celta, llamado “Kerrock”, donde desarrolló su increíble fantasía. Construyó un ferrocarril con un trencito reducido para recorrer toda la propiedad. Recogió también más de quince exiliados vascos necesitados y puso un criadero de truchas en estanques escalonados y cascadas... Pero no supo llevar a la práctica su idea sobre la comuna proto-cristiana. Viajaba mucho, y aquellos hombres no hacían nada por disciplinarse. No lograban organizarse. Hubo un momento de angustia por falta de alimentos. Más adelante nadie le agradeció ese gesto y la mayoría de sus invitados no recordaban todo lo que Lezo les dio, sino los malos momentos que pasaron cuando él viajaba.

Agustín Alberro y Xabier Landaburu también pasaron vacaciones con nosotros en Kerhujien. Agustintxo, el tercer hijo de Alberro fue uno de los que más disfrutaron de Bretaña. Sufrió mucho con una dolorosa enfermedad ósea. Fue operado del pulmón; creo que le extirparon uno. Nos hizo llorar mucho con su obsesión de que él moriría joven. Nos amargó la boda de su hermano Luis Mari, en Biarritz, con su cantinela de muerte... Y sucedió que murieron mucho antes que él, Luis Mari y Juanjo (el cuarto hijo). El se casó y vivió más de sesenta años.

En Kerhujien pasaron la luna de miel, además de Ander Orrantia y su elegante esposa Elade (viva representación del señorío bilbaíno), Mikel Ayerdi y su esposa. Gracias a la solidaridad de Juanjo Bardesi, “Kerhujien” era un Centro Vasco en Bretaña, para descansar y encontrarnos, sin título oficial.

No puedo olvidar la estancia y la permanencia –por lo menos un mes– de Josetxu Urreiztieta, el hermano pequeño y consentido de Lezo. Vino también en viaje de bodas, con su esposa, una bretona pizpireta llamada Jeannette.

Josetxu era un joven atlante de una belleza formidable. Altísimo, bien formado, moreno, con pelos y ojos muy negros pero de una fantasía desbordante y un poco infantil. En contraste, su pequeña y rubia esposa era de un sentido común muy “terre à terre”, dominándole por completo a su gigantón de marido. Sus quejellas frecuentes, y fulminantes reconciliaciones, nos divirtieron durante una buena temporada. Muchos años después –después de diferentes recorridos y tentativas– Josetxu penetró en una región virgen de la Guayana Venezolana y consiguió del Gobierno una concesión para explotar una mina de oro. Se hizo una estancia a lo Suster. Vivía rodeado de un grupo de indios y aventureros que lo adoraban y creían todo lo que él les decía y contaba... Está enterrado en un camposanto indio de su rancharía, en pleno corazón del Amazonas.

Su esposa, Jeannette, la pequeña e intrépida bretona que se parecía a Tintín, junto con el hijo de ambos, un mocetón muy fornido, siguen viviendo en la explotación minera según tengo entendido. Es una moderna estancia, entre tribus de indios y una naturaleza salvaje. Hay que ir en helicóptero. Tienen intenciones y el propósito de crear en el sector una espléndida urbe, estilo Las Vegas, para turistas más ricos... La bretona, que andará ya cerca de los setenta años, carga permanentemente

en su cintura, una pequeña pistola con incrustaciones de nácar... Y, según testimonio de amigos comunes que la han visitado, no es sólo decorativa...

La televisión francesa –el canal 2– y la española, han querido hacer un reportaje sobre estos dos singulares personajes amazónicos, pero aún no lo han conseguido pues exigen unos royalties muy altos. Y la verdad es que ellos viven muy felices, rodeados de indios que los adoran, habiendo descubierto el Dorado... sin prisas.

**E**n Kerhuijen no sólo disfrutábamos de la hermosa residencia en medio de parques, bosques y campos, y de la abundante comida sana que la habilidad de Juanjo, y el sueldo de José como futbolista estrella, nos proporcionaban. También solíamos hacer abundantes excursiones por los lugares más interesantes de Bretaña. Puedo decir que es entonces cuando descubrimos el espíritu celta de granito y encajes.

Juanjo tenía un amigo chófer que alquilaba un coche enorme, era una Limousinne. Cabíamos como diez personas. Con él hicimos varias excursiones, el Perdón de Locronan, el faro de Penmarch, las murallas de la vieja ciudad fortificada de Concarneau donde vivía Pecho-Rojo, (el gran capitán de Santurce, amigo de Lezo), Quimper, Quimperlé, Lochminé, Duarnenez...

Un día muy especial, que quedó grabado en la memoria de todos, fue cuando hicimos una excursión a la Pointe-du-Rat de Finisterre... el fin de la tierra. Es un pico de rocas graníticas que sale hacia el mar, en dirección al nuevo Mundo. Una espesa niebla cubría el paisaje cuando llegamos. Poco a poco el sol va despejando el manto gris... y no por eso parece el paraje más acogedor. Grandes landas azotadas por el viento, algunas argomas y enormes rocas que van sobresaliendo al acercarse al mar, dan una impresión de desolación violenta, como si los dioses y los gigantes hubiesen luchado entre sí por la posesión del gran Océano. El enorme faro al que pudimos subir es como un centinela firme al borde del precipicio.

Estuvimos caminando, subiendo y bajando en forma peligrosa por las gigantescas rocas de formas monstruosas y alucinantes que forman el fin de la



*Polixene y Maite en Kerhuijen, Bretaña.*



*Polixene vestida de Bretona en Sant  
Ane La Palud.*

taban a comer con ellas en el refectorio. Ahora me doy cuenta que Juanjo era un santo. Varias veces fuimos con él, toda la banda de Kerhujien, a visitar a estas monjitas. Siempre recordaremos el olor y el sabor de los exquisitos platos que confeccionaban; sobre todo los dulces que hacían, confituras de ciruelas, mermeladas y compotas de manzanas...

Una tarde, después de una excelente comida con las religiosas del convento y un paseo por los alrededores, al volver a casa, paseando con el coche, nos encontramos de pronto en un altozano desde donde se divisaba, al final de una carretera de adoquines, un puerto pesquero típico bretón, con sus casitas de dos chimeneas y sus barcos pesqueros de velas azules y naranjas, y al fondo, el mar y el horizonte y un cielo deslumbrante. Era el atardecer y el sol se escondía poco a poco. Tal fue nuestra impresión que le pedimos al chófer que detuviese el coche y nos bajamos todos a contemplar el crepúsculo. El sol, como una naranja enorme, con gran majestad, se iba hundiendo en la mar, iluminando de colores increíbles todo el entorno. Y allí, en pleno suelo bretón, exiliados de nuestra querida patria Euzkadi, fuimos sacudidos por una extraña y honda emoción y, sin premeditación, empezamos a cantar todos, mirando al sol:

Tierra. Descansábamos a ratos oyendo el grito agudo de las gaviotas sobre nuestras cabezas, sobrecogidos por una rara emoción, en comunión intensa con la Madre Naturaleza. La vista de ese pedazo de tierra, tan diferente a todo lo demás conocido, es única. ¡Finisterre!... ¡Fin de la Tierra!... Como para meditar. “¡Tonnerre de Brest!”...

Otra excursión que recuerdo con especial cariño, una visita que hicimos al pueblecito pesquero de Douarnénez (o a Lochminé). Sé que era a un convento de monjas donde le recibieron a Juanjo como si fuera el Obispo. El solía ir de vez en cuando a podarles los árboles frutales, les hacía ciertas comisiones, en Quimper, y les arreglaba los motores de agua. Era el único hombre que permitían en la comunidad y tal era la confianza que tenían en él que le invi-

“Illu Nabarra aguzkia sartzen da...  
Etziltzen etziltzen ...  
Urrezko bola baten,  
Itxura da zartzen,  
Eta geldiro geldiro  
Itxaspera sartzen...”.

Nunca una melodía vasca resonó con mayor emoción. Todos teníamos lágrimas en los ojos.

## *Enghain-Les-Bains*

**C**uando salimos del estudio de la rue Passy, al terminarse el contrato y mientras el equipo de José nos buscaba un nuevo alojamiento para nuestra numerosa familia, nos fuimos a vivir a Enghain-Les-Bains, a la casa del jardinero de un hermoso chateau Louis XIII del siglo pasado, situado justo al lado del bello lago de Enghain.

No sé por qué circunstancias el Gobierno Vasco había conseguido ese pabellón para que viviera en él un ex guardia civil que, cosa extraña, era afiliado al P.N.V. y que luchando contra Franco había perdido la pierna. Vivía con él Antoñica, la parienta lejana de Manuel Irujo, quien luego resultó ser un agente de inteligencia, trabajando para los aliados.

La casa del jardinero tenía planta, un piso y un ático mansardé. Era bastante grande. A orillas del lago, con grandes árboles que entraban por las ventanas. Era muy agradable pues además de estar muy cerca de París teníamos a nuestra disposición el bello parque muy bien cuidado, con árboles centenarios, y el hermoso lago con barcas de paseo.

Unos días después de nuestra llegada unas tropas norteamericanas ocuparon el chateau, alojándose en él oficiales y soldados. Teníamos pues el privilegio de una impresionante guardia de Policía-Militar que cuidaban, metódicamente, el palacete, el parque y nuestra casa del jardinero. Así pudimos conocer a algunos soldados que se acercaban a nosotros, confraternizando con los pobres europeos. Nos regalaban latas de conserva, mantas de lana del ejército. ¡Qué derroche nos parecían las sobras de comida que tiraban a la basura, así como hermosas las mantas algo quemadas por los cigarrillos, o los tubos dentífricos medio llenos, a nosotros que habíamos vivido con tanta escasez y austeridad durante la ocupación alemana!

Con las mantas que me regalaron, cosí abrigos para mis hijos (después de teñirlas de marrón) y con una manta que teñí de negro me cosí una capa, forrada de seda satinada, estilo Jacques Fath, que adorné con brandembourgos en relieve, negros. Quedé elegantísima. Era una manta de lana estu-penda.

Pasamos la primavera en Enghain. Recuerdo que José les enseñó a rezar el rosario a los txikis por ser el mes de María. Estos traían flores del parque y adornaban un altar... Ocurrió también un incidente triste. La novia de un oficial nortea-

americano se suicidó en el lago, una tarde de viento sur. La pescaron los gendarmes, con quienes luego simpatizamos.

El verano del 45, lo pasamos en Bretaña, como de costumbre ya, en el manoir de Kerhujen, esperando que el club de París, no sé si era el Stade-Francais o el Racing, nos consiguiera alojamiento para la nueva temporada próxima.

## *El prisionero alemán*

**C**omo siempre, pasamos en Pluguffan un verano muy agradable, con la diferencia de que ya se había acabado la ocupación alemana. En las “fermes” del pueblo habían puesto, trabajando como peones, a los prisioneros alemanes. Los dueños de tierras y agricultores podían darles ocupación a uno o varios prisioneros de guerra por un precio módico que pagaban a la administración francesa, en las alcaldías. Los alemanes presos no recibían nada más que comida y alojamiento. Nada de sueldo, y los tenían trabajando de sol a sol.

Un día, paseando por los campos vecinos, aita, Adolfo y yo, con los txikis, pasamos cerca de tres alemanes que estaban recogiendo algo de la tierra, no sé si no eran patatas...

No los vigilaba nadie, aparentemente. La vista de aquellos hombres sudorosos, sucios, fatigados, pero en los que se adivinaba una calidad superior a la faena, nos llenó de piedad.

Mi marido solía decir: “¡Siempre simpatizamos con los perdedores! ¡Somos unos idiotas!...”.

Nos detuvimos un rato a contemplarles trabajar y luego, acercándonos, les expresamos nuestra simpatía. Y yo, como siempre, extremada y llevada de un hondo sentimiento de solidaridad, sin pensarlo dos veces les invité a los tres a que fueran a casa a tomar el café.

Por esos días vivía con nosotros un joven sacerdote bretón, muy amigo de Juanjo, y que vino a descansar una temporada. Cuando le dije lo de la invitación a los prisioneros alemanes, le pareció todo muy bien, muy cristiano.

A las diez de la noche yo había preparado el café y una rica torta bretona casera, y llegaron los tres prisioneros. ¡Qué impresión nos causaron! Después de haberlos visto sucios y sudorosos parecía que los habían metido en lejía!... limpios, relucientes, los pelos rubios bien plegados, los uniformes bien planchados, los zapatos bien lustrados, daban la impresión de unos seres de otro planeta. Se les notaba emocionados por la presencia del cura y la deferencia con que los tratábamos. Nos quedamos charlando hasta media noche. Les prometimos invitarles a cenar unos días después.

Pasaron unos días y Juanjo se enteró que el alcalde de Pluguffan, propietario de la finca donde trabajaban los tres hombres, se había enterado de la escapada de éstos “boches” a casa de los vascos y, sin más, los había devuelto al campo

de concentración. La excusa, el pretexto, era aquella salida nocturna; pero luego supimos que aquellos alemanes eran demasiado señoritos para él, y que prefirió otros más campesinos y rudos.

Nos dolió mucho todo esto pero al cabo de unos días nos habíamos olvidado de los “pobres alemanes”...

Una noche, al cabo de unos quince días, cuando todos estábamos de tertulia en la cocina, después de cenar, tocaron a la puerta con mucha discreción. Abrimos, sin ningún recelo, y nos encontramos con uno de los alemanes a quienes habíamos invitado a tomar café. Nos contó que le resultaba insoportable su vida como prisionero de guerra en aquel campo de concentración y, confiando en nuestra caridad cristiana, había decidido jugarse la vida y escaparse para ponerse a nuestra entera disposición.

No hubo ninguna indecisión. Todos estuvimos de acuerdo en ayudarlo... aunque nos daba un poco de miedo pues los franceses, con su “chauvinismo” exacerbado de aquellos días, se dedicaban a la caza de brujas y perseguían sin piedad a los que habían colaborado con los alemanes. Aunque pudimos constatar que, como siempre, esos patriotas ardientes de última hora no eran de los que se sacrificaron luchando en primera fila en el frente, ni mucho menos, sino de los camuflados aprovechadores de beneficios de todo cambio y ocupación.

Juanjo Bardesi fue el primero en percatarse del peligro de una posible investigación a “Kerhuijen”, y le consiguió al alemán un “Zulo” en un gran depósito de aguas, vacío, situado sobre el tejado. Era un buen refugio y colocamos allí una colchoneta y unas mantas. Como era peligroso subir –había que trepar por unos hierros– el mismo Juanjo se encargaba de llevarle la comida en una mochila.

Después de unos días de angustia, esperando la investigación posible, y viendo que no pasaba nada, nos preparamos para regresar todos a París.

Vestimos al alemán con un traje marrón de José, de rayas, y un sombrero flexible y después de un viaje en tren lleno de suspense y zozobra, llegamos todos al 8 rue Massenet, donde los Alberro. Inmediatamente telefoneamos a don José Luis Rodríguez –rue Schoëulschers– para que le alojara al alemán.

...Recordando todo esto, a través del mucho tiempo transcurrido, reconozco que éramos unos inconscientes completos al obligar a los amigos a tomar responsabilidades tan graves sin consultarles previamente.

¡Qué gracia les pudo hacer a la familia Alberro y a don José Luis Rodríguez correr todo el riesgo que suponía la ayuda a un prisionero de guerra alemán escapado!...

Y no sólo a ellos, también comprometimos a doña Kataliñ y a Merche, del hotel Euskalduna de San Juan de Luz, donde estuvo alojado un par de días, y también a Iñaki Alberdi, “Mutil”, quien le acompañó durante toda una noche por los montes de Sara a Bera y le dejó, al alemán, señalándole las luces del pueblo y diciéndole:

– “¡Bueno! Ya estás a salvo. Ahí tienes a Bera. Llevas las direcciones necesarias. Buena suerte”.

Y se volvió tranquilo a Sara, sin haber ganado nada. “Pour la gloire”, simplemente.

Pero el alemán cuando se vio solo en el monte, se asustó y, a pesar que tenía las luces de Bera enfrente, se puso nervioso y se perdió y regresó sin darse cuenta a Iparralde... Y ni tan siquiera tuvo la inteligencia (o la decencia) de romper las direcciones que yo le había dado para mi padre.

Por esa época los dirigentes del Stade-Francais, Club donde jugaba José, nos consiguieron un nuevo alojamiento. Era un hermoso chalecito de tipo inglés, de dos pisos, con jardín y completamente amueblado. Estaba situado en Garches, a unos diez minutos de tren de Saint Lazare y del centro de París. Estábamos encantados con nuestra nueva residencia y, siguiendo nuestra consigna de compartir, vino a vivir con nosotros Ander Orrantia, aún soltero y estudiando en París. (Siento necesidad de decir ahora que nunca le pedimos la menor colaboración, e incluso le pagábamos la tintorería y el arreglo de los zapatos).

Una mañana, al volver de la compra diaria, me sale Eguzki muy emocionada diciéndome:

– “¡Ama! ¡Ama!, han venido tres señores preguntando por tí. Creo que eran del Club”.

...¿Del Club preguntando por mí? ¡Qué raro!... Si aita está en el entrenamiento”. Ander, que estaba cuidándome a los txikis, hizo también el mismo comentario.

Al de aproximadamente, una hora volvieron los “tres dirigentes del Club”, que eran, nada menos que tres agentes especiales del 2.<sup>o</sup> Bureaux de la Sécurité de l’Etat.

Le habían detenido a nuestro alemán en Bayona, cuando trataba de tomar un tren para no sé donde, llevando encima las cartas mías, firmadas y dirigidas a mi padre; y encima la dirección nuestra en París. ¡Qué estupidez mayúscula!...

Dejando a los txikis bajo el cuidado de Ander Orrantia tuve que seguirles a los 3 comisionados. Me fui con ellos al Quisi de Orfebres.

Es difícil explicar los sentimientos que le embargan a uno en esos momentos y circunstancias. Sentada en un banco sin respaldo, frente a un hombre que nos mira con la severidad con que se mira a un criminal, dos secretarios impassibles frente a sus máquinas de escribir, copiando cada palabra, y un centinela armado en la puerta, una se siente muy rara.

Por un lado yo estaba tranquila pues no sentía que había traicionado a Francia, sino cumplido con un precepto cristiano; pero todo aquel procedimiento policial de preguntas y repreguntas –hasta el hartazgo– me daban la sensación de ser algo culpable. Después de dos o tres horas de interrogatorio repetitivo –no puedo

precisar cuanto— el Comisario le ordenó al soldado de guardia, que me condujera a una celda.

Dicha celda estaba situada en la misma planta. Era una pequeño edículo donde sólo había un jergón, sin sábanas ni mantas ni almohadas. Antes de entrar me quitaron el reloj, una cadena y el cinturón. Y allí me quedé sola, completamente atontada. No tenía miedo pues sabía que José se movilizaría con todos los vascos de París y los dirigentes del Club, pero ¡qué sensación de humillación cuando pedí ir al baño! Tuve que hacer las necesidades con la puerta abierta y el soldado armado a unos metros, vigilando de lado.

Volví a la celda y me tumbé como una estatua yacente sobre el jergón. Allí quedé hasta la mañana siguiente cuando vino un abogado, enviado por el Club, y me llevó a nuestra casa de Garches, donde me esperaban toda la familia y todos los “passyegos”...

Ésta fue una aventura que divirtió mucho a los contertulios, pero ¡qué amargos son los momentos cuando se está bajo la mirada desconfiada de un pobre soldado de guardia que nos mira con recelo y hostilidad!... De entonces es que me empezaron a llamar los amigos, en plan de pitorreo, la Juana de Arco Planetaria, por aquello de no discriminar entre vencedores y vencidos.

El alemán volvió pronto a su casa. Mantuvo correspondencia con don José Luis. Por él supimos que era un conde dueño de un chateau, que se convirtió al catolicismo y dedicó su vida a socorrer a los huérfanos de la guerra y que donó su palacio a la Cruz-Roja.

## *Courbebois-Neuilly*

**C**uando tuvimos que abandonar el pabellón de Garches, los dirigentes del equipo nos consiguieron otra residencia. En Courbebois. Era como desplazarse del centro de París a una aldea. Es increíble cómo los mundos pueden cambiar dentro de ese mismo espacio físico que es la planicie parisina.

Y sin embargo, saliendo de la Concordia, coronada por el enorme obelisco egipcio, pasando por debajo del Arco del Triunfo y siguiendo, en línea recta, por la bella y ancha avenidas de la Defensa, escoltada de árboles soberbios, se llega al puente de Neuilly.

Una vez hecho este recorrido, siempre en línea recta y atravesando el sinuoso Sena, se llega a Courbebois. Un pueblo con su campanario, sus antiguas casas de dos y tres pisos, sus estrechas calles, sus tiendas provincianas... Y sin embargo, a dos pasos se sale al muelle y está el Sena por donde navegan de continuo esas enormes barcazas, llamadas peniches, transportando desde el mar mercancías a París.

Siempre he sentido una gran fascinación por esas barcazas que se deslizan serenas en medio de las ciudades y del campo. El capitán vive permanentemente en ellas, con su familia. La mujer siempre hacendosa y siempre colgando la ropa, los hijos y el perro jugando, retozando, y él siempre firme en su cabina de mando, fumando la pipa, el timón en la mano. Pero sobre todo la visión del interior, cuando las ventanas están abiertas o se encienden las luces, es muy acogedora; todo brilla rutilante con ostentosa pulcritud. Las cortinas de encajes de Brujas, o de Bruselas, son de un blanco impresionante.

En las tardes de paseo, ¡cuántas horas he pasado sentada en el parapeto de piedra, con mis hijos, contemplando con cierta envidia esas vidas tranquilas, itinerantes, de familias de marinos que pasaban ante nosotros sin tan siquiera dirigirnos una mirada de condescendencia hacia los signos de simpatía que trataban de mostrarles los niños!

Nuestra casa estaba situada dentro de un patio privado, tras el gran portón de un edificio frontal. Era una especie de patio de vecindad formado por varios pequeños inmuebles. En el mismo patio, adosadas a un muro, había una serie de casetas de madera donde unos sencillos sanitarios servían para las necesidades de todo el vecindario. Parecía un decorado teatrero. La casa tenía tres pisos. Era alta y estrecha, pues cada piso solo tenía una habitación, bastante espaciosa. Creo que era un antiguo guardamuebles. En la planta baja había una especie de bodega con trastos. El pri-

mer piso era una especie de entresuelo elevado. Aquí pusimos el salón comedor y la cocina. En el segundo piso, una hermosa habitación dormitorio matrimonial. En el tercero, dos cubículos con unas sencillas camas para los niños. Entraba el sol en la casa.

No guardo ningún recuerdo de nuestros vecinos y lo que más resalta en la evocación de esos meses de primavera y verano en que vivimos allí es la hermana de Lezo. Creo que se llamaba Mirentxu. Estaba casada con un exiliado vasco, marino que se había naturalizado inglés y andaba arreglando sus papeles. Miren y su marido, "Robert", vivieron una temporada con nosotros. Miren tenía la manía de la limpieza. Era una mujer muy guapetona, hermosa, garbosa y muy sultana. Toda la ropa de invierno, abrigos, chaquetones, todo lo limpiaba con jabón azul hervido. Y le quedaba muy bien.

También recuerdo un mercado campesino que se organizaba, una o dos veces por semana, en un parquecito, al otro lado del puente de Neuilly. Creo que sólo permanecimos un par de meses en Courbebois; debía de ser primavera y verano.

## Montmagny

Los mismos directivos del Club nos consiguieron en Montmagny un hermoso chalecito con dos pisos, garage y jardín. En esta casa pasamos dos buenas temporadas —o tres?—, creo que durante los años 46, 47 y 48. Guardamos recuerdos bellísimos de esta etapa de nuestra vida familiar en el corazón de la Francia profunda. Montmagny está situado en la “banlieu” Norte de París, entre Deuil, al Oeste, y Montmorancy, al Este; de difícil acceso pues queda entre las dos vías principales de entrada a la urbe. Después de tomar el tren o el autobús en el centro, hay que recorrer un largo trecho a pie.

Esta casa era una potxolinada, un chalecito-pabellón de dos plantas, de mampostería en relieve, estilo 1910, con piedrecillas redondas en el jardincillo, al frente, y un largo patio, seguido de una huerta por la parte trasera. Tenía una buena bodega subterránea con una gran caldera de carbón, que daba a la casa un calefacción tan calurosa que podíamos andar por ella descalzos y en camión, en pleno invierno, mientras fuera, las calles nevadas eran casi intransitables.

Esta casa no sólo era confortable, sino amueblada con mucho gusto. Toda ella en estilo moderno. Los divanes forrados de lino color canela... Cortinas a juego. Todo bien detallado y con mucho gusto... Sobre todo limpio, ordenado y coqueto. Encima de la cama principal había una muñeca preciosa de porcelana ataviada de encajes y sedas que me recordaba la de santa Teresita de Jesús, de niña. Una casita de muñecas. Con dos hermosos rosales trepadores al frente. El suelo, todo alfombrado, daba una sensación voluptuosa muy agradable.

En la planta baja había, tras el perón de piedra con marquesina de cristal, un vestíbulo pasillo, la cocina a la derecha, entrando, luego unas escaleras, y el salón comedor, amplio, con ventanas al norte y al sur. En frente, el dormitorio principal. En el primer piso, tres habitaciones con sus baños. Arriba, unos camarotes y buhardillas para trastos. En la parte trasera, adosada y formando ángulo con el edificio, una lavandería grande, con cocina de gas para hervir la “lessive”, un sitio para secar la ropa, y un cuarto para el servicio.

En el patio, un gallinero que parecía una de esas cabañas de las películas del oeste, luego unas conejeras, una perrera y un cuchitril. Estas últimas dependencias, sin animales durante nuestra estancia. En verdad la casa era formidable, impecable, sin una mancha ni nada estropeado.

La casa tenía en el patio un “parterre” de girasoles que Maite cuidaba

con gran esmero diciendo que era su escuela particular. Las flores amarillas eran las niñas y ella, con una regla en la mano –que le servía también de varilla mágica– pasaba grandes ratos hablándoles, regañándoles, haciéndoles cantar. Era un espectáculo refrescante.

Pero el recuerdo realmente inolvidable es el de unas navidades que pasamos juntos los Alberro, la familia Landaburu al completo y nosotros. Las mujeres preparando la comida, los hombres paseando por el pueblo, con los niños, o jugando en la casa. No recuerdo ningún momento de discusión ni por el trabajo compartido, ni por la conducta de los niños. Aunque parezca increíble, las amaxus no tratábamos de eludir las tareas caseras, como ocurre muchas veces en visitas, hasta en la propia familia, causando molestias por la injusticia, sino que todas queríamos tomar la responsabilidad, y cuando un niño cometía una falta cualquiera, el adulto que lo presenciaba le corregía con una riña o un coscorrón. Fue una experiencia increíble de vida comunitaria, digna de análisis; nos sentíamos muy “tolstoyanos”...

Aquellas veladas mágicas de las navidades, el olor del pino –afuera nevando– las largas comidas prolongadas con tertulias de ideas, o cantando todos a coro... Y luego, todos los niños acostados en colchones colocados en el suelo, todos juntos!... La calefacción a todo meter, y al despertar, para desayunar todos en ropa de dormir, descalzos sobre la moqueta, viendo a través de las ventanas aquel paisaje de pueblito de tarjeta de navidad, todo nevado, el humo de las chimeneas recortándose sobre un cielo sereno de blancos y grises ambarinos... Y el olor del arbolito que vuelve locos a los niños!... ¡Y los regalos! ¡Y los juguetes! ¡Y los presentes!... ¡Qué ilusión de navidades! ¡Todas quedan grabadas en la memoria! ¡Navidades de armonía, solidaridad y amor!

Lezo Urreiztieta nos visitaba a menudo. Un día se nos aparece acompañado por cuatro hermanitas muy guapas, y el maletero de su negro Cadillac repleto de bolsos y maletas.

Nos traía –así, sin previo aviso, como todo lo que hacía Lezo– a las cuatro hijas de Manu Robles Aranguiz, que deseaban hacer estudios de peluquería y estética en París. En espera de no sé que alojamiento estudiantil, Lezo nos las trajo a casa. Les dijo que podían vivir un par de semanas con nosotros, en Montmagny, en tanto encontraban un internado adecuado o un estudio. El siempre soñaba con una especie de falanstario a lo Tolstoy o algo así...

Y las Robles Aranguiz se instalaron en casa (nos tuvimos que apretar un poco todos) y se quedaron con nosotros casi un año. Nos parecía lo más natural. El exilio solidariza.

Traían en sus maletas personales un saco de alubias rojas y un jamón serrano entero, ahumado, succulento.

Manu Robles –presidente de Solidaridad de Trabajadores Vascos– se había instalado en Briscus, cerca de Biarritz, con su numerosa familia, en un caserío

hermoso. Cada vez que Lezo iba a visitarle regresaba a Montmagny con alubias, jamones y así...

Las cuatro chicas eran de tipos diferentes, pero todas ellas muy bonitas e interesantes, estilizadas, llamativas. Las llamábamos las Hollywoteras por la forma tan audaz con que vestían. Todos los días tomaban el tren, o el autobús de plataforma, para ir a París a recibir sus clases de estética. Éste es otro caso sencillo de convivencia solidaria, solo posible cuando se tienen principios firmes cristianos.

Al lado de casa había un seminario católico, con un terreno de fútbol pequeño, colindante por detrás. Muchas tardes los seminaristas se entrenaban jugando al fútbol, y nuestra Maitetxu, de cinco añitos, se me escapó varias veces al campo, y se metía a jugar al balón en medio de los estudiantes. A estos les hacía gracia la cría, un rato, pero luego uno de ellos se encargaba de traérmela a casa. Esto puede dar idea de lo tranquilo que era el pueblo. Un día me llama José muerto de risa:

– ¡Mírale! ¡Mírale a Maitetxu jugando con los curas al fútbol!

En efecto, en medio del campo estaba ella tratando de alcanzar la pelota ante las divertidas sonrisas de los seminaristas que seguían jugando gangallones, con sus sotanas al viento. Yo le vestía siempre a Maite –en casa– con esas “barboteuses” que se abrían por detrás, sujetándose con dos botones a la espalda. Ese día había salido a jugar, después de ir al baño, olvidándose de abrochar la “barboteuse”. Y ella corría tras la pelota con el culito al aire...!

Pero el acontecimiento más simpático fue el de la “Kermesse”. Teníamos mucho contacto con el párroco de la iglesia que estaba muy cerca de nuestra casa, casi enfrente. Nos invitó a una reunión para organizar la “kermesse” parroquial. Yo prometí nuestra colaboración vasca. Y ese domingo llegó de París un autobús lleno de exiliados vascos, con coral, dantzaris, txistu y tamboril...

Y el día de la “kermesse”, a la mañana, después de asistir a la misa solemne, desfilamos por todo el pueblo al son del txistu y del tamboril. Delante iba el grupo de ezpatadantzaris vestidos de blanco, ceñidos de rojo y con txapelas rojas. Luego tres chicas del coro con arcos floridos, y detrás como dos docenas de vascos, nosotros, entonando canciones, lanzando aclamaciones, invitaciones, programas, y el irrintzi hípico, olímpico, nuestro grito de alegría nacional. El pueblo entero quedó conmocionado. “La France profonde” nos aplaudía.

En una especie de sala de fiestas municipal se organizó la kermesse con esos diversos “stand” de venta de diferentes y variados objetos sobrantes que donan los feligreses y con cuyo producto la parroquia puede ayudar a los necesitados. Al medio día, después del desfile y del aperitivo con el alcalde, celebramos un opíparo banquete popular y a los postres, naturalmente, empezaron los brindis, parabienes y discursos. Recuerdo que habló el párroco, luego el alcalde y algunos otros miembros laicos, de asuntos parroquiales.

Y naturalmente invitaron a los vascos a hablar... Y naturalmente yo tomé

la palabra y hablé con todo mi corazón, como siempre. Pero como mi francés no tenía la pronunciación correcta dije algunos disparates que sirvieron para que Agustín y Xabier, tuvieran tema de entretenimiento en sus tertulias.

La “kermesse” de Montmagny representa un día de triunfo para el pueblo vasco de París que es reconocido e invitado a sentarse con las autoridades oficiales francesas. Recuerdo que estaban Lezo, Retolaza, Irujo...

Pero, de Montmagny, lo que más marcó e influyó en mis hijos fue la primera comunión de Joseba y Eguzki.

Había en el pueblo un cura alto, pelirrojo, pecoso, con cara caballuna, un verdadero apóstol. Éste les preparó a los niños para el gran acontecimiento de sus vidas: la Primera Comunión, la “Grande Comunión Solemnel”, como dicen en francés. Asistieron al catecismo durante una larga temporada en la parroquia y fue tan grande y hermosa la influencia del cura pelirrojo sobre mis hijos que éstos me parecían unos serafines al volver a casa. Creo que esta bendición aún permanece en ellos pues, en conversaciones íntimas con Joseba y Eguzki, se percibe muy bien la fe gloriosa de su infancia de Angeles de Chartres.

Celebramos el acontecimiento a lo grande. Aún conservamos una fotografía –tomada en el jardín trasero– donde estamos todos, después del banquete eucarístico y del ágape: en mangas de camisa los hombres. Todos muy alegres... Lezo, don José Luis Rodríguez, la familia Landaburu, los Alberro, todos, Philippe d'Oyamburu, que andaba de novio con Maite Alberro, la mayor, una chica muy maja, guapa, del gran Señorío de San Sebastián. También estaba José Mari Bilbao, “Napoleón”... Madame Wonder, la encantadora e inolvidable señora rusa blanca (de rizos en redecillas y encajes preciosos), maestra de piano, madre del chico judío a quien quisimos ayudar y que terminó sin embargo en un campo de concentración.

Pero no puedo terminar de contar nuestras vivencias de Montmagny sin traer a cuenta una anécdota que todos recordamos con cariño.

Un día llegaron de París en tren, a pasar el día con mis hijos, Juanjo y Txetxu Alberro y Xabier y Mikeltxu Landaburu. Venían así de vez en cuando a pasar el día a casa de la Tía Polixo, como lo hacían siempre que tenían vacaciones.

En esta ocasión se me ocurrió organizarles a los siete (los tres mayores míos y los cuatro de París), una expedición aventurera estilo Tom Sawyer.

Había en los alrededores de Montmagny lugares muy tranquilos, campestres, impresionistas. La gente era muy pacífica; los niños no corrían ningún peligro en la excursión. Les preparé unos bocadillos con tortillas, jamón y unas naranjas, y equipados con sacos al hombro, gorras de sol, makilas y bastones, salieron los siete faroleando, ufanos y felices, a conquistar el mundo de los alrededores del pueblo. Y yo, tranquila y feliz por encontrarme sola, con Maite, y poder organizar la casa con tranquilidad.

Decidieron ir a las canteras de Pierrefyte, un sector de tierras abiertas y



Primera Comunión de Eguzkiñe y Joseba. 1.º junio. Motmagny 1947.

grandes piedras y peñascos y galerías y túneles. Formaban la expedición Juanjo, Txetxu, Xabier, Mikeltxu, Eguzki, Joseba y Unai. Andaban entre los diez y los catorce años. Juanjo y Eguzki los mayores. Esta se debía de sentir muy Juana de Arco a la toma de Orleans. Total siete.

No habían transcurrido un par de horas, cuando empezaba yo a disfrutar de mi tranquilidad, siento de pronto unos golpes fuertes en la puerta. Eran mis siete valientes argonautas, sudorosos y acalorados, pero enteros. El último en llegar fue Juanjo Alberro. Éste no venía corriendo. Tenía la camisa rota y toda la vestimenta estropeada, pero ileso.

Resultó que una pandilla de esos rapazuelos vagabundos que venían de París, esos llamados apaches “gavroches”, andaban merodeando por las canteras de piedra de Pierrefyte, y cuando vieron a mis buenos vaqueros construyéndose una preciosa chabola-cabaña-fortín, se pusieron agresivos, echándoles piedras y palos. Total que los nuestros creyeron más prudente recoger el campamento como si tal cosa y alejarse de aquel frente trotando... Menos Juanjo Alberro quien opinó que había que darles cara a los apaches y así lo hizo, él solo. Se batió con el jefe apache a puños. Los demás coreaban, al principio, pero luego se fueron metiendo y Juanjo tuvo que zafarse con destreza... Según me cuentan los otros seis que venían corriendo para ponerse a salvo de los indios en casa de la tía Polixo.

De Montmagny también guardamos el recuerdo de un circo que se instaló en la plaza de la “Mairie”, justo delante de casa. Recuerdo que era un circo pobre. Había un león desdentado y macilento que hacía su número gangoso con un viejo y decrepito domador de brandemburgos dorados descoloridos. Todas las noches, durante la semana que estuvo el circo en el pueblo, el viejo león nos despertaba a cada rato con unos profundos rugidos lastimerosos de cante hondo natural. ¡Qué triste es el espectáculo de un circo pobre! Y sin embargo siempre tiene algo de gracia; siempre tiene magia el circo.

## *Lorient, Morbihan*

**D**espués de unas negociaciones con dirigentes de diversos clubs franceses, nos pareció la proposición más ventajosa la del club C.E.P. de Lorient, en Bretaña. Un puerto industrial muy golpeado por la guerra. Aunque el equipo era de segunda división, muchos factores intervinieron en la escogencia. Era en Bretaña, que conocíamos y amábamos tanto, y el contrato en sí, la parte económica, era muy interesante. José fue nombrado entrenador. Ya se acercaba a los 40 años. Había hecho unos cursillos especiales en París. Empezaba otra etapa de nuestra vida.

Enviamos un camión a Lorient con los muebles que teníamos en depósito del 48 rue Passy... ¡Los bellos muebles procedentes de un chateau renaissance del Gobierno Vasco! Sobre todo la mesa de comedor y el aparador, un hermoso buffet Francois I con alegorías y esfinges doradas e inscrustaciones de nácar y maderas preciosas, muy XIX... lo llevamos a Lorient (Morbihan).

Recuerdo el desgarramiento doloroso que sentimos, tanto José como yo, cuando Lezo nos condujo en su histórico Cadillac negro a la estación de Montparnasse. Nos dábamos cuenta que nos despedíamos de París y de la vida aventurera pero holgada que habíamos llevado hasta entonces, gracias al fútbol que con tanto dominio y responsabilidad ejerció aita, dejando buenos amigos y recuerdos en todos los equipos de fútbol donde jugó como delantero centro. En todos estos clubs dejó buenas amistades con futbolistas y directivos, y gracias a estos contactos pudimos salir de Bilbao más adelante, acorralados de nuevo por el régimen de Franco. Pero esto ya lo contaré más adelante, a su debido tiempo, respetando la cronología que es la base de las crónicas y del dios Cronos, que es muy temperamental...

Y empezó en Lorient otro largo y bello episodio de la saga de nuestra deportiva vida familiar. Ibamos madurando buscando la estabilidad. Nos alojamos en uno de los pocos inmuebles que quedaron intactos después de la guerra. Era el número 56 de la rue Marechal Foch, encima del puerto, en el centro. Era un moderno edificio de tres pisos y buhardillas, de estilo Modern Style (años 20), que pertenecía a un influyente directivo del club C.E.P. (cuyo presidente y creador era l'abbé Laudrin, un curita bretón, gaullista, que estuvo en la Resistencia y luego fue diputado a la Assemblée National; un diablo de hombre, de mucha garra y gracia. Le encantaban las "majorettes").

Este directivo que nos dio el piso se llamaba Monsieur Joannic. Feu M. Joannic, como se dice en Bretaña, de los "desterrados". Arthur Joannic, bretón de

pura raza e intenciones. Celta del Santo Graal. Casado con una encantadora mujer, gordita y cariñosa. Eran republicanos bonapartistas. El salón, estilo Imperio. El, más republicano que ella. Tenían un sólo hijo, Jean, recién salido de Saint Cyr por motivos indefinidos de vocación. Eran muy campechanos, “des bons vivants”.

En toda la planta baja tenían un gran almacén de telas, alfombras y literías de calidad, la firma más antigua e importante de Lorient. En el primer piso vivían ellos tres, con una vieja ama de llaves. En el segundo piso nos instalamos nosotros. Entre los muebles que trajimos de París y otros que los Joannic nos prestaron, pusimos un apartamento muy cómodo y bello. El piso tenía vestíbulo, baño, pasillo, salón comedor con vistas al puerto en ruinas, cocina, tres habitaciones, un baño grande y una terraza. Teníamos sitio para los amigos que empezaron a visitarnos con frecuencia de París, de Pluguffan y de Euzkadi.

Al principio lo que más nos impresionó de la nueva casa fue el panorama que se veía desde nuestras ventanas. Todo arrasado, desolado, vacío. Ruinas y más ruinas y esqueletos de estructuras. Varios “raids” de bombarderos aliados, en batalla con las fuerzas alemanas atrincheradas en el puerto, habían descargado racimos de bombas de todo calibre y habían destruido todo el casco viejo y algo más de Lorient. Hasta donde nos alcanzaba la vista todo era una imagen de destrucción. Habían desescombrado las calles (que eran todas de adoquines) y las ruinas se veían limpias

y ordenadas, como en Pompeya. Solo se veían por todas partes aquellos huecos extraños, como bocas de calavera desdentada, que eran las antiguas bodegas de las casas. Eso hacía que en las noches de luna pareciera el panorama como algo irreal y dantesco, la imagen misma de la ruina de una civilización, “Gernika” al vivo.

La casa de los Joannic era prácticamente la única casa del barrio que quedó intacta (y en frente, algo más hacia la estación, la del peluquero de gran salón que enmudeció y quedó cano del todo —y trastocado— una noche de bombardeo. Los Joannic le pitorreaban cordialmente, y él seguía con su salón y sus clientas, contento de no tener que hablar).

Nuestros txikis jugaban continuamente entre las ruinas, imaginándose las catacumbas, la guerra de Troya y así... los veíamos desde casa, saltando con otros amiguitos, de bodega en bodega, haciendo equilibrios sobre las destartaladas murellas, construyéndose castillos feudales, fortines, fantasías...



— Casa de la familia Joannic. Quedaron sólo enteras tres casas en medio de una inmensa extensión destruida.

La familia Joannic nos tomó patronalmente bajo su protección, y no solamente nos dieron el piso, sino la luz completamente gratis. Además, continuamente, nos subían comidas estupendas, alegando que les regalaban los ricos “fermiers” clientes y que tenían de sobra para compartir. La buena burguesía católica francesa iba descubriendo que no éramos tan come-curas como se decía. Más bien sabían ya de los curas católicos vascos martirizados y fusilados por el fascismo de Franco.

Así subían continuamente enormes langostas, langostinos, jamones, pernils, mantequilla, quesos, confituras...

José trataba de expresarles agradecimiento ayudándoles en la tienda. Le gustaba ponerse con un metro atendiendo a las bretonas. Algunas venían con cofias, esas cofias medievales tan suntuosas, de encajes almidonados con maestría. Las de Finisterre son las más increíbles. Tienen medio metro de altura, como una chimenea de encajes sobre la cabeza, como las hadas de los cuentos...

Otra familia con la que nos unimos sentimental y fraternalmente era la familia Lorens. También directivos del club. Era un matrimonio con tres hijas, Jeanette, Marie Therese, Francoise, y un hijo, Jean, dueño de una importante factoría de neumáticos y de una buena fortuna. Pero lo más impresionante de esta familia eran sus principios cristianos cristalinos, que no sólo practicaban en la vida diaria familiar, sino como patronos, aplicando la doctrina social de la “Rerum Novarum” a empleados y obreros.

Eran dos matrimonios encantadores, muy bretones, de buena burguesía católica que sí predica y practica el evangelio. Marie Therese se metió monja después de unas largas conversaciones con don José Luis Rodríguez por los bosques de Plugguffan... Ahora es benedictina en Maumont, Juignac, cerca de Burdeos. Nos escribimos por navidades.



Salida de Misa Acción de gracias de despedida en la Capilla de Madera.

En esta época de Lorient vivió una buena temporada con nosotros Adolfo de Larrañaga. Don José Luis solía venir de vez en cuando a pasar un fin de semana. Ya he dicho que el presidente fundador del Club C.E.P. de Lorient era un curita muy majo, l'abbé Laudrin, algo volatinero y político. Había hecho la guerra en la resistencia con De Gaulle, siendo condecorado por su gran valor en la Liberación. Era un espíritu muy temperamental, de gran habilidad organizativa y carisma formidable. Hablaba y convencía de lo que fuera. Tenía su habitáculo-estudio en el piso de arriba al nuestro. Se la pasaba todo el tiempo en sus oficinas del Club... que eran unos barracones de madera de esos provisionales de la postguerra, dirigiéndolo todo, como un Robespierre con sotana. Varias veces los jugadores de fútbol le sorprendieron flirteando descaradamente con algunas de las "majorettes" del equipo, de esas que ponen la vara en el aire y la vuelven a agarrar, con galones y así...

Es curioso este fenómeno, todo Lorient sabía de su afición a las faldas, pero a todo el mundo le hacía gracia. Su truco para sacarle, a los círculos relevantes, sumas que necesitaba su equipo de fútbol y club, era bastante persuasivo. Nosotros lo sopechábamos, pero luego don José Luis nos lo confirmó. Reunía a todos los altos dignatarios y burgueses de la villa y les hablaba con fuego apostólico –hecho un Savonarola– de los inminentes peligros y avances del comunismo, y de los horrores del ateísmo judeomasónico, convenciéndoles que la única forma y manera de evitar todo eso era haciendo deporte, mucho deporte, con la juventud siempre, empezando por las escuelas y formando equipos juveniles de fútbol, por todas partes. Era un enamorado de la juventud. Nosotros nos beneficiamos de esta propaganda, pues él sabía muy bien lo de nuestra guerra civil y del espíritu cristiano republicano de nuestro pueblo vasco. Y como éramos gente de misa y comunión y teníamos un "capellán privado", éramos de su entera confianza.

En frente de nuestra casa, en una placita despejada en medio de las ruinas, construyeron una pequeña capilla completamente de madera, como esos barracones nórdicos o del lejano Oeste. El cura era un enorme gangallón con una ruda y alargada cara coronada con un abundante y fuerte pelo negro cortado al cepillo que le daba a su figura el aspecto de un pirata bretón de caricatura. Para completar vestía siempre una sotana raída que le llegaba hasta media pantorrilla dejando bien al descubierto sus enormes zapatos negros siempre llenos de barro. También usaba boina. A pesar de su aspecto muy poco elegante, más bien agrio, era de un trato encantador y un verdadero apóstol de Cristo.

Nunca olvido una semana de ejercicios espirituales, que hicimos con él, para propagar la devoción a la Virgen de Fátima. Nos transmitió su fe a la nuestra, vacilante por entonces, fortaleciéndola. El preparó a Unai para su primera comunión, en Saint Louis... un colegio muy bueno.

Unos días antes de esta celebración recibimos José y yo el susto padre. ¡Su madre!... La de José, Venancia Ealo de Mandaluniz. Una mañana, como a las sie-

te, estábamos aún durmiendo cuando oímos unos golpes de aldabón, unos aldabonazos muy contundentes en la puerta. Me levanto, me pongo la bata y abro... y me encuentro a amama Venancia de peregrinación por las Bretañas. Totalmente vestida de negro, una mantilla cubriéndole la cabeza; en una mano una pequeña maleta y en la otra un pequeño ramo de plantas silvestres (que no me ofrece al entrar, poniéndolo en la cocina, encima del fregadero en un vaso de agua). ¡Qué impresión Dios mío!... Pero sola ¿cómo ha podido esta mujer mayor llegar hasta aquí? ¡Esta pobre viuda transtornada por la muerte de un hijo santo, fusilado en Derio!... ¿Cómo ha podido pasar la muga por el monte, a su edad, con sesenta y pico de años? (Ya había pasado la muga por Sara cuando nació Naya...). Pero lo que me parece más increíble era su llegada a Lorient pasando por París y haciendo transbordo en estaciones, tomando taxis, sacando billetes. Probablemente se quedaría una noche, me supongo, visitando Notre Dame. Completamente sola y sin hablar una palabra, ni jota, de francés. Es algo increíble la tozudez bizkaina.

Unos días más tarde llegaron, para la primera comunión de Unai, Aitita –mi padre– con su joven y elegante esposa Anita. Esta nos impresionó por su porte de gran señora. Tenía una piel muy blanca y lechosa, muy oriental. Vestida con un traje sastre negro y un sombrero con un velo, con “moscas”, parecía algo japonesa.

¡Qué alegría! Toda –o casi toda– la familia reunida para la gran comunión solemne de Unai. Solo faltaba Naya que se quedó en Sondika con M.<sup>a</sup> Angeles, mi hermanita paternal –de su edad más o menos– bajo el cuidado de la tía Mari, la tía Lucy y la tía Emilia, hermanas de Anita.

Fueron unos días inolvidables de felicidad. Nos obsequiaron espléndidamente con banquetes, paseos y excursiones tanto la familia Lorens, como los Joannic quienes le apadrinaron a Unai. La madame Joannic, la Josephina, muy imperial, se “antichó”, encaprichó de Unai. Lo quería meter en el seminario para hacer de él su abate particular... ¡Cada cosas! Y a Eguzki la quería casar con su hijo Juan, y le solía dar merienditas enseñándole todas sus joyas y arcas...

A Unai lo vestimos de petit lord inglés para la ocasión, con un brazalete eucarístico y guantes blancos.

Y la vida continuaba, serena, familiar. Durante todo el tiempo que vivimos en Lorient, cada quince días o cada mes (con motivo de algún santo y romería, o “pardon” como dicen los bretones) solíamos hacer unas excursiones muy bien



Primera Comunión de Unai en Lorient.

organizadas. Salíamos de casa en dos clásicos Citroën, de esos de tracción avant. La familia Lorens casi siempre al completo; los Joannic con el hijo, algunas veces, no siempre, porque era un poco taciturno, y nosotros cabíamos muy bien en aquellos coches con trasportines delanteros.

¡Con cuánto cariño nos preparaban los amigos bretones estas excursiones!, y también, es verdad que tenían medios y recursos y caudales abundantes que les hacían ser un modelo de convivencia. Unas veces financiaban las expediciones los Joannic y otras los Lorens. Formábamos una cuadrilla muy simpática y dominical. Unas veces eran excursiones campestres tipo pic-nics. Llegábamos a un bello lugar refrescante, cerca de un riachuelo, bajo un roble... Se extendían sobre la verde hierba unas mantas escocesas, unos manteles y las vituallas más exquisitas y refinadas de la gastronomía francesa, con vinos y sidras y champagnes a “tout-y-plait”... Y pasábamos unas horas tan deliciosas comiendo, bebiendo, charlando y echando la siesta sobre esos hermosos “plaids” escoceses que siempre llevan a todas partes!

Durante todo el tiempo que duró la visita de la Amama de Galdakao y Aitita y Anita, el hijo de Joannic conducía su propio coche, otro Citroën.

Otras veces eran otros rumbos, visitas a santuarios, Saint Anne-La-Palu, los monumentos y menhir de Carnac... el Perdón de Locronnan... los maleteros no tenían cestos de víveres porque se había reservado mesa en algún restaurante bien estrellado. ¡Qué gozadera ante aquellos almuerzos de “Cordons bleus”! Aquella categoría y calidad de los manjares después de todos los “hertzats” y porquerías que habíamos tenido que comer durante la guerra, algunas veces.

Eran casi siempre restaurantes muy bretones, con muebles como fortalezas y mucha faïances y cerámicas expuestas por todas partes, y el servicio de encajes y terciopelos, y cofias diferentes en cada región. Yo me encapriché una vez de este atuendo y Josephinne Joannic me prestó su traje regional del Morbihan con la cofia de Lorient, para una fiesta en Larmor. Tengo una bonita foto así ataviada.

Un día que venía Adolfo con nosotros, en una de esas excursiones, en el restaurant, un parador rústico de calidad, el “maitre” preguntó nuestras preferencias sobre la langosta. Unos la escogieron al natural, otros a la “thermidor” y otros a la “armoricana”. Adolfo eligió esta última modalidad que sonaba muy bretona. Pero rápidamente llegaron los otros platos, y la “armoricana” que no llegaba, pedía mucho tiempo para gran desesperación de Adolfo quien era un fino “cordon-bleu”, y un “gourmet”, y un “gourmant” y un glotón. Con discreción alguien le pasó medio plato de “thermidor” que devoró sin que perdiera apetito para la “armoricana”.

Solía decir: “¡Un poquito más de vino para terminar el queso!...” y “¡Un poquito más de queso para terminar el vino!...”. Le gustaban todos los quesos y todos los vinos y disfrutaba al terminar con un buen puro, café y copa, en un buen butacón, considerando, por ejemplo, las diversidades de gusto y placer entre la “ther-

midor” y la “armoricana”... Eran frecuentes las bromas que le hacíamos sobre su epicureísmo que él defendía con vehemencia de viejo vascón.

En 1950, cuando decidimos regresar a Bilbao por el empeño de Fidel Rotaetxe, quien le consiguió a José el nombramiento y contrato de entrenador del Athletic de Bilbao, pensamos que Adolfo debía de instalarse en Pluguffan, en casa de Bardesi, quien vino a buscarlo.

Una imagen me impresiona; el recuerdo de Adolfo con su elegante silueta llevando en brazos su vieja guitarra española, como si fuera un niño, envuelta en una bata de seda florida que don José Camiña le había regalado... Imagen de viejo bardo itinerante, poeta trovador perpetuo, de raza olímpica. Le contemplábamos ir desde la ventana. Juanjo le llevaba la maleta. En esto se volteó el Poeta para lanzarnos un beso, como una mariposa fatigada, que nos produjo una profunda tristeza... ¡Adolfo querido! ¡Poeta! ¿Dónde están las nieves de antaño?...

Después de vivir dos años y medio en ese paraíso bretón nos preparábamos con cierta aprensión a volver de vuelta a Euzkadi. Era el año 50, la plenitud de un franquismo confirmado por las potencias aliadas y consagrado por la Santa Sede, la fuerza bruta en su plenitud jurídica. Algo evidentemente nefasto para el pueblo vasco en particular. Total que íbamos con cierta aprensión, es verdad, después de tantos años de destierro y de esa libertad de pensamiento que da París...



## *Capítulo VIII*

---

# *Difícil regreso a Bilbao. Hacia Venezuela*

---

## Vuelta a Bilbao

**D**espués de un complicado viaje –en dos partes– y cargando lo que más queríamos: vasijas, cerámicas, reloj y candelabros, y sobre todo gran cantidad de libros y rollos, nos instalamos en Bilbao en el verano del 50. En el número 74 de la alameda de Urquijo. Justo en frente de Nuestra Señora de Indautxu de los Padres Jesuitas. Una casa burguesa, en el segundo piso, con dos entradas. Entrada principal y entrada de servicio. La amueblamos con mucha ilusión. ¡Suponíamos que para siempre!

El dormitorio principal grande, con una enorme cama adosada a una pared tapizada de cortina verde, igual que el cubrecama, dando frente al ventanal de suaves gasas y persianas. Junto a la ventana un saloncito privado con dos butacones de cuero y mesita central y lámpara de pie, con amplio abat-jour. El comedor de estilo antiguo, decimonónico, de ese estilo Enrique II que va tan bien con las cerámicas y heráldicas bretonas. En los muros de altos zócalos de maderas artesanadas, sobre la repisa circundante, toda la colección de vasijas, jarras y platos decorativos bretones. Trajimos un juego de vasijas preciosas, pintadas a mano. ¡Del siglo XVIII! Los platos eran enorme, decorados a mano, lo mismo que las bandejas y las fuentes y sopera. Los motivos decorativos eran ramos de flores, en guirnaldas y coronas, con abundancia de claveles rojos... El juego completo llegó intacto a Bilbao. Era algo que toda la familia lo apreciaba y nos sentíamos orgullosos de este juego. Lo compré en París, en la subasta de un chateau. También compré el mismo día un precioso reloj y dos candelabros a juego, de cinco brazos cada uno, bellísimos. Son de estilo Imperio auténtico.

El salón de estar lo pusimos con sillasbutacas de ratán con abundantes almohadones floridos. Una cama camuflada en la biblioteca, para los amigos. El piano del tío Valen que estaba en Sondika, desafinado; lo reparamos completamente. Tres dormitorios sencillos. Una enorme cocina con fogón de carbón –chapa– y una caldera de leña, para calentar la casa. Todo confortable y agradable y, por primera vez en años, amueblado a mi gusto.

Los niños pudieron inscribirse cerca de casa. Joseba y Unai justo enfrente, en el colegio de los Jesuitas. Maite, Naya y M.<sup>a</sup> Angeles, un poco más lejos, en la plaza de Indautxu, donde la Teresianas. Eguzki en una academia de diseño.

Y nos instalamos en Bilbao con mucha ilusión, soñando una vida tranquila después de tantos años de exilio. ¡Así lo creíamos!

Pero al poco tiempo de llegar, ocurrió algo tan doloroso que hoy, al recordarlo, aún me estremezco.

El 19 de Febrero de aquel año Maitetxu cumplía ocho años. Ese día, cuando se levantó, se empeñó en que no quería ir al colegio. Yo la obligué pues eso me trastornaba los proyectos que tenía para celebrar la fiesta. Ordené a la empleada que arreglara bien la casa, pero sobre todo, para cuando las niñas volvieran del colegio, a la una, que tuviera la bañera llena de agua caliente con una abundante espuma perfumada y le ayudara a Maite a tomarse un buen baño. Yo llegaría a esa hora con la torta de cumpleaños.

A las 10 me fui a casa de mi gran amiga Elade de Orrantia, quien vivía cerca y con la que me había puesto de acuerdo por teléfono para ir juntas a por el regalo de Maite. Elade era un mujer muy hermosa. Una walkiria. Alta, rubia, un poco fuerte, pero bien proporcionada. Vestía siempre con mucho gusto y elegancia. Cuando salíamos juntas siempre me sermoneaba por lo poco que me preocupaba de mi indumentaria.

Ese día me dijo: “Yo no salgo así contigo. Ponte mi abrigo de astrakán negro y yo llevaré el visón marrón”. Al vernos ante el espejo de la salita las dos vestidas con suntuosos abrigos, tan elegantes y guapas, no sé a cuál de las dos se nos ocurrió: “¿Qué impacto causaríamos si nos pusiéramos, en vez de sombreros, pañuelos al estilo de las etxekoandres en la cabeza?”. Dicho y hecho. Nos arreglamos sobre nuestras cabezas unos pañuelos negros de seda, recogiendo el moño en la nuca con él y dejando tres picos que salían a los lados de la cabeza, dos arriba y uno trasero. Este tocado es atuendo típico de las campesinas y mujeres del pueblo, pero sobre todo el símbolo de la mujer vasca. Últimamente de la mujer patriota, de la Emakume. Mi madre siempre lo usaba.

Y salimos caminando hasta las Siete Calles. Todo el trayecto de la Gran Vía al puente del Arenal lo hicimos en una nube. Eramos la admiración de todo el mundo. La mayoría de los bilbaínos nos saludaban o hacía comentarios de simpatía. Otros, algunos pocos, arrugaban la cara con rabia. Nuestra exhibición era una verdadera provocación nacionalista. Nos sentíamos elegantes y bellas y caminábamos, quizás, algo orgullosas. Así llegamos al café “Carabanchel” que entonces se encontraba situado en la esquina del Arenal y de la calle Bidebarrieta. Estaba lleno de gente. Entramos hasta el fondo y al pasar, ¡oh casualidad!, sentado en la barra estaba el fascista de mi tío Aureliano charlando con unos amigos. ¡Qué satisfacción pasar junto a él ante la admiración de todos y saludarle!

Después de haber tomado un aperitivo llamé por teléfono a casa para saber si Maite y Naya habían regresado del colegio y anunciarles que yo llegaría a la media hora con la torta y el regalo para Maite...

– “¡Maite acababa de ser atropellada por un trolebús y la han llevado al hospital de Basurto!”.

¡Dios, qué mazazo! ¡No es posible!... ¡Tanta risa, tanta vanidad infantil

con nuestros atuendos! Y, ni sospechar siquiera lo que en este momento le estaba pasando a nuestra Maitetxu!

En un taxi llegamos Elade y yo al hospital de Basurto enseguida. Como una sonámbula recorrí aquellos patios entre pabellones y pasillos, hasta llegar al quirófano. Plantadas ante la puerta que no podíamos traspasar preguntábamos a las enfermeras que salían. Una me dijo: “Está bien. Vivirá. Sólo está herida en una pierna”. ¡Dios mío, que alivio! Al de un rato salió otra enfermera llevando una palangana llena de trozos de carne y piel cubiertos de sangre. Me di cuenta que lo de la pierna de Maite era muy grave.

Esa mañana se había despertado Maitetxu con la alegría de los niños ante la fiesta y los regalos que esperaban. No quiso ir la colegio. Yo la obligué pues tenía que salir a comprar el regalo y la torta de cumpleaños. Se fue con Naya muy disgustada. Salían a la una, y ese día Naya quedó castigada, y la empleada tardó un poco en ir a buscarlas, preparando el baño de Maite. Ésta se impacientó tanto que, contrariando mis órdenes, salió sola camino de casa, sin decir nada a la monja de guardia.

En la calle donde vivíamos, Alameda de Urquijo, estaban reparando, o pintando, un edificio y para ello habían cerrado la acera con unos tablones. Maitetxu llegó hasta ese edificio, cerca del cine “Izaro”, y se encontró que tenía que salir a la calle... Pero al mismo tiempo se colocó delante de un carro de la Alhóndiga tirado por un caballo que no se sabe por qué motivo relinchó en ese momento. La niña se asustó y sin mirar a su derecha salió corriendo hacia la acera de enfrente.

Un autobús, mejor dicho, un trolebús, que subía del centro le atropelló. El chófer iba completamente distraído, mirando para el lado opuesto de donde corría la niña, pues estaba conversando con una linda muchacha. A los gritos de la gente paró en seco. Demasiado tarde. Debajo estaba atrapada Maite, envuelta en los pliegues de su uniforme azul marino, de cuello blanco almidonado. Un zapato de charol lucía sólo junto a la rueda.

El chófer imprudente intentó dar marcha atrás para sacar el cuerpo atrapado. Un grito de trueno lo paró en seco. Era de un obrero que volvía de su trabajo en bicicleta y que estaba junto a ella cuando la atropellaron. Y sin esperar a nadie, él sólo, empezó a levantar la delantera del trolebús para sacar a la niña. Varios transeúntes lo acompañaron.

A la vista de la piernecita destrozada —el hueso quedó intacto, pero la piel, de la rodilla al tobillo, se desprendió con masa muscular, como si fuera una media que se quita— el mismo obrero la tomó en brazos, la metió en un portal, pidió gritando una sábana en la que envolvió la sangrante pierna, y pidió un automóvil para llevarla al hospital.

En un momento preciso la voluntad y la calidad de una persona pueden salvar una vida. Eso pasó con Maite. Una hora más de espera, media hora, diez minutos, ante la indecisión y prudencia de los elegantes transeúntes, suponían la muerte.



————— José y Polixene en San Mamés.

Generoso obrero ciclista, español-vasco-universal, que luchaste con pasión para salvarle a Maitetxu como si fuera tu propia hija... y luego la visitaste en el hospital trayéndole como regalo una planchita de hierro forjado, por tí confeccionada en el taller, tu recuerdo me reconcilia con la generosidad humana, con la generosidad del hombre.

Ese día estaba de guardia en el hospital de Basurto el doctor Félix Landín, un excelente cirujano y amigo de aita. Hizo todo lo que pudo para salvar la pierna. Pasamos un mes entero de incertidumbre en una habitación privada del hospital. Fueron muchas las muestras de cariño y ayuda que recibimos. Dormía con ella y permanecí todo el tiempo sin salir. ¡Cuánta miseria y dolor presencié en las salas comunes de niños!

Maite logró conservar la pierna, pero necesitaba grandes cuidados. Del hospital de Basurto la trasladamos a la clínica privada “El Carmen”, que estaba cerca de casa, encima de la plaza de Indautxu. Seis largos meses... Diez operaciones para ponerle injertos de piel de otras partes de su cuerpo y del mío. Yo tenía mi cama junto a su camita. Permanecí casi sin salir de la habitación. Sus hermanos y José permanecían también mucho tiempo con ella. Teníamos total libertad en la clínica. Con las monjas aprendí a ver ángeles...

Fueron tomando los injertos y había que pensar en trasladarla a casa. Encargamos a una fábrica de bicicletas y coches de niños, un cochecito especial donde Maite podía permanecer sentada con los pies alargados. Y empezó el calvario y la gloria que nos acompañarían durante muchos años.

Calvario con las autoridades franquistas que no sólo no quisieron reconocer el derecho a una indemnización, y no sólo no nos pagaron un céntimo de los gastos de hospital y clínica, sino que nos vejaron y humillaron, mientras daban una millonada a una joven que fue herida en parecidas circunstancias que Maite. Se nos consideraba como enemigos de la patria. Para completar nuestro dolor, el club Athletic de Bilbao, que le había contratado a José como entrenador, recibió desde Madrid un telegrama del general Moscardó que decía así: “Sustitución inmediata de José Mandaluniz como entrenador del Athletic Club”.

Y la gloria para nosotros, Maitexu y su martirio sublimado. Como dice Teilhard de Chardin S.J.: “Un aumento de espíritu nace de un defecto de la materia”.

El dolor sufrido, sin buscarlo, con una sonrisa, la metamorfosis silenciosa de la peores sombras del mundo en llamas de amor sagrado, en lo más profundo del corazón, fue la constante de la adolescencia de Maite. Sus sufrimientos fueron inenarrables, físicos y morales. En nuestro universo familiar, destinados a ser errantes sin desearlo, el amor a Maite y de Maite, es la energía que nos permite seguir viviendo y seguir luchando.

## *Primera comunión de Maitetxu*

**E**l carácter de Maite era increíble. Lloraba cuando sufría o cuando sabía que había de ser operada, o sufrir las curas –¡qué martirio las curas diarias!– pero en cuanto se pasaba el susto siempre estaba alegre y risueña. Jamás se quejó de su suerte al tener que estar acostada tanto tiempo sin poder levantarse.

Un día se acercó la monja y me habló, estando un poco alejada de Maite:

– ...“Dado su estado es necesario que haga la primera comunión aquí mismo, en la capilla de la clínica.

– ¿Por qué hermana? ¿Está tan mal?

– El estado de Maite es muy grave. Es mejor que sepan la verdad. Su organismo está agotado. Lleva un mes con fiebre, que a la tarde alcanza los 40º. En cualquier momento su corazón puede tener un paro”.

Los familiares no nos habíamos dado cuenta de la verdadera situación. Oímos el consejo de la hermana y empezamos a organizar la primera comunión más conmovedora... pensando que podía ser la última comunión.

La clínica, que había sido antes el palacete de un millonario industrial andalucista, tenía una capilla privada decorada con gran lujo de materiales del más puro estilo árabe. Zócalos muy altos con incrustaciones de nácar, azules y azulejos y dorados en abundancia. ¡Era bellísima! Y allí nos reunimos todos alrededor de Maite. Recuerdo la familia entera de los Robles-Aranguiz. Ellos solos formaban una coral formidable. Con voces bien acopladas, cantando a dos y tres voces entonaron varias canciones religiosas vascas durante la celebración de la santa misa. “Ogi zerutik etorria...”. Y hay un “Agur Maria” que no puedo oírlo después de tantos años sin llorar. El hermano mayor de los Robles-Aranguiz, Koldo, que para la época ya estaba enfermo del corazón –y que, al de pocos meses, murió en Bilbao, llenando de dolor a todos los que le conocimos– se empeñó en formar parte del grupo de “ezpatantzaris” que nos amenizaron un baile muy solemne y cordial en el patio de la clínica, después de la misa.

Pero la nota emotiva, al grado sumo, la dio el cura párroco de Sondika, don Germán, cuando el sermón, de la forma más increíble. El, estaba empeñado en que Maite iría al Cielo. Así lo decía, a veces, durante la visitas: “Maitetxu, que bien!... vas a ver a la Virgen María y a jugar con los angelitos...”

– Yo no quiero jugar con los angelitos, sino con mis hermanos, le con-



*Primera comunión de Maite en la capilla de la Clínica del Carmen.*

testaba Maitexu, y él, erre que erre, seguía con la cantinela del Cielo, con toda su buena voluntad.

Y el día de la comunión empezó con lo mismo, pero los sentimientos le traicionaron y no pudo terminar el sermón. Sollozando como un crío, resoplando por la nariz en un enorme pañuelo... ante la impresión de todos, siguió sin más con la santa misa, dejando sin terminar su invitación al Cielo.

Un almuerzo esmerado, de chocolates con churros y pasteles, amenizado con bailes vascos y canciones por los hermanos Robles Aranguiz, al que asistieron, además de familiares y amigos, casi todos los médicos y monjas de la clínica, me hizo casi olvidar el estado de salud de Maite... La monja que la cuidaba nos condujo a la habitación. Eran las tres de la tarde, la hora en que la fiebre subía al tope. Le puso el termómetro con gran aprensión... ¡Oh, Dios mío! ¡El termómetro no subió de 37º, por primera vez en tres meses! Le puso el termómetro dos veces más... La monja y yo nos pusimos de rodillas ante la camita de Maite y nos pusimos a llorar mientras nos abrazábamos. ¡Un milagro!, repetía la monja llena de gozo. Desde ese día el mejoramiento de la salud general de Maite fue en aumento, ascendiendo. La pierni-

ta siguió produciendo muchos dolores, pero el estado general, sin problemas, mejorando. Tuvo que seguir tratamientos durísimos con especialistas, y una estancia de un año en el antituberculoso de Gorniz, recibiendo continuamente clases particulares. Pusimos todo nuestro amor para ayudar a Maite, y ella nos ayudó con su gracia de ángel.

## *La amistad en Bilbao*

**D**el tiempo que vivimos en Bilbao quiero señalar el acontecimiento que fue trascendental para la familia. Por primera vez vivía Naya con nosotros. Por fin podíamos vivir toda la familia completa en un hogar juntos, en una casa agradable. Naya se adaptó muy bien porque sentíamos mucho cariño por ella y porque no se sentía desplazada de su ambiente natural. Seguía en el mismo colegio, con las Teresianas, las mismas amigas. Sólo que, en vez de tomar el tren para Sondika, volvía con sus hermanos a casa.

En esta etapa recibimos varias visitas de amigos que permanecieron unos días con nosotros. En dos oportunidades nos visitaron las familias Lorens y Joannic de Lorient. La primera vez los padres y luego los hijos, siempre en Citröen. Con estos últimos hicimos una excursión inolvidable al Gorbea, llena de aventuras...

Salíamos mucho con el matrimonio Orrantia, Ander y Elade prototipo de señoritos bilbaínos, y su hermana Paquita, un encanto, pero sobre todo tuvimos la suerte de tener en el edificio, unos vecinos de una calidad humana fuera de lo común. Roque de Aranguren, casado con Juanita Rica, quienes tenían en la época cuatro hijos pequeños. El era médico ginecólogo, considerado como uno de los más famosos de Bilbao. Tenía una lujosa clínica privada. Haría falta un largo recital para entender un poco su extraordinaria personalidad. En cuanto llegaba a su casa –o entraba primero en la nuestra– todos los niños corrían hacia él. Era el hermanazo, el tiazó. Todo el tiempo permanecía diciendo chistes, cuentos inventados, haciendo imitaciones cómicas de los sucesos diarios. No es de extrañar que los niños le adorasen. Era un hombre alto, bien proporcionado, moreno, de cara enérgica y agradable... Pero lo que más recordamos de él, es su negra pelambreira en las piernas y en el pecho. Porque un día, entre las increíbles bromas que organizaba, recuerdo la siguiente.

Teníamos una visita en el salón donde merendábamos. Tocan la puerta, sale la empleada a abrir y lanza un grito... Y entra Roque, solemne, vestido de Capucita Roja. Falda corta, calcetines que dejan ver sus velludas piernas, una blusa despechugada, un sombrero de encajes, blanco, y en la mano un cesto lleno de frutas. Es de imaginar la algarabía, no sólo de los niños, sino de los mayores. A los amigos que estaban de visita les dio como un ataque de nervios, se retorcían de risa, mientras él, con la mayor formalidad del mundo y sin perder la compostura, nos hablaba y entretenía de tartas y confituras, como una niña bien educada. Fuera de casa en la

clínica o en la calle, el noble e imponente físico de don Roque inspiraba un gran respeto. La seriedad de su rostro era el reflejo de una plenitud espiritual de principios morales puros. Un hombre de verdad.

Los dos años y medio que vivimos en Bilbao fueron de una plenitud familiar total. Estábamos todos juntos, muy unidos, mucho amor...

Los vecinos eran increíbles. No puedo dejar de mencionar a la familia Jorquera. Un funcionario de Franco, falangista, creo que valenciano, y muy majo; su esposa, una encantadora mujer llena de dulzura, Luisita, y seis hijos de edades como los nuestros, con los cuales se arreglaban muy bien.

Teníamos muchos amigos. Cuando caminábamos José y yo por las calles de Bilbao, muchos desconocidos nos saludaban o miraban con simpatía. Los dos habíamos sido muy conocidos durante la República, José como futbolista y yo como oradora.

Acontecimientos trágicos, como el de Maitetxu, y otros menos trágicos pero preocupantes –como mi detención y encarcelamiento por haber ayudado a un perseguido abertzale de Sondika para que escapara a Francia– nos marcaron. El franquista y vecino Jorquera nos ayudó mucho.

Eran tiempos de dictadura, no hay que olvidar. Hay una simpática –o mejor dicho trágica– anécdota que refleja bien la situación de aquel entonces. Era el día de todos los Santos. No sé a quién se le ocurrió que los txikis debían de ir a Derio, al camposanto donde reposaban los restos el tío Valen, ¡un santo!, fusilado allí mismo hacía trece años. Se prepararon todos –menos Maite– para hacer el viaje en tren hasta Derio. ¡Qué contentos!... Y luego irían andando hasta Sondika donde almorzarían con Aitite.

Les compré un hermoso ramo de crisantemos y después de las recomendaciones de rigor, salieron los cuatro hasta las calzadas de Begoña a tomar el tren de Lezama.

Cuando se vive en torbellino permanente quedarse unas horas de tranquilidad, sabiendo que los seres queridos son felices, es un placer. Eso debió pasarme ese día. Los críos no vendrían hasta la noche. Yo podría descansar junto a Maite. José tenía un partido. No habían pasado dos horas y nos preparábamos para almorzar y luego descansar, cuando unos golpes fuertes y rápidos, en la puerta de la cocina, nos sobresaltaron.

Al abrir me encuentro con la banda completa de mis hijos, con tales expresiones de terror en sus caras descompuestas, que me asusté pensando lo peor, pero... uno, dos, tres, cuatro, ¡no faltaba ninguno! Todos querían hablar a la vez. Por fin pude saber lo que les había pasado.

Después de un feliz viaje en el trencito de mi infancia, llegaron a Sondika y luego, dando la vuelta por Berretiagas, llegaron a Derio. En el cementerio, por más vueltas que dieron, no pudieron encontrar en la tumba común al tío Valen,

a pesar de las indicaciones que les dio la tía Carmen. Por fin, cansados de buscar, se les ocurrió una idea. Si no podían localizar la tumba, irían hasta el muro de piedra donde fusilaban a los patriotas. Y así lo hicieron. Con las cosas que habían oído sobre la muerte heroica del tío Valen, cuando llegaron al lugar se emocionaron mucho y siguiendo el consejo de Eguzki, después de depositar a los pies del muro el ramo de crisantemos, se pusieron los cuatro de rodillas frente al paredón, a rezar con fervor.

“Notábamos algo raro. Un señor se nos acercó y con cierto sigilo nos dice:” ¡Cuidado chavales! Marchad pronto de aquí”... Otros dos jóvenes nos lanzaron. “¡Qué valientes!”. La mayoría de las personas nos sonreían con mucha simpatía en silencio. De sopetón apareció una pareja de la Guardia Civil que nos ordenó con dureza: “¡Venga chavales!, recoger esas flores y venir con nosotros!...”.

Es de imaginar el terror que sintieron las inocentes criaturas, después de haber oído en casa sobre las atrocidades cometidas por la Guardia Civil.

... “Nos condujeron a una oficina que había en el pabellón administrativo, a la entrada del cementerio de Derio. Tras un despacho, un policía bajito con un bigote afilado nos escupió; “¡A ver! ¡Os voy a fusilar si no me decís la verdad!”.

Y claro que dijeron la verdad. Nombres, apellidos, qué hacían los padres, a quien llevaban las flores... ¡Qué pobre mentalidad de hombre! Y después de tenerlos asustados un largo rato, de pie, frente a él, mientras escribía en un registro, de pronto tomó el ramo de crisantemos y los arrojó con rabia a un cesto de papeles, y les gritó a los críos que estaban muertos de miedo: “¡Venga, fuera! ¡Fuera! ¡Y que no os vuelva a ver más en el cementerio con flores para los traidores a la patria!”. ¡Todo esto quedó grabado en el corazón de mis hijos a fuego!

Ése era el ambiente fétido que se respiraba en nuestra patria oprimida por la España fascista. A pesar de los amigos, y de las muestras de cariño, nos sentíamos acorralados.

Un día vino a visitarnos Lezo de Urreiztieta desde Iparralde. Jugándose la vida pues había orden de captura contra él, vivo o muerto. A pesar de su enorme tranquilidad nos asustamos mucho. Al día siguiente nos visitaron dos policías de La Salve preguntando por él. No me llevaron detenida porque estaba convaleciente de heridas en un muslo, hechas para los injertos de Maite, pero nos dimos cuenta, por el interrogatorio, que sabían todo de nosotros, y que nos tenían vigilados. A mi lo que más me impresionaba eran las miradas de odio que nos lanzaban, en la calle, algunos individuos del régimen. A las noches tenía pesadillas...

No podíamos seguir así. Por otra parte José no estaba muy contento con su puesto de entrenador del Baracaldo, que era de segunda división. La destitución del Athletic le dolió mucho. Las presiones del régimen eran permanentes, por todas

partes... Finalmente, José escribió a los directivos del Rouen Club, explicándoles nuestra situación. Antes de quince días recibimos una carta que nos llenó de alegría, y a mi personalmente de un orgullo del bueno. Sin dudarlo, la Junta Directiva le nombraba a José entrenador del Rouen Club, con un buen sueldo y contrato. Carta oficial con sellos de la policía. Con ella no pudieron negarle a José la salida a Francia. ¡Qué hermoso es dejar buena impresión, con una conducta intachable, tanto personal como familiar, en amigos excelentes que nos ayudan ahora de esta manera tan simpática!...

## *De nuevo en Normandie*

**J**osé se marchó solo. Se adelantó a Rouen a preparar nuestra instalación, dejándome todo el paquete de Maitetxu en Gorliz, los txikis en los colegios, liquidar la casa... (No liquidé la casa pues tenía la esperanza de que volveríamos).

Y nos fuimos todos de nuevo a Rouen. La hermosa y bien amueblada casa de Bilbao —por primera vez a mi entero gusto— quedó en el recuerdo. Nunca más volvimos a ella. Pasaron unos meses y nosotros no podíamos mandar de Rouen el importe de la renta. En una negociación delegada, mi hermana M.<sup>a</sup> Angeles y Juanita Rica de Aranguren se encargaron del arreglo con el casero. Este se quedó con el comedor rústico y el dormitorio moderno y los cacharros. ¿Dónde estará ahora nuestro servicio de Sevres con los claveles rojos pintados a mano?...

Metí en nuestros baúles el reloj y los candelabros imperio y el cuadro de la Virgen y el Niño hallado debajo de la escalera de Passy, y sobre todo los libros que amábamos tanto y que yo había mandado encuadernar en Bilbao, donde Verdes. Y otra vez a Rouen.

Era muy complicado buscar alojamiento para toda nuestra familia, teniendo en cuenta la escasez de viviendas después de los bombardeos durante el desembarco aliado. Reflexionando ahora, con la objetividad que da el largo tiempo transcurrido, pienso en la hermosa fraternidad que produce la afición pura al fútbol. Todos los directivos y compañeros del Club buscaban con interés solucionar nuestro problema.

Consiguieron que un socio judío, que tenía una juguetería en el centro comercial de Rouen, nos cediera, encima de ese local, en un inmueble estrecho de dos pisos, dos amplias habitaciones, una cocina con una gran mesa, y un sanitario en la escalera, que era utilizado por todos. Para el aseo, nos lavábamos en las habitaciones, “a la francesa”. Todo el “logis” con los muebles y cacharros imprescindibles. Permanecimos aquí creo que unos tres meses. Pero lo que esta estancia tenía de extraordinario era que para subir a nuestras habitaciones había que entrar por la puerta principal del comercio y atravesar completamente éste para llegar, en la trastienda, a una escalera que conducía al segundo piso. El primero era un depósito de mercancías amontonadas en paquetes y cajones. Todo esto tenía un aire muy clandestino, a lo Ana Frank, muy judío, de juguetería de Papá-Nöel.

Dos o tres veces al día, aquel paseo entre preciosas muñecas, trenes eléctricos, balones, bicicletas, pinochos, toda clase de juegos y juguetes costosos y teso-

ros y maravillas... y nunca mis hijos cometieron la más mínima sustracción, ni siquiera la manipulación de ningún juguete. La casa en sí ya era un juguete raro, con su aspecto medieval mágico y sus altas y estrechas ventanas de rombos plomeados.

Por fin los dirigentes del Club nos consiguieron un alojamiento más adecuado... Pero este nuevo "logis", aunque algo mejor, era también un poco raro... Era un edificio de ladrillo rojo, tan corriente en el Norte de Francia, en las regiones mineras. Una estructura rígida, directamente sobre la calle y los laterales junto a los edificios. A nosotros nos correspondía lo siguiente. En la planta baja, después de entrar a un portal de donde arranca una amplia escalera de madera con barandilla de hierro, a la derecha había una gran habitación con chimenea de mármol y paredes empapeladas de rayas del Directoire, en la que organizamos nuestro dormitorio, con una gran cama en alcoba (estilo Louis-Philippe), y un lugar de estar, entre salón y comedor. Saliendo a un patio exterior de suelo enladrillado, trasformaron para nosotros una galería vidriada que fue probablemente un invernadero de plantas, (al estilo flamenco de Brujas) en cocina, con todo lo necesario.

En el primer piso, también a la derecha, teníamos otra enorme habitación, con chimenea de mármol negro y paredes empapeladas de flores marchitas en coronas y guirnaldas... con cinco divanes o camas turcas, para mis enanitos, y al lado otra pequeña habitación de tipo cabinet, donde había una pequeña cama. El aseo, en un lavamanos, por parcelas, tras un paraván, a la moda francesa. Las letrinas en el patio de ladrillos. Un edículo con un arcón de madera en forma de banco, con tapadera acuchillada, a lo sajón.

En el mismo edificio vivían un futbolista alemán llamado Chirchin (no sé cómo se escribe), que vivía solo con un enorme perro, claro que pastor alemán... que hacía unas bromas de mal gusto. Daba una orden de ataque, en alemán, contra cualquiera de nosotros que se hallara en el extremo alejado del patio, y cuando el perro venía hecho una furia y estaba a un metro de la asustada víctima, una orden dura, tajante de "¡RAUCH!" paraba en seco al enorme animal bestia apocalíptica... Un día le dije yo a él "¡RAUCH!", en el tono vasco de autoridad indignada, y nunca más lo hizo. Eso de asustarles a los críos es de bestias, por muy gótico que sea.

El alemán vivía en la planta baja, a la izquierda, entrando, y en el primer piso, el portero del equipo (cuyo nombre he olvidado) con su esposa y un hijo pequeño. Eran, creo que valones o algo así... La madre no le daba agua al niño sediento, decía que por orden del médico. La cantinela del pobre chaval nos indignaba. Por eso cuando le veíamos que chupaba el agua de los gruesos calcetines de los futbolistas que siempre secaban en el patio, no le decíamos nada.

En el segundo piso, del lado izquierdo, vivía un personaje tan único, que hoy, después de tantos años, recuerdo con nitidez su figura y sus anécdotas. Se llamaba Cándido Rodríguez. Era malagueño, republicano, exiliado. Su hermano mayor había sido alcalde de Málaga durante los acontecimientos trágicos de la guerra civil.

Este vivía también en Rouen, pero en el casco viejo. Cándido estaba casado con una bella catalana, Charito, y habían adoptado un pequeño “pied-noir” que ya andaba por los siete años. Mis hijos le llamaban “mamanmadí” porque continuamente se aparecía en nuestro apartamento pidiendo algo de parte de su madre y siempre entraba diciendo: “maman m’a dit...”. Charito era de una gran belleza ibérica y vestía con mucho gusto... Y Cándido celoso como un moro. Ella estaba enamoradísima de su marido ya que éste era muy guapo y elegante. Alto, musculoso, moreno, pelo negro algo rizado, ondulado, una mirada de fakir, con un delgado y bien cuidado bigote, dentadura deslumbrante... y se sabía irresistible. De revista del corazón. Él podía tener todas las aventuras del mundo, pero ella ni siquiera una broma.

Es de imaginarse qué telenovela al natural nos ofrecían demasiado a menudo. Gritos, lloros, amenazas. Era un teatro permanente de pasión moruna. Además, él tenía tal gracia para contar chistes, o simplemente hablando, con aquel intercalar andaluz de tantos refranes populares llenos de sabiduría silvestre –en francés, con acento del Midi– que el equipo del Rouen le nombró masajista oficial. Hacía de todo, enfermero, curandero y algo boticario, el que les daba las pastillas contra el stress y así... Y cobraba un buen sueldo. Acompañaba al equipo a todos los desplazamientos oficiales y alojamientos en buenos hoteles, con su maletín de cuero negro de galeno y sus guantes de cabritilla.

“Es más vago que la chaqueta de un guardia –solían decir los futbolistas que ya iban aprendiendo modismos castellanos–. Es más difícil conseguir que nos de un buen masaje que ir a un gimnasio un viernes por la tarde. Pero nadie protesta. Se nos ha hecho imprescindible a todos...”.

Esa época fue muy feliz en el plano familiar. Estábamos la familia reunida al completo. Eguzki y Joseba asistían a unos cursos de arte y dibujo “Beaux-Arts”– en una escuela en el centro de Rouen, pues era demasiado tarde para seguir la secundaria empezada en Bilbao, y ahora al francés. El único que pudo terminar el bachillerato fue Unai, a quien inscribimos en el “JoinLambert”, colegio católico privado de gran prestigio en toda Normandía. Que por cierto sacó notas excelentes. Todos los días hacía el trayecto en tranvía, que pasaba cerca de casa, pues vivíamos al sur del Sena, cerca del Jardín des Plantes. A veces le traía a Unai, a casa, un cura del colegio, en moto. Se llamaba l’abbé France y se interesaba por la educación de Unai a quien daba clases particulares. Resultaba muy simpático. Un cura muy deportivo, con sotana, boina y en moto.

A Naya y Maite las inscribí en una escuela que quedaba cerca de casa. Estaban muy contentas. Naya aprendió enseguida francés. Los domingos íbamos todos juntos, los siete, a misa a una bonita iglesia moderna cerca del campo de fútbol. Al lado nos quedaba el hermoso Jardín des Plantes, donde los niños solían ir a jugar cuando no había partido de fútbol.

Recuerdo que Maite tuvo una recaída y empezaron a tratarla en una prestigiosa clínica llamada “Sainte Hilaire”. Fue una especie de disipela que le obligó a

quedar interna durante quince días. Yo me quedé todo el tiempo con ella. Luego, durante bastante tiempo, había que ir a la clínica cada tres días para hacerle unas curas. Las primeras veces fuimos caminando, conduciéndola en el cochecito (una especie de silla con ruedas, más bien camita), que habíamos traído desde Bilbao. El trayecto era bastante largo pues había que atravesar el puente nuevo, recién construido... ¡Cada tres días! ¡Era agotador!

Cándido nos propuso su ayuda. Poseía una de esas viejas motos con su sidecar, y en ella llevaría a Maitetxu a hacer las curas a la “Sainte Hilaire”. Las salidas de Cándido llevando a nuestra Maitetxu en moto eran saludadas por todo el barrio. Le costaba mucho arrancar al motor, era un chacharro muy chaplinesco. Pero él era una persona muy solidaria, además era casi médico, pues la guerra civil le había interrumpido sus estudios de medicina casi al final. Maite iba muy contenta con él pues además le supervisaba las curas haciendo comentarios pertinentes ante el muy docto personal clínico. Todo el mundo le conocía y ese viaje era para Maite una fiesta, pues eran saludados, durante el trayecto, por todo Rouen.

Las salidas de los partidos de fútbol, llevando a Maitetxu en su carricoche, los siete juntos... Formábamos un grupo elegante paseando muy dominicales por toda la gran avenida que bajaba hacia nuestra casa y el Sena. A veces, cuando el tiempo acompañaba, nos deteníamos en alguna terraza del camino a tomar algo, junto con otros jugadores y familiares. Y sobre todo éramos saludados con entusiasmo y cariño por los hinchas del Rouen Club, que tanto admiraban a aita. Le llamaban “tête d’or” por los goles de cabeza que metía.

El Comisario Principal de Policía de Rouen, M. Petit, era un tipo inolvidable, bajito, fuerte, rubio, con ojos azules que parecían artificiales y un bigote cuidado con esmero. M. Petit tenía tal admiración por aita que éste le recomendó varias veces para arreglar los papeles de varios exiliados vascos que Agustín y Xabier nos mandaban desde París. Se quedaban unos días en nuestra casa y el Dr. Petit les concedía permiso de residencia y “séjour”.

Entre estos, el caso que más recuerdan mis hijos fue el de Charterina. Iñaki Charterina, estando perseguido por la policía franquista, consiguió salir por Irún, en un autobús donde viajaban los del grupo artístico “Etorki” que había dado varias representaciones en el teatro Arriaga de Bilbao. Uno de los dantzaris le cedió su puesto y pasaporte a Iñaki, mientras él pasaba de contrabando por la muga de Sara. ¡Así de sencillo!... Charterina llegó sin contratiempos a París y se alojó donde la familia Alberro. Y para poder arreglar los papeles y viajar a Venezuela –donde tenía algún pariente– le mandaron a Rouen, a nuestra casa.

Cayó bien. Era joven, agradable, sobrino del famoso Takolo, conocido tabernero de la calle Somera, quien estuvo preso con aita en la cárcel de Larrínaga.

Pero pasaban los días, pasaban las semanas –el permiso francés ya estaba arreglado por el Dr. Petit– y la ayuda de Venezuela no llegaba.

Y la estancia de Iñaki se fue prolongando en meses. Para él era agradable pues no tenía ninguna obligación. Le solía acompañar a José a los entrenamientos, de asistente de masajista. Los domingos a misa con nosotros, fútbol y paseos por el parque... No había problemas económicos. José tenía un buen sueldo y a mi siempre me ha gustado cocinar. Pero toda exageración cansa al fin. Y toda pulsión se propaga en la familia.

Recuerdo una anécdota que refleja bien la situación y el ambiente de esa estancia. Al final del alargado patio, en el ángulo norte, bajo unos manzanos estaba un automóvil que pertenecía a Cándido, el masajista andaluz. Era una especie de torpedero de carreras. Debía de fallarle algo pues nunca lo recuerdo funcionando. Era plateado y rojo, descapotable. No recuerdo la marca pero se notaba que era de calidad. Era el juguete ideal para los chavales del edificio. Lo usaban de platillo volador, viajando por el cosmos...

Había también un hermoso árbol, creo que era un manzano... El patio seguía en huerto. Era el sitio ideal para que los niños jugaran sin molestar a nadie.

Un día que salimos José y yo, le dejamos a Iñaki al cuidado de los cinco hermanitos. Cuando regresamos en la tarde, encontramos un gran alboroto en la casa y a Iñaki rojo de indignación. Poco a poco conseguimos entender lo que pasó. Parece ser que Iñaki empezó participando en el juego con los niños —que eran casi adolescentes, Eguzki rondaba los diez y siete...— y a Eguzki se le ocurrió organizar una batalla campal entre indios y el blanco que se deja coger prisionero. Los indios, por supuesto, los cinco hermanitos, y el valiente blanco hecho prisionero, luego de unas escaramuzas entre hierbas y vallados, Iñaki. Lo ataron con cuerdas al tronco del viejo manzano y amontonaron a su alrededor viejos periódicos arrugados. Y organizaron la danza guerrera alrededor del Totem, dando gritos guturales y golpeándose la boca con la palma de la mano.

Al principio a Iñaki le hacía mucha gracia, pero cuando se dio cuenta que le habían amarrado muy fuerte y tan bien que no podía soltarse, empezó a ponerse nervioso y a gritar, cuando a Eguzki se le ocurrió encender los periódicos. Y el juego no le hizo ninguna gracia cuando el humo lo puso a toser. La cosa se agravó cuando la chiquillería, asustada de los gritos e imprecaciones del prisionero blanco, y temiendo que Iñaki los castigara si le soltaban, se escondió por todas partes, dejándolo solo, bien atado al manzano, y con el fuego que se aproximaba por los hierbajos...

A Iñaki no le quedó más solución que ponerse a gritar con toda su alma para que los inquilinos le ayudasen. Estaban en casa Charito Rodríguez, la esposa de Cándido, y la esposa del portero. Iñaki debió de sentirse muy ridículo, del mucho miedo pasado, cuando las dos lo desataron entre risas y burlas. Les quería comer a los críos, que no eran tan críos...

Otro hecho singular que pasó en esa casa, y que a mí particularmente me impresionó mucho, no porque yo me considerara de una inocencia infantil, sino por

el cinismo soberbio que un diablo de hombre pueda emplear apoyándose en la santa religión.

Por medio de la parroquia contraté a un señor mayor, jubilado, para que pintara la cocina que estaba situada en la galería vidriada del antiguo invernáculo.

Todos en grupo, los niños jugaban en el patio, corriendo y gritando. Yo estaba en el salón dormitorio, planchando. De repente la esposa del portero toca a mi puerta con cierto sigilo y me dice:

– Madame Mandaluniz, venga por favor a nuestra habitación...

Subimos y nos asomamos detrás de las cortinas, a la ventana, y lo que vimos nos parecía increíble. El viejo pintor, subido a una escala, pintaba con una mano el marco de la galería de cristales, de hierro, mientras, con la otra, agitaba nerviosamente su miembro senil, pequeño y flácido apéndice blanco... con intención que los niños se fijaran en él. ¡Qué asco nos produjo! ¡Gracias a Dios los niños seguían corriendo detrás de Eguzkiñe y ninguno reparó en el espectáculo!

Bajé corriendo, llena de indignación, y le ordené al señor que se marchara inmediatamente, y que a la tarde le pagaría su salario. Recogió sus brochas y, quitándose la blusa blanca protectora –abierta por delante– se fue sin decir ni “mú”.

Pero la sorpresa me la dieron en la tarde. Yo estaba sola y llega mi pintor con su señora esposa, una digna y muy respetable dama del patronato, toda alterada e indignada, amenazándome con llevarme a la Comisaría de Policía y denunciarme por haber calumniado a su honorable marido y esposo... Y ésto lo afirmaba la buena mujer con tanta convicción que yo no lo podía ni creer que fuera tan cínico. Yo, una “roja separatista española”, ¿cómo osaba manchar de esa forma a su ejemplar esposo?...

El tono agresivo de la mujer subió de tal forma que nuestra vecina, la “portera”, la oyó y bajó inmediatamente. ¡Gracias a Dios! Con firmeza y mucha indignación le explicó a la buena señora que no sólo la “roja española” había presenciado el vergonzoso exhibicionismo de su marido, también ella y su esposo, que no eran ni rojos, ni separatistas, ni españoles, sino muy dignos y respetables franceses, lo habían visto. Y que si no se marchaban inmediatamente, iría ella misma en persona a denunciar el caso a la Comisaría de Policía.

Me dieron mucha lástima el viejo matrimonio jubilado, cuando se fueron silenciosamente, sin ni siquiera pedir el salario que se les debía. Pero aprendí algo de este episodio que me quedó marcado a fuego: la capacidad de mal del viejo beato hipócrita al peligrar su honorabilidad. Si no es por la francesa esposa del portero nos habríamos visto en una triste situación.

Iñaki recibió, al fin, la ayuda esperada, y le aconsejamos que desde París podía organizar mucho mejor su viaje a Venezuela... Al fin se fue definitivamente a Bilbao, cuando se enteró que la denuncia a su persona había sido anulada.

## *Preparando viaje para América*

**U**nos meses antes, en un viaje que José realizó a Iparralde, se encontró por pura casualidad con don Gonzalo Aranguren, en el “Bar Basque” de San Juan de Luz.

Don Gonzalo residía en Venezuela desde el final de la guerra civil, y se encontraba en ese momento de vacaciones en Euzkadi. Don Gonzalo era un famoso médico cirujano y un abertzale sincero que sirvió en el Ejército Vasco, permaneciendo —en la dura época del cerco del ejército franquista a Bilbao— en los frentes de lucha, batallando por salvar, con su enorme profesionalismo y corazón a los valientes gudarri que caían en el combate. Fue uno de los fundadores de la Universidad Vasca.

Terminada la guerra civil, don Gonzalo se embarcó para Venezuela, invitado por el gran presidente demócrata Isaías Medina Angarita. En Venezuela ha dejado una historia tan hermosa que honra a todo el pueblo vasco.

Creo sinceramente que el Gobierno de Euzkadi debería de organizar algún acto importante para que se reconozca la trayectoria de este eminente vasco en Venezuela. Sería una buena lección y ejemplo para la juventud de estos tiempos de unión de continentes.

En el esplendor del petróleo, Venezuela buscaba nuevos ciudadanos. En cuanto don Gonzalo vio a Mandaluniz le propuso un buen contrato, cordial y generoso, para que se trasladara a Venezuela como entrenador del equipo Deportivo Vasco de Caracas, con un sueldo espléndido, asegurado por un buen tiempo. Don Gonzalo era entonces presidente del Club de Fútbol y del Centro Vasco de Caracas.

Lo pensamos en familia y decidimos que no podíamos despreciar la oferta de don Gonzalo, teniendo en cuenta que el porvenir de los hijos era más prometedor en América que en Europa. Genaro Eguileor, que se destacaba como periodista de “El Universal” de Caracas, y amigo del alma de José, desde niños, con sus hermosas cartas, nos animó completamente. Y no sólo nos escribía, también nos visitó en Rouen, aprovechando unas vacaciones, con otro directivo del Club, cuyo nombre he olvidado.

Todo quedó bien arreglado. El Deportivo Vasco nos pagaba el pasaje de toda la familia, además nos tendrían preparado un buen alojamiento en Caracas.

Poco a poco fuimos preparando el viaje para América. Creíamos más oportuno organizarlo desde Bilbao. El apartamento de la Alameda de Urquijo ya había sido liquidado. Nos fuimos todos a Sondika, a casa de mi padre. Por esos días

Maite sufrió una recaída y tuvimos que recluirla en el sanatorio de Gorliz, donde permaneció algunos meses, antes de emprender el vuelo y atravesar el Atlántico.

Demasiado absortos en nuestros problemas familiares y con la paranoia de la destrucción y persecución de nuestro pueblo por el degenerado fanatismo heroídiano franquista, éramos incapaces de definir el singular torbellino que en menos de medio siglo se había abatido sobre la humanidad, y que, a pesar nuestro, nos arrollaba familiarmente.

Después de un tiempo de estar unidos y gozando de una relativa tranquilidad... de nuevo todo destruido, desgarrándonos dolorosamente, y a comenzar un nuevo destino.

Cuando nuestros hijos traten de juzgar algunas actitudes nuestras con la vida, deben de meditar sobre todas estas circunstancias, no buscadas, que traza el destino, y que fueron ordenadas por ¡quién sabe qué gran sabiduría del Supremo Ordenador!...

Pero, de todo este recorrido, lo que recuerdo con una firmeza que ni el tiempo ni la distancia geográfica modificarán, es la conducta ejemplar de José. Como jefe de familia y profesional, recibiendo, donde fuere, el cariño y la amistad de todos los que le trataron durante todo el tiempo que permanecimos en Francia. Amistades que aún perduran en sus hijos y nietos.

Su fe, sólida y firme, siempre le acompañó. La mía, más problemática, se tambaleó muchas veces. Fue él quien decidió, antes de abandonar Francia, que pasaríamos todos en familia por Lourdes. Y el misterio de la cueva santa llena de perfumes y esencias de jazmines y nardos con el almendro, y el trinar de los pájaros en la enramada de la gruta, coronando a la Virgen Madre, nos embriagó una vez más. Nos sentimos, los siete, más unidos que nunca y sentimos al espíritu de nuestros antepasados cuidándonos y guiándonos desde el Cielo. Bañamos a Maite en la piscina milagrosa, y llenos de ánimo y confianza llegamos a nuestro hogar de Sondika, donde mi padre, a esperar para el viaje. ¡Qué poco nos imaginábamos del largo y fatigoso camino que aún nos faltaba!

Saliendo de Lourdes y antes de cruzar la muga, nos vinimos a pasar unos días a Donibane. A "Sabin Etxea", donde habíamos gozado de tantos veranos de felicidad y plenitud a nuestro aire natural. Y por el consejo de los amigos decidimos que no era prudente que Joseba pasara a Bilbao con nosotros, pues luego podía tener dificultades para salir hacia América. Joseba, acompañado de Juanjo Bardsi, salió para Bretaña, donde permaneció algunos meses en Kerhujen. También estuvo, por esas fechas, un tiempo en Lorient, con la familia de Joannic, quienes le querían mucho.

Al de unos meses, salió Eguzki de Sondika y Joseba de Bretaña y se reunieron en París, en le 8 rue Massenet, donde la familia Alberro. Pepita, solidaria como siempre, organizó todos los trámites de los muchachos y los embarcó para América.

¡Con qué sencillez, sin ninguna perifollada, la solidaridad de las familias vascas de París, entre sí, fue una constante en la vida del destierro!

José Mandaluniz salió para América, él primero, solo, en 1953. Salió desde París, en avión. En Caracas-Maiquetía le esperaban Aranguren, Genaro Eguileor y muchos amigos.

Al de tres o cuatro meses –creo que era pleno verano– salieron Eguzkiñe y Joseba desde París. Su viaje fue largo y lleno de aventuras. Para ellos, que por primera vez subían a un avión, debió de ser impresionante el viaje transatlántico. (Eguzki ya había volado en una avioneta, en Sondika, con el hijo de Etxebarria. Un biplano descapotable, haciendo acrobacias aéreas). Pasaron por Amsterdam, Irlanda, Groenlandia y Nueva York. En Caracas les esperaba su padre.

Esperando nuestro turno de viajar, vivimos en Sondika unos meses Maite, Naya, Unai y yo. Fue un período duro para Maite. Le salió una úlcera profunda en el empeine del pie. Necesitó un tratamiento muy doloroso. Después del tratamiento conseguimos que ingresara de nuevo en el sanatorio de Gorliz donde permaneció unos meses. Yo iba desde Sondika todos los días en tren. Fue un otoño tranquilo, recibiendo noticias de Caracas y con la ilusión del viaje...

Preparando nuestro viaje me ocurrió una anécdota muy significativa de la persecución franquista contra los vascos. Borraron del libro de registros civiles de nacimientos los hermosos nombres en euskera de mis hijos, cambiándolos por traducciones completamente arbitrarias. Pero el colmo del ridículo lo hicieron con el mío. Yo fui bautizada Polixene por el párroco de Sondika. Era el nombre del día en el santoral. Santa Polixene de Córdoba, discípula de los apóstoles. Siglo I. Pero es también princesa troyana, hermana de Héctor, París y Casandra –hijos de Príamo y Hécuba– y novia de Aquiles...

Un día iba a recoger mi nuevo pasaporte y veo que me han cambiado Polixena por Polonia. La explicación era la ignorancia, pero también el odio franquista a todo lo vasco. Fonéticamente Polixene tiene una resonancia totalmente euskérica. Polixena, politxena quiere decir la más bonita. “¡Nada! ¡Lo cambiamos por Polonia!...”

En este tiempo, en Bilbao, era comisario principal de La Salve un andaluz llamado Caronchu. Un señorito muy ilustrado. En las dos oportunidades en que me detuvieron, yo noté enseguida una cierta simpatía hacia mi persona que hizo que los castigos no fueran tan duros.

Tomé mi nuevo pasaporte y un libro de mi biblioteca –que en Francia estaba muy de moda– “La Guerre de Troyes n’aura pas lieu” de Jean Girodoux, y solicité una entrevista con él. En dicho libro se ve la historia de Polixene y sus amores con Aquiles. Se lo enseñé a Caronchu con gusto, cosa que me permitió ridiculizar al funcionario que hizo la mala traducción, y aproveché para denunciar la inculta y bárbara persecución al euskera. La entrevista duró casi dos horas. El, a gusto, me contó sus problemas personales en desacuerdo con Franco; su pertenencia masónica, su filosofía liberal anticlerical. Debía de ser sefardí. Total que nos hicimos muy amigos y me cambió el pasaporte.

En la tercera partida participamos Maite y yo. Unai y Naya se quedarían un tiempo más en Sondika, finalizando el año escolar.

Era un rudo invierno el 53-54. En Sondika, donde no son frecuentes las nevadas, todo el campo parecía una estampa de navidad. No recuerdo exactamente qué día era. Toda la familia y vecinos nos acompañaron al aeropuerto del pueblo. El tío Juan Cruz de Gastañagas estaba impresionado por mi vestimenta moderna. La explicación que le dio mi padre me hizo mucha gracia: “Badakizu, uren gainetik, ordu azkotan juango dira... Prakakas obeto dago, uger egiteko...”. ¡Qué consuelo!

Era nuestro primer vuelo. Lo hicimos en un pequeño avión de dos hélices –un Bristol– de Sondika a Madrid. Atravesamos la mitad de la península ibérica completamente cubierta de nieve. Entre la emoción de la despedida, nuestra primera experiencia de vuelo y el increíble espectáculo que nos mostraba la tierra, eran motivos más que suficientes para sentirnos completamente en éxtasis.

La tierra castellana, salpicada de racimos de hogares humeantes en medio de grandes planicies blancas, me hacía sentir toda la grandeza de este pueblo rudo, recio, trabajador, de hombres humildes y soberbios, llenos de fe en un futuro mejor –en su gran mayoría– y que no tienen nada que ver con las minorías fanáticas de las levíticas oligarquías fascistas que nos agredían, tratando de destruir nuestra identidad auténtica vasca, primigenia y original.

A pesar del tiempo transcurrido no puedo olvidar el especial estado de mi alma mientras volaba por el sistema ibérico, atravesando el Ebro y el Duero, contemplando toda esa inmensidad de espacios abiertos, con grandes extensiones cubiertas por la pureza de una nieve abundante... Y sentí un gran dolor al abandonar aquella tierra bendita que también me pertenecía.

Maitetxu feliz, sentada a mi lado, leyendo “tebeos” y comiendo caramelos que le habían regalado, y abrazada a la muñeca más bonita que yo había conseguido para ella en Bilbao, no podía darse cuenta de la emoción de mi espíritu.

Al llegar a Madrid todo el mundo nos miraba. Formábamos un grupo pintoresco, aquella linda niña rubia de grandes ojos castaños, que bajó en brazos del copiloto hasta la silla de ruedas, abrazada a su gran muñeca de porcelana y encajes, y yo, una mujer moderna, joven, vestida con estrechos pantalones negros y vistosa chaqueta roja; y un barbudo fraile, de túnica franciscana, que nos protegía con tanto cariño y nos recibió con sonoros y barbudos besos a la bajada de la escalerilla. Era el amigo más querido de José. Ambos eran alumnos del Padre Román, al que adoraban, y quien fue fusilado en el convento, delante de sus alumnos del Colegio de Larrea, mientras nosotros recorríamos el mundo. Vivía en un convento cerca de Madrid y vino a ayudarnos en cuanto se enteró de nuestro viaje.

Ese mismo día, en Barajas, embarcamos en un cuatrimotor de hélices, un “Constellation”, que nos condujo hasta Dakar, donde llegamos al anochecer. Una larga parada en un elegante hotel donde nos dieron una buena cena. El susto de Mai-

te ante la figura del camarero –el negro más negro que he conocido– y su extrañeza: “¡Fíjate ama!, tiene la palma de la mano tan rosadita y blanca!...”.

De Dakar a Panamaribo un salto enorme para atravesar el Atlántico. Tardamos 14 horas. Maite se durmió tranquilamente. Tenía diez años. Yo pasé una noche de terror. Era mi primer vuelo trasatlántico y todo me causaba miedo, como las llamas que salían, por momentos, de debajo de las alas. Llamé a la aereomoza quien me tranquilizó. Todo normal...

El amanecer, volando sobre la tierra americana, sobre las inmensas selvas tropicales, tupidos verdes brillantes, alumbrados por los rayos del sol naciente, me sosegaron, haciéndome sentir que todos los peligros ya se habían disipado. Pasamos en Panamaribo, capital de la Guayana Holandesa, un par de horas, contemplando las más variadas diversidades de seres humanos, que sólo habíamos visto en el cine. Y temprano, en la tarde, llegamos a Caracas donde nos esperaban con tanto amor.

Encontramos con alegría el simpático apartamento de la Avenida Andrés Bello, de cuyas ventanas pudimos descubrir la majestuosidad colosal de la cordillera del Avila, adosada al Norte como una muralla. Lo que más me llamó la atención, de la casa, es que la cocina no tenía ventanas con cristales; sólo una amplia abertura que daba a una terraza. El clima caraqueño lo permite así.

Maite se olvidó en Maiquetía, la más bonita muñeca de Bilbao. Y al de unos días, por consejo de don Gonzalo de Aranguren, dejó las muletas y el cochecito de ruedas y empezó a caminar sola. Usaba una media especial. Apenas se le notaba una ligera cojera. Caminó después de estar recostada durante dos años... Y caminó por la generosa tierra americana acogedora de tantos exiliados y desterrados vascos que habían rehecho plenamente sus vidas en este nuevo mundo.

Un año más tarde llegaron en barco, en el “Andrea Doria”, Naya y Unai. Fue un viaje emocionante. Salieron de Barcelona donde estuvieron un par de días en casa de Fede Ituarte –gran amigo de aita, preso con él en la cárcel de Larrínaga y condenado a muerte. Conmutada la pena, salió al cabo del tiempo libre y se fue a Barcelona donde hizo un pequeño imperio industrial–, Naya y Unai venían en primera clase, comieron varias veces en la mesa del Capitán y se hicieron amigos de las nietas del pintor Arturo Michelena. A Unai le dió un ataque de apendicitis a bordo, poco antes de llegar a la Guayra y hubo que operarle en cuanto desembarcó.

Y nos fuimos adaptando al nuevo mundo muy bien. Nos hicimos vascos, pero éstas son otras crónicas, de otros cuarenta años y más, –espero–, de vivencias familiares vascoamericanas que espero escribir este verano en Zeberio, Euzkadi, Jaungoikoa lagun!...



## *Capítulo IX*

---

---

# *Reflexionando*

---

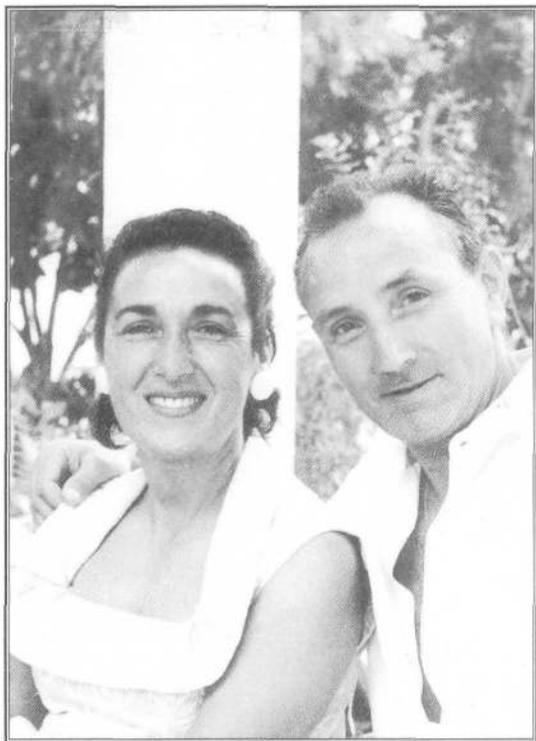
---

# Reflexionando

**A**l terminar de escribir éstos últimos recuerdos una gran tristeza me invade el ánimo. Siento profundamente que el tiempo se está acabando. El tiempo siempre se está acabando y siempre empieza otro nuevo. Desde aquí pues... con más calma para reflexionar, veo el mundo del presente como un rompecabezas complicadísimo, lleno de oscuridades y negros nubarrones... Guerras religiosas, nacionalistas, económicas por todas partes... Odio, fanatismo, miseria... Y sobre todo, dominándolo, el supremo egoísmo individual, rehusándose a participar en la integración de la especie, ignorando así su propio interés... Pero esta etapa queda definitivamente superada, relegada, pues, y a pesar de todo eso, el individuo humano reflexivo ya no busca aisladamente mejoras y triunfos para sí solo.

En ningún momento de nuestra historia, —tenemos que reconocerlo—, el hombre se ha encontrado tan completamente ligado, activa y pasivamente, como el presente de hoy, desde el fondo mismo de su ser, al valor y al perfeccionamiento de todos los demás seres humanos alrededor de sí. Y, como dice Teilhard de Chardin, este régimen vital de interdependencia indica claramente que se está acentuando cada vez más, y acelerando, el perfil biológico de una personalidad específica de esencia divina.

Una especie de ultra-responsabilidad generalizada, reforzando la gama de virtudes y defectos de cada particular, ésta es la característica moral más importante de este ultrahumano consciente que, de bue-




---

*El ocaso de la juventud y el comienzo ¿de qué? ¡¡Veremos!!*

na o mala gana, y por necesidad íntima natural, estamos encontrando en el presente actual.

Y si en el pasado de la familia lo más luminoso que perdura en la memoria es la unidad de la misma –a pesar de separaciones dolorosas– la fe de José, que nos mantuvo a todos en la tradición continua de los ritos de nuestra religión, y sobre todo en los humildes actos cotidianos de la oración nocturna a la Virgen Madre y la bendición paternal de la santa mesa familiar, es el pilar de esta responsabilidad original colectiva.

En la actualidad, lo más hermoso de la conducta de mis descendientes es su cordial respeto a las creencias de sus padres, base firme de toda integración respetuosa de toda cultura e identidad propia, auténtica, distinguiéndola.

La más angustiosa experiencia del hombre moderno, cuando tiene el tiempo de mirar serenamente el mundo a su alrededor, es sentir que todo se diluye, que el mismo determinismo hereditario que tanto nos enorgullecía, no es más que otro fuego fatuo artificial; pero, dentro de la relatividad de todo, tenemos la plena conciencia, frente al mestizaje humano resultante, de haber cooperado con nuestro esfuerzo familiar, en el crisol del dolor humano, a la cristalización del espíritu vital del planeta tierra.

... Porque vendrán tiempos próximos en que el hombre terrenal se unirá definitivamente, por lazos entrañables y muy cordiales, con todas las estrellas.